



LINA GALÁN
THE HOT AFFAIRE:
UNA CITA INOLVIDABLE



zafiro[♥]

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Epílogo

Biografía

Referencias a las canciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

«Sería muy difícil explicarle que yo no me enamoro; que no soy capaz de sentir; que mi corazón hace años que se transformó en alguna materia parecida al corcho y que lo que corre por mis venas se parece más al agua que a la sangre. Que ya no me estremece una mirada, ni una sonrisa, ni un roce. Que los hombres son para mí simples figurantes de un decorado; que sólo tienen el cometido de ayudarme con mi propósito y, después, desaparecen. Hasta que necesite a otros diferentes para otra clase de decorado...»

Me llamo Patricia y mi especialidad es fingir cuando acompaño a un hombre: fingir sonrisas, fingir que me interesa una conversación, fingir ser otra persona, fingir orgasmos...

Sí, eso he dicho, pero, chist, que no se entere ninguno de ellos. Podría resultarles demasiado humillante, aun sabiendo que han pagado por mi compañía.

¿Queréis ser tan buenas como yo? Entonces será mejor que entremos y os muestre cómo hacerlo. Hay que llegar al final del pasillo, a la derecha, donde el ambiente se vuelve algo más espeso y oscuro. Pero no os quedéis en la puerta. Pasad, pasad sin miedo. Ninguna de vosotras podrá superarme nunca. Soy la mejor.

Bienvenidas a The Hot Affaire: una cita inolvidable.

THE HOT AFFAIRE: UNA CITA INOLVIDABLE

Lina Galán

zafiro 

Pues yo no trato de pescarlo. Sólo lo utilizo para el sexo.

Vivian (Julia Roberts), en *Pretty Woman*

Prólogo

—Hija, qué alegría que estés aquí.

—Hola, mamá. Hola, papá.

—Nos encanta tenerte con nosotros tan a menudo, cariño, pero seguro que tienes cosas más interesantes que hacer.

—No te preocupes, mamá. Nada es tan importante como vosotros.

—Tampoco es necesario que siempre vengas cargada de regalos. Es más que suficiente con que, simplemente, vengas a visitarnos.

—Es lo mínimo que puedo hacer, papá, después de todo lo que vosotros hicisteis por mí.

—¿Qué nos traes esta vez?

—Sólo es una tontería.

—Oh, hija, nada de tontería. Seguro que estos pendientes tan bonitos te han costado carísimos. ¿Me quedarán bien?

—Estarás guapísima. Y esto es para ti, papá. Ya era hora de cambiar ese feo reloj de plástico por uno mejor.

—Vaya, cielo, qué relojazo. Voy a aparentar ser más rico que el alcalde.

—Me alegro de que os hayan gustado a los dos. Ahora tengo que marcharme: el deber me espera.

—Por supuesto. Entendemos perfectamente lo importante que es ese trabajo que tienes. No imaginas lo que presumo de hija cuando voy al mercado. ¿Te acuerdas de Joana, aquella vecina entrometida que no dejaba de vanagloriarse de sus hijos, uno médico y otro abogado? Pues el otro día tuve que callarle la boca. Me insinuó algo sobre ti que no me gustó ni un pelo. Le dije que mi Patricia era empresaria, que viajaba por todo el planeta y que se podía permitir todos los caprichos que quisiera; añadí que, incluso, nos colmaba de regalos a su padre y a mí. Continuó refunfuñando sobre tu profesión, pero erguí la cabeza y la dejé con la palabra en la boca. ¡Cuánta envidia hay en el mundo!

—Ni caso a la gente, mamá. Lo único que os hace falta saber es que no volveréis a pasarlo mal por falta de dinero. Nunca, jamás, mientras yo pueda evitarlo, aunque tuviese que desempeñar el peor trabajo que pudierais imaginar.

—Pero eso no te hará falta, ¿verdad, cariño? Tú tienes un buen empleo.

—Claro que sí, mamá. No os preocupéis por eso.

—¿Volverás pronto?

—En cuanto regrese de mi próximo viaje.
—¿A dónde irás esta vez?
—A Estocolmo, Suecia.
—Qué lejos... Ten cuidado.
—Lo tendré. Adiós, mamá. Adiós, papá.
—Un beso, hija.

Capítulo 1

Si un hombre aspira a disfrutar de una buena compañía, ya sea para un evento, un viaje o una reunión de negocios, yo soy lo mejor que va a encontrar. Soy culta, hablo varias lenguas y tengo un físico atrayente para ellos, por lo que hago honor al nombre de la agencia para la que trabajo, The Hot Affaire: Una Cita Inolvidable. Les ofrezco esa cita memorable porque, si además de mi eficiencia como *escort* requieren de algún momento de placer, también puedo satisfacerlos. Éstas son mis credenciales: licenciada en Historia del Arte y en Empresariales, además de políglota, pues hablo cinco idiomas con fluidez; un metro setenta y siete de estatura, larga melena rubia, ojos verde claro y un sensual aire misterioso.

Ya lo he dicho. Soy la mejor.

Esta semana, por ejemplo, me he convertido en la acompañante de Ramón Cifuentes, un prestigioso empresario madrileño que, en la actualidad, está negociando una serie de pactos que, de materializarse, resultarán muy ventajosos para su gran compañía de construcción. El caso es que está intentando llegar a un acuerdo con varios empresarios suecos que parecen estar dispuestos a formar una alianza, siempre y cuando accedan a una buena inyección económica.

En estos momentos nos encontramos en una de las salas de reuniones privadas del lujoso hotel donde nos hospedamos Ramón y yo, el Lydmar, en Estocolmo, junto a los tres empresarios nórdicos y sus respectivas acompañantes, quienes, deduzco, han salido de agencias parecidas a The Hot Affaire. Además, he comprobado que los magnates, cincuentones todos ellos, han preferido mujeres de una edad similar a la mía, sobre los treinta años, igualmente cultas y bellas, a chicas más jóvenes pero con menos experiencia. Es lógico, porque lo que estos hombres buscan al contratar nuestros servicios no es más que hacer una demostración de poder, de superioridad, de glamur. Llevándonos a su lado, compiten de cierta forma entre ellos, porque representamos una muestra más de su poderío y su virilidad. Es algo arcaico, sí, pero aún perdura en el siglo XXI.

La reunión llega a su fin y nos despedimos, utilizando todos el inglés como lengua de comunicación. Luego, todos desaparecen y yo acompaño a Ramón hasta nuestra espectacular *suite*.

—Uf —suspira el constructor mientras se deja caer en uno de los sillones—, estoy cansado únicamente de aguantar tanta tensión. Malditos suecos... Me duelen las mandíbulas de tanto apretarlas y sonreír.

—Vamos, relájate —le digo mientras me coloco tras él y le quito la chaqueta y la corbata—. Te veo muy tenso.

Le desabrocho los primeros botones de la camisa, introduzco las manos bajo el cuello de la

prenda y comienzo a masajear sus hombros y sus cervicales.

—La reunión ha ido muy bien, no te preocupes —añado a la vez que deslizo mis dedos por su piel—. Ya verás como serán incapaces de rechazar tamaña oferta.

Podemos parecer de adorno, pero no sólo es eso. La prestigiosa agencia que me contrata ofrece chicas preparadas para poder mantener cualquier tipo de conversación e, incluso, ayudar a tomar decisiones determinantes.

—Eso espero —contesta con los ojos cerrados—. Oh, Patricia, qué maravilla. Tienes unas manos fantásticas...

Desabrocho, a continuación, todos los botones de su camisa para ir haciendo incursiones con mis manos hacia su velludo tórax y sus costados.

—Humm, sí, preciosa, sigue así... Haces que me olvide de cualquier preocupación cuando me tocas. Qué gran acierto ha sido traerte conmigo...

—Y yo encantada de estar aquí contigo —le susurro mis palabras al oído al tiempo que deslizo mis manos cada vez más abajo—. Sé exactamente lo que deseas en este momento, ¿verdad, cariño?

—Sí, por favor...

Todavía a su espalda, alargo los brazos hasta su cintura para abrir su pantalón y meter las manos bajo la tela de su calzoncillo. Agarro su grueso miembro, ya excitado, y comienzo a masajearlo con delicadeza pero con decisión.

—Oh, joder —jadea—, eres una auténtica maestra de los masajes con final feliz...

La verdad es que sí, lo soy. Me parece una buena manera de satisfacer a mi acompañante sin necesidad de tener que moverme mucho o fingir un par de orgasmos, algo que cada vez me da más pereza. Únicamente tengo que tocar y presionar en los puntos adecuados, unos cuantos susurros al oído, una pasada de lengua en su lóbulo...

—Será que tú me pones mucho, cariño.

No es que sea George Clooney, pero los he tenido peores. Cincuenta y dos años, con pelo, sin barriga y con clase. Es cierto que todos los clientes de la agencia vienen avalados por su nombre y su dinero, pero el atractivo físico es un rasgo que suele escasear. Lo mejor de ellos son sus modales. Saben que, si no se comportan con nosotras como deben, tenemos la sartén por el mango, porque suelen tener mujer y familia, a las que no les haría ninguna gracia saber ciertos detalles. Es una relación de equilibrio: tú te comportas, yo también.

—Oh, sí, nena, ya estoy a punto...

Mueve sus caderas, eleva la cintura y, tras un estremecimiento que recorre su cuerpo, eyacula sobre su abdomen en medio de fuertes gemidos.

—¿Más relajado? —le pregunto cuando se tranquiliza.

—Humm, sí... Será mejor que me mueva y me dé una ducha. —Se levanta y se dirige al baño—. Te pediría que me acompañaras, pero debemos darnos prisa. Recuerda que esta noche tenemos

invitados... y creo que le has gustado a uno de ellos, al tal Björn, el que parece más difícil de convencer.

Me tenso inmediatamente. Si hay algo que deteste de la compañía de estos hombres es el momento en el que le echan el ojo a la acompañante de otro. Y lo digo porque no es la primera vez que me pasa. Soy llamativa, algo que a veces lo siento como una suerte, y otras, como una maldición.

—Claro —contesto, sin embargo, al mismo tiempo que me acerco un estuche de toallitas húmedas para limpiarme las manos—. Estaré lista enseguida. Ese tipo acabará claudicando.

* * *

La fiesta se celebra en nuestra *suite*, pues tiene el tamaño suficiente como para albergar un encuentro entre cuatro parejas, además de comodidades de sobra y unas impresionantes vistas al palacio real y al puerto. Muy pronto nos encontramos alrededor de varias botellas de champán y toda clase de exquisiteces frías a base de salmón y quesos franceses.

—Patricia —Ramón se dirige a mí, con disimulo—, Björn está muy interesado en ti, y a mí su pareja me pone bastante. Espero que seas complaciente.

—Por supuesto —le digo. Ya lo esperaba.

Mientras observo cómo Ramón se acerca a la acompañante del tipo y comienzan a reír y a besarse, las otras dos parejas ya se hallan sentadas en el amplio sofá, intercambiando igualmente besos y risas. Entonces Björn se me aproxima, acaricia mi pelo y me habla en un inglés con marcado acento nórdico. Sé lo que me espera a continuación y por un momento me dan ganas de soltarle que, si no fuera por nosotras, muchas veces sus negocios no llegarían a nada.

El hombre es algo mayor y más grueso que Ramón, con el pelo muy rubio y una sonrosada piel en casi todo su cuerpo, al menos el que tiene visible.

—Nuestro amigo de Madrid ha tenido suerte —me dice mientras me arrastra hacia la cama—. Con una acompañante como tú, no he podido concentrarme en otra cosa que no fuera mirarte.

«Ése es parte de mi cometido, guapo.»

—No tengo nada de especial —le comento con indiferencia—, y no me vayas a decir que te atraen las latinas o que se me nota que soy española: soy alta, rubia y de piel muy blanca, como la mayoría de las mujeres suecas.

—Sé que no eres la típica mujer mediterránea —replica—, pero tampoco eres como ellas. — Señala al resto de las chicas presentes, todas autóctonas.

Mientras me habla, empieza a besarme el cuello al tiempo que desliza hacia abajo los tirantes de mi vestido. Al momento, mis pechos quedan libres y comienza a besuquearlos a la vez que sus manos me despojan del resto de la ropa, y yo hago lo mismo con la suya. Cuanto antes acabemos, mejor... y por eso le facilito el trabajo y me coloco de rodillas sobre la cama, agarrándome al

cabecero y ofreciéndole mi sexo en bandeja. Me cercioro de que se coloca un preservativo y dejo que me penetre mientras dejo escapar un sonoro gemido.

Ya lo he dicho, soy buena en lo mío, así que también soy buena en esto. Este tipo, igual que todos, se emociona al comprobar que grito, que gimo, que me muevo, con lo que consigo acelerar su clímax.

Mientras me embiste, ha llegado el momento de pensar en mis cosas. Sonríe mentalmente al recordar aquellas novelas victorianas que describen cómo se instruía a las futuras esposas de aristócratas en el espinoso tema de la intimidad conyugal. «Tú abre las piernas y piensa en Inglaterra», les decían las mujeres ya casadas. Y eso voy a hacer yo, abrir las piernas, pero pensar en mí misma.

Mi sueño de ser la propietaria de un exclusivo hotel está empezando a tomar forma. El edificio histórico que adquirí en Barcelona, en la montaña de Montjuic, poco a poco está siendo rehabilitado, pues ya dispongo de todos los permisos. Qué ganas de poseer algo mío, de no tener que aguantar miradas, sobones ni polvos indeseados para conseguir lo que quiero. Lo único que me faltaba era un aval, algo que estuvo dispuesto a concederme Héctor Lamarck, el rico empresario marido de mi amiga Sara.

—Oh, Patricia... —Ramón acaba de acceder al dormitorio en compañía de su chica sueca—. Qué morbo verte follar con otro...

El español se acerca al cabecero de la cama, busca mi boca y me besa mientras la otra mujer se arrodilla frente a él y se lleva su miembro a los labios. Mientras tanto, el tal Björn continúa embistiendo y yo no dejo de gemir y rotar las caderas...

Quien me viene a la mente ahora es, precisamente, mi amiga Sara, a la que lie sin darme cuenta de lo que hacía y a quien metí en la agencia. Suerte que en aquella época yo trabajaba para The Best Affaire, el otro grupo de la agencia, en el que no se exige sexo a las chicas de compañía. Pero, aun así, me comporté de forma egoísta al atraerla hacia este sórdido mundo, puesto que lo único que yo buscaba era tenerla cerca. Ya le pedí perdón, pero me sigo sintiendo culpable por habérselo hecho pasar tan mal.

Afortunadamente, aquel lío le sirvió para conocer a Héctor Lamarck, el hombre que en la actualidad es su marido y que la ama con locura.

Por cierto, a mi vuelta de este viaje, como siempre hago, visitaré a mis padres y después a ella. Es algo que necesito, pasar con mi amiga mucho tiempo de charlas y de confidencias, aunque me arriesgue a alguno de sus sermones, a pesar de que no me juzga. Es la única amiga que he tenido en mi vida y lo mejor que me ha pasado en esta etapa tan oscura.

A todo esto, Ramón ha eyaculado en la boca de la chica y el sueco se ha corrido conmigo. En cuanto ambos caen desfallecidos sobre la cama, me quito de en medio, me meto en la ducha y no salgo de debajo del chorro de agua hasta que casi no puedo tenerme en pie porque me estoy quedando dormida.

Capítulo 2

El taxista sólo puede dejarme en la esquina de la plaza de mi calle, puesto que vivo en una zona peatonal, de esas con modernas losas en el suelo, macetones con flores en cada esquina, terrazas con mesas y sombrillas, y que todavía conserva esa esencia de barriada antigua, con pequeñas tiendas y vecinos de toda la vida. Después de pagar la carrera comienzo a caminar por la plaza desierta, donde, a estas horas de la madrugada, no se oye el bullicio de los niños o de la gente que charla; únicamente se percibe el eco de mis zapatos y el sonido monocorde de las ruedas de la maleta que arrastro. Algunos vecinos de la zona, acostumbrados a verme llegar o partir a horas intempestivas, creen que soy azafata de vuelo, aunque no vista con uniforme de alguna compañía aérea. Como es lógico, nunca los he sacado de su error.

El silencio nocturno empieza a asfixiarme. Me invade esa sensación que provoca que sientas a alguien cerca de ti. Miro hacia atrás y, aunque no veo a nadie, acelero mis pasos, con lo que aumento el sonido de mis zapatos y los saltos de la maleta contra el pavimento. Un poco más aprisa, un poco más... hasta que algo se abalanza sobre mis pies y me obliga a frenar de golpe en medio de un grito que surge de mi garganta.

—¡Mierda! —vocifero—. ¿De dónde sales tú?

Como toda respuesta, un maullido..., un dulce maullido de un gato negro que me mira con sus brillantes ojos amarillos y que comienza a rozar su cabeza por entre mis tobillos y la maleta.

—Ya te vale —le digo al minino como si fuera a entenderme—, menudo susto me has dado.

Continúo mi camino y me doy cuenta de que el felino acompaña mis pasos.

—No me sigas, por favor. No puedes venirte conmigo.

Otro «miau» por respuesta.

Genial. Claro que me gustan los animales, pero me sería imposible hacerme cargo de un perro, por todo el tiempo que paso fuera... y, aunque un gato requiere menos dedicación, sería muy cruel por mi parte adoptar uno para luego dejarlo solo en casa.

Paro ante mi portal, saco las llaves para abrir y el animal se acerca a la puerta con toda la intención de entrar.

—A ver, bonito, deja de perseguirme. No puedes quedarte conmigo...

Se sienta, me mira e inclina hacia un lado su cabecita, como si no comprendiera que pudiese estar rechazando su interesante compañía.

—Joder —gruño—. Si lo subo a casa, ya no seré capaz de devolverlo a la calle...

Antes de que termine ese pensamiento, siento que algo se abalanza sobre mí. Una mano

pegajosa y maloliente me tapa la boca al tiempo que una boca con aliento fétido me habla al oído y algo frío y metálico se posa en mi garganta.

—Chist, no chilles, no te muevas y no te pasará nada. Dame ahora mismo la pasta y las joyas que lleves encima. ¡Vamos!

No puedo respirar. Su mugrienta palma cubre mi boca y mi nariz y, del pánico, creo que me va a explotar un pulmón. Como puedo, busco mi cartera dentro del bolso, dispuesta a darle el dinero que tenga, que sin duda será bastante. Siento un instante de indignación al pensar en todo lo que tengo que aguantar para ganar unos cuantos billetes para que ahora tenga que dárselos a este ratero.

Mientras escarbo dentro del bolso, el individuo me tantea el cuello, las orejas y las manos, evidentemente en pos de cadenas, pendientes y anillos.

—Vamos, vamos —me atosiga—. Date prisa, joder...

De nuevo, algo se abalanza en nuestra dirección, esta vez sobre el ladrón, y lo aparta de mí, para luego estamparlo contra la pared del edificio.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?! —le grita, como si lo conociera—. ¡Consíguete la pasta para tus vicios de otra forma, imbécil!

Con fuerza, lo aleja de nosotros y el otro sale corriendo.

No puedo creer que alguien me haya salvado del robo y de lo que pretendiera hacerme ese tipo... pero continúo nerviosa y empiezo a mirar a mi alrededor en busca de mi equipaje y del animal que me acompañaba.

—¿Y mis cosas? —pregunto, alterada—. ¿Y el gato que estaba conmigo? Seguro que se ha asustado, pobrecillo...

—Tranquila, tranquila —me consuela el recién llegado. Se agacha y recoge mi maleta del suelo con una mano y, con la otra, me muestra a mi acompañante felino—. ¿Te refieres a éste?

—Sí —respondo, aliviada. Lo cojo en brazos y lo acaricio, por lo que recibo como respuesta dulces ronroneos. No sé cómo voy a hacerlo, pero sí sé que ahora no lo voy a dejar en la calle—. Gracias —le digo, por fin, a mi salvador—. Yo... tenía miedo. Nunca me había pasado algo así en este barrio.

—Sólo es un pringado que se ha topado contigo por casualidad y ha pensado en hacerse con un poco de pasta fácil. Tranquila, no volverá a molestarte.

Miro al hombre a la cara y deduzco que debe de ser de mi misma edad, aunque no puedo estar segura de eso, debido a la barba que ocupa gran parte de su rostro y al pelo, que le llega hasta sus hombros..., unos hombros muy anchos, por cierto, pues todo él es robusto y grande. Sus ropas no parecen estar muy sucias, aunque se ven muy desgastadas, lo mismo que la mochila que lleva colgada a la espalda.

—Yo... no sé cómo agradecértelo.

—No importa, no hace falta.

—Puedo darte algo de dinero...

—No, por favor. Me harías sentir mal.

No entiendo cómo se me ocurre lo que le digo a continuación.

—Mi nevera debe de estar vacía —le explico al desconocido—, pero siempre tengo para hacer café o infusiones. ¿Te apetece?

—Pues... —Se rasca la nuca y se revuelve un poco más el pelo—. De acuerdo, acepto. Ya he cenado algo en el albergue, pero, como esta noche no había cama libre, me sentará bien un café... y, ya puestos, ¿podría darme una ducha en tu casa? Suele ser lo más difícil de conseguir.

—¿Eres un sintecho? —le pregunto, desconcertada.

—Yo prefiero decir que mi casa es el mundo —replica con una sonrisa preciosa.

Mientras subimos la escalera, se me escapa una sonrisa. Con toda seguridad, esta noche yo debía entrar sola en mi casa, y resulta que subo en compañía de un vagabundo que hace de héroe en horas nocturnas y un gato negro.

Una vez que entramos en casa y dejo mi maleta en el dormitorio, el primero en acomodarse es *Pantera*, como he decidido llamar al felino. Olisquea los muebles, se frota contra ellos y, al final, se sube a un sillón y se enrosca para quedar dormido en él. ¡Qué poco ha tardado en acomodarse!

—Aún no me has dicho tu nombre —le digo a mi invitado humano.

—Soy Jacob —me responde al tiempo que me tiende la mano.

—Yo, Patricia —me presento al tiempo que se la estrecho—. Encantada. Por cierto, no tengo ropa masculina para dejarte, aunque quizá no te importe ponerte alguna de mis batas —añado con una mueca.

—Gracias, pero no es necesario. —Me sonrío mientras señala su mochila—. Siempre llevo una muda limpia encima. Me paso por la lavandería cada vez que puedo.

—Pues me alegro —sonrío—, porque ya te estaba imaginando, con esa altura y esos músculos que tienes, con una de mis batas transparentes de seda...

El joven ríe abiertamente con una carcajada. Parpadeo durante unos instantes al pensar en la facilidad que tiene para reír a pesar de no tener nada. Por un momento, ese pensamiento me hace sentir mal, pues yo he pasado épocas de mi vida sin dinero, sin poder comprar lo que quería, sin poder ayudar a mis padres, y no era feliz.

Y, ahora que sí tengo dinero, ¿soy feliz?

—Puedes pasar a la ducha —le propongo—. Mientras tanto, prepararé el café y le daré un poco de leche a *Pantera*. No puedo ofrecerles nada más a ninguno de los dos hasta que mañana vaya de compras, lo siento.

—Deja de preocuparte. —Sonrío a la vez que saca una muda de su mochila—. Los dos te lo agradecemos, de verdad.

Suspiro mientras vierto un poco de leche en un platillo y luego me dispongo a hacer el café.

—No entiendo que a veces me meta en estos berenjenales —murmuro para mí misma—. ¿Qué estoy haciendo en mi casa con un gato y un vagabundo?

Cuando el café está listo, me siento en el sofá, frente a la pequeña mesa de centro, donde he

colocado una bandeja con las tazas, leche y azúcar. Jacob sale del baño con su larga melena húmeda y vestido con ropa muy parecida a la que llevaba puesta y que ahora ocupa su mochila.

—¿Venías de trabajar? —me pregunta mientras coge la taza y pega un trago.

—Sí —contesto.

—¿A estas horas?

—Sí.

—¿En qué trabajas?

—Viajo mucho.

—Ya veo.

—¿Qué es lo que ves?

—Que no piensas hablarme de ti.

—Perdona, salvador a tiempo parcial, pero, que me hayas ayudado y evitado que fuera atracada, no te da ningún derecho sobre mí.

—Sólo era por romper el hielo.

—Ya, claro. ¿A ti te gustaría que te preguntara por qué demonios vives en la calle?

—Cuando quieras, te lo explico —replica, tan sonriente como siempre.

—Otro día —gruño.

—Tienes una casa muy bonita —comenta mientras mira a su alrededor con la taza en la mano—. ¿Quién cuida de todas estas plantas mientras estás fuera?

—Una vecina —le contesto—. Aunque, cuando le diga que tendrá que cuidar también de un gato... lo mismo me manda a freír espárragos.

—Seguro que *Pantera* estará bien —afirma al tiempo que da el último trago y se pone en pie—. En fin, tengo que irme. No quiero molestarte más.

—Y... ¿a dónde irás ahora?

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Donde me lleve el viento.

—Déjate de tonterías de *hippie*. ¿No te gustaría tener un trabajo, una casa...?

—Voy teniendo de vez en cuando, tanto de lo uno como de lo otro. Un día vivo aquí, otro allá; saco un dinerillo trabajando en esto y lo otro... De todas formas, cuando llevo un tiempo en un sitio, lo dejo, me marcho y vuelvo a empezar. Me cansa la monotonía. Necesito cambios en mi vida.

—¿Y en este momento? —expongo—. ¿Te iría bien uno de esos cambios?

—¿Me estás proponiendo algo?

—El caso es que... se me ha ocurrido ofrecerte vivir en mi casa a cambio de cuidar de las plantas y de *Pantera*, únicamente durante una temporada.

—¿Cuánto tiempo?

—Pues... no sé..., unos seis meses, más o menos, hasta que pueda dedicarme a mi negocio y no tenga que viajar tanto.

Ese medio año es lo que he calculado que necesitaré para poder poner en marcha el hotel... y

también es lo que me queda para poder despedirme definitivamente de Elisa, la directora de The Hot Affaire. Cuatro o cinco clientes más, según el tiempo que me exijan, que paguen una buena pasta por mi compañía, y habré acabado.

—¿Qué me dices? —insisto ante su silencio.

—Creo que voy a aceptar —me contesta mientras vuelve a mirar a su alrededor—. Puede que sea una etapa interesante.

—Sólo vas a tener que cuidar de la casa y un gato —le digo, alzando una ceja—. No te hagas el importante.

—¿Estarás mucho tiempo fuera?

—Primero voy a marcharme una semana de vacaciones —le explico—. Después haré cuatro o cinco viajes de negocios y se acabó.

—Bien —responde—. Apenas vamos a coincidir. Espero que no tuvieras intención de liarte conmigo.

—¡¿Contigo?! —exclamo—. ¡No digas chorradas! ¡No eres para nada mi tipo!

—Perdona, Barbie rubia, pero tú tampoco eres el mío —refunfuña—. Me gustan las chicas un poco más cercanas y más cálidas. Me da miedo acercarme a ti por si me haces pillar una pulmonía. No paro de estornudar desde que te conozco. Brrr, qué frío me das...

—Ya vale, me ha quedado claro —le espeto para cortarlo—. Será mejor que me vaya a la cama. Mi dormitorio es el del final del pasillo y está prohibidísimo entrar en él. Tú ocuparás el que hay en la entrada. Tienes ropa de cama en el armario. Si todo está claro, buenas noches, Jacob.

—Buenas noches, Patricia. ¡Y procura no soñar conmigo!

Capullo...

* * *

Me he levantado temprano para poder ir a comprar y para tener algo en casa, aunque ha sido más bien pensando en mis nuevos inquilinos que en mí misma, puesto que pasado mañana salgo de viaje, esta vez de ocio. En mis planes iniciales figuraba tomarme ese descanso cuando terminara definitivamente el trabajo con la agencia, pero he decidido que no voy a esperar. Necesito ese paréntesis ya. Además, hice una apuesta con mi amiga Sara, que por supuesto gané, y el premio era una estancia para las dos en una isla a elegir por la vencedora; su situación ha cambiado y no va a acompañarme, pero yo ya he decidido a cuál iré.

Voy tan cargada de bolsas que decido tocar al timbre para no tener que dejarlas en el suelo y sacar la llave. Frunzo el ceño cuando oigo la música a todo volumen saliendo de mi apartamento, y me quedo con la boca abierta cuando Jacob abre la puerta.

—Buenos días, Patricia —me contesta, sonriente, por encima de la canción que está sonando—. Estaba limpiando un poco.

Mi recién estrenado inquilino se ha puesto unos pantalones cortos, una camiseta de tirantes, se ha recogido el pelo en un moño y me muestra el plumero como si manejara una espada, pasándolo de una mano a otra. Me doy cuenta de que la música que resuena por toda la casa sale de mi ordenador.

—¿Cómo coño has podido poner en marcha mi portátil? ¡Tiene contraseña!

—Ha sido fácil. —Vuelve a encogerse de hombros.

Mi imaginación y mi curiosidad se dan de la mano para proponer teorías. ¿Será un *hacker* prófugo de la justicia?

—Y... esa música... No te pega nada.

Se lo digo porque, en este instante, las voces de Ed Sheeran y Justin Bieber suenan a coro en la estancia, con su *I don't care*.

—No sé quiénes cantan —contesta con indiferencia—, pero la canción da buen rollo y me gusta oír este estilo de música mientras hago las faenas del hogar.

Alucino con sus respuestas, que me hacen plantearme posibilidades todavía más extrañas para este hombre.

A pesar de todos esos detalles chocantes en un sujeto como Jacob, lo que más me ha llamado la atención nada más verlo ha sido que su barba ha desaparecido.

—Te has afeitado —señalo mientras me ayuda a guardar el contenido de las bolsas en la nevera y los armarios—. Estás diferente...

La verdad, ha cambiado y está muy guapo. Su rostro despejado es juvenil, atractivo y con un aire pícaro, y aún resaltan más sus anchos hombros y sus músculos. Incluso, tras recogerse el pelo, queda a la vista el tatuaje que luce en el cuello, de un sol y una estrella. Lo considero demasiado repipi para un individuo como él, pero ni se me ocurre preguntar.

—Ya que voy a vivir en una casa tan limpia y tan bonita, he decidido no desentonar... pero no vayas a enamorarte de mí —me suelta tras guiñarme un ojo.

Sonrío con tristeza. Sería muy difícil explicarle a este hombre que yo no me enamoro; que no soy capaz de sentir; que mi corazón hace años que se transformó en una materia parecida al corcho y lo que corre por mis venas es más similar al agua que a la sangre; que ya no me estremece una mirada, ni una sonrisa, ni un roce; que los hombres, para mí, son simples figurantes de un decorado y que sólo tienen el cometido de ayudarme con mi propósito y, después, desaparecen... hasta que necesite a otros diferentes para otra clase de decorado.

—O tú de mí —le digo como broma.

—Lo siento —replica, encogiendo los hombros—, pero ya te dije que no eres mi tipo, a pesar de reconocer lo increíblemente guapa que eres. Además, vivir en tu piso va a ser únicamente una etapa más en mi vida, sólo estaré de paso. ¿Dejamos claro que no habrá nada entre nosotros?

Me tiende la mano y se la estrecho.

—Por supuesto —le contesto—. Lo último que haría en este momento sería liarme con alguien.

—Perfecto —contesta—. Creo que, a pesar de las evidentes diferencias, tú y yo somos bastante

parecidos. Sabemos lo que queremos y no dejaremos que nada ni nadie nos haga cambiar de destino. ¿Me equivoco?

—No. —Sonríó—. Tienes razón.

Después de guardar toda la compra en su sitio, voy a buscar otra bolsa que he dejado en el comedor y se la ofrezco a Jacob; contiene varias prendas de ropa que le he comprado, así como un móvil.

—No deberías haberte molestado —comenta—. No necesito nada de todo esto, y menos un maldito teléfono.

Me sorprende la hostilidad con la que mira el aparato.

—Es para que podamos comunicarnos —le explico—. Para cualquier cosa que pase en casa o por si tengo que avisarte de mi llegada. Sólo lo usaremos para cosas prácticas, no se trata de un lujo.

—Está bien —vuelve a gruñir—, lo aceptaré por ese motivo, pero que quede claro que estoy en contra del consumismo desmedido impuesto en esta sociedad.

—Vale, como quieras. No te preocupes, es lo último que voy a comprarte jamás.

Me acerco luego a *Pantera*, que maúlla al verme llegar a la cocina para abrirle una lata de sabrosa comida gatuna.

—Y esto, para ti, bonito.

Acaricio su cabecita y recibo sus ronroneos a cambio.

Siento, en ese instante, una sensación extraña, desconocida, pero agradable. Es algo tibio y suave que se expande por mi pecho, y creo que se debe a saber que, esta vez, voy a dejar a alguien en casa que esperará mi vuelta, algo que únicamente me pasó hace un año con mi amiga Sara, cuando se quedó unos días aquí para que la instruyera en las «artes» de la agencia. Hasta ahora me había conformado con unas cuantas plantas, lo único vivo que me encontraba al llegar y lo único que me podía permitir, pero creo que ha sido un acierto quedarme con el minino.

En cuanto al hecho de proponerle a Jacob vivir temporalmente en mi piso... bueno, no sé si ayer sufrí algún trastorno de personalidad temporal, pero me da la impresión de que también he acertado. Me gusta tenerlo en casa, hablar con alguien a sabiendas de que no tocaremos temas personales, ni míos ni suyos. Y me parece que él también está contento. Al menos, eso parece mientras se bebe un vaso de leche fría y después se limpia los labios con una servilleta, con cuidado y con clase.

Frunzo el ceño un segundo. Puede que sea un sintecho y esté viviendo aquí de prestado, pero, más allá de alguna de sus bromas y aparte de su incesante sonrisa, da la impresión de tener buenos modales.

—Perdona, Jacob —le digo mientras me preparo una infusión de menta—, ¿cuánto tiempo llevas viviendo en... el mundo?

—No lo recuerdo. —De nuevo, su típico gesto de encogimiento de hombros.

—Ya —replico con ironía—. Será mejor que nos olvidemos de ese tipo de preguntas que no

deseamos contestar. Por cierto, me voy ahora mismo a casa de mi amiga Sara. Volveré temprano, porque tendré que ir preparando el equipaje.

—Perfecto, aprovecharé para dar una vuelta... pero no te preocupes, que, a tu regreso, habré preparado algo de cena.

—Te propuse vivir aquí para que te encargaras de cuidar la casa, las plantas y el gato, no para que fueras mi mayordomo.

—Pero a mí me gusta cocinar y quiero hacerlo. Hacía mucho tiempo que no me encontraba con los ingredientes necesarios y una cocina tan equipada, así que —me coge del brazo y me conduce hacia la puerta— márchate tranquila a ver a tu amiga y déjame la cena a mí.

—Está bien, está bien —farfullo.

Lo que yo decía: ahora resulta que le gusta cocinar...

* * *

—¡Patty!

—Hola, Sara.

Como siempre, ambas nos fundimos en un abrazo. Ella es la única persona, aparte de mis padres, con la que demuestro un poquito mis sentimientos, aunque tampoco es que me convierta en la más cariñosa del planeta. Al menos, con mi amiga no me molestan los abrazos, los besos y las muestras de afecto, algo que he de dar y recibir tan a menudo de forma falsa que decidí hace tiempo que nada de eso haría con alguien que no fuese de mi familia. Sara es la única excepción. Ella es como mi puerto seguro, una parte de mi hogar, porque me encuentro como en casa cada vez que estamos juntas, no importa dónde sea. Algunas personas tienen ese don: donde estén ellas, estará nuestra casa.

—Qué ganas tenía de verte, tía. Ven, sentémonos en el porche y me cuentas. ¿Qué tal todo por Estocolmo?

La acompaño hasta un banco de madera situado en el porche trasero de la vivienda, donde, sobre una mesa, ya tenemos esperando un par de vasos de té frío, mi bebida favorita.

Sara se casó hace un año con el rico empresario Héctor Lamarck, y fue entonces cuando decidieron dejar la mansión familiar de los Lamarck, donde reside la hermana de Héctor, Carlota, con su marido, Daniel, y la abuela de los hermanos. Dejaron atrás la fastuosidad de ese casoplón para instalarse en otra casa, no tan ostentosa, pero tanto o más bonita y acogedora.

Debe de ser que estoy tan harta de las demostraciones de poder de la gente que, cuando alguien que puede elegir se decanta por lo más sencillo, se gana todo mi respeto.

—Como siempre —le contesto tras dar un trago a la bebida—. Nada nuevo. Hombres, sus acompañantes, unas cuantas reuniones, un par de recepciones elegantes, una fiesta privada...

A Sara no le hace falta que le dé más detalles. Ella ya sabe lo que pasa en cada uno de esos eventos.

—¿Y tú? —le pregunto—. ¿Cómo te va trabajando de profesora a tiempo completo?

—Genial —responde—. Un sueño, lo que siempre quise hacer... aunque de vez en cuando tenga que mandar a la mierda a más de una que me insinúa que no debería trabajar, teniendo un marido rico como el que tengo... como si por eso tuviese que dedicar mi vida a ir de compras y organizar rifas benéficas. Antes me buscaría curro en una mina que quedarme en casa todo el día.

—Ésa es mi Sara —río—, la que nunca se conforma, a la que le importa un pepino lo que digan los demás.

—Exacto. —Ríe también—. Acuérdate de que nunca le caímos bien a esa gente, ni siquiera en tiempos de la facultad. Y, ahora, cuéntame: ¿cuál será tu próximo destino?

—Esta vez no me voy de viaje por trabajo —le aclaro—: Me marchó de vacaciones.

—¿De vacaciones? —se sorprende—. Pensaba que querías esperar a despedirte de la agencia para tomarte un descanso sabático.

—Estoy muy saturada, Sara. —Suspiro—. El tema del hotel me está agotando, por lo que prefiero relajarme unos días y volver con las pilas cargadas para enfrentarme a los pocos clientes que me faltan y ultimar los detalles de mi negocio.

—¿Sabe Elisa que vas a dejar la agencia?

—No. —Compongo una mueca—. No quiero que me suplique o me amenace para que me quede. En cuanto tenga el dinero que necesito, se acabó. ¿Acaso no recuerdas lo que Tania hizo contigo? ¿Cómo se lo montó la otra directora de la agencia para llevarte al huerto una segunda vez? Todavía me tiro de los pelos por no haberme dado cuenta de ello a tiempo.

—Eso es agua pasada, Patty. Además, al final no me salió tan mal. —Ríe con picardía.

—Claro, chica afortunada. Conociste al amor de tu vida en tu primer trabajo para la agencia, y fuiste capaz de reconquistarlo cuando te viste obligada a volver. Por cierto, dale de nuevo las gracias a Héctor por avalarme. Si no hubiese sido por él, me hubiera resultado imposible plantearme cumplir mi ansiado sueño.

—Dáselas tú misma.

Ambas nos giramos para ver llegar a Héctor Lamarck, que se aproxima y lo primero que hace es besar a su mujer, con una ternura que promete mucho más. Siento un pelín de envidia sana, porque mi amiga fue capaz de encontrar en esta maldita agencia algo que yo jamás tendré.

Para Sara, Héctor es el hombre más atractivo del planeta. No voy a decir que no me lo parezca, pero, en cierto modo, lo veo demasiado serio y enigmático. Su piel atezada, su negro cabello, su altura imponente y, sobre todo, sus misteriosos ojos verdes componen un conjunto bello pero inquietante, como un lago de aguas cristalinas en mitad de una selva peligrosa, donde no sabes si de pronto puede aparecer algún caimán y arrancarte una pierna.

—Hola, Patricia —me saluda con un beso en la mejilla. Huele muy bien, aunque ya estoy acostumbrada a toda clase de perfumes caros—. Me alegra verte por aquí.

—Igualmente, Héctor —le respondo—. Quería darte las gracias una vez más por lo que estás haciendo por mí. Sin ti, no habría podido conseguirlo.

—Eres la mejor amiga de Sara...

—La única —lo interrumpe ésta—, si no cuentas a tu hermana y a tu abuela.

—Por eso, cariño —le contesta él—. Además, el dinero sirve para hacer más fácil nuestra vida y la de los que nos rodean —explica—. Si no podemos utilizarlo para eso, no serviría de nada tanto esfuerzo.

Mientras habla, Sara no pierde detalle de su marido, de su rostro, de sus palabras. Lo mira con la misma adoración que lo hace él con ella, como si no hubiera nadie más que ellos dos en el mundo.

—En fin —digo mientras me pongo en pie—, tengo que irme. Mañana cojo un vuelo a la isla de Mauricio, haciendo escala en Dubái. Me esperan unas cuantas horas de avión.

—¡Es verdad! —exclama Sara—. Aún no me habías dicho dónde te ibas de viaje.

—Pues deberías haberlo sabido —bromeo—, porque eres tú quien me lo va a pagar.

—¡Es cierto! —Se golpea la frente con la palma de la mano—. ¡La apuesta que hicimos!

Parece que haga una vida que Sara se vio obligada a acompañar a Héctor a París por una absurda venganza. El día de su marcha, aposté con ella un viaje a que sería capaz de reconquistarlo. Ella pensó que romperían, así que perdió.

—¿Qué apuesta? —pregunta su marido.

—Ya te lo contaré en otro momento. —Sara ríe, besa a Héctor y después me coge de la mano para salir corriendo por el pasillo—. Joder, Patty, qué poco tiempo hemos coincidido..., ya tienes que marcharte otra vez.

—Pero en esta ocasión estaré a mi aire —le comento—. Sólo playa, paseos, relax... No usaré el móvil si no es para hablar contigo o con mis padres.

—¿Están bien? —se interesa por ellos; siempre lo hace.

—Están fenomenal —contesto—. De algo tiene que servir la puta agencia. —Reímos las dos—. En fin, Sara, me alegro de haber charlado un rato contigo. Ya verás cómo en unos meses todo habrá terminado.

—Sabes que no te juzgo, Patty, pero me alegro de que así sea.

—Lo sé. Por cierto, tengo un gato en casa. Es negro y se llama *Pantera*.

—¿Un gato? —exclama—. ¿Y quién lo va a cuidar? No deberías dejarlo solo tantos días. Puedes traerlo aquí si quieres. Siempre hay alguien en la casa.

—No, tranquila. Jacob cuidará de él.

—¿Jacob? ¿Quién es Jacob?

—Ya te contaré.

Capítulo 3

Han sido doce horas de avión, pero, una vez en mi alojamiento, olvido la pesadez del viaje. El complejo hotelero se compone de pequeñas cabañas situadas entre el bosque y el mar. En el interior de la mía, una enorme cama preside la estancia, situada frente al gran ventanal que da a una terraza, desde donde se observa un paisaje digno del mejor cuadro: arena blanca, aguas turquesas, palmeras y cielo azul, exactamente lo que estaba buscando..., nada que visitar, nada que hacer, nada que pensar. Además, me aseguraron que en estas fechas no habría apenas familias o parejitas de luna de miel, la clientela que más suele abundar, así que únicamente hay aquí adultos, en su mayoría en busca de relax, como yo.

Por supuesto, Sara no me ha pagado este capricho de viaje; no se lo he permitido, a pesar de su insistencia. Uno de mis últimos clientes me ofreció varios miles de euros extra por pasar con él una noche muy... especial. Me pidió cosas muy específicas, como masturbarlo bajo la mesa mientras él hablaba con varios clientes alemanes y yo hacía de intérprete o follar con él delante de todos ellos sobre la mesa del restaurante... y no me lo pensé dos veces. Total, sólo tuve que cerrar los ojos, evadirme e imaginarme en otro lugar. En esta ocasión, en la isla de Mauricio, donde estoy ahora mismo. Necesitaba este descanso físico y mental, y no me daba la gana de sacar el dinero de los ahorros para mi inversión en el hotel.

¿Que si me siento sucia por ello? Pues no, la verdad. Sólo es sexo, sólo es pasta, sólo son hombres que ofrecen dinero a cambio de mi compañía... mucho dinero. En realidad, si a alguien le parece que pueda sentirme utilizada le diré que siento todo lo contrario: llevo años utilizando a los hombres para conseguir mi propósito. Que ellos se crean los conquistadores... es su problema.

Una vez instalada en la cabaña, lo primero que hago es ponerme un vestido vaporoso y liviano para salir a pasear por la orilla de la playa y, a continuación, cenar en la terraza de mi habitación. La noche es cálida, el aire y el cielo parecen más limpios y el silencio es lo único que llena el ambiente. Mientras ceno un arroz especiado que inunda mis sentidos, recuerdo la última noche en mi apartamento con Jacob. Éste me preparó una espectacular cena digna de un *chef* de un restaurante de lujo, y así se lo hice saber.

* * *

—Lo fui hace años —me dijo, después de encoger de nuevo los hombros, como si fuese lo más

normal del mundo haber sido un reputado cocinero y acabar viviendo en la calle.

—¿En serio eras un gran *chef*? —exclamé—. No lo entiendo, Jacob. Suelen ser profesionales muy buscados y, por lo que veo, se te da de maravilla. Me has preparado unos raviolis rellenos de gambas y una *mousse* de chocolate con grosellas para chuparse los dedos.

—Lo sé. Fui yo quien lo dejó; nadie me echó ni nada parecido. Me harté. Necesitaba un cambio en mi vida.

—Supongo que ahora viene el momento en el que yo te pregunto por qué lo dejaste o por qué vive en la calle un tipo que sabe cosas tan dispares como cocinar de fábula o infiltrarse en ordenadores ajenos... y también es el momento de que tú me respondas que ya me lo contarás algún día.

—¡Eres un hacha! —me contestó con su habitual ironía—. Un par de días juntos y ya nos conocemos, Pat.

—¿Pat? —Fruncí el ceño—. Nadie me ha llamado nunca así.

—No sé... Te pega.

—Eres un auténtico misterio —reí—, *Jacob-sin-pasado-con-domicilio-en-el-mundo*.

—Tú también lo eres, Pat, *la-de-los-ojos-misteriosos-que-se-vuelven-tristes-cuando-evita-hablar-de-sí-misma*.

Lo bueno de charlar con Jacob es que, en cuanto la conversación se vuelve intensa, cambiamos de tema o dejamos de hablar y ninguno de los dos se molesta por ello. Es el compañero de piso ideal y ojalá quiera seguir en mi casa mientras realizo los viajes que me quedan.

* * *

Una vez que acabo de cenar en la terraza, decido que la mejor hora para salir es ya mismo. El cielo se ha vuelto azul oscuro, del mismo tono del mar, y sobre ese fondo añil se recortan las siluetas de las palmeras y de la edificación de madera que alberga el bar del hotel. Las mesas que lo rodean semejan pedazos de tronco de árbol y todas aparecen decoradas con velas, lo que otorga al ambiente una paz y una magia difíciles de encontrar en cualquier otro lugar. El camarero me sirve un cóctel de frutas y me dedico, sencillamente, a contemplar, embobada, la noche sobre la playa. Siento cómo mi mente se va vaciando, hasta que queda totalmente desprovista de recuerdos o pensamientos, ni buenos ni malos, aunque sean estos últimos los que más abunden siempre.

A mi alrededor no hay nadie, excepto un camarero... Vaya, ahora mismo acaba de sentarse otro cliente, aunque al otro extremo del bar. Ha pedido una bebida y también parece dedicarse a contemplar el paisaje nocturno.

Lo ignoro y sigo con la mente en blanco durante tiempo indefinido. No sé qué hora es, ni falta que hace. Me mantengo en el mismo sitio todo el tiempo que me da la gana y, cuando me apetece volver a mi cabaña, lo hago, simplemente; para eso he venido aquí, para no programar nada.

Camino entre las mesas, pues, para dirigirme a mi habitación, he de pasar junto al cliente que

sigue sentado frente a la playa. Ni siquiera le he visto la cara. No siento curiosidad. No me interesa... ni él ni nadie que pueda haber por aquí. Pero eso no evita que él levante la vista al verme pasar a su lado. Alza sus largas pestañas y fija en mí sus ojos oscuros, tristes y apagados. Luego, tan rápido como la ha alzado, vuelve a bajar la mirada, que continúa opaca y sin rastro de emoción. Parece obvio que tampoco le intereso.

Durante un instante, pierdo la perspectiva, emito un leve gemido que ha sonado a gruñido y a punto estoy de tropezar en la arena.

¿Qué coño ha sido eso?

Ha sido una especie de golpe en el estómago, como un puñetazo a traición. Mierda, ¡qué sensación más desagradable! Continúo caminando en dirección a mi alojamiento y, en cuanto cierro la puerta a mi espalda, me acerco a contemplar la noche desde el ventanal y a olvidar lo que acaba de suceder.

* * *

Hoy me he levantado temprano, descansada y relajada, y luego he tomado un buen desayuno en el porche mientras me he dedicado, sencillamente, a disfrutar del amanecer sobre el mar. Una vez hecho esto, decido irme a la playa. Me dispongo a abandonar el complejo y, cuando me dirijo a la puerta de la verja de madera por la que se accede al exterior, me topo de pronto con alguien que intenta salir al mismo tiempo que yo y que ha aparecido de repente desde otra dirección.

—*Sorry* —me dice con un inglés muy británico.

Lo reconozco al instante. Es el hombre del bar, el de los ojos oscuros y tristes y largas pestañas.

—*Don't worry, it's ok* —le susurro en el mismo idioma.

Como hiciera anoche, apenas me mira. Se aparta, me deja el paso libre y salgo hacia la playa. Y, de nuevo, ha conseguido turbarme.

Frunzo el ceño. ¿Qué me pasa? El breve instante en el que me ha mirado, el leve roce al chocarnos... todo ello ha vuelto a ponerme el vello de punta. Qué tontería, como si nunca me hubiese mirado o tocado un tío.

Pero puede que exista una diferencia. Los hombres me miran y me tocan cuando les da la gana, porque los atraigo, porque me desean y porque se creen con el derecho a hacerlo por haber pagado a cambio, pero éste parece sentirse incómodo ante mi presencia y mi cercanía... Quizá sea eso lo que me turba: que haya un hombre que me ignore o evite tan descaradamente.

Sí, eso debe de ser. Resulta imposible que sea yo la que se incomode por la mirada de un desconocido.

Continúo con mi paseo. A estas horas de la mañana, tan temprano, no hay nadie, lo que resulta perfecto para pasear sin interferencias. Me alejo todo lo que puedo del hotel, busco un rincón apartado y extendiendo una toalla. Es el mejor momento del día para tomar el sol, que apenas calienta

todavía. A pesar de ello, me deshago del vestido y del biquini para que no queden marcas en mi blanca piel, algo que debo evitar para poder vestir modelitos escotados. Extiendo una ligera cantidad de crema protectora por mi cuerpo y me tumbo boca abajo. La sensación es tan placentera y relajante que acabo quedándome dormida...

—Perdona... ¿Hola?

El rumor de una voz masculina que habla en inglés se cuele en mi mente. Poco a poco abro los ojos y contemplo la figura de un hombre que permanece de pie a mi lado y me mira. ¿Otra vez el tipo del bar y del encontronazo en la puerta?

De pronto, recuerdo que estoy tomando el sol en pelotas, por lo que debo de estar ofreciéndole una amplia visión de mi trasero. Reacciono a toda prisa envolviéndome en la toalla.

—¡Joder! —exclamo en un claro español—. ¡¿Acaso me estás siguiendo?! ¡¿No ves que busco intimidad?! ¡¿O crees que me voy desnudando por ahí?! —

—Eres española —se sorprende, aunque sigue hablando en inglés.

—¡Sí! —le contesto en su idioma, porque parece que de español no sabe ni papa—. ¡Resulta que cuando estoy cabreada me sale más fácil mi lengua materna!

—Perdona, no quería molestarte. Ha sido una coincidencia que pasara por aquí y...

—¡¿De verdad?! —suelto con mordacidad—. ¡¿Coincidencia?! Perdona, capullo, pero empiezo a dudar. Si eres un puto acosador, te juro que...

—He venido hasta aquí —me interrumpe de forma tajante— porque me gusta practicar *snorkel* por esta zona. —De pronto soy consciente de los accesorios que lleva en las manos, una máscara con tubo de respiración y aletas para los pies—. Así que —continúa— deja a un lado tu ego de mujer irresistible, porque si te he llamado la atención ha sido porque llevas ahí tumbada demasiado rato y te estás quemando.

Giro la cabeza para mirarme los hombros y la espalda y descubro el tono rojizo de mi piel. Me he confiado por lo poco que calienta el sol tan temprano, pero sin duda acaba quemando igual.

—Yo... —titubeo—, disculpa... pero como no he dejado de tropezarme contigo, he pensado que...

—¿Que yo era otro de los muchos hombres que se sienten impresionados por tu belleza? — replica, riéndose claramente de mí—. Pues no. Únicamente pretendía ser un buen samaritano. Que tengas un buen día.

Dicho esto, desaparece entre las palmeras.

Impresionada me he quedado yo. ¿Qué coño se ha creído este cretino?

Cabreada, a la par que desconcertada, me alejo del lugar que había elegido para tomar el sol y voy en busca de algún rincón más apartado donde no me encuentre con gilipollas a quienes les moleste que sea guapa, aunque tenga que abandonar la primera línea de playa, tan interminable que se pierde en la distancia. Me adentro en un pequeño bosquecillo, buscando un hueco que quede un poco cubierto, y encuentro el ideal, pues puedo observar la playa desde aquí y el sol únicamente penetra entre las ramas de los árboles, provocando el efecto de ser decenas de pequeñas

luciérnagas que diseminan sus reflejos sobre mí. Vuelvo a embadurnarme con una buena cantidad de crema, esta vez por la parte delantera del cuerpo, y me tumbo de nuevo bajo los rayos filtrados. De vez en cuando, giro la cabeza para ir contemplando la playa y lo voy combinando con cerrar los ojos, aunque apenas pueda ya dormir. El segundo encontronazo del día con cierto tipo inglés me ha dejado demasiado despierta.

¿Por qué tenía que ser tan desagradable conmigo? ¿Acaso le he hecho yo algo a ese señor?

Entre mis pensamientos y divagaciones, descanso un rato hasta que un movimiento en el agua me hace ponerme en alerta. Con cuidado, me arrastro por la fina arena, me acerco a la playa y me mantengo quieta, todavía al amparo de varios árboles.

El agua es tan cristalina y transparente que se aprecia una sombra oscura a la perfección..., parece una persona. Espero unos segundos y... sí, decididamente hay alguien bajo la superficie, porque asoma un tubo de respiración. Me acerco un poco más y veo que dicha persona surge del agua. Creo que está practicando *snorkel*...

Por supuesto, no podía ser otro: el tipo del bar, de la entrada y de la playa, el desagradable. Nunca me había topado tantas veces seguidas y en tan poco tiempo con el mismo individuo, y mucho menos que éste me mirase siempre con tanta inquina.

Continúo observándolo, porque no puedo dejar de hacerlo. Como hipnotizada, contemplo cómo la figura masculina emerge del agua... y me convierto en algo similar a una estatua de piedra que forma parte del paisaje entre la arena.

¿Otra vez la misma sensación que me invadió anoche o esta mañana al cruzarnos? Yo diría que sí, que es algo parecido, porque ha sido como un pinchazo en pleno estómago, una leve sensación de ingravidez y cierto tembleque en las piernas, todo acompañado por la agitación de mi corazón y mi respiración. Sin embargo, continúo observando. El desconocido sale del mar, se desprende de la máscara, el tubo y las aletas y eleva el rostro en dirección al sol mientras desliza la mano por su pelo para desprenderse del exceso de agua salada. Joder, su silueta recortada por el sol brillante que cubre el paisaje como un manto dorado parece un auténtico espejismo...

A todo esto, no me he dado cuenta de que me he ido acercando cada vez más y más. La perturbadora imagen me sigue atrayendo como la luz a la polilla, aunque sepa, como ella, el peligro inminente que eso puede acarrear. Estoy sobre un montículo de arena, por donde camino despacio al amparo de un tronco de palmera. Doy un paso más, y otro, y otro... y no me fijo dónde pongo los pies hasta que el montículo se hunde bajo mi peso. Caigo por un terraplén, doy unos cuantos trompicones y, al final, acabo de bruces sobre la ardiente arena.

Sí, justo delante del desconocido, y sí, todavía desnuda. Pero nada de todo eso me importa ahora mismo, porque he hundido tanto la cara en la arena que no puedo respirar. No veo ni oigo, y mi nariz y mi garganta se acaban de obstruir por completo. ¡Dios, me voy a asfixiar!

Un segundo después, siento que una fuerza atrapa mis brazos y me levanta del suelo. Al menos, ahora empiezo a tener conciencia del mundo, aunque sea a base de toser y toser. Debo de estar escupiendo tropezones de arena como una ametralladora.

—Tranquila, tranquila —me dice la voz—. Tose y escupe lo que quieras. —Percibo cómo me coge en brazos por la cintura y las piernas y cómo nos movemos—. No te asustes, voy a acercarte al agua.

Noto enseguida el frescor en las piernas y la parte inferior de la espalda antes de que me suelte en el mar, pero cerca de la orilla, ya que el agua me llega a la cintura. Después, comienza a echarme poco a poco agua sobre la cara con una mano.

—Cierra los ojos para que no te escuezan con la sal —me pide, de forma tranquila y relajante—. Muy bien, eso es. Ahora te lavaré con cuidado la boca, los oídos y el pelo. No te muevas.

El frescor del agua me va trayendo de nuevo a la realidad, ayudándome a liberarme del taponamiento de la arena. Parpadeo despacio y, lentamente, comienzo a abrir los ojos.

El *shock* es muy grande. No esperaba para nada tener tan cerca el rostro del desconocido. En este instante puedo apreciar mucho mejor los detalles de su cara, como sus ojos, que siempre me habían parecido casi negros y que, en realidad, contienen una mezcla de color avellana y motitas verdes; o su boca, de labios gruesos, su nariz recta o sus altos pómulos. Su oscuro cabello está húmedo y revuelto, y su expresión se torna algo ceñuda mientras me mira, pues frunce la frente y se le forman pequeñas arruguitas alrededor de los ojos. Debe de rondar los treinta y muchos años.

—¿Estás mejor? —me pregunta.

Pero no puedo responderle. Algo me pasa. Mis cuerdas vocales han debido de quedarse igual de impresionadas que yo y han decidido estarse quietecitas. Mi respiración, sin embargo, está tan acelerada como si hubiese nadado hasta el continente y hubiese vuelto, lo mismo que mi corazón.

¿Esto qué es? ¿Un cuadro de ansiedad? ¡Si sólo es un tío! Para colmo, ¡un idiota!

Y, entonces, mi mente parece volver a funcionar y recuerdo que estoy desnuda, totalmente desnuda. Mi vista viaja hacia mi propio cuerpo, sumergido en el agua y apoyado en sus brazos y su torso, también desnudo.

—¡Se puede saber qué estás haciendo! —grito al tiempo que me desprendo de él y cruzo los brazos sobre mis pechos—. ¡Joder, estoy en bolas!

—Ya lo sé —responde de forma brusca mientras me mira desafiante, todavía ambos dentro del mar—. Te has presentado así, tirándote de cabeza sobre la arena. Por cierto, de nada, por ayudarte.

—Al final yo tenía razón —gruño—, eres un maldito perverso. ¡Necesito mi ropa ahora mismo!

—¿Perverso? —contesta, sorprendido—. Perdona, pero me da la sensación de que, por la dirección que traías, eras tú la que andaba espíandome, escondida entre las palmeras mientras yo buceaba tranquilamente.

—Estaba tumbada entre sol y sombra —bufo—. No quería volver a quemarme.

—Oh, claro. Y eso lo hacías porque yo te avisé. De nada otra vez.

Dios, jamás en mi vida me he visto en una situación tan absurda.

—Mira —le digo, algo más calmada—, voy a salir del agua para ir en busca de mi ropa, por lo

que tú te vas a dar la vuelta para no verme y así poder marcharme tranquila.

—No entiendo tanta intriga para salir del agua y largarte —me suelta con desprecio—. Ya te he visto desnuda, varias veces, y aquí estoy. Todavía no me he desmayado de la impresión.

Empiezo a echar humo. Trato casi a diario con hombres, tengo que aguantar sus manías, sus deseos, sus ansias por follarme en cuanto me ven por su calentón a primera vista, sus caprichos de millonarios... Aun así, me comporto con elegancia, con saber estar, con una sonrisa y santa paciencia. Por eso no entiendo que las palabras de un tipo que me importa un comino me hagan cabrearme de esta manera.

—¡Me importa un carajo que me hayas visto quinientas veces en cueros! —le grito—. ¡Te estoy pidiendo educadamente que te des la vuelta, por favor! ¡Joder!

—Sí, eso es cierto, con una educación exquisita... —ironiza. A continuación, y sin dejar de gruñir, se da la vuelta.

Ahora es el momento, así que salgo del agua entre rápidos chapoteos y, cuando estoy fuera, camino a toda velocidad mientras despotrico en voz baja y mis pies levantan la arena del suelo.

—Gilipollas... Imbécil...

Una vez alcanzo el pequeño bosquecillo donde descansaba tranquilamente hace tan sólo unos minutos, paro un instante. Con la mano apoyada en el tronco de una palmera, giro la cabeza para ojear a mi espalda. Sólo es para cerciorarme de que el tipo, verdaderamente, no está mirándome... pero, cuando observo el lugar donde hemos discutido, sólo encuentro la playa desierta. Sin entender el motivo, experimento una fugaz decepción.

Será mejor que me vista y vuelva a mi cabaña. Al final, haberme ido al lugar más tranquilo del planeta no va a ser suficiente. Voy a tener que quedarme encerrada y conformarme con salir a la terraza, porque está más que comprobado que lo mío no son las relaciones sociales fuera de los trabajos para la agencia.

Capítulo 4

El único contacto que he tenido con el exterior en las últimas veinticuatro horas ha sido mediante el teléfono, con Sara y con mis padres, aparte de la presencia del silencioso servicio de habitaciones que me ha proporcionado las comidas y bebidas que he solicitado. Nada más. No me apetecía para nada volver a salir y encontrarme con el tipo del *snorkel*; ni con él ni con nadie. No obstante, llegada de nuevo la noche, me he cansado de estar encerrada, por mucho que haya salido a la terraza o al porche. Si he venido hasta aquí ha sido pensando en largos paseos por la orilla de la playa, en bañarme en estas aguas cristalinas y en observar el mar mientras me tomo un refrescante zumo de frutas. Por tanto, se acabó el ostracismo. A pesar de las pocas ganas de relaciones sociales que tengo, me apetece airearme y lo voy a hacer. Me visto con un ligero vestido blanco, me cepillo mi larga melena rubia y salgo en dirección al bar de la playa.

Por suerte, no hay nadie. Con esa idea, he salido muy tarde, a la espera de tener como única compañía al camarero, que no habla si no se le pregunta, y el rumor del mar, que tengo frente a mí. Las luces de las velas sobre las mesas compiten con las estrellas y forman un ambiente único que me envuelve y me relaja. Cierro los ojos, apoyo la espalda en la tumbona y dejo que la brisa marina cubra mi cuerpo.

A los pocos minutos, vuelvo a abrirlos para seguir apreciando el horizonte. Cuando voy a pedirle al camarero un nuevo combinado porque mi copa está vacía, descubro en la barra al maldito desconocido.

¿Otra vez? ¿Tan normales son las casualidades o acerté y es un acosador? ¡Esto no es usual! Sólo espero que se vaya a la otra punta de la terraza y no se moleste ni en mirarme, como ha hecho siempre... pero no, no se va. Veo cómo coge su bebida con una mano y una copa parecida a lo que quería pedir yo ahora con la otra. Con todo ello, se acerca a mi mesa.

«No, por favor, no vengas, no te acerques, no me hables...»

Y una mierda para mí. Hace las tres cosas: viene, se acerca y me habla.

—Perdona —me dice—, he visto que tu copa estaba vacía. Le he preguntado al camarero qué te había servido para que tomes otra.

—No, gracias —le contesto bastante borde—. No me apetece.

Sin replicar nada, deja sobre mi mesa ambas bebidas y se sienta a mi lado.

«¿Perdona? ¡Lárgate de aquí y déjame sola!»

—Tranquila, no voy a incordiarte —comenta con tranquilidad—. Sólo quería disculparme por haberte dicho algunas cosas bastante desagradables. Lo siento. He venido a este paraíso para

relajarme y olvidar, pero parece que dos días no han sido suficiente.

—Oh —le contesto, prácticamente sin mirarlo—, y al tercero te has vuelto algo más humano. Oye, me da igual, no tienes que explicarme nada. A mí me gusta relacionarme con la gente tan poco como a ti, así que gracias por la invitación, pero ya has cumplido. Puedes largarte.

No quiero mirarlo, no quiero mirarlo... Vuelve a ponerme nerviosa, es algo que no puedo controlar. Y detesto lo que no puedo controlar.

—Ya... —titubea, pero sin moverse del asiento—. El caso es que... ni siquiera has aceptado mis disculpas.

Joder... Malditos ingleses y sus modales británicos. Me dan ganas de soltarle que he conocido a unos cuantos que mucho *thanks*, mucho *please* y mucho *sorry*, además de mucho té y mucha puntualidad, pero, a la hora de contratar a una chica de compañía como yo, se vuelven bastante más «calentitos». Me giro hacia él para poder enfrentarlo. Craso error.

—Disculpas aceptadas. Y, no te preocupes, yo tampoco estoy en mi mejor momento.

¿Por qué me mira de esa forma tan extraña? No encuentro deseo en sus ojos, mucho menos lujuria, como estoy acostumbrada. Es algo parecido a la incomodidad, como si estuviese deseando salir corriendo.

«Pues, chico, lo mismo me pasa a mí, así que, por mí, puedes irte cuando quieras. Así, de paso, dejarás de ponerme de los nervios.»

—Pensaba que no salías de tu alojamiento para no encontrarte conmigo —me comenta—, y me había preocupado.

«Pues mira, ahora que lo dices... sí, era por eso, pero no pienso admitirlo ni bajo tortura.»

—No fue para tanto —le digo, sin embargo—; si me he encerrado así ha sido únicamente para que se me bajara un poco la rojez de la piel.

No me cuesta absolutamente nada mentir. Total, mi vida es una puta mentira, así que... qué más me da contarle una milonga a un desconocido.

—Me dejas más tranquilo... En fin —se levanta—, será mejor que me marche. Ya nos veremos por ahí.

«Sí, sí, eso, márchate ya. Y no, no volveremos a vernos; al menos, intentaré evitarlo con todas mis fuerzas.»

—Por cierto —añade antes de marcharse—, me llamo James.

Apenas me queda voz para poder contestar.

—Yo soy Patricia —farfullo al fin, pero ni sonrío ni alargo la mano ni nada de nada.

Él tampoco.

—Hasta la vista, Patricia —responde antes de desaparecer en la oscuridad.

Sin perder un segundo más, en cuanto me cercioro de que ha accedido a su alojamiento, bebo un largo trago de mi copa para refrescarme la garganta además de alguno de mis órganos, porque parezco acartonada. A continuación, me levanto y, a trompicones, me alejo del bar en busca de cualquier rincón apartado y oscuro. Cuando lo encuentro, apoyo una mano en una columna y, con

la otra, me sujeto la barriga, pues las tripas se me acaban de poner del revés, por lo que me doblo sobre mí misma y empiezo a tener arcadas y gimotear.

—Dios, Dios, Dios, qué me pasa —lloriqueo—. Me encuentro fatal...

Creo que los nervios me han agarrotado el estómago y, al mismo tiempo, provocado una aceleración total del organismo, por lo que respiro por la boca como un perro sediento. Siento miedo y preocupación...

Como puedo, vuelvo a caminar para dirigirme a mi cabaña. No tengo muy claro en qué dirección voy mientras trato de sosegarme, por lo que voy mirando cada una de las terrazas de los alojamientos, que ahora mismo me parecen todas iguales. De pronto, una sombra aparece tras una ventana. Diría que es alguien que observa el exterior desde su habitación. Sin duda se trata de una silueta masculina, y, a pesar de la oscuridad reinante, soy capaz de reconocer a su dueño.

Me quedo embobada mirando, y él también lo está haciendo, lo sé, estoy segura. Ninguno de los dos habla, ni se mueve, ni hace el mínimo gesto... hasta que él decide apartarse, echar la cortina y apagar la luz.

Ya he encontrado la dirección correcta para llegar a mi cabaña. Me siento derrotada, porque, a pesar de mis esfuerzos, de mi autoprotección y de crearme inmune a los hombres, acabo de descubrir que no es así. Ese maldito tipo tiene algo que me llama, que remueve mis entrañas, que me calienta por dentro. Sólo debe de ser atracción física, y, aunque hace siglos que no la experimento por nadie, es cuestión de saber manejarla. Mi instinto me dice que yo a él no le gusto nada, y ésa es mi mayor defensa.

* * *

No he dormido apenas nada, pero sé que no voy a conseguir conciliar el sueño de nuevo, así que decido que lo mejor será aprovechar el tiempo. Todavía es de noche, sólo son las cinco y media, por lo que me animo y salgo en busca de la playa para ver el amanecer en primera línea, junto a la orilla. Me siento en la arena, de forma que las suaves olas acaricien mis pies, y dirijo la vista al horizonte. Es imposible hallar más paz que la que siento en este instante, mientras el cielo se tiñe de naranja poco a poco y el astro sol emerge como si hubiese estado durmiendo bajo las aguas. Sigo contemplando este espectáculo, sin perder detalle, hasta que los primeros rayos solares van pintando cada tramo del paisaje de tonos dorados. Mientras tanto, ya que últimamente no quiero dedicarme ni siquiera a pensar, dedico unos pocos minutos a recordar las charlas telefónicas que he mantenido con mis dos únicos amigos desde que estoy aquí. Sonrío, sobre todo al evocar la conversación con Jacob. Parece ser que él y *Pantera* se han adaptado de maravilla el uno al otro y son la sensación del edificio y del barrio. Según mi inquilino, mis plantas están más bonitas que nunca y, cuando se vaya de mi casa, lo echaré de menos cada día. Me entristece que siga pensando que está de paso, que asegure que se marchará, porque nos hemos entendido a la perfección el poco tiempo que llevamos juntos.

Mientras divago, el día parece tomar fuerza, aunque todavía no hay movimiento de gente. Estiro los brazos y me desperezo para desentumecer los músculos. Sin pensarlo un instante, porque aquí es mejor no hacerlo, me pongo en pie, me deshago de la camiseta y los *shorts*, y me meto en el agua. La sensación es maravillosa, por lo que, tras cerciorarme de que no hay nadie aún, me desprendo también del bikini que llevo puesto, para poder disfrutar plenamente de la sensación del agua en mi cuerpo. Doy unas lentas brazadas, me sumerjo bajo el agua y, para terminar, me mantengo a flote, con los brazos abiertos, los ojos cerrados y los músculos totalmente relajados. Mis oídos permanecen bajo el nivel del agua, por lo que tengo la sensación de captar el silencio puro, la soledad, la quietud...

—Pero ¡¿qué coño...?! —exclamo—. ¡¿Qué tengo debajo?!

De pronto, todo ese silencio y quietud se ven asaltados por el pánico que me provoca un golpe en la espalda de algo que hay bajo la superficie. Mientras trato de no evocar la imagen de algún tiburón o monstruo marino, me doy la vuelta y comienzo a nadar a toda prisa hacia una roca que entra en el agua, una especie de saliente. Cuando llego a ella intento trepar, pero la superficie está desgastada y resbaladiza y no puedo avanzar, por lo que me defiendo asestando unos cuantos puntapiés a lo que quiera que me esté persiguiendo...

—¡Basta, basta, Patricia, soy yo, James! ¡¿Quieres dejar de darme patadas en la cabeza, por favor?!

Anonadada, todavía bajo los efectos del pánico, observo al tipo con la máscara en la cara y el tubo a un lado de la cabeza, mirándome a sólo un palmo de distancia mientras me sujeta los brazos y trata de calmarme.

—Tranquila, sólo soy yo. Estaba haciendo otra vez *snorkel*, ahora que no había nadie con quien tropezar. Bueno, eso pensaba yo antes de que alguien me soltara unas cuantas patadas y estuviera a punto de ahogarme. He tragado tanta agua que debo de haberme zampado algún pez.

—¡¿Encima te vas a quejar?! —exploto, al tiempo que desprendo sus manos de mis brazos con un gesto brusco—. ¡Me has dado un susto de muerte! ¡Yo tampoco esperaba a nadie!

—Pues está claro que nos hemos vuelto a encontrar —me dice de forma tirante—. No vayas a creer que estoy más contento que tú por tropezarme contigo a cada paso que doy.

—Oh, ya lo sé —le espeto—. Ya me has dejado muy claro que eres demasiado listo como para dejarte obnubilar por una belleza como la mía —replico, mordaz.

Trato de ignorar su repentina cercanía. Su rostro, mojado, compone una expresión furiosa, casi de odio. Sus ojos, ahora oscurecidos, refulgen sobre la brillante superficie del agua y su húmedo cabello oscuro se cubre de los reflejos dorados del sol del alba.

—¡Exacto! —vocifera, alterado, y luego me increpa—: Quiero que sepas que no te busco, que no me interesas, que no deseo pasar un maldito segundo más contigo. Estoy harto de toparme con mujeres como tú, que se creen que pueden tenerme a sus pies simplemente por ser guapas, cuando la mayoría de ellas no pueden ofrecer otra cosa.

De pronto mi rabia se convierte en angustia. Sin pararme a analizar el motivo, me duelen las

palabras que me está escupiendo de una forma tan absolutamente cruel y despiadada. Y he debido de reflejarlo en mis ojos o mi expresión, pues interrumpo su discurso de odio y cierra los ojos unos instantes antes de hablar.

—Lo siento —susurra—. Por favor, discúlpame; tú no tienes la culpa de mis mierdas... Joder, cómo he podido avasallarte de esta manera...

No puedo articular palabra... y tampoco puedo dejar de mirarlo a la cara mientras va soltando una disculpa tras otra. Está tan cerca... Mi corazón late con fuerza, sintiéndome incapaz de soportar que este hombre tenga algo de humano; me era más fácil pensar que era simplemente un imbécil.

Y me sigue mirando. Y se acerca un poco más. De repente, su mano aterriza en mi mejilla y la acaricia... y, al mismo tiempo, compone una sonrisa con sus perfectos labios.

Casi suelto un gemido al verlo sonreír, porque no puede haber un rostro más perfecto que el de este hombre sonriendo.

—En realidad, ha tenido su gracia —murmura mientras sus dedos siguen tanteando mis pómulos y mi pelo—. Lo de encontrarnos tantas veces a pesar de no desearlo ninguno de los dos, y en situaciones tan absurdas...

¿De verdad quiere ponerse ahora divertido y amable?

—Lo absurdo —le rebato— es que, después de todo lo que me has soltado, de las caras de asco que he soportado y de las lindezas que acabas de escupirme, creas que puedes acercarte a mí como si nada. ¿Qué quieres ahora? ¿Ser mi amigo?

Intento apartarlo de mí, pero él me corta el camino y me acorrala entre su cuerpo y las rocas, y vuelve a acercarse a mí.

—¿Qué hombre —me susurra— podría ser tan necio como para querer ser, solamente, tu amigo?

La pregunta me descoloca, pero no más que ver cómo su boca cada vez está más cerca de la mía, lo mismo que toda su anatomía. Me quedo paralizada cuando sus labios se posan en los míos y los lamen, como si pretendiese dejarlos desprovistos de cualquier rastro de agua salada.

Dios, qué maravilla volver a sentir el placer olvidado de un beso robado, de esos que no te esperas, de esos que te remueven por dentro.

Cuando aparta su boca, me mira fijamente y, a continuación, baja la vista. De pronto, soy consciente de mi desnudez, pues mis pechos asoman justo por encima del nivel del agua y, en cuanto él los mira, mis pezones se vuelven duros y tensos. Ni siquiera puedo recordar la última vez que sentí algo así.

Como en trance, observo una mano de James acercarse a uno de mis pechos. Sus dedos atrapan mi pezón y lo pellizcan en una suave caricia. Soy incapaz de evitar el gemido que surge de mi garganta.

—Tú también lo has sentido, ¿verdad? —susurra antes de lanzarse de nuevo sobre mí y besarme, esta vez de una forma mucho más intensa y profunda.

Y el placer vuelve a ser algo tan potente y arrollador que mi cuerpo entero se estremece bajo las cristalinas aguas. La boca de James, a pesar del frescor del mar, está caliente, lo mismo que su lengua, que envuelve mis labios, mis dientes y mi propia lengua. Su cuerpo cubre el mío, y cada órgano, cada músculo, cada célula y cada centímetro de mi piel se agita, se sacude y tiembla... como si saliera de un prolongado letargo y volviera de nuevo a sentir, a renacer.

El beso acaba y James me mira entre fuertes inspiraciones.

—He intentado que esto no sucediera —declara, como si sufriera por algo o se lamentara—, con todas mis fuerzas, pero algo más fuerte que yo me arrastra a ti, y te juro que te he odiado por ello...

—Creo —balbuceo— que será mejor que me vaya.

Él no opone resistencia cuando me deshago de su abrazo y nado hasta la orilla, donde recojo mis ropas y me visto con ellas. Mi cuerpo está fresco y al mismo tiempo ardiente, todavía invadido por el fuego que he sentido en los brazos de James.

Capítulo 5

James

Lanzo el móvil contra la cama con toda mi furia. Acabo de ver que tengo docenas de mensajes preguntándome cómo estoy, cómo me encuentro, si lo llevo bien, si lo he superado...

¡No tengo nada que superar! ¡Si acaso mi propia estupidez! ¡Y dejadme en paz de una vez!

Vale, desde fuera puede parecer que soy un ingrato con la gente que me quiere y se preocupa por mí, pero es que estoy cansado de dar pena. Sé que mi familia es quien más sufre y me apoya, sobre todo mi madre y mi hermana, pero se me han acabado las formas de decirles que estoy bien, que no pasa nada, que el tiempo transcurre y te muestra la realidad de las cosas. Lo que en un principio te parece un mundo, después te parece una gilipollez.

Aun así, reconozco que, cuando me pongo a recordar, la cosa se vuelve bastante jodida, pero no por lo que fue, sino por lo que pudo ser. Me acerco a una de mis maletas y extraigo un pequeño estuche de terciopelo, que abro para contemplar la joya que esconde en su interior y que me recuerda lo estúpido que fui. Es la única forma de aprender en esta vida, equivocándonos. Ah, y el tiempo también es nuestro mejor aliado en estos casos. Bendito tiempo, que es capaz de transformar un fuerte dolor o la rabia más intensa en pequeños instantes de resignación. Porque los meses que han pasado desde lo de Heather han conseguido, en cierto modo, atenuar la furia que me consumía cada vez que cualquiera la mencionaba.

Los primeros momentos fueron los peores, cuando, para intentar olvidar, me embarqué en una odisea de alcohol y sexo desenfadado que lo único que estaba logrando era destrozarme a mí mismo. No podía seguir despertando en lugares desconocidos, rodeado de botellas vacías y mujeres sin nombre. Necesitaba otra cosa, algo que sólo pude encontrar hundiéndome en montañas de trabajo y responsabilidades, aunque siguiera llenando cierto vacío con sexo esporádico. Ya me he ido cuidando yo de que la cosa no pase de una noche, porque la mayoría de ellas suelen buscar algo más... y no puedo ni quiero ese más. Pero, sobre todo, huyo de las mujeres demasiado hermosas, aquellas que, como Heather, se creen que pueden destrozarte y pisotearte alegremente.

Por todo ello, ha sido un *shock* para mí que, después de elegir un destino supuestamente tranquilo, tuviera que toparme la primera noche con una aparición, con un espectro, con una diosa de la belleza. Joder, ¿puede ser el destino más cruel conmigo?

Y, claro, lo más sensato era ignorarla, hacer como que ni me había fijado en ella... pero, lamento reconocerlo, las cosas no han resultado tan fáciles. Fue mirarla y sentir un fuerte impacto en pleno plexo solar, a pesar de parecer a simple vista una mujer bonita más.

Pero no, su belleza no es normal. Patty es alta y delgada, de piel blanca, cabello dorado y unos ojos capaces de atraparte y no dejarte escapar jamás. Son verdes, clarísimos, rasgados, casi apagados, pero cargados de misterio, enigmáticos, como toda ella.

¿De verdad la he llamado Patty? Es Patricia, así que no entiendo en qué diablos estaba pensando.

He huido de ella, juro que he llegado a odiarla... por aparecer justo ahora, por ser tan increíblemente hermosa y, a la vez, ser diferente a cualquiera.

Pero no puede ser. No puedo volver a sentir esto que estoy sintiendo, porque yo ya no tengo permitido sentir. ¿Para qué? ¿Para que luego me extraigan el corazón con las uñas y lo pisoteen? Yo sólo puedo sentir deseo, porque la deseo tanto que esa propia ansia por ella me hace sentir culpable y un perfecto imbécil, ya que me prometí a mí mismo que, después de Heather, las mujeres podrían adueñarse de mi cuerpo, pero jamás de mi corazón.

¿Se pueden romper las promesas?

Como dijo Voltaire, «La ilusión es el primero de todos los placeres». Ilusión era lo que yo había perdido, lo que he vuelto a encontrar y lo que me hace parecer aún más idiota.

Cierro de golpe la maleta y la devuelvo al altillo del armario. Hoy no me apetece pensar más. Me acerco al gran ventanal a disfrutar del atardecer. Apenas son las seis de la tarde y ya está anocheciendo, por lo que puedo contemplar una enorme gama de colores sobre el horizonte del océano Índico. Y es ver el mar, el cielo, la arena o las palmeras, y acordarme de Patricia.

Me reprendo por no haber podido resistirme a besarla esta misma mañana. Sé que ella lo deseaba igual que yo, estoy seguro de ello, pero su cara, su expresión... parecían las de un conejillo asustado.

¿Qué hará aquí sola? ¿Huirá de alguna relación fallida, como es mi caso, y por eso también huye de mí? Porque eso es, exactamente, lo que yo he hecho: huir.

Hasta ahora.

Terminando de presenciar tan espectacular anochecer, doy buena cuenta de la cena en la terraza mientras ignoro las llamadas de mi madre y de mi hermana, que se acumulan en el móvil. A continuación, como en un ritual nocturno, salgo en busca del bar, para tomar un cóctel con tranquilidad, contemplar las brillantes estrellas, el oscuro horizonte y... a ella.

La decepción es grande cuando, después de sentarme y tener la bebida sobre la mesa, Patricia no aparece. Me la acabo, pido otra, ruedo la copa entre los dedos, giro la cabeza a uno y otro lado... pero ella no está.

He debido de asustarla, ¡maldita sea! Sé que no es una niña, pues aparenta alrededor de los treinta años, pero tal vez, debido a su belleza, su experiencia con los hombres haya sido nefasta porque la han agobiado en exceso, o quizá no haya sido extensa porque se han acercado a ella sólo para algo muy concreto, y lo ha rechazado.

Cuando apuro el contenido de mi enésima copa, agobiado y de mal humor, me levanto y me dispongo a atravesar el bar para marcharme. Tras hacerlo, en lugar de volver ya a mi cabaña,

decido acercarme a la playa, donde únicamente la fina y brillante línea de la espuma de las olas destaca en medio de la oscuridad. Frunzo el ceño al percibir una silueta blanca que sobresale al final de la playa. Es una persona sentada en la orilla, y sé, sin ninguna duda, que se trata de Patricia, por el inconfundible brillo de su larga melena rubia que ondea al viento. Una vez estoy cerca de ella, llamo su atención, pues creo que no ha sido consciente de mi llegada.

—Hola, Patricia —la saludo, al tiempo que me siento a su lado.

Como respuesta, da un respingo y hace amago de levantarse para marcharse.

—No, por favor —le pido mientras la sujeto por el brazo—, no te vayas. Prometo no hacer ni decir ninguna tontería.

Me hace caso, algo reticente, y permanece sentada donde estaba. Ninguno habla durante varios minutos. El agua acaricia dulcemente nuestros pies y la brisa ondula nuestro cabello y nuestra ropa. Al final, soy yo quien rompe el silencio.

—¿Qué te parece —le pregunto— si comenzamos de nuevo? Hola —le tiendo la mano—, me llamo James y vivo en Londres.

Ella titubea un instante, pero, por fin, parece decidir seguirme la corriente. Acepta mi mano y me la estrecha.

—Encantada, James. Yo me llamo Patricia y soy de Barcelona.

—Hablas muy bien el inglés, Patricia de Barcelona.

—Se me dan bien los idiomas. —Se encoge de hombros y sonrío, lo que me obliga a tragarme un jadeo, pues siento un inesperado tirón en la entrepierna. Y no es porque su sonrisa sea luminosa o excitante, sino porque no le llega a los ojos, como si sonriera de forma forzada. Su rostro expresa cierta tristeza y vulnerabilidad, a pesar de la seguridad con la que parece hablar; se trata de una mezcla que hace que la desee con más fuerza a cada segundo que pasa.

—¿Y qué te está pareciendo la isla, Patricia?

—No he visto gran cosa. —Se encoge de hombros sin dejar de mirar al frente—. Sólo pretendía descansar y únicamente me muevo por el *resort* o la playa.

—Más o menos como yo. —Entre ambos queda patente que no vamos a dar detalles ni motivos de nuestra estancia solitaria en esta isla paradisiaca.

—Al menos tú pareces tener el *hobby* del *snorkel* —me dice—. Yo me planteé no hacer absolutamente nada.

—¿Nunca lo has practicado? —le pregunto.

—No, gracias —responde de forma categórica—. No me imagino en el fondo del mar.

—Pero esta forma de buceo no es como piensas —le explico—. Sólo tienes que flotar en la superficie del agua, con la cara dentro de ella y respirar por la boca, mediante un tubo. Se ven cosas asombrosas.

—Tiene que ser bonito, pero...

—Ven conmigo mañana —la interrumpo—. Si quieres, puedo enseñarte lo más básico y practicarlo en la parte menos profunda, donde ya pueden verse corales y gran cantidad de peces.

—No sé si es buena idea...

—Vamos, ánimo —trato de convencerla, y tomo una de sus manos entre las mías—. Te aseguro que te encantará. Tómalo como una compensación por mi estupidez.

—Está bien —responde, con lo que casi suspiro de alivio—. Creo que me irá bien distraerme un poco.

—¿Estresada por el trabajo? —inquiero—. Perdona, no quería entrar en terreno personal, pero es lo habitual entre las personas que nos encontramos solas aquí. Eso o un desengaño amoroso, una pérdida...

—¿Y cuál es tu motivo, James?

Dudo un instante. Dar lástima me sigue pareciendo una mierda.

—Un poco de estrés.

—Entonces —afirma al tiempo que encoge los hombros—, has venido al lugar ideal. Es bastante tranquilo.

Siento una satisfacción inesperada. Lo normal, en cualquier otra mujer, hubiese sido hacerse la interesante, acribillarme a preguntas, interrogarme para saber a qué me dedico, si tengo novia o cualquier otro tema personal que no me apetece compartir a la primera de cambio con nadie... pero ella no. Patty no tiene interés en explicar ni en preguntar.

—Sí, muy tranquilo, me gusta. —Falta decirle que más de lo que esperaba.

—Me alegro —responde mientras se pone en pie—. Entonces, quedamos temprano, aunque no tengo el equipo necesario.

—Yo te lo conseguiré, no te preocupes. Hasta mañana, Patricia.

Cuando su silueta se desvanece en la oscuridad, me doy cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, siento una extraña decepción porque una mujer no se haya interesado en mí, lo mismo que yo me he quedado con las ganas de saber algo más de ella.

Capítulo 6

Quedar con James fue una mala decisión, seguro. He estado pensando en ello la mitad de la noche, pues tener una cita, aunque sea para bucear, con el único hombre que me ha interesado en años, sólo puede acarrearle problemas. Después, al levantarme para disfrutar del amanecer, he visto las cosas algo diferentes. Sólo van a ser unos días, al cabo de los cuales ambos nos marcharemos y olvidaremos todo lo que haya pasado aquí. Así que, ¿por qué no hacer algo divertido? Me planteé no pensar en nada estos días, pero la mente trabaja por su cuenta y quizá sea mucho mejor hacer algo que ocupe el espacio de los pensamientos negativos.

Tuerzo ligeramente el gesto. Ya veremos si bucear es algo divertido. Me imagino bajo el agua y no me hace ninguna gracia. Supongo que confío en que James sabrá instruirme bien.

Salgo del *resort* y me encamino hacia la playa, al lugar donde chocamos ayer. El corazón se me acelera un instante al acordarme del beso que compartimos, con el que llegué a excitarme. Pero, un segundo después, hago lo posible por quitármelo de la cabeza. Yo no me excito con los hombres, no me enamoro de ellos y mucho menos puedo tener una relación con uno.

Por fin, lo diviso junto a la orilla. Sonríe al verme y el corazón me da un vuelco que hasta me hace daño. Lleva puesto un bañador y una camiseta negros. La brisa revuelve su abundante cabello oscuro y le confiere un aire más juvenil y relajado. Es tan guapo y tan sexy...

Que haya tantos hombres en mi vida y que la mera visión de uno sea capaz de emocionarme hasta sentir cosquillas en cada uno de mis órganos...

—Buenos días, Patricia —me saluda—. ¿Preparada para una nueva experiencia?

Me tenso un instante. Esa frase la oigo cientos de veces en boca de los tipos que pretenden acostarse conmigo. Sacudo la cabeza para olvidarme de esos momentos pasados y de los que están aún por venir.

—Buenos días, James. Pues... no sabría qué decirte. Me hace ilusión, pero, al mismo tiempo, estoy nerviosa.

—No te preocupes, es muy fácil. —Me muestra los objetos—. Mira, éstas son las gafas, que nos pondremos bien ajustadas para que no nos entre el agua, y el *snorkel*, el tubo por donde hemos de respirar. Por ser la primera vez, no he traído aletas, que van mejor para bajar a más profundidad, pero hoy nos vamos a limitar a practicarlo aquí cerca y sólo en la superficie. Ven, acércate, te ayudaré a colocártelo. Has hecho bien en recogerte el pelo, para que todo quede perfectamente ajustado.

Se sitúa frente a mí, pasa la goma de las gafas por mi cabeza y las deja colgando de mi cuello.

—Nunca te las pongas sobre la cabeza o las perderás. Si te las quitas, déjalas colgando como si fuera un collar.

—Entendido.

—Bien, te las ajustaré. —Me coloca las gafas sobre la cara y las adapta bien con las tiras laterales, tapando mis ojos y mi nariz—. Deberás acostumbrarte a respirar por la boca, ¿de acuerdo?

—Eso espero. —Sonrío.

—Y, ahora, ajústate la boquilla en la boca. Recuerda que el tubo ha de quedar siempre fuera del agua. Si en algún momento notas que te ha entrado un poco, sólo tendrás que soplar y volverá a salir de nuevo. ¿Alguna duda?

—De momento, no.

—Si tienes algún problema, sólo tienes que salir del agua. No me separaré de tu lado.

Unas agradables cosquillas se pasean por mi vientre al oír esas palabras.

James se deshace de la camiseta, se queda en bañador y procede a colocarse la máscara y el tubo. Trato de no mirar su cuerpo, ancho y fuerte, mientras hago lo mismo con mi vestido, aunque creo que a él le ha pasado algo parecido y ha mantenido la vista algo más de lo necesario sobre mi cuerpo en biquini.

Nos metemos en el mar, él delante de mí, y me hace un gesto con la mano para que lo siga y lo imite. Observo cómo se introduce en horizontal, mete la cabeza bajo la superficie y comienza a avanzar. Un poco nerviosa, me lanzo con cuidado al agua y hundo un poco la cara. Voy justo detrás de James, pero él retrocede y se posiciona a mi lado.

Lo que comienzo a ver me deja maravillada. Sin apenas alejarnos unos metros de la costa, James me coge de la mano y tira de mí mientras seguimos la línea del arrecife de coral, que ofrece toda la gama posible de colores. Nunca imaginé unas aguas tan transparentes y cristalinas, ni poder contemplar el fondo marino con total nitidez. Emocionada, me veo rodeada de docenas de peces, que se pasean a nuestro alrededor de forma totalmente sincronizada; la mayoría de ellos tienen rayas negras y plateadas. James ya me ha soltado la mano, tras comprobar que puedo continuar sin problema.

Y así seguimos durante un buen rato, nadando entre peces, observando las infinitas formas de los corales que se mecen a un lado y a otro, hasta que mi acompañante coloca hacia arriba su dedo pulgar, con lo que quiere decirme que salgamos del agua. Lo sigo y nadamos hasta la orilla, donde nos desprendemos de las máscaras y los tubos.

—¡Ha sido alucinante! —grito nada más tener la boca libre.

—Te dije que te gustaría.

James sonrío.

—¡Me ha encantado! —vuelvo a exclamar, en medio de las risas y mi excitación—. ¡Quiero hacerlo más veces!

—Cuando quieras —me contesta—. Si te parece, mañana traigo dos pares de aletas y nos

adentramos un poco más en el mar.

—¡Sí! —Casi doy saltitos con su respuesta.

—Me alegra que te haya gustado, Patty.

Mi risa se atenúa un instante.

—¿Por qué me has llamado Patty?

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Pienso en ti como Patty y no tengo ni idea del motivo. Perdona si no debía llamarte así, si te recuerda a alguien...

—Sí, me recuerda a alguien. —Sonrío—. A mi amiga Sara, la única que me llama de ese modo.

—Bien por Sara —me dice.

Instintivamente pienso en ella e imagino que James le caería bien... pero me obligo a dejar de pensar en tonterías. Esto se me está yendo de las manos. Una cosa es distraerme y fantasear con que tengo un amigo que, encima, me agrada, y otra es la familiaridad y la confianza, dos palabras fuera de mi vocabulario con los hombres.

—Entonces, si no te molesta, seguiré llamándote Patty. ¿Quieres cenar hoy conmigo, Patty?

—No —contesto sin dudar.

—¿No? ¿Por qué? —pregunta, perplejo.

—No te hagas el tonto, James. Te agradezco tus clases y que me ayudes a pasar unos días agradables en la isla, pero no quiero nada más.

—Sólo te he propuesto venir a cenar conmigo...

—¿Seguro? —le pregunto, achicando los ojos.

—Te deseo, Patty —suspira—, no voy a negarlo y creo que te lo he demostrado, y sospecho que yo tampoco te soy indiferente.

—Pues por eso, precisamente. Hasta mañana, James.

* * *

Está empezando a molestarme que, a pesar de mi experiencia con los hombres, no sea capaz de manejar mis nervios delante de James. Decirle que no podía cenar con él y darle, además, el motivo ha sido como confesarle que no voy a ser capaz de aguantar sin abalanzarme sobre él. Si él supiera que siento más miedo que otra cosa...

Decidida y, sobre todo, harta de encerrarme en mi cabaña para no tener la ocasión de tropezarme con él, salgo y me dirijo al bar donde lo vi la primera vez. Por suerte, o quizá por desgracia, lo encuentro allí de nuevo, sentado a la misma mesa de siempre, con la misma bebida de siempre, componiendo la misma expresión de siempre en un rostro con la mirada algo perdida. Me dirijo a la barra, pido mi habitual cóctel de frutas y luego camino hacia él con un porte elegante y seguro, que soy capaz de mostrar porque lo he hecho muchas veces, demasiadas.

—¿Puedo acompañarte? —inquiero justo antes de que levante la vista y se sorprenda de verme.

—Vaya —responde—, se suponía que habías declinado mi invitación.

—A cenar —le aclaro—, no a tomar una copa.

—Eres una caja de sorpresas, Patty. Por cierto, estás... deslumbrante.

—Gracias.

La verdad, no he sido apenas consciente del atuendo que he elegido para esta noche. Llevo un vestido de color celeste, sencillo, sin adornos, largo hasta los tobillos, con un pronunciado escote que delata mis pechos libres y que resalta mi larga y rubia cabellera y mis ojos claros. Hasta ahora había lucido cortos vestidos playeros, *shorts* y camisetas, pero ni un solo día me había puesto una prenda de este estilo, sensual y provocativa, lo que suelo vestir en mis citas de trabajo, cuando quiero exhibir mi cuerpo delgado y esbelto. Aun así, el placer que me estoy permitiendo aquí es el de no maquillarme. Estoy tan harta de tener que estar perfecta para los demás que ni siquiera he cargado en este viaje con un neceser. Sólo la cara lavada. Y el único complemento que me permito lucir es una pulsera de plata con mi inicial, regalo de mi amiga Sara y que procuro no quitarme nunca.

—En realidad —le digo mientras tomo asiento con mi copa en la mano—, preferiría que me llamasen Patricia. Apenas nos conocemos y Patty es demasiado... íntimo.

—Como quieras —acepta, algo apagado, aunque alza su bebida y da un trago.

Lo sé, me acabo de poner un poco borde, pero debo guardar las distancias, ya que es la única barrera lo suficientemente fuerte como para protegerme de este hombre. Lo que no esperaba es que él fuera a tomar el mismo camino y a ponerse más borde todavía.

—Pues, para preferir tu nombre menos íntimo, el día que te besé reaccionaste, precisamente, de una forma bastante... íntima, *Patricia*. —Recalca mi nombre completo—. Gemiste en mi boca y tu cuerpo tembló en mis brazos, así que deja de aparentar que no te intereso. Conozco a las mujeres como tú, que se creen que pueden jugar al gato y al ratón, fingiendo desinterés para parecer más atractivas.

Alucinada, a la vez que indignada, me pongo en pie y lanzo contra su cara todo el contenido de mi copa, incluidos el hielo y las hojas de hierbabuena. Al instante, su cara y su camisa quedan chorreando mientras me mira sorprendido, a la vez que parece arrepentido... pero ya es tarde.

—Vete a la mierda, gilipollas. Si has venido a la isla en busca de un rollo o una aventura, lamento decirte que te has equivocado de persona. Yo no quiero nada contigo ni con nadie. No me interesas, ¿me oyes? No me interesas para nada.

—Mierda —murmura mientras desliza una mano por su pelo para intentar apartar los restos de bebida—. No sé en qué diantres estaba pensando para decirte algo así. Lo siento. Me tengo bien merecido el remojón.

—¿Lo sientes?! —lo increpo—. ¡Y una mierda! Eres como todos los tíos, que se creen con el derecho a avasallarme porque les parezco atractiva. Creéis que voy por el mundo con un cartel en el que pone «fóllame», pero nada más lejos de la realidad, porque no quiero follar con ninguno de vosotros, ¿entiendes? ¡Aspiro a mucho más que a dejarme follar por alguien!

Justo ahora soy consciente de la rabia que me ha inundado las venas, lo que ha provocado que

las lágrimas me afloran con fuerza. Me doy la vuelta para alejarme del bar, caminando todo lo rápido que me permiten los obstáculos del camino y la estrechez del vestido. El llanto va a más cuando presiento la cercanía de James, que viene corriendo detrás de mí mientras pronuncia mi nombre.

—¡Patricia! ¡Por favor, espera! ¡No te vayas! ¡Para, por favor!

Justo al alejarnos de la arena, en mitad de la oscuridad de uno de los jardines que rodean el complejo, James no se da por vencido, por lo que, en un par de zancadas, consigue alcanzarme y sujetarme por un brazo.

—¡No me toques! —le grito mientras intento zafarme de él. Las lágrimas continúan brotando de mis ojos y caen en arroyos por mis mejillas—. ¡Suéltame, déjame en paz!

—¡Basta, Patricia, por favor! —trata de calmarme mientras me agarra por los brazos—. Por favor, estate quieta un momento y mírame. Mírame, te lo suplico.

Pero no estoy por la labor de parar ni de mirarlo. Estoy fuera de mí y únicamente quiero desaparecer y verlo desaparecer a él. Por su parte, James no parece muy de acuerdo, por lo que acaba estrechándome entre sus brazos. Me resisto unos instantes, pero, al final, agotada, me dejo caer en su pecho hasta que controlo las ganas de seguir llorando. Él acaricia mi pelo y me arrulla para reconfortarme.

—Te aseguro que buscar un ligue era mi última intención —me confiesa—. Sólo he venido a descansar y a relajarme.

—Relajarte... qué sutil —le recrimino.

—No es lo que piensas, te lo prometo. Simplemente, apareciste... y, aunque hice todo lo posible por rehuirte, ahí estabas, cada vez que me daba la vuelta. Y entonces ya no pude evitar mirarte o acercarme a ti. Me pareces diferente a cualquier mujer que haya conocido. Bella, sí, pero también frágil, misteriosa, casi etérea. —Acaricia mi rostro y mi pelo—. Me volviste loco nada más verte.

—Ya —gruño—. El típico tío al que sólo le interesan las mujeres que lo rechazan. Soy tu reto, claro.

—Sabes que no —murmura—. Sabes que las primeras veces me comporté contigo como un imbécil para que no te acercaras ni creyeras que quería nada contigo.

—Tal vez pensaste en mí como sustituta de cualquiera de tus novias —insisto—, alguna que te haya dejado y tu ego no haya podido soportarlo, pero puedes ir olvidándolo.

—Imposible —susurra, sin dejar de mirarme, tan cerca que puedo verme reflejada en las motitas verdes de sus ojos castaños—. Tú jamás podrías ser sustituta de nadie.

Estamos muy cerca, tanto que siento su respiración penetrar en mi boca. Sus manos rodean mi espalda y mi pelvis está encajada en la suya, por lo que siento la dureza de su erección clavada en mi carne. Y vuelvo a excitarme, como el día del beso en el agua. Deseo que me bese, que me abrace, que me toque...

Debo de ser un libro abierto, porque James baja la cabeza y busca mis labios con los suyos, me

los abre, los penetra y busca mi lengua de forma casi desesperada, de la misma forma que yo le respondo. Y, de nuevo, con este beso, vuelvo a sentir que todas mis células despiertan, renacen, porque deseo a este hombre con todas mis fuerzas. Es un beso que contiene poder de sanación, porque puede hacer que me olvide de todo, aunque sólo sea por unos minutos. Por ello, yo misma profundizo más mi lengua, en busca de lo más hondo de su boca, mientras él presiona con más ímpetu mis glúteos, empotrándome contra su pelvis y clavando su tórax contra mis pechos, que cosquillean de placer por el roce y la presión.

—Dios, Patty —susurra a un solo milímetro de mi boca, antes de seguir besando cada parte de mi rostro y bajar después a mi garganta—. Sabía que sería así contigo, lo sabía. Por eso hui de ti al principio, pero ya no quiero alejarme más, ni quiero que tú lo hagas.

—Pero no puedo, James —murmuro en un gemido—. No puedo...

—¿Estás segura?

En este instante, baja la cabeza y resigue con sus labios mi garganta y mi escote hasta llegar a uno de mis pechos, que lame por encima de la tela del vestido hasta dejarla completamente mojada. Mi pezón se vuelve duro, sensible, y parece tirar de mi sexo con un hilo invisible que me hace gemir desesperada.

—Vayámonos de aquí —me pide—. Quiero estar contigo, Patty, hacerte el amor en mi cama...

—No... no puedo... No debo...

Estoy en una especie de limbo de excitación que apenas me deja razonar. Por eso apenas soy capaz de quejarme cuando James me coge en brazos y, a grandes zancadas, me lleva hasta su cabaña. Una vez en el interior de la misma, me vuelve a dejar en el suelo y me abraza para besarme al mismo tiempo que desliza los tirantes del vestido por mis hombros. La prenda cae al suelo en un charco azul y quedo sólo con el tanga, por lo que James para un instante para contemplarme.

—Ya te he visto desnuda —jadea—, pero sigues siendo una auténtica aparición, tan preciosa... He soñado con este momento, en que te haría el amor despacio, pero te juro que no puedo. Me sería imposible ahora mismo detenerme un solo instante.

Me quita el tanga, me conduce hasta una pared, donde me apoya, y comienza a besarme con frenesí. Yo le sigo respondiendo con el mismo ímpetu, enlazando mi lengua con la suya, saboreando cada rincón del interior de su boca. Al mismo tiempo, forcejeo con su ropa y consigo arrancársela toda para que ambos quedemos desnudos. Cuando su cuerpo se pega al mío... Dios, no me veo capaz ahora mismo de ponerle palabras a lo que siento. Soy como un volcán a punto de estallar que necesita una salida para poder dejar libre todo el fuego que alberga en su interior y que nunca nadie ha conseguido ni siquiera encender.

La boca de James deja mis labios para bajar de nuevo hacia mis pechos, donde se detiene para chuparlos a conciencia mientras yo no dejo de gemir, acorralada entre su cuerpo y la pared. A continuación, se deja caer de rodillas al suelo para besar mi vientre, mis muslos y, ante mi grito de placer, el mismo centro de mi sexo.

Hace tanto tiempo... Dios mío, ya no recordaba lo que era derretirse de gusto... o, tal vez, prefería no recordarlo. Durante un único segundo, me visita una idea de lo más pesimista: «¿Cómo has dado lugar a dejarte llevar por la pasión y la atracción por un hombre? ¿Qué pasará luego, cuando tengas que follar con cualquier desconocido que haya pagado una pasta por tu compañía? ¿Qué será de ti después de James?».

Después de James...

No, ahora no puedo pensar. Su lengua, húmeda y caliente, se adentra en mis labios íntimos y mi clítoris y me hace estallar en un potente orgasmo que me pilla de improviso y me obliga a gritar mientras me estremezco de la cabeza a los pies.

Sin embargo, James no me da tregua. Se pone de pie, se coloca un preservativo que no he visto de dónde ha sacado, me levanta una pierna y me penetra de pie. Siento el impacto de la pared en mi espalda y el de su miembro en mi cuerpo al tiempo que él me agarra de los muslos para alzarme y embestirme de forma que mis pies no toquen el suelo. Su rostro queda frente al mío y no hace falta que hablemos. Todo lo dicen nuestras expresiones, nuestros jadeos, el deseo con el que nos miramos, nuestras uñas clavadas en la carne del otro. Sorprendiéndome de nuevo, me asalta un nuevo orgasmo provocado por los golpes de su miembro en mi vagina y vuelvo a jadear y gritar, pero él no se ha corrido todavía y me lleva hasta la cama, sin salir de mi cuerpo. Se sienta en el filo y yo quedo sentada a horcajadas sobre él. Me agarra de la cintura y me ayuda a que lo cabalgue mientras me lame los pechos, me los pellizca, me besa el cuello, la boca... Una auténtica vorágine de placer nos consume antes de que yo vuelva a alcanzar un nuevo clímax al tiempo que lo alcanza él. Después, ambos caemos sobre la cama y tratamos de que el corazón no se nos salga por la boca.

* * *

El sudor de nuestros cuerpos comienza a enfriarse mientras seguimos entrelazados sobre la cama. La palma de la mano de James calienta mi piel, posada como está sobre mi vientre, lo que me otorga una buena dosis de paz y de relajación. Sin embargo, como todo lo bueno en la vida, no puede durar mucho, así que aparto su mano y me incorporo para sentarme en el borde del colchón y escanear la habitación en busca de mi ropa.

—¿A dónde vas? —me pregunta antes de erguirse también y besar mi hombro y mi espalda. Dos simples gestos que me llenan de calor por dentro.

—A mi cama —respondo al tiempo que me pongo en pie y localizo mi vestido. Me lo pongo y sigo buscando el resto de mis cosas.

—Yo no te he echado —comenta después de colocarse detrás de mí y volver a besarme, esta vez en la nuca, tras apartar mi pelo—. Puedes quedarte aquí el resto de la noche.

—No —contesto de forma tajante—. No me gustan las camas ajenas.

Estoy tan harta de compartirla con tipos que han pagado por ello que dormir sola me parece un

lujo.

—Perdona —me dice mientras coge mi mano y me conduce de nuevo al filo de la cama, donde ambos nos sentamos—, pero me da la sensación de que llevabas bastante tiempo sin probar camas ajenas. No me considero un amante tan espectacular como para la respuesta tan... entusiasta que me has regalado. Debía de hacer mucho tiempo desde tu última vez.

Mi última vez... Si nos referimos a la última vez que me corrí, sí, debe de hacer siglos. Pero si hablamos de la última vez que follé con otro... sólo hace unos días. Mi mente es asaltada por imágenes de la última orgía que se montó en el hotel de Estocolmo y casi siento ganas de vomitar.

También es verdad que tan mal amante no será cuando he tenido tres orgasmos... o quizá sean los años de sequía, todo es posible.

—Tengo que irme, James —me limito a decirle mientras me cuelgo los zapatos de los dedos y hago lo mismo con el tanga y el bolso.

—Espera —me detiene al llegar a la puerta—. ¿Nos vemos mañana? Si no te apetece practicar *snorkel*, podemos visitar algún rincón de la isla. Todavía no hemos visto nada y me consta que hay lugares preciosos.

Me enternecen sus ansias de volver a quedar conmigo. Por mi parte, no sé lo que quiero hacer, ni siquiera unas horas antes de que amanezca el próximo día. Llevo tanto tiempo teniendo como únicos objetivos el trabajo y mi futuro que no estoy acostumbrada a hacer planes no relacionados con esos dos temas.

—Mañana te digo algo, James.

Mi intención es marcharme sin más beso o gesto cariñoso, pero mi amante me agarra de la muñeca, me hace girar hacia él y me planta un beso en la boca, largo y profundo, que me revuelve las entrañas.

—Hasta luego, Patty —se despide, con una sonrisa, antes de dejarme marchar.

* * *

Me desplazé hasta esta parte del mundo para descansar y dormir, pero, aunque sí estoy haciendo lo primero, de lo segundo... más bien poco. Dicen que no duerme bien quien no tiene la conciencia tranquila, y puede que sea así en mi caso, aunque creo que tiene mucho que ver con eso cierto inglés de semblante serio, ojos castaños con chispas verdes y una sonrisa que derrite hasta un corazón helado como el mío.

Joder, me he acostado con él. Mala idea, muy mala idea. Yo no puedo mantener una relación con nadie debido al trabajo que desempeño en cierta agencia. Y, por si eso fuera poco, a partir de ahora, cada vez que tenga que follar con cualquiera, me va a parecer mucho más repulsivo que antes.

Decido dejar de dar vueltas en la cama. Sólo son las cuatro de la madrugada, pero me levanto, me pongo el biquini y uno de mis vestidos ligeros y me encamino a la playa. Todavía no ha

amanecido, pero la visión de la estampa que ofrece a estas horas la orilla del mar, oscura, brillante y casi tenebrosa, me deja sin palabras. Me froto los brazos, porque hace algo de fresco, pero la brisa parece renovarme por dentro y por fuera. Me acerco al agua para mojar me los pies, abro los brazos y miro hacia el negro cielo salpicado de estrellas. Mi pelo y mi vestido ondean como una bandera al viento y siento deseos de reír, algo que sin duda hago demasiado poco.

Un instante después, bajo la vista y frunzo el ceño. Diviso una silueta oscura que se recorta contra el brillo que emite el agua gracias a la luna. Sonrío, porque la reconozco al instante: es James, que también parece estar paseando por la orilla. Se detiene cuando me ve y, seguidamente, retoma el paso y comienza a acercarse a mí.

Y es ahora, justo en este momento, cuando acepto la idea que ronda en mi mente con claridad meridiana. Sólo me quedan unos pocos días aquí en la isla, para descansar... y disfrutar de la compañía de James.

Creo que su presencia en la isla, coincidiendo conmigo, ha sido un regalo. No sé si me lo merezco o no, pero, si algún tipo de destino o providencia lo ha decidido de este modo, no veo nada malo en aprovecharlo. Hasta me parece oír la voz de mi madre: «Patricia, hija, nunca haces nada por ti misma, sólo por nosotros, por ese trabajo tan absorbente que tienes, por cualquiera antes que por ti. Regálate algo alguna vez, pero algo que no se pueda comprar con dinero, de esas cosas ya tienes de todo. Regálate un poco de felicidad.»

Vuelvo a divisar a James, su alta figura, su cuerpo esbelto. No puedo ver apenas su rostro debido a la oscuridad que aún lo envuelve, pero apostaría cualquier cosa a que está sonriendo y feliz de verme. Y yo también estoy sonriendo y feliz, porque, a pesar de que sólo vayan a ser unos días y de que luego todo vuelva a mi penosa normalidad, creo que puedo permitirme este regalo. James es para mí, ahora mismo, ese pedacito de felicidad que nunca me he obsequiado.

—¿Ves como hay conexión entre nosotros? —me dice nada más llegar a mí—. No hemos dejado de coincidir en todo momento desde nuestro primer encuentro. Como ahora, todavía de noche, y ambos despiertos y paseando en el mismo lugar.

—¿Aunque nuestros primeros encuentros fuesen más tropiezos que otra cosa? —le pregunto, divertida. Como si lo hiciese todos los días, me acerco a él y rodeo su cuello con ambos brazos.

Ni siquiera lo he pensado. Simplemente, me ha apetecido tocarlo en cuanto ha aparecido y lo he contemplado abiertamente, sin el miedo de las primeras veces. Sí, miedo a que me gustase de verdad, porque no es solamente un hombre guapo, se trata de mucho más. Junto a su belleza, posee un magnetismo difícil de explicar. Su oscura mirada, su boca carnosa, su forma de andar, como la de un modelo de Armani, su semblante serio..., aunque es su sonrisa la que sería capaz de desintegrar cualquier prenda de ropa femenina, tan sensual y perfecta. Y hasta ahora sólo lo he visto desnudo, en bañador o pantalón corto y camiseta... ¿Cómo estará vestido más formal? Lo imagino con traje, corbata y camisas de seda, y siento un tibio pellizco en el corazón.

—Me encanta tropezar contigo —susurra al tiempo que con sus manos acaricia mi espalda y mis costados—. ¿Por qué no te has quedado a dormir conmigo? —pregunta—. Mira el resultado:

ninguno de los dos puede pegar ojo.

—Tal vez sea porque no tuvimos suficiente —le susurro al oído antes de atrapar con mis dientes el lóbulo de su oreja.

James parece sorprenderse. Claro, no esperaba esa respuesta por mi parte, ni las palabras ni el gesto.

—¿Por qué eres tan misteriosa, Patty? —murmura en mitad de los besos que reparte por mi cuello y mi hombro—. ¿Por qué a veces creo que no te importo y otras me haces creer que soy el héroe que te rescata?

Dejo de besar su mentón para poder reír.

—Tal vez el misterio sea que tengo trastorno de doble personalidad —suelto en broma.

—No, no lo creo —contesta—. Y lo sé porque creo que te pasa exactamente lo mismo que a mí: tienes miedo. Miedo a ser feliz.

—Ya no —le respondo—. El pasado ya no se puede cambiar, el futuro ya lo tengo previsto, y el presente... eres tú.

—Joder —gruñe al tiempo que agarra mi pelo con fuerza para atraerme hacia él y colocar su frente sobre la mía—. Vas a hacer que pierda la cabeza por ti, cariño. Si llego a saber que me esperabas en esta isla, hubiese sido capaz de cambiar el rumbo de mi vida por aparecer antes aquí, para encontrarte, para conocerte, para poder vivir lo que estoy viviendo contigo.

Ni aunque viviese cien años iba a encontrar a alguien que volviese a decirme algo así. Creo que he hecho bien en concederme este deseo.

—James... —susurro antes de lanzarme sobre su cuerpo y besarlo con toda el ansia que he reprimido desde que lo vi. Sus fuertes brazos me rodean y me oprimen, lo mismo que su boca comprime la mía en busca de mi lengua, mis dientes, mi paladar. Me dejo arrastrar cuando hace que descendamos al suelo y nos tumbemos sobre la arena para continuar besándonos. Siento el frescor en mi espalda y la humedad en mis piernas, pues el agua de la orilla, aunque mansa, se desliza sobre nosotros para cubrirnos con su frescor salado.

—Patty, cariño —murmura James en medio de nuestros frenéticos besos—, quiero hacerte el amor aquí mismo, en la orilla de la playa, bajo las estrellas.

—Yo quiero lo mismo —le digo antes de tirar de su camiseta para sacársela por la cabeza, y del elástico de su pantalón, arrastrando también sus calzoncillos, para dejarlo desnudo. Él me arranca prácticamente mi vestido y mi biquini, y besa cada tramo de mi piel, desde mi boca a mi vientre, pasando por mis pechos, mis costados, mis caderas, para luego bajar en dirección a los dedos de mis pies, mojados por el agua salada.

Jamás en mi vida he sentido una mayor sensación de paz y libertad que en este momento, en el que estoy tumbada sobre la arena mientras el mar y James acarician mi cuerpo en mitad de la noche. Lo veo palpar sus pantalones y luego enfundarse un preservativo. Emito un profundo jadeo cuando su cuerpo se coloca sobre el mío, me penetra y acompasa las embestidas de sus caderas con los eróticos besos que nos damos. Elevo mi pelvis en busca del contacto total y, cuando se

avecina el clímax, me abrazo a sus hombros para sentirme segura mientras caigo por el abismo del placer.

Al acabar, ambos seguimos abrazados, envueltos en una pegajosa capa de arena que cubre nuestros cuerpos y la totalidad de nuestros cabellos. Sin habernos dado cuenta, el sol ha hecho su aparición tras el horizonte y el paisaje comienza a dibujarse a nuestro alrededor.

—¿Te apetece un baño para lavarnos un poco? —me pregunta James tras un dulce beso en los labios.

—¡Por supuesto!

Los dos salimos corriendo y nos adentramos en el mar, en medio de los fuertes chapoteos que provocamos para salpicar al otro. Él sumerge mi cabeza para lavarme el pelo, yo sumerjo la suya y aprovecho para subirme en sus hombros. Él me tira hacia atrás, me hundo y muerdo sus glúteos y pantorrillas. Después me persigue, dejo que me atrape, nos besamos, nos tocamos, volvemos a excitarnos...

—Será mejor que nos comportemos. —James ríe mientras todavía me tiene en brazos—. Empieza a clarear y cualquiera podría andar por aquí.

—Sí, será lo mejor. —Estoy de acuerdo. Han sido demasiadas las veces que he follado con espectadores y, a pesar de que siempre fue fingido por mi parte, es algo que jamás haría con James.

Nos damos una ducha en su cabaña, tomamos un opíparo desayuno en su terraza y decidimos qué hacer con el resto de la mañana. En primer lugar, cogemos todo lo necesario para volver a practicar *snorkel*, esta vez con aletas en los pies para poder alejarnos un poco más de la costa y contemplar la maravilla del fondo marino. Después, aprovechando que se está formando un grupo para montar una excursión, James me propone que vayamos a Port Louis, la capital, para pasear y contemplar sus edificios coloniales, el jardín botánico y algunas tiendas. En un principio acepto un poco reticente, demasiado acostumbrada como estoy a huir del mundo y de las personas, pero luego compruebo que, en compañía de James, eso parece más fácil, incluso aparentar que todo en mi vida es normal. Durante varias horas, caminamos, reímos, compramos tonterías y recuerdos para la familia, hacemos un montón de fotografías y *selfies*... Sé de antemano que las más acabarán borradas de mi móvil, pero, de momento, disfruto de cada instante bonito y divertido que se me conceda.

Una vez en su alojamiento, tras ducharnos y vestirnos, cenamos de nuevo en su terraza. Esta noche, en lugar de ir después al bar, nos quedamos aquí, tranquilamente, en un par de tumbonas acolchadas, tomando cada uno nuestro combinado favorito bajo el cielo estrellado. Tras unos minutos en relajante y cómodo silencio, es James quien comienza una conversación.

—Hacía tiempo que no pasaba tantas horas seguidas sin pensar en el trabajo, en mi familia o en... otras cosas. Ha sido un día genial, Patty; gracias.

—¿Le dices lo mismo a todos tus ligues de verano? —le pregunto en broma, a pesar de la tibieza que se acaba de expandir en mi pecho con sus palabras.

—No soy hombre de ligues de verano —me contesta mientras se gira en su tumbona y posa el dorso de sus dedos sobre mi mejilla—. Tengo un trabajo muy absorbente, poco tiempo y viaje demasiado.

—Polvos eventuales, entonces —le digo.

Me reprendo a mí misma por hacer esa mención, como si me interesase o, incluso, me molestase. En muchas ocasiones he tenido que oír las historias personales de los hombres que me contratan, historias que me importaban un pimiento y que debía simular que me interesaban. Sin embargo, en este instante, siento curiosidad por saber algo de James, interés verdadero por conocer algo de su vida.

—Algo así. —Tuerce el gesto—. Siento que suene mal.

—No suena mal, aprecio la sinceridad —afirmo.

Para matarme.

—Supongo que siempre tenemos algo que esconder —comenta—, aunque eso tampoco suena muy bien. —Sonríe.

—Pero también me parece muy real. Comparto tu opinión de que todos guardamos secretos.

—Qué fácil es hablar contigo —murmura.

—Pues no lo pareció al principio. Tenías pinta de odiarme.

—Sí, te odié. Me resistí a dejarme obnubilar por una cara bonita y supuse que sería simple atracción, que volvería a ser lo mismo de siempre. La primera vez que hicimos el amor creí que se me quitaría el ansia que sentía por tocarte.

Mientras me habla, su voz se dulcifica y acaricia mi pelo y mi rostro.

—¿Y ya se te ha quitado? —le pregunto sin dejar de observar sus expresivos ojos castaños.

—Sabes que no —susurra—, que, mientras estás cerca de mí, soy incapaz de dejar de mirarte y de tocarte; que ando loco buscando un instante a solas para poder besarte, y sueño durante horas con ese momento en el que pueda hacerte el amor.

—Bueno... —compongo un mohín para tratar de disimular la emoción—, a mí también suele apetecerme todo eso que me cuentas.

Mientras hablo, me arrodillo en su tumbona y comienzo a desabrochar los botones del vestido que llevo puesto, una prenda blanca que se abotona por la parte delantera. Una vez abierto, me lo saco por los brazos y quedo sobre James únicamente con las braguitas; mis pechos desnudos quedan a la altura de su rostro y él aprovecha para acariciarlos y lamerlos con devoción.

—James... —Suspiro al sentir su lengua, húmeda y caliente, en mis pezones. Entre jadeos, consigo sacarle la camiseta por la cabeza para poder lamer su pecho, y le desabrocho el pantalón. Una vez que consigo extraer su miembro, ya excitado, me dejo caer hasta sus piernas para poder inclinarme y lamer su suave y brillante piel.

—Patty... —gime cuando me lo introduzco en la boca, lamo su húmeda punta y toda su longitud. Me sujeta por la cabeza y sus caderas se mueven por instinto mientras mi boca lo recorre arriba y abajo.

Cuánto tiempo hacía que no disfrutaba con algo así. Cuánto tiempo hacía que chupar una polla no era más que un acto con el que ganar más dinero. Cuánto tiempo hacía que no me excitaban los gemidos de placer de un hombre...

Cuánto tiempo hacía que no vivía.

James, fuera de sí, me arranca literalmente de su miembro para colocarme a horcajadas sobre sus piernas mientras, con una sola mano, extrae un sobre plateado del bolsillo trasero de su pantalón. Se enfunda el preservativo con rapidez, me saca las bragas de un tirón y me penetra de una certera embestida al tiempo que ambos emitimos un hondo suspiro de placer. Aferrada a sus hombros, comienzo a subir y bajar, aunque, en esta ocasión, sin la desesperación de las otras veces. Yo soy la que marca el ritmo, la que lo tranquiliza, para que nuestra unión dure mucho más rato. Vuelvo a colocar mis pechos en su boca para que pueda darse con ellos un festín al tiempo que me sujeta por los glúteos y sigo subiendo y bajando, subiendo y bajando, con lentitud, estirando el momento, alargando el placer...

—Patty, por Dios... —gime sobre mis pechos—, vas a matarme...

—Chist —lo hago callar—. Aguanta un poco y saborea cada segundo...

Vale, me he pasado de lista, porque ni él aguanta ni yo tampoco. Con la rapidez de un rayo, me toma de la cintura para darme la vuelta, pero la tumbona es estrecha y acabo sobre las tablas del suelo. Por suerte, la altura ha sido poca y el costalazo en mi espalda apenas me ha dolido.

Y entonces es él quien marca el ritmo, pero, en esta ocasión, acelerado y sin permitirse coger aliento. Ambos nos movemos a un compás endiablado y acabamos gritando de puro gozo cuando el orgasmo nos alcanza y nos atraviesa de lado a lado. Desparramados en el suelo, tardamos algunos minutos en recuperar el aire que no hemos respirado hace rato.

—Te lo dije —murmura James, todavía sobre mí, mientras acaricia mi rostro con el suyo sudoroso—, soy incapaz de mantener las manos alejadas de ti. Así que, si me pides paciencia, no te prometo concedértela.

—Ya lo he visto —contesto con una sonrisa.

Estoy tendida en el suelo y me siento tan relajada y feliz...

Él me ayuda a levantarme y tira de mí para sacarme a toda velocidad de su alojamiento en dirección a la playa. No me da tiempo ni a replicar que ambos estamos desnudos aún, aunque él se adelanta con la explicación mientras corremos por la arena.

—¡A estas horas nunca hay nadie! —aclara entre risas—. ¡Vamos, Patty!

Y yo me dejo arrastrar. Ambos caemos al agua y nos refrescamos, aunque nuestros cuerpos vuelven a excitarse tan rápido que es imposible no tocarnos, masturbarnos y besarnos bajo el agua. No es hasta varias horas más tarde, después de volver a hacer el amor, que ambos caemos sobre la cama, muertos de cansancio, pero, al menos en mi caso, más vivos que nunca.

De todos modos, ha de ser el agotamiento y tantas horas sin dormir lo que me hace oír una proposición de James que dudo que sea real. Ya entra el sol por la enorme cristalera y siento su

fuerte cuerpo a mi espalda. Sus manos acarician mi vientre y mis pechos mientras su miembro se incrusta entre mis glúteos y su boca lame mi hombro y mi oreja.

—Escúchame, Patty —me susurra—. Tengo algo que decirte.

Capítulo 7

James

Sé que es tarde por el sol que entra ya por el enorme ventanal. Sonrío. Debe de hacer una eternidad que no se me hace de día metido en la cama. Me doy la vuelta sobre las sábanas y abrazo el cuerpo tibio que duerme a mi lado. Mis manos viajan solas hasta sus pechos suaves, lo mismo que mi pelvis, que se incrusta por su cuenta entre sus glúteos. Humm, qué maravilla. Patty se remueve al tiempo que coloco mi boca en su hombro para poder besar su piel caliente. De ahí voy subiendo por su cuello hasta detenerme en su oreja, que lamo con suavidad mientras empiezo ya a percibir sus gemidos.

Sólo llevo despierto unos minutos, los suficientes como para haber llegado a una conclusión muy clara. Y así se lo hago saber a Patty en cuanto detecto bajo mis manos que ya se ha despertado.

—Escúchame, Patty —le susurro al oído—. Tengo algo que decirte.

—¿Ha de ser ahora? —contesta, somnolienta, mientras comienza a mover sus caderas y la fricción sobre mi miembro me pone duro como una roca.

—Bueno —gimo—, no va de un par de minutos.

—¿En serio? —Sonríe. El vaivén de su cuerpo comienza a tomar velocidad y la excitación se apodera de mí—. ¿Piensas acabar en dos minutos?

—Contigo no soy capaz de aguantar más —gruño mientras cojo un preservativo de la mesita de noche y me lo enfundo.

Sin soltar sus pechos, me deslizo en el interior de su cuerpo en mitad del largo gemido de ambos. Mi sangre ya ha comenzado a desplazarse a toda velocidad por mis venas, caliente, casi hirviendo. Clavo mis dientes en su nuca y sus hombros mientras pellizco con fuerza sus pezones y mis caderas la embisten desde atrás. En unos pocos envites, siento que su vagina se estremece alrededor de mi miembro y, segundos después, alcanzo el clímax, estremecedor, ardiente, insuperable.

—¿Y te escandalizabas porque necesitara dos minutos? —le digo después de saborear el intenso placer.

—Yo no me he escandalizado. —Sonríe con un mohín tras darse la vuelta entre mis brazos y colocar su rostro a la altura del mío—. ¿Qué era eso que tenías que decirme? ¿O ya se te ha olvidado?

—No —ríe—, no se me ha olvidado, a pesar de que, contigo desnuda en mi cama, es lo más

probable que puede suceder. —Me mira, algo impaciente, pero visiblemente relajada. Sus ojos claros y misteriosos no pierden detalle y me observan detenidamente—. El motivo por el que decidí hacer este viaje fue porque mi novia me dejó, justo el día que compré un anillo de pedida.

—Lo siento —me dice. Posa su mano en mi mejilla y me mira de una forma que no había hecho antes. Sus ojos, normalmente distantes, parecen ahora dos luces que brillan para mí, para consolarme... y lo consiguen, puesto que siento el calor y la dulzura que me traspasan.

—Heather fue la única mujer que me hizo pensar en el matrimonio, porque creí que lo que sentía por ella era amor —le explico—, pero está claro que no tenía ni idea. Desde que te conozco, he pensado en varias posibilidades, como que fueron más las ganas de sentar cabeza o que mi madre lleva demasiado tiempo insistiendo en que me case y le dé nietos. —Ambos reímos, pero sólo soy yo el que habla—. No, Patty, aquello no era amor. El amor que yo concibo ahora es algo mucho más intenso, para lo que no tengo palabras en este momento.

Mejor no profundizar en el tema.

—Sólo nos quedan dos días en la isla —le comento al tiempo que cojo sus manos—, que, seguramente, aprovecharemos al máximo... pero no quiero que la cosa acabe ahí, Patty. Quiero que esto que hemos comenzado en esta isla siga después de este viaje.

Hago una nueva pausa, pero no hace comentario alguno. Sus impenetrables ojos continúan mirándome, sin parpadear.

—Sé que vivimos a más de mil kilómetros de distancia, pero son menos de dos horas en avión. Todavía el silencio; todavía su inquietante mirada.

—Quiero volver a verte, Patty. Para empezar, me gustaría que me acompañases a una boda —le suelto sin preámbulos.

—¿A una boda? —me pregunta con el ceño fruncido.

—Sí, la de mi hermano mayor.

—Estará toda tu familia... —titubea.

—Sí, y me gustaría que la conocieses —le digo—, y que ellos te conociesen a ti. No te preocupes, son buena gente y te harán sentir cómoda. Me encargaré de que no te hagan demasiadas preguntas, aunque no puedo prometerte que mi hermana se vuelva un poco loca contigo, con las ganas que tienen ella y mi madre de verme emparejado.

Puede que la haya asustado. Ha sido tan clara la visión que he tenido de nosotros con mi familia que he sentido el deseo inmediato de llevarla conmigo para presentarla. Sé que es ella... la mujer que, sin buscar, he encontrado, lo que necesitaba, la que me ha devuelto la ilusión y la paz que había olvidado desde hace tanto tiempo.

Quizá me haya precipitado un poco y se haya quedado muda de la impresión, porque no ha dicho nada todavía. Únicamente me mira, casi me atraviesa, con sus hermosos pero distantes ojos verdes.

—No pretendía asustarte, cariño —le digo mientras aparto un rubio mechón de su frente—. Es sólo que quiero que sepas que esto no ha sido para mí una aventura pasajera. ¿O acaso pensabas

que, cuando nuestra estancia aquí acabara, me despediría de ti sin más?

Por fin su expresión parece cambiar, aunque no podría definir qué es lo que expresa.

—No, James —me dice con dulzura, después de posar su mano en mi áspero mentón—, no me has asustado. Es más, yo también deseo continuar con esto, y me haría ilusión conocer a tu familia.

—¿De verdad? —le pregunto, aliviado. Beso la palma de su mano y rodeo sus piernas con las mías para atraerla más a mí—. Por un momento he pensado que me había precipitado, pero sé que tú estás sintiendo lo mismo que yo, Patty, que esto que nos ha pasado no ha sido sólo atracción sexual. Siento contigo una afinidad y una conexión difíciles de explicar... y tengo claro que tú lo sientes de la misma forma.

—Sí, es verdad —afirma. En este instante, su sonrisa se hace ligeramente más cálida, aunque siga habiendo un resquicio de inquietud al fondo de sus ojos claros—. Yo lo siento igual que tú, James.

—Perfecto —suspiro antes de sembrar su rostro de besos—. Y ahora, aclarado todo, ¿tienes algún plan para nosotros hoy? Aunque ya haya pasado la mañana porque se nos hayan pegado las sábanas. —Sonríe. Estoy feliz y se me nota en las tonterías que no paro de decir.

—Hoy me gustaría, simplemente, pasear contigo por la playa, nadar, charlar —comenta mientras sale de la cama y busca su vestido—. Antes, si no te importa, me gustaría pasar por mi cabaña y saludar a mis padres y a mi amiga Sara por teléfono. Tendría que ir hablándoles de ti.

—Por supuesto. —Me levanto también y me acerco a ella para darle un beso en la frente—. Me ducharé y te esperaré en la playa.

—Sí, perfecto.

Sin que lo haya previsto, Patty acuna mi rostro entre sus manos y se acerca para darme un beso largo, profundo, infinito. Nuestras lenguas se saborean tan a conciencia que, con seguridad, habremos dejado impreso nuestro sabor para siempre en nuestras memorias. Por un instante, siento una especie de inquietud, porque es la clase de beso que se darían dos amantes que no iban a volver a verse... pero esa desazón se esfuma en cuanto ella me mira y me sonrío.

—Luego nos vemos, cariño.

Cuando desaparece por la puerta, me quedo unos segundos en medio de la estancia como un bobo enamorado.

Joder, ¿puede ser? ¿Me he enamorado? ¿He sido capaz de volverlo a hacer después de la traición de Heather? ¿Después de prometerme que nunca más lo haría de una mujer con aspecto de modelo, de esas que suelo detestar desde entonces?

Todavía no tengo la respuesta. Hace sólo unas horas estaba cabreado y confuso por los recuerdos dolorosos, por reconocer que, poco a poco, la visión que tenía de Heather ha cambiado..., de pensar en ella como la pérfida mujer que me dejó a estar casi seguro de que abandonarme ha sido lo mejor que ha hecho por mí.

En este momento siento que la mujer que conocí hace tan sólo esas mismas horas ha conseguido aminorar esa ira y ese sentimiento de fracaso, y devolverme un resquicio de esperanza para volver

a creer en el amor.

Optimista e ilusionado, tras darme una rápida ducha, cojo el móvil y llamo también a mi familia. Trato primero de hablar con mi madre, pero, como suele pasar, su teléfono anda desconectado. Lo intento después con mi hermana.

—¿Jamie? —contesta—. ¿Eres tú? ¡Alabado sea! ¡Te has dignado llamar a tu familia para comunicarnos que sigues vivo!

—Qué placer escucharte, hermanita —contesto con una mueca.

—No seas tan dura con tu hermano, Alice. El pobre necesitaba este viaje.

—¿Madre? —pregunto cuando la oigo hablar—. ¿Estás con Alice?

—Sí —contesta ésta—, nos has pillado de camino a casa, en el coche. Y, bueno, ¿qué tal en tu isla? ¿Has conseguido relajarte un poco y dejar de odiar al resto del mundo?

—Pues, mira tú por dónde —le respondo con retintín—, sí, estoy bastante más tranquilo.

—¿De verdad, hijo? —interviene mi madre—. No imaginas lo que he sufrido con el tema de la ruptura.

—Pues no hace falta, madre, te lo aseguro; no sigas sufriendo. He descubierto que únicamente tengo que dedicarme a vivir. El resto, el dolor o la ira, sólo sirven para aprender a darle valor a los buenos momentos. Sin lo malo, no podríamos apreciar lo bueno. Sin el fiasco de Heather, tal vez no hubiese descubierto que hay personas que te cambian la vida en un instante.

—Todo ese discurso te lo hemos soltado más de una vez, hermanito —comenta mi hermana con un bufido—, pero no nos has hecho ni caso. ¿No será que, en tu viaje, has tenido la motivación de alguien, digamos... del género femenino?

—No digas paparruchadas, Alice —refunfuña mi madre—. Es imposible que en tan poco tiempo haya conocido a una chica que valga la pena. Como no sea una de esas de su colección...

—Pues siento contradecirte, madre. Esta vez, Alice tiene toda la razón. Sí, hay una mujer. Y no, no es como esas que llamas «de mi colección».

—¡Llevo razón como siempre! —Mi hermana estalla en risas—. ¡Lo sabía, lo sabía! Ha sido oírte y pensar ¡por fin Jamie habla con el corazón y no con la polla!

—¡Alice! —se escandaliza nuestra madre—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no hables de esa forma tan grosera?

—Bah —responde la aludida—, ahora estamos en familia. Además, ya sabéis que soy la rebelde del clan, y hay cosas que no cambian, aunque ahora sea una respetable mujer casada.

—Di que sí, Alice —intervengo—. Eres la más auténtica de todos nosotros. No la reprimas, madre. Bastante tenemos que aparentar muchas veces para que el mundo no sospeche que también somos humanos.

—Joder, vaya discursos profundos que estás soltando, hermanito. Qué ganas de conocer a la mujer que ha obrado el milagro.

—La conoceréis —anuncio—. La he invitado a la boda de Mike.

—¿En serio? —exclama mi hermana. Sabía que se volvería loca de contenta—. Espero que no

sea una aprovechada como las otras, que mucha cara bonita y mejores palabritas, pero lo único que buscaban era, en el mejor de los casos, pescarte y, en el peor, usarte como trampolín a un mundo nuevo.

—Ya verás como no —afirmo—, y eso que es tan preciosa que impresiona nada más verla.

—Se nota que es algo más que un rollo por cómo se suaviza tu voz cuando hablas de ella — señala Alice—. Y me alegro, Jamie..., me alegro muchísimo, después de cómo se comportó esa zorra..., aunque ya sabes que no podrás evitar que también esté allí.

—Lo sé —suspiro—. Pero... ¿sabéis qué?, me importa un carajo. Por mí, como si aparece del brazo del rey.

—Así se habla —suelta mi hermana, riendo—. ¿Estás seguro de que a esa chica no le importará el circo que se puede formar?

—Bueno... —titubeo.

—Muy bien, hermanito, bravo —me dice con ironía—: No le has dicho una palabra sobre Heather.

—Sí le he hablado de ella —me defiendo—, aunque todavía no le he dicho que estará en la boda porque es hermana de la novia. —Compongo una mueca—. Pero no os preocupéis más por Patty. Ella ha aceptado encantada ir a conoceros y seguro que os sorprenderá, como a mí.

—¿Patty? —pregunta Alice—. ¿Has conocido a una compatriota en la isla Mauricio?

—No —río—; aunque la llame así, se llama Patricia y es española.

—¿Española? —se extraña mi madre.

—¿Tienes algún problema con las españolas? —la azuzo.

—No, claro que no. Es sólo que siempre te imaginé casado con una británica de buena familia.

—Oh, por Dios, mamá —la regaña su hija—. ¿Quieres hacer el favor de ponerte al día? Además, con lo que viaja tu hijo deberías haber previsto que podría conocer a una mujer de cualquier continente.

—¿Queréis dejar de hablar de mí como si yo no estuviera en la conversación? —las interrumpo—. Todavía no he hablado de mi propia boda. Únicamente os he dicho que llevaré compañía a la de mi hermano y Grace, punto.

—Pues deberías ir pensándolo ya, cariño —insiste mi madre—. Ya sabes que lo único que pido antes de dejar este mundo es saber que mis hijos han sentado la cabeza; tú eres el único que falta por casarse y...

A partir de ahí, desconecto. Lo sé, es mi madre y ya es mayor, pero no puedo con sus sermones sobre vernos casados a todos antes de fallecer. Más que nada, porque lleva hablando de su propia muerte desde que cumplí los veinticinco años.

Una vez que me despido de ellas, me apresuro a dirigirme a la playa. Temo que, tras la larga conversación telefónica, Patty lleve demasiado rato esperándome. Lo primero que haré al verla será decirle que nos intercambiamos los números de teléfono, por si necesitamos avisarnos de algo.

Cuando llego al lugar que hemos acordado, Patty no está. Lo sabía. Ha debido de agobiarse esperando, y lo más seguro es que haya comenzado a caminar sola. Sigo la línea de la playa paralela al bosque durante varios minutos, pero, al llegar al último saliente de roca, compruebo que no hay nadie paseando. Me asomo al agua, por si estuviese nadando, me adentro en el bosque, por si hubiese preferido la sombra para no quemarse, pero nada. Ni rastro de ella.

Preocupado, vuelvo a las instalaciones del hotel, atravieso la verja exterior y me encamino a su alojamiento. Tal vez la conversación con su familia ha sido aún más larga que la mía y la tienen enganchada todavía...

Freno en seco al llegar a su puerta. No puede ser, debo de haberme equivocado. Doy un paso atrás, me cercioro del número y la letra y compruebo que no..., no me he equivocado. Su cabaña es ésta, pero está invadida por todo un batallón de personal de limpieza, algo que me resulta extraño a estas horas del día.

—Perdone —le pregunto a una de las trabajadoras—, ¿qué ha ocurrido? ¿Por qué están limpiando tan tarde el alojamiento de la señorita Patricia?

—Estamos limpiando a estas horas —me explica la empleada— porque es el protocolo que seguimos cuando un huésped se marcha.

—¿Cómo que cuando un huésped se marcha? No entiendo... ¿Dónde está Patty? —pregunto, totalmente aturdido.

—Lo siento, señor. No tengo esa información. Tendrá usted que preguntar en recepción.

Como un zombi, pero todo lo rápido que me permiten mis congeladas piernas, me encamino al edificio donde está ubicada la recepción, el despacho del director y las instalaciones del personal que puede informarme de lo sucedido. Esto es un error. Tiene que ser un error.

—Perdone —le pregunto al tipo que parece algo menos joven que el resto—, pero estoy preocupado por una de sus huéspedes, Patricia, aunque no sé su apellido. —Soy consciente en este momento de lo poco que sé de ella—. Habíamos quedado hace un rato y acaban de decirme que se ha marchado, pero eso es imposible...

—Tranquilícese, señor —me interrumpe el hombre, impecablemente trajeado y en un perfecto inglés—. No podré ayudarlo si no se calma. A ver, ¿por quién pregunta?

—Se llama Patricia —insisto, tras un par de largas inspiraciones—, y se alojaba en la trescientos cinco B.

—Un momento, ahora lo compruebo.

—Oh, sí —interviene un chico más joven, con el cabello re peinado y de aspecto exótico, ataviado también con traje y corbata—, recuerdo a la señorita. Ha aparecido por aquí hace una o dos horas, muy nerviosa, inquieta, para pedir un cambio de billete de avión y un taxi en la puerta.

—¿Un cambio de billete? —inquiero, intentando que el sudor que me cubre la piel no se hiele para poder dejar de temblar.

—Sí, señor. Su billete era para pasado mañana y lo quería adelantar para hoy mismo, lo más pronto posible.

Casi trastabillo y caigo hacia atrás. Todo esto es demasiado surrealista. ¿De verdad me están hablando de Patty? No, no puede ser. En cualquier momento aparecerá y se echará en mis brazos, preocupada por no encontrarme, y nos reiremos juntos del malentendido...

—¿Señor? ¿Me oye, señor? La señorita ya debe de haber embarcado. Consiguió un vuelo a Barcelona con escala en Madrid para la una de la tarde.

—Ha debido de ser por algo. —Sigo en mis trece, sin querer ver lo que resulta tan evidente. Todos se miran entre sí y cuchichean. Debo de parecerles tan patético...—. Tiene que haberme dejado una nota, un mensaje, algo...

—No, señor. No ha dejado nada.

—¡Miren bien! —acabo estallando—. ¡Tiene que haber dado alguna explicación! ¡No puede haberse ido sin decirme nada, joder!

—Lo siento, señor...

A toda prisa, apartando a quien se pone por delante, vuelvo a su habitación. Deshago de nuevo la cama arrancando las sábanas, abro los armarios, los cajones, miro en el baño, en todas partes... pero nada. No ha dejado nada. Simplemente, se ha marchado. Y no ha sido por ninguna emergencia. Únicamente, ha huido de mí.

Me dejo caer sobre una de las butacas que rodean la cama, derrotado, con una sensación de total estupidez que no sé cómo voy a ser capaz de afrontar. De repente, algo brillante en el suelo me llama la atención. Me agacho y encuentro una fina pulsera de plata con una letra «P» que cuelga de ella. Mientras observo refulgir la cadena entre mis dedos, determino que, si no fuese por esta sencilla joya, pensaría que, en realidad, Patty no ha existido nunca, que me limité a fabricarla en mi mente, perfecta para mí... tal como era ella.

Capítulo 8

—¡Hija, ya has vuelto de tu viaje! ¿Qué tal lo has pasado?

—Hola, mamá. Bien, muy bien. Me he relajado y he descansado, que era lo que buscaba.

—Me alegro, cariño. Pero ya vuelves a venir cargada de regalos. No hace falta, ya lo sabes.

—Y tú también sabes que me encanta compraros cosas. Además, sólo son unas cuantas tonterías. ¿Dónde está papá?

—Mira, por ahí viene. Desde que le cogió el tranquillo a su nueva pierna, se dedica a ejercer de patrón con los trabajadores de la finca. Siempre he dicho que es un mandón.

—Déjalo, mamá. Me gusta que únicamente se dedique a mandar. Hola, papá. Veo que caminas con toda la seguridad del mundo. Lo próximo será la maratón de la ciudad.

—Hola, hija. Bueno, no será para tanto, pero, gracias a ti, he vuelto a sentirme un hombre completo.

—No empieces, que sabes que me emocionas. Tomad, unos cuantos regalitos como recuerdos de la isla de Mauricio. Para ti, papá, una botella de ron y la maqueta de un barco antiguo, construido de forma artesanal. Sé que te chiflan los barcos.

—Gracias, cielo; es precioso.

—Y para ti, mamá, una cesta de mimbre y un mantel de Madagascar.

—Oh, qué preciosidad, cariño.

—Qué bien que os haya gustado. Ahora, tengo que volver al trabajo. Se me acabaron las vacaciones.

—No te canses, hija, y recuerda que para nosotros lo más importante no es el dinero que puedas ganar, sino lo feliz que seas.

—Lo sé, papá. Un beso a los dos.

* * *

—¡Patty, ya has vuelto!

—Sí, todo lo bueno se acaba.

En esta ocasión, respondo con efusividad al abrazo de mi amiga. Lo necesitaba tanto...

—¿Cómo te ha ido? —me pregunta cuando se separa de mí, alzando una de sus cejas—. ¿Seguro que te has relajado?

—Claro que sí —respondo—, todo está genial. Vengo renovada, como reiniciada.

—Ya...

Sara no pierde detalle de mi rostro y mis palabras. Me conoce demasiado bien como para tragarse mis sonrisas y la despreocupación que pretendo aparentar.

—Me sabe mal decirte que he perdido la pulsera que me regalaste.

—¿Por eso estás triste? —me dice—. Anda, boba, no pasa nada. ¡Como si fuera a enfadarme contigo por algo así! —Me abraza, me besa y ríe.

—Debe de ser también que estoy cansada del viaje —insisto en justificar mi pesadumbre—, y que aún no he pasado por mi casa. He parado a saludar a mis padres y ahora a ti.

—Pero ¿cómo haces eso? Deberías haberte ido a tu casa, deshecho las maletas, dormido... y, cuando hubieses descansado, ya habrías venido a vernos. ¡Qué manía con quedar bien con los demás! —bufa—. Patty, cariño, tanto tus padres como yo somos las personas que más te queremos y no se nos ocurriría en la vida criticarte.

—He preferido saludaros primero. —Me encojo de hombros—. Así, cuando me instale en casa, ya podré mentalizarme de que el paraíso ha quedado atrás y lo que me espera es enfrentarme a Elisa, para tratar el tema de mi próxima jubilación de la agencia.

—Sabes que te quiero de todas formas —me dice Sara—, pero me hace muy feliz pensar que vas a dejar ese oscuro mundo. Ya verás qué bien te va a ir como empresaria, como dueña de tu propio hotel. Tengo unas ganas de verlo funcionar...

—No más que yo —sonrío—, pero todavía me falta algo de liquidez, asunto que pienso solucionar con unos cuantos clientes más. Le pediré a Elisa los más exclusivos, para poder ganar lo máximo en poco tiempo.

—Claro. —Mi amiga ya no hace comentario alguno sobre el tema. Sé que le incomoda hablar de mis clientes y mis encuentros y suele cambiar el rumbo de la conversación—. ¡Por cierto! Pasé por tu casa, para ver cómo iba todo, y... ¡conocí a *Pantera*!

—¿A que es un amor de gato?

—¡Sí! Dejé que lo cogiera y lo acariciara. Claro que eso mismo le habría hecho yo al otro personaje que te has agenciado, guapa. ¡Madre del amor hermoso! ¡Mira que no hablarme del bombón que cuida tu casa...! ¿Estás segura de que no tienes nada con Jacob?

—No —ríe—, sólo es un inquilino ocasional.

—Pero ¿tú lo has visto bien? ¡Joder, cómo está el tío! Tiene unos músculos que da la impresión de que puede levantarte del suelo con el dedo meñique. Y lo bien que habla... Y lo bien que cocina... ¿Cómo es posible que viva en la calle?

—No lo sé —suspiro—, pero... ¿sabes una cosa?, sus razones tendrá. Todos tenemos secretos que ocultar, motivos que sólo conocemos nosotros mismos, pasados oscuros que no tenemos que justificar ante nadie. Jacob es libre, que haga lo que le plazca con su vida.

—Vale, vale —murmura Sara con sus grandes ojos castaños muy abiertos—. Yo sólo pretendía decirte que tienes en casa a un tipo que está como un queso. Supongo que también hablas por ti

misma. No te preocupes, Patty. Recuerda siempre que jamás te juzgaré, que te querré pase lo que pase, y que mi único deseo es que un día recuperes la sonrisa y que seas feliz.

Otra vez ese diminutivo de mi nombre... No entiendo que ahora me moleste, cuando mi amiga lleva años llamándome así, desde que fuimos juntas a la universidad...

Vale, ya está, asunto olvidado. Desde el momento en el que me subí al avión y dejé la isla de Mauricio, cerré en mi cabeza la puerta de los recuerdos recientes, aquellos relativos a lo ocurrido en los últimos días. Es una puerta blindada, a prueba de bombas, capaz de aislar el recuerdo más persistente. Ahora sólo tengo que encarar el futuro, mi futuro, donde sólo entro yo y mi sueño por cumplir. Todo lo acontecido en la última semana... no ha sucedido.

—Gracias, Sara —le digo con un nuevo abrazo—. Yo también te quiero y te prometo que un día muy cercano recuperaré la sonrisa, seré feliz y haré que, tanto mis padres como tú, os sintáis orgullosos de mí.

—Ya lo estamos, Patty. Nunca lo dudes.

* * *

—Vaya, por fin en casa —me saluda Jacob mientras abre la puerta y me libera del peso de mi maleta—. Lamento que se te haya acabado tu estancia en el paraíso.

—Al final tenía ganas de volver a casa —le digo.

Pantera, que dormitaba en un sillón del salón, ya ha levantado su cabecita. Después, salta al suelo, estira las patas y emite un suave maullido mientras se me acerca. Me inclino para cogerlo, lo abrazo y siembro de sonoros besos su cabeza y su cara.

—Hola, *Pantera* —le digo después de un maullido de queja por verse agobiado por mis besos—. Me alegra tenerte aquí.

Jacob observa la escena y sonrío con una mueca.

—Pues que sepas que tu gato no ha sido quien ha mantenido tu casa limpia como una patena, ni quien te va a recibir con una cena con la que te chuparás los dedos.

De pronto, la imagen de Jacob ocupa toda mi visión. A pesar de parecer que me recrimina algo, me mira con dulzura, con cariño. Tiene sus musculosos brazos cruzados sobre el pecho y vuelve a llevar el pelo recogido en un moño en la coronilla. Su rostro sigue desprovisto de barba y viste una camiseta y un pantalón de algodón, mientras que sus pies asoman descalzos. Y, entonces, algo parece romperse dentro de mí. Por primera vez en mucho tiempo, alguien me espera en casa, me reciben con caricias o con la cena preparada. Sin poderlo evitar, me lanzo sobre el duro pecho de Jacob, donde rompo a llorar al tiempo que él me rodea con sus brazos y acaricia mi pelo.

—Eh, eh, tranquila... —me calma con su abrazo mientras lloro cada vez más fuerte sobre su camiseta, que acaba empapada—. No pasa nada, estás aquí, en casa, y ya estás segura.

Sus palabras y su voz cumplen la función de sosegar me, aunque aún me paso unos minutos pegada a su pecho antes de separarme y de que él limpie las lágrimas que arrasan mi rostro.

—¿Estás mejor? —me pregunta, mirándome con una sonrisa comprensiva.

Únicamente asiento con la cabeza.

—¿Necesitas contarme algo?

Ahora niego de la misma forma.

—Entonces, ¿me acompañas a cenar? He utilizado tu cocina, tus utensilios, tu dinero y nos sentaremos en tu comedor... pero te prometo que te vas a chupar los dedos y te haré olvidar cualquier cosa mala que te haya sucedido en esa remota isla. ¿Te parece bien?

—Estaré encantada —respondo con una mezcla de risas y lágrimas.

Me agarro a su brazo y lo acompaño hasta la mesa, donde ha preparado dos perfectos servicios y ha encendido una larga vela roja entre ellos.

—Todo esto lo he hecho en agradecimiento a tu hospitalidad y a tu buen corazón. —A punto estoy de llorar otra vez—. Ni se te pase por la imaginación que vaya a ser una cena romántica ni nada de eso.

Ya vuelve a hacerme reír y lo abrazo con fuerza, inspirando el olor a limpio de su camiseta. Él se inclina hacia mí y me susurra algo al oído.

—Y, por supuesto, no vayas a enamorarte de mí, aunque te parezca el tipo más irresistible que hayas conocido en tu vida, ¿de acuerdo?

Una carcajada brota de mi garganta de forma instantánea. Por fortuna, los humanos somos capaces de sobreponernos más rápido de lo que pensamos, aunque duela lo que nos ha pasado, porque es la única forma que tenemos de aprender. De todas formas, siempre es más fácil si estamos con gente que nos quiera, nos respete y sea capaz de vernos por dentro.

Hasta hace poco estaba sola; ahora, por suerte, ya no.

Capítulo 9

A pesar de los años transcurridos, me sigue incomodando este mismo recorrido.

Me encuentro en la sede de la agencia The Hot Affaire, situada en una de las antiguas mansiones de la avenida del Tibidabo. Atravieso la verja y el jardín que rodea el monumental edificio y accedo al mismo a través del vestíbulo, donde se ubica la recepción, custodiada por Nina, a la que saludo con una sonrisa, como siempre. Después, sigo mi camino por un largo pasillo que se bifurca hacia derecha e izquierda.

Echo un rápido vistazo a mi izquierda, por donde iría directamente al despacho de Tania, la directora de The Best Affaire, la parte de la agencia que ofrece chicas de compañía sin la posibilidad de sexo con el cliente. El día que informé a Tania de que la dejaba por el otro grupo, se sintió traicionada e intentó disuadirme, pero yo lo tenía muy claro. A pesar de que ya ganaba mucho dinero, en The Hot Affaire la cosa puede llegar a triplicarse, y ésa era mi mejor opción de cara a dejar la agencia cuanto antes.

Continúo mi camino hacia la derecha. Al final del pasillo, hasta el aire parece volverse más pesado y oscuro, consiguiendo que, cada vez que paso por aquí, sienta una leve opresión en el pecho. Incluso el despacho de Elisa, la directora, parece querer atraparte entre sus frías paredes moradas, sus pesadas cortinas oscuras y su lúgubre y débil iluminación... y el olor... No sé qué velas perfumadas o qué tipo de incienso utiliza esta mujer, pero he llegado a odiar este aroma, aunque sólo sea porque lo relaciono con este maldito lugar.

—Espero que la señorita se haya relajado —me saluda Elisa. Su pelo corto y negro, su perfecto maquillaje y su sobrio traje oscuro consiguen hacerla aún más distante. Sus labios siempre fruncidos y sus ojos grises provocan que aparente algunos años más de los cuarenta y cinco que tiene.

Tania ya era interesada y avariciosa, pero Elisa raya lo inhumano. Y no lo digo como queja, pues entiendo que, para dirigir este tipo de negocio, los sentimientos deben quedar muy apartados, casi escondidos, algo que se agradece, aunque a veces esta mujer te saque de quicio con sus exigencias. Por eso, lo mejor es ponerse a su altura, porque sabemos que ella nos necesita a nosotras tanto como nosotras a ella.

—Creo que, si vuelvo descansada, también tú sales ganando —le digo, sin amilanarme ante su desagradable bienvenida.

—Por supuesto —responde, tensa—. Vayamos al grano. Te he preparado un *planning* con nombres y fechas que...

—Antes de nada —la interrumpo—, tengo que hablar contigo, Elisa.

Evidentemente, no le hace ninguna gracia que corte su conversación, y me mira como si sopesara la posibilidad de pisarme.

—Lo que queda de año, como máximo hasta principios del próximo, será el tiempo que permaneceré en la agencia. Después, me daré por jubilada.

Silencio muy muy espeso. A continuación, una risa, esperpéntica, hueca, casi sobrenatural... hasta que decide hablar.

—¿De verdad piensas que podrás seguir llevando el mismo tren de vida con un sueldo de trabajo «normal»?

—Tú no sabes nada de mi tren de vida —replico con el mismo desprecio con el que ella me ha hablado—. Te aseguro que mi futuro no es algo que haya decidido a la ligera.

Maldita bruja... Qué sabrá ella de lo que yo he ganado, de los pocos lujos que me he permitido para poder ahorrar toda la pasta posible... de lo que he tenido que soportar para llegar a considerarme una mujer independiente y aposentada.

—¿Estás segura? —me pregunta con desdén—. Porque, si tan claro lo tienes, puedes largarte por esa puerta ahora mismo. Cada día nos llegan chicas nuevas más jóvenes que tú.

Se cree que soy idiota o que nací ayer. Como si yo no supiera que, si despidiera al grupo de chicas de mi edad, más experimentadas, preparadas y de total confianza, y se quedara únicamente con las nuevas, se iban a morir del asco... Tania, Elisa y toda la puta agencia.

—Claro —digo con desinterés—. Cuando quieras, me voy. Por cierto, esa lista que me tenías preparada, ¿a quién se la piensas dar? ¿A Caty, la que volvió llorando el otro día? ¿A Judit, la que aprovechó para robar al cliente? ¿O todavía hay otra que haya dejado a la agencia en peor lugar?

—Basta —reniega la directora—. ¿Qué quieres, Patricia?

—Los mejores clientes —respondo, satisfecha—. Los que paguen mejor. Los más ricos y dispuestos a soltar un montón de billetes por lucirme. Necesito el máximo de dinero posible y ellos me lo van a proporcionar. Porque soy la mejor.

—De acuerdo —responde demasiado rápido—, pero con una condición.

Que nadie se sorprenda. Ya lo esperaba. Elisa no da ni los buenos días si no es a cambio de favores que se traduzcan en ganancias.

—Tú dirás.

—Tendrás esa lista con los mejores —me informa—. En seis meses habrás ganado tanta pasta como en los dos últimos años y podrás dejarlo.

—A cambio de...

—No desvincularte del todo de la agencia. Instruir a las chicas que vayan llegando. Ser mi colaboradora... —¿En serio? Todavía estoy alucinando—. Eres la mejor, Patricia. Lo sabes y puedes explotarlo.

Lo que le habrá costado dedicarme un cumplido...

—Te lo agradezco, Elisa, pero tengo que rechazar tu oferta. Como máximo, puedo ofrecerte un

tiempo limitado de instrucción a las chicas, pero nada más. Llegado el momento, me desvincularé por completo de todo esto.

—Podrías llegar a ser directora —insiste—. Sin hacer nada, tendrías un cuantioso sueldo más un porcentaje de cada cliente.

No me extraña que sea ella quien dirige este negocio. Es capaz de envolverte y convencerte hasta de que viajes a la luna.

—No, Elisa, no insistas. Instruiré a las nuevas un tiempo y seguiré trabajando seis meses, como me has ofrecido, nada más.

—Siete clientes muy importantes —vuelve a regatear—. Cuando acabes con ellos, podrás marcharte. Pueden ser seis meses o pueden ser más, pero acompañarás a esos siete. Te aseguro que son los mejores, dispuestos a soltar una pequeña fortuna por lucir a su lado a una mujer de bandera como tú.

—De acuerdo —acabo aceptando—. Y, ahora, vayamos al grano. Háblame del primero de esa lista.

—Se trata de Matthias Kessler, un empresario alemán. —Muy satisfecha, comienza a leer en su ordenador la ficha del próximo cliente—. No es que sea ahora mismo el hombre más rico de Alemania precisamente, puesto que su empresa farmacéutica está siendo absorbida por un entramado más potente. Pero, según sus propias palabras, para lo que le queda en el convento, no está dispuesto a aparentar ser un fracasado ante sus rivales, por lo que se gastará el dinero que le queda en zanjar este último negocio. En lugar de traerse como intérprete a su vieja secretaria, ya que su inglés es muy precario, ha decidido que seas tú quien lleve a cabo esa función. Serás su secretaria y su intérprete, además de ayudarlo a ofrecer una imagen bastante más exitosa de él mismo y de la compañía que están a punto de adquirir.

—Bien —acepto las condiciones, similares a las de siempre—. ¿Dónde y cuándo será el encuentro?

—Esta vez no tendrás que alejarte mucho. Entre alemanes e ingleses han decidido negociar la operación en terreno neutral, en Madrid. Pasado mañana te esperará en el hotel Ritz. Ya se te ha dispuesto, como siempre, nuevo vestuario, tarjeta de crédito y efectivo. Tienes más detalles en tu correo electrónico.

—Gracias, Elisa.

Salgo del despacho de la directora y, como me ha sucedido en otras ocasiones, casi no respiro hasta pisar la calle. Me pongo las gafas de sol, paro un taxi y vuelvo a casa. Lo mismo de siempre. La normalidad tenía que regresar.

* * *

¿Alguien ha probado alguna vez a hacer el equipaje mientras su gato deambula por el mismo lugar? Complicado, ya os lo digo yo. Me he pasado más tiempo sacando a *Pantera* del interior de

la maleta que metiendo mi ropa.

—A ver, bonito —le digo al sacarlo por enésima vez—, ya me estás dejando la casa llena de pelos, no hagas que me los lleve también en la maleta.

Se limita a maullarme y a lamerse la panza, aunque creo que juega al despiste y aprovechará cualquier momento para lanzarse de lleno sobre mis blusas en cuanto me dé la vuelta.

—Tal vez sea una forma de decirte que quiere irse contigo. —La voz de Jacob me llega desde la puerta de mi habitación.

—Claro que no —replico—. Les gusta meterse en las maletas, bolsas o cajas de cartón porque se sienten protegidos. Créeme, he convivido muchas veces con gatos.

—¿Has tenido más gatos en este piso de diseño? —pregunta, alzando una ceja.

—No. —Río—. En casa de mis padres. Es una granja en la zona de la Segarra, en Lleida. Y no me mires así. Sí, me críe en una granja, entre animales y campos de cereales.

—No te he mirado de ninguna manera —responde mientras se sienta en mi cama—. Eres tú, que parece renegar de tus orígenes y por eso te pones a la defensiva.

—No reniego de nada —le contesto, airada—. Mis padres son lo mejor que tengo y por los que haría cualquier cosa. No imaginas los sacrificios que hicieron ellos por mí. Me dieron tanto a cambio de nada que son mis auténticos héroes.

—Entonces, ¿por qué nunca los has traído aquí? ¿Por qué me comentó tu amiga Sara que ni siquiera ella los ha visto en muchos años?

—No eres tan tonto, Jacob —replico, envarada—, y sabes perfectamente por qué no puedo traerlos aquí.

—¿Por qué? —insiste mientras clava sus ojos azules en mí—. ¿Porque no les has dicho a qué te dedicas, por ejemplo?

—¿Acaso sabes tú a lo que me dedico?

La tensión de la conversación me está poniendo demasiado nerviosa.

—No, no lo sé —contesta—, pero no hace falta ser un lince para imaginarlo.

—Me da igual lo que tú te imagines. —Con un golpe, cierro la maleta y salgo de mi dormitorio—. ¿Te he preguntado yo algo de tu vida, cotilla?

—Sabes que no soy el más adecuado para opinar —me explica cuando llegamos a la cocina y comienzo a preparar té—, pero creo que guardas algo en tu interior que tú misma estás deseando sacar.

—¿Has acabado? —le exijo, todavía tensa.

¿Quién es este tipo? ¿Uno de esos personajes de película mala que aparecen de la nada en la vida de la gente para arreglársela y que luego desaparecen sin dejar rastro? ¿Un puto ángel celestial con cuerpo de demonio con músculos?

—Perdona —me acaba diciendo antes de acercarse a mí y abrazarme. Qué bien me siento entre sus brazos, como en una cálida manta con la que te arropa tu madre—. No me hagas caso. Es sólo que me tienes preocupado desde que llegaste de tus vacaciones. Se suponía que ibas a relajarte y

has vuelto más triste todavía, si eso es posible. Tus ojos están más apagados que nunca y sólo dan ganas de abrazarte.

—Pues abrázame, Jacob —le pido—. Abrázame fuerte. Perdóname por ponerme tan borde. No me dejes todavía, por favor. No te vayas.

—No pensaba irme a ninguna parte —me asegura, todavía en su cálido abrazo—. Volveré a esperarte hasta que regreses. Como convinimos, me quedaré hasta que cesen tus viajes.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras...

—Hasta que terminen tus viajes —insiste—. Tengo la impresión de que, a partir de entonces, te las arreglarás con *Pantera* y con todo lo demás.

—De acuerdo. Pero abrázame un poco más...

* * *

Un taxi me deja en la puerta del majestuoso Ritz madrileño. Atravieso su elegante vestíbulo circular y me dirijo a la recepción, custodiada por dos columnas de mármol y por un empleado que tiene instrucciones de ofrecerme la llave magnética de la habitación del empresario alemán. Con la compañía del botones cargando mi equipaje, subo en el ascensor, localizo la habitación y accedo a su interior. Le doy propina al muchacho, que cierra la puerta tras darme las gracias, y voy directa al ventanal para abrir las espesas cortinas con borlas y echar un vistazo a la terraza y la ciudad. Sólo unos segundos después, siento a mi espalda la presencia y el saludo de mi nuevo cliente.

—Vaya —murmura en alemán—. Creo que va a ser el dinero mejor empleado de toda mi vida.

Ya estoy acostumbrada a halagos así, por lo que mi rostro no cambia su expresión, aunque, al darme la vuelta para encarar al tipo, componga una sonrisa entre inocente y sensual. Mi experiencia me avala y no es casualidad que los clientes paguen miles de euros por mí.

—Señor Kessler —lo saludo en su mismo idioma mientras me acerco y le tiendo la mano—, un placer. ¿Qué tal su llegada a España?

—El placer es mío —me corresponde—. Y todo está yendo perfecto. No hay más que mirar a mi alrededor ahora mismo, incluida a usted.

—Gracias, señor Kessler. Tengo entendido que me tiene que poner al día de su operación empresarial.

El alemán es más joven de lo que esperaba, de unos cuarenta y tantos años. No es muy alto, aunque sí delgado, cabello rubio con entradas y unos amables ojos celestes tras sus gafas de montura dorada. No es que me importe. Únicamente suelo hacer un primer escaneo visual para mi información. Nada más.

—Oh, sí —responde, tornando su gesto algo más serio—. Venga, pase por aquí, por favor. — Nos dirigimos a un despacho presidido por una elegante mesa cubierta de carpetas y dosieres—. Esos patanes ingleses se van a quedar mi compañía, pero no voy a darles el gusto de regalársela

sin más. Comprobarán que lucharé hasta el final y que lo haré junto a una mujer bella e inteligente. Nunca me he podido permitir tener una secretaria como amante, pero esta vez cambiarán su visión de mí.

—Por supuesto, señor Kessler, para eso estoy aquí. Y, ahora, proceda.

A continuación, ambos nos sentamos frente al escritorio y el tipo me muestra la pantalla de su ordenador para comenzar a darme las explicaciones necesarias sobre la operación empresarial, para que resulte más plausible que yo sea su secretaria.

—Yo era un simple químico que un día fundó su propio laboratorio, Kessler Chemische, una empresa farmacéutica algo pequeña en un principio, pero que fue creciendo día a día. Aunque he estado al frente de la compañía, lo que a mí me gusta es la investigación, y gracias a mi trabajo en ese campo he acabado descubriendo algunos fármacos que pueden resultar muy útiles para algunos casos raros de alergia... y eso ha llamado la atención de los señores de British Electric, un conglomerado industrial que posee empresas de casi cualquier ámbito, desde producción de gas y petróleo a tecnología informática o equipamiento médico, y que han puesto el ojo en mis descubrimientos. Nuestros activos no han sido suficientes como para sostenernos, así que sólo me queda pasar a formar parte del gigante inglés. Nadie perderá su puesto de trabajo, ni siquiera yo mismo, por lo que, al menos, no puedo quejarme demasiado. Mira, te mostraré los balances de ambas empresas para que lo entiendas.

El hombre me muestra la realidad de su compañía farmacéutica, con unos números bastante claros que demuestran su debilidad frente al grupo empresarial británico, así como todos los contratos ya redactados.

—Quiero que lo revisemos todo con detenimiento, ya que mi mayor problema radica en mi básico conocimiento del inglés. Tú me ayudarás a que nada se me escape y a mantenerme alerta en todo momento.

Es en situaciones como ésta en las que se me hace menos duro recordar a lo que me dedico, puesto que me siento bastante más útil. Durante largos minutos repaso documentos, cálculos y detalles, al tiempo que el cliente me va mostrando gráficos o me habla del poder de British Electric.

—¿Cuándo tendrá lugar la primera reunión? —le pregunto mientras repasamos informes.

—Mañana por la mañana comenzaremos la operación propiamente dicha, pero esta noche tendremos la primera toma de contacto en una reunión informal. Ellos, presidente y vicepresidente de la British, también se alojarán en este hotel y hemos quedado para cenar y tomar una copa.

—Oh —le digo—, supongo que es una buena estrategia, conocerse primero.

—Nada de estrategias —suelta él, riéndose—. Hemos quedado así porque no me ha dado la gana de estar esperándolos en una sala de reuniones con mi empresa servida en bandeja de plata. Me apetece hacerlos sufrir un poquito. Que se jodan.

—Me parece una buena idea. —Sonrío yo también.

—Lo que me lleva a pensar... —El alemán titubea unos instantes antes de decirme algo—.

Hasta que sea la hora de la cena, tenemos todavía unas horas en las que no me apetece estar repasando números únicamente... y mucho menos con una mujer como tú.

Ya ha llegado el momento. Kessler parece un tipo decente, pero es un hombre, y no ha tardado en sentirse atraído por mí... y para eso ha pagado una pasta, claro está.

—Claro, señor Kessler. ¿Le apetece algo especial?

—Estoy algo tenso, nervioso y cabreado. —Suspira después de quitarse las gafas y frotarse los ojos—. Me apetece un baño relajante en el *jacuzzi*.

—Me parece perfecto —respondo mientras me pongo en pie—. Puede ir usted adelantándose mientras me preparo.

Me voy al dormitorio, presidido por la gran cama sobre una tarima, me quito la ropa y me envuelvo únicamente en un transparente salto de cama. Cuando entro en el impresionante baño de mármol con grifos dorados, Matthias ya está en el interior del burbujeante *jacuzzi*. A continuación, me desprendo de la prenda y, desnuda, me meto yo también en el agua, donde permanecemos unos minutos, simplemente dejándonos acariciar por las burbujas... pero siempre llega el momento que ellos aguardan y no me gusta nada alargar esa espera más de la cuenta. Me acerco a él, coloco mi mano en su pecho y busco su boca.

Por un instante, me asalta una avalancha de imágenes que me hacen echarme atrás. Son imágenes de besos, de besos con otro hombre, de besos de verdad. Sin embargo, me recompongo con rapidez, porque soy una profesional, y dejo que el alemán me abra los labios y busque mi lengua mientras acaricia mis pechos bajo el agua. Mi experiencia hace posible que sea capaz de separar mi mente de mi cuerpo.

—Eres tan hermosa... —jadea en mitad de sus besos—. Te he deseado en cuanto te he visto aparecer en la estancia.

Yo misma he preparado un preservativo junto a la bañera. Lo extraigo de su envoltorio y se lo coloco al empresario. Seguidamente me sitúo a horcajadas sobre él y dejo que me penetre en medio del largo suspiro de ambos. El suyo, real; el mío, fingido. Con sus manos en mis caderas, subo y bajo sobre su miembro, inclino hacia atrás la cabeza, lanzo fuertes gemidos, grito su nombre y él grita el mío, mientras el agua del *jacuzzi* rebosa por el filo y cae al suelo en oleadas...

Es el momento de desconectar y pienso en cómo enfrentarme a los magnates ingleses. Tengo buena memoria y he interiorizado la mayoría de datos, por lo que podré ayudar a este tipo a que no le tomen el pelo. Además, cuenta con el valor añadido de los fármacos que ha descubierto y de los que posee la patente...

En medio de mis cavilaciones, mi supuesto jefe grita ante su orgasmo, y entonces lo imito de forma muy verosímil y cesamos nuestros movimientos antes de que él deje caer la cabeza entre mis pechos.

—Gracias, Patricia —me agradece cuando regresa la quietud al agua del *jacuzzi*—. A pesar de saber que no lo has sentido, has hecho posible que, por unos minutos, me crea el mejor amante del

mundo.

No acabo de entender... ¿Ha dicho «a pesar de que no lo has sentido»? ¿Cómo es posible? ¿Cómo ha podido notarlo? Yo soy una profesional del orgasmo fingido, la mejor de la agencia, la favorita de las dos directoras y de muchos de nuestros clientes... Dios, me siento un fraude. Este tipo ha pagado un dineral por mí...

—No me mires con esa cara de perplejidad. —Ríe—. Y no te preocupes, no voy a exigir que me devuelvan el dinero ni nada parecido. Eres mucho mejor de lo que esperaba. Además, mi mayor deseo era que los ingleses me vieran contigo, que me creyeran capaz de ligarme a una mujer de tu categoría, y eso lo voy a tener seguro.

Sonríó como puedo. Esto no tiene buena pinta, pues la puerta blindada de mi memoria parece tener una fisura y ha dejado escapar una frase de mi recuerdo que no deseaba volver a oír.

«¿Qué será de ti después de James?»

Capítulo 10

James

—No entiendo que hayamos tenido que venir hasta Madrid a firmar unos contratos que ya están redactados. ¿No podía, el escurridizo señor Kessler, quedarse en su propia sede de Berlín?

Bufo ante las continuas quejas de Scott, aunque, en cierto modo, le doy la razón. Somos el presidente y el vicepresidente de British Electric, y deberíamos haber exigido un trato diferente, aunque también es verdad que vamos a arrebatarse su empresa a Matthias Kessler, el reputado bioquímico, por lo que será mejor que hagamos esa pequeña concesión.

—Vamos, Scott —le digo mientras bajamos en el ascensor y contemplamos nuestros reflejos, ataviados como vamos con elegantes y clásicos trajes—, deja de quejarte. Mañana por la mañana vamos a cerrar la operación más importante de los últimos diez años, y por menos de lo que calculamos en un principio.

—En Madrid hace calor —gruñe—. Aborrezco el calor.

—Dudo que lo notes aquí dentro.

—Si al menos me ligara a una española —prosigue mientras nos dirigimos al comedor privado donde nos espera el alemán—, se me haría menos duro. Creo que pasaré de los postres y me largaré un rato por ahí, a ver si tengo suerte y paso la noche acompañado.

Por un instante, unas palabras tan simples e inofensivas son capaces de tensarme como un poste de hierro y a punto estoy de soltarle a mi amigo: «Las españolas desaparecen, Scott. Después de atraptarte en sus misteriosos ojos verdes, te enamoran, te engañan y se esfuman».

—Puedes hacer lo que te dé la gana —gruño—, mientras que mañana estés al ciento por ciento en la reunión.

—Vale —refunfuña—, ya me has jodido el plan. Será mejor que espere a mañana por la noche, cuando todo esté zanjado. ¿Sigue en pie la oferta de pasar unos días aquí en Madrid?

—Por supuesto —le contesto, algo más tranquilo—. Nos mereceremos un descanso después de las duras negociaciones que nos preceden y que nos esperan.

—No creo que descansemos mucho. —Sonríe, travieso—. Y no te hagas el virtuoso, porque follas más que yo.

—Eso es difícil —le aclaro.

—Ya te lo digo yo. Si antes no parabas, desde que volviste de tu último viaje de retiro vas a polvo por noche.

—Ese viaje no tiene nada que ver.

—¿Pasó algo allí? Vamos, Jamie, cuéntame los detalles... ¿Conociste a alguna otra modelo que en este caso te ofreció su alma a cambio de un compromiso?

—No.

—¿Otra diosa de la belleza que te prometió sexo a todas horas a cambio de un anillo de Cartier? —insiste.

—Que no —lo corto—. Más bien, todo lo contrario. Además, he llegado a la conclusión de que es lo que desean ellas también, sexo sin compromiso, sin preguntas y sin conversación. Y, si un día decides ofrecerles algo más, lo pisotean en tus narices. Así pues, eso es lo que tendrán, un polvo y adiós.

—¿Y de eso te quejas? —se sorprende—. Eres un cabrón con suerte.

—Sí, una suerte de la hostia. Y deja de pensar con la polla y céntrate en la cena con el alemán.

Ya casi hemos llegado. El *maître* nos acompaña hasta la puerta y podemos divisar en el interior del comedor a Matthias Kessler y a su rubia acompañante frente a él.

—Mira, ahí está —murmura Scott—. Veamos si es cierto lo que comentan de su secretaria. He oído decir por el hotel que esa rubia despampanante es también su amante. Quién lo habría dicho del insulso señor Kessler.

—Y nosotros —comento con jocosidad—, con nuestro dinero, vamos a contribuir a que se lo pueda permitir. Yo también he oído algo al respecto. Vayamos con la parejita.

El vicepresidente y yo nos encaminamos hacia la mesa, desde donde Kessler nos hace una seña para que nos acerquemos, indicando las dos sillas libres. La rubia nos da la espalda, pero sonrío al ver el gesto de Scott de relamerse los labios cuando la contempla. Es alta, delgada, delicada y luce un sofisticado peinado, con el cabello recogido. Si no fuera por ese detalle y por el distinguido vestido de cóctel que viste, juraría que me recuerda a...

—Buenas noches, caballeros. —Nuestro contrincante se pone en pie y nos saluda con su precario inglés—. Tomen asiento, por favor.

—Más vale —me susurra Scott— que ese monumento se gane su sueldo y sea capaz de traducir bien toda la conversación... aunque creo que el sueldo ya se lo debe de ganar entre las sábanas de Kessler.

La secretaria y supuesta amante se levanta también para saludarnos. Primero tiende la mano hacia Scott, que le sonríe como un idiota al que sólo le falta babear. Después se dirige a mí mientras su jefe hace las presentaciones en una mezcla de inglés y alemán que suena casi grotesca.

—Nuestros ilustres invitados —dice Kessler— son James Compton y Scott O'Brien, presidente y vicepresidente de British Electric, respectivamente. Les presento a mi secretaria —nos dice a nosotros—, la señorita Patricia.

Todo pasa muy rápido, pero a la vez a cámara lenta. Ella levanta la vista y fija en mí sus claros ojos verdes, que, durante un solo segundo, se muestran sorprendidos. Diría que apenas la ha conmocionado verme si no fuera por el traspie que ha dado y que le ha hecho volcar su copa sobre el rosado mantel.

—Oh, lo siento —se lamenta.

Y, entonces sí, cierro los ojos durante un instante. Esa voz, distante y fría como su dueña, que tantas veces se ha colado en mis sueños y que en ocasiones creo oír cerca de mí, como si pudiese aparecer de repente, algo que me niego en redondo a seguir creyendo, puesto que forma parte de ellos, de mis sueños...

—¿Estás bien, Patricia? —le pregunta su jefe.

—Sí, sí, señor Kessler. Se me ha debido de enganchar el vestido en el mantel. Lo lamento de veras.

—Está usted perdonada —suelta Scott de forma meliflua.

—Gracias, señor O'Brien.

—Lláname Scott...

Y, por fin, reacciono. Patty está ante mí, en este momento, como tantas veces he soñado. De pronto, una ira potente y corrosiva comienza a formarse en mis venas, transportando a cada parte de mi cuerpo la rabia y la impotencia acumuladas durante semanas. A mi boca acuden preguntas tales como ¿qué haces aquí?, ¿eres la amante de Kessler?, ¿quién coño eres, Patty? o ¿por qué te fuiste, maldita sea?

Pero no, no voy a preguntarle nada. Ella decidió largarse después de decirme cosas que nunca nadie me había dicho; después de dejar que me enamorara de ella como un imbécil; después de hacerme creer en el amor después de la zorra de Heather.

Que te jodan, Patricia; que te jodan, Heather; que os jodan a todas las mujeres que nos hacéis parecer unos pusilánimes.

Después de hacer babear a Scott, me ofrece a mí su mano, como si no me conociera; como si no hubiésemos vivido juntos en el paraíso; como si jamás se hubiese fundido conmigo bajo el cielo más luminoso de la tierra.

—Señor Compton —me saluda—, un placer.

—Igualmente, señorita Patricia. —Le estrecho la mano—. Habla usted muy bien el inglés. ¿También es alemana?

—No, soy española. Se me dan bien los idiomas.

A punto estoy de contestarle que ya lo sé, que eso fue lo que me contestó cuando nos conocimos la otra vez, diría que en otra vida.

Capítulo 11

La cena transcurre en una agradable normalidad, algo que he creído imposible cuando lo he visto aparecer y el corazón se me ha disparado de tal forma que he pensado que me desmayaría de la impresión. Sin embargo, he conseguido sobreponerme de la forma más profesional posible. Mi fama me la he ganado a pulso, a base de saber controlar cualquier sentimiento. Sé que él podría haber montado un espectáculo aquí en medio, descubrirme delante de Kessler, echar por tierra mi acuerdo con el alemán y hacerme perder un montón de dinero. Pero, al igual que yo, ha preferido seguir adelante como si nada, tal vez porque se parezca a mí y anteponga los negocios a cualquier debilidad. O puede que, sencillamente, le importara un carajo que me marchara. Sea como sea, tendré que agradecerle que haya hecho como que no me conocía y podamos continuar con esta importante cena, porque no pienso permitir que nada ni nadie altere mis planes, en los que no entra ningún hombre. Los utilizaré, a ellos y su pasta, a cambio de mi futuro y el de mis padres, nada más. Ni amor, ni pasión, ni confianza, ni besos de verdad, ni sexo ardiente a la luz de la luna...

Mierda, esos recuerdos están encerrados, no entiendo que mi mente me envíe ahora esas imágenes. Tengo que volverlas a guardar, como sea, porque, si no, no podré seguir adelante, ni con mi trabajo en la agencia ni con mi vida.

Y lo consigo, aunque por poco... porque ha habido un momento en el que esos recuerdos casi me ahogan, cargados de pena y de injusticia.

Tras la cena, los cuatro nos desplazamos al bar por iniciativa de Matthias, para continuar con la velada tomando una copa. Sentados alrededor de una pequeña mesa redonda, envueltos por una suave música de fondo y tenue iluminación, seguimos con nuestra charla anterior, en la que básicamente se limitan a seguir hablando Matthias y Scott y, por supuesto, yo, que voy traduciendo casi simultáneamente la conversación entre uno y otro. Si no fuera por el cuarto participante, diría que me siento en mi salsa, pues estoy rodeada de varios hombres y todos babean por mí, dispuestos a concederme cualquier deseo si se lo pidiera. Matthias, que ya lleva varias copas, cada vez está más locuaz y no para de soltar bromas, aparte de mirar mi cuerpo con ansia cada vez que se dirige a mí. Scott, el tipo rubio de sonrisa perfecta, tres cuartos de lo mismo. Estoy segura de que éste es el típico caso en el que mi cliente le concedería a otro hombre la oportunidad de probarme o de participar de nuestra intimidad.

Por primera vez en mi vida, rezo para que eso no ocurra esta noche.

Mientras tanto, James apenas hila más de dos frases seguidas. Parece en su propio mundo, con esa expresión taciturna que luce en su rostro mientras el resto de nosotros reímos y bromeamos. Se

le nota incómodo y por eso debe de ser que es el primero en proponer que demos por terminada la velada.

—Señores, señorita —dice cuando se levanta—. Creo que va siendo hora de que nos retiremos a descansar. Mañana nos espera un día duro.

—Oh, vamos, James —se queja su segundo—, no seas aguafiestas. ¡Estamos en lo mejor!

—El señor Compton tiene razón —intervengo al tiempo que me retiro también de la mesa—. Será mejor que lo dejemos por hoy. Ya tendremos tiempo para seguir conversando. ¿Nos vamos, señor Kessler?

—Por supuesto que sí —balbucea en alemán y pasado de alcohol—, muñeca. Nos vamos ahora mismo tú y yo a la cama y estos dos que se mueran de la envidia, que para eso se quedan con mi empresa.

Omito traducir la parrafada de mi jefe. Los ingleses se miran entre sí con el ceño fruncido. Aunque no lo hayan entendido, algo han intuido, por el tono de Kessler.

Una vez en la habitación, Matthias, que no se tiene en pie, cae de bruces sobre la cama, sin dejar de expresar su deseo por acostarse conmigo mientras farfulla frases sueltas.

—No te preocupes, cielo —le digo mientras lo despojo de toda su ropa—. Nos vamos a acostar juntos, pero no creo que pase nada esta noche.

Yo también me desnudo y me acomodo en la cama junto a él. Cuando algún cliente se emborracha y amanece en cueros junto a mí, le cuento con pelos y señales el magnífico polvo que echamos la noche anterior y no pueden quedar más satisfechos. Nada como echarle un poco de morbosa imaginación. Total, no se acuerdan de nada.

A continuación, intento cerrar los ojos, pero no puedo. Bueno, en realidad sí puedo, pero me niego a seguir contemplando un rostro que me mira fijamente, me analiza y me censura. Tengo más ganas que nunca de acabar este encargo laboral, de regresar a casa, de no volver a tener que enfrentarme al único hombre que sería capaz de destruirme y de acabar con todos mis sueños.

* * *

Matthias canturrea por la habitación después de haberse duchado y vestido. Por supuesto, ha sido crucial que le haya contado nuestro increíble encuentro sexual nocturno inventado. Yo acabo de salir de la ducha y me he envuelto en un albornoz. Antes de que me dé tiempo a arreglarme, con el cabello húmedo desparramado por la espalda, alguien llama a la puerta.

—¿Te importaría abrir, Patricia? —me pide el alemán desde el despacho de la *suite*—. Debe de ser el servicio de habitaciones con el desayuno que he pedido.

—¡Voy!

Me acerco a la puerta, abro... y no, no es el servicio de habitaciones. Frente a mí aparece James en toda su altura, con ambas manos apoyadas en el marco de la puerta, una a cada lado. Compone una expresión extraña, acompañada de su espeso cabello castaño oscuro algo

alborotado y un asomo de barba en las mejillas. Ha cambiado su traje de ayer por un pantalón gris y una camisa blanca con los puños remangados, aunque continúa viéndose elegante. Si no fuera por la ropa y su adusta expresión, me parecería verlo en la orilla de la playa, despeinado por el viento, sonriente mientras me espera con las máscaras de *snorkel*...

—Sólo quería comprobarlo por mí mismo —me suelta antes de que pueda hablar, algo que mi garganta se ha negado a hacer—. No acababa de creer que fueras la amante de Kessler, pero parece que he vuelto a equivocarme contigo.

Si por mí fuera, le cerraría ahora mismo la puerta en las narices, pero no puedo perjudicar a Matthias, por lo que me mantengo estática y firme. Sí, claro, el corazón me golpea tan fuerte en el pecho que creo que se oye el retumbar en mis costillas, lo mismo que anoche, cuando lo vi aparecer en el comedor. Pero, de la misma manera que pude sobrellevarlo entonces, voy a ser capaz de hacerlo ahora. Puedo ser la mujer fría y distante en la que he conseguido convertirme para evitar dejarme llevar por los sentimientos. Y, aunque en esta ocasión me esté costando más trabajo de la cuenta, seré capaz de hacerlo, como siempre he hecho.

—¿Desea algo, señor Compton?

Apenas he acabado de hablar, James me aferra por un brazo y me arrastra hasta el baño de la habitación, aunque deja la puerta entreabierta para poder vigilar al alemán.

—¿Qué coño haces? —lo reprendo al tiempo que me deshago de su agarre de un tirón.

—Ahora que estamos solos puedes dejar de llamarme señor Compton, ¿verdad, Patty?

—¿Por qué iba a hacerlo? —replico, alzando la barbilla.

—Pues... porque siempre me llamabas James, sobre todo cuando gritabas mi nombre en mitad de un orgasmo.

—¿Qué quieres? —le reclamo de la misma forma. No va a lograr acongojarme, por muchos litros de sangre por segundo que esté bombeando mi corazón en este instante.

—Una puta explicación podría estar bien —exige—. Te largaste como una maldita delincuente, puse patas arriba el complejo y la isla entera, llegué a pensar que podía haberte sucedido algo...

De pronto, las últimas palabras de James bajan de tono. Se acerca, me acorrala contra la pared y me mira como lo hacía cuando estábamos en Mauricio. Aparta un húmedo mechón de pelo de mi cara y me lo coloca detrás de la oreja. Está tan cerca de mí que siento su calor, el olor inconfundible de su piel. Y esa cercanía me hace recordar todos y cada uno de los momentos que viví junto a él y que tendré que olvidar para poder seguir adelante y sobrevivir.

—Me gustas más así —murmura—, sin maquillaje, con el pelo húmedo, recién duchada...

Sus murmullos hacen posible que viaje de nuevo a ese lugar donde compartí con este hombre los momentos más intensos de mi vida. Hasta me parece oír el rumor de las olas detrás de nosotros, o sentir en mi piel la brisa que nos cubría con su aroma a sal.

—Una llamada —susurra—, un mensaje, una nota... Podrías haber avisado de mil maneras distintas. ¿Por qué, Patty? ¿Por qué te fuiste?

Trato, al mismo tiempo, de respirar y buscar una respuesta. Jamás imaginé, después de

marcharme a toda prisa de la isla, que un día volvería a encontrarme con James y me exigiría saber el motivo de mi huida apresurada y rastrera. Así que, para este momento, lo mejor para mi cordura es hacer aparecer a Patricia la experta, la cruel, la mujer de hielo que no siente ni padece.

—Oh, por favor, James —suspiro teatralmente—. ¿De verdad voy a tener que explicarte mis razones para marcharme? Ponle un poquito de imaginación. Echamos un par de buenos polvos y creíste que era suficiente como para hablar de presentarme a tu familia. Por favor, ¿en qué siglo vives? Además, Matthias me estaba esperando. Aunque —compongo un mohín de duda—, si llego a saber que eras el presidente de British Electric, tal vez me lo habría pensado. Ahora resulta que mi jefe y amante no es más que un simple empleado tuyo. —Vuelta a poner morritos de pena.

Ha llegado el momento en el que James tendría que insultarme o enviarme a la mierda, y estoy preparada para escuchar sus acusaciones... pero no. Me desconcierta que se haya acercado todavía un poco más a mí y esté sonriendo. Dios, su sonrisa... aquella que era capaz de derretirme el corazón...

Con la yema de su dedo pulgar resigue mis labios, mi barbilla y la línea de mi mandíbula antes de lanzarme su cálido aliento.

—No te creo —susurra a unos pocos centímetros de mí—. Jamás fingiste conmigo. Te derretías con mis besos y eras capaz de correrme con una simple caricia.

Trago saliva y junto las piernas. Las imágenes descritas por James tienen el poder de calentarme, de excitarme, de hacerme revivir los intensos momentos de placer que compartí con él. Ahora mismo soy capaz de sentir sus caricias, aquellas que me llevaron a experimentar el placer más profundo.

Maldita sea mi suerte. No hay hombre en la tierra capaz de excitarme ni con mil hazañas sexuales, y éste se permite el lujo de volverme loca con sólo unas palabras, con sólo evocar un recuerdo.

—Parece que vuelves a equivocarte —le digo, tratando de disimular mi respiración acelerada—. Los hombres sois unos egocéntricos que pensáis con la polla y sólo veis lo que queréis ver.

—¿Estás segura de lo que estás diciendo?

Sin que yo me haya dado cuenta, James ha tirado del cinturón del albornoz y éste se ha abierto, dejando a la vista una porción de mi cuerpo desnudo. A continuación, desliza sus nudillos por el pezón que ha quedado al aire e, inmediatamente, éste se pone tan duro y tenso que llega a dolerme, lo mismo que el pinchazo que tiene lugar en pleno centro de mi sexo. Mi cuerpo reacciona, anhelando cualquier roce de su boca y sus manos. Las piernas me tiemblan, deseosas de enredarse en su cintura y poder llenar el vacío que ahora mismo presiona mi vientre.

—¿Lo ves? —vuelve a susurrar, al tiempo que acerca su boca a la mía.

Antes de que siga poniéndome en evidencia, consigo asestarle un empujón y lo aparto de mí con fuerza. Abro del todo la puerta del baño y me dirijo a la salida.

—Lárgate ahora mismo de aquí —le espeto—, antes de que Matthias sospeche algo... y más te vale que no lo pagues con él en la reunión de hoy. Si se os ocurre joderlo, juro que haré que tu

empresa lo pague muy caro. No vayas a pensar que soy la típica secretaria que se pasa el día pintándose las uñas. Puedo joderte, y mucho.

—¿Patricia? —oímos la voz del alemán, que se acerca mientras vuelvo a atarme el cinturón—. Vaya, señor Compton... —se sorprende al verlo—, pensaba que habíamos quedado en la sala de reuniones a las nueve. Son las ocho.

—El señor Compton ya se iba —intervengo—. Sólo ha venido a cerciorarse de que no nos habíamos echado atrás.

—Por supuesto que no —sentencia Matthias—. Espero verlos sin falta a usted y al señor O'Brien dentro de una hora.

—Allí estaremos —murmura James antes de salir de la habitación.

Cuando cierro la puerta, me encuentro a Kessler mirándome fijamente. Compongo una sonrisa para destensar el momento y me acerco a él para acariciarle el mentón.

—Matthias...

—No hace falta que finjas, Patricia. —Por un instante, me tenso con sus palabras—. Entiendo que el inglés se haya acercado para corroborar los rumores de que seas mi amante, incluso también lo comprendo si únicamente ha venido a verte. Anoche pude comprobar lo atraídos que se sintieron los dos británicos por ti.

—Yo...

—Tranquila, preciosa. —Me acaricia la mejilla—. Eso es, precisamente, lo que buscaba, que se murieran de envidia. Y ahora, si te parece, vayamos a ofrecerles mi empresa a esos idiotas, pero hagámoslos sudar un poco.

—Te ayudaré todo lo que pueda —le digo antes de darle un beso en la mejilla e ir a cambiarme.

* * *

Hemos necesitado el día entero para acabar las negociaciones. Cada vez que una de las partes exigía algo, la otra reclamaba algo más. Por un lado, los representantes de British Electric se han encontrado con que Kessler todavía se guardaba bajo la manga el mayor valor de su compañía: él mismo. El alemán puede parecer un tipo anodino, pero su mente es privilegiada y es lo mejor que van a conseguir los ingleses de esta absorción. Además, hemos estado dejando muy claro cómo debía quedar la situación de los trabajadores, con sus puestos, categorías y sueldos sin tocar. Y digo *hemos* porque mi papel como intérprete ha sido de lo más crucial. Le he traducido a Matthias cada conversación y documento sin dejarme un párrafo, y lo mismo he hecho para los ingleses. De todos modos, éstos han conseguido apropiarse de Kessler Chemical por menos de lo que esperaban y, al final, ambas partes han quedado satisfechas.

Por todo ello, estamos agotados. No hemos salido de la sala ni para comer, puesto que nos han servido comida fría y cafés para que no tuviéramos que interrumpir ninguna conversación. Cuando

nos damos el primer respiro son altas horas de la noche.

—Y ahora —apostilla Kessler—, si les parece, me gustaría culminar el éxito de la operación tomando una copa en mi habitación.

El irlandés rubio acepta enseguida, pero James se muestra más reticente.

—Vamos, hombre —trata de convencerlo el vicepresidente—. Es demasiado tarde como para hacer turismo por Madrid. Una última copa en un ambiente más relajado nos vendrá bien.

—De acuerdo —acaba cediendo—, pero sólo una.

Una vez que estamos los cuatro en el alojamiento del alemán, éste, tan animado como siempre, sirve una bebida para cada uno mientras nos invita a sentarnos en los sillones del salón de la *suite*.

—Por los negocios.

Alza su copa y el resto de los presentes lo imitamos. A pesar de sus buenas intenciones y de la sonrisa de Scott, sólo con la expresión lúgubre del presidente, el ambiente parece demasiado tenso.

—Y ahora, señores —interviene Kessler al tiempo que suelta su copa—, me gustaría proponerles algo que puede relajarlos más que cualquier trago.

Sin que lo espere nadie, se pone en pie y saca una cajita del cajón de uno de los muebles del salón. Después, vuelve junto a la mesa y deposita el objeto sobre la oscura superficie. Todos clavamos la vista en los dados que extrae de la caja.

—Me gusta ser buen anfitrión, así que, como agradecimiento a su correcto trato, pues soy consciente de que podrían haberme sacado los ojos con este negocio, les propongo pasar un buen rato con la señorita Patricia.

De pronto, toda la sangre se congela en mis venas.

—No te importa, ¿verdad, preciosa? —me pregunta con una mirada significativa.

Claro, en el contrato que firmamos con este tipo de clientes suele quedar estipulado que vamos a mantener sexo con ellos o con alguno de sus invitados. Ya lo he hecho otras veces, así que no debería escandalizarme ni sorprenderme, sobre todo sabiendo que siempre me espera una muy sustanciosa propina por ello...

—¿Y los dados? —pregunta O'Brien, el que parece más contento con la idea. James ni ha pestañeado.

—Para que lo echen a suertes —responde Kessler—. Puede ganar sólo uno de ustedes, pueden decidir el turno o preferir un trío... Siempre que yo pueda mirar...

En cuestión de un segundo, James se levanta del sillón, se aproxima al alemán y le asesta un puñetazo en la mandíbula que lo hace trastabillar hacia atrás.

—¿Qué coño haces, James?! —grita su vicepresidente.

—¿Cómo te atreves a jugarle a tu amante a los dados? —le recrimina James a Matthias—. ¿Cómo puedes ser tan miserable?! —Y vuelve a propinarle otro puñetazo, que le hace sangrar el labio.

—¡Basta, James, te la estás jugando! —Su rubio acompañante trata de pararlo, pero únicamente consigue una bronca de su jefe.

—¡Vete de aquí, Scott! ¡Esto es algo que tengo que solucionar personalmente!

—Pero James...

—¡Lárgate!

O'Brien sale de la habitación y James vuelve a encararse con el alemán.

—Maldita rata rastrera...

Esta vez se abalanza sobre él y comienza a darle puñetazos más seguidos hasta que lo hace caer al suelo.

—¡Joder, no es lo que crees! —se defiende el atacado, en un inglés precario.

—¡Déjalo en paz, James, por favor! —grito yo también.

—¡No es mi secretaria! —vocifera el hombre mientras trata de esquivar los golpes—. ¡Ni siquiera es mi amante! ¡Sólo es una acompañante, una *escort*!

—¡Cabrón...!

Pero James no lo escucha, o no le cree. Continúa asestándole golpes al científico hasta que tengo que intervenir, asustada de que pueda hacerle verdadero daño.

—¡Basta, James, por favor! —chillo al mismo tiempo que intento proteger a Matthias—. ¡Basta ya! ¡Está diciendo la verdad! ¡Soy una acompañante!

La mano ensangrentada de James queda suspendida en el aire mientras él me mira con expresión ausente.

—¿De verdad creías —se defiende Kessler mientras intenta respirar por su nariz ensangrentada — que iba a poder ligarme a una mujer como ésta? —De pronto, el tipo comienza a reír—. Dios, me ha costado un dineral, pero las facturas las acabaréis pagando vosotros. —Vuelta a reír, cada vez más fuerte—. A esto se le llama justicia poética. Cuando os lleguen los recibos de una agencia llamada The Hot Affaire, recordad que me estaréis pagando los inmejorables servicios de Patricia. La mejor, señor Compton, la mejor.

El alemán ha chapurreado el inglés como ha podido, pero su discurso ha quedado perfectamente claro. James se pone en pie y me mira a los ojos por primera vez esta noche.

—¿Es cierto? —murmura—. ¿Lo confiesas?

—Sí, es cierto.

Yo también me pongo en pie y me enfrento a él con la cabeza erguida.

Tras varios segundos clavándome sus turbulentos ojos oscuros, en un arranque inesperado, James rompe a reír a carcajadas, aunque la risa resulta alto tétrica.

—Joder. —Ríe sin parar—. Al final, va a resultar que Heather tenía razón, no puedo resultar más patético. Creía que no existía mujer que fuese capaz ya de engañarme, pero, por lo visto, todavía queda alguna en el mundo. Lo peor es que mi primera reacción de rechazo hacia ti fue la buena. Una lástima haber dudado de mis instintos. Las caras bonitas sólo suelen tener un fin: el engaño.

—Me da la sensación de que ya os conocéis —señala Matthias mientras se pone en pie—, así que, si no os importa, voy a darme una ducha y a acostarme. Ha sido un día... difícil.

Ni James ni yo le hacemos caso. Únicamente esperamos a que desaparezca para seguir con las duras acusaciones que él va clavándome, una a una.

Continuamos frente a frente, en medio del salón. James se ha acercado tanto a mí que vuelvo a sentir su calor y su aroma, aunque ahora mezclados con su ira, su desprecio y su infame ironía.

—Tengo la impresión de que eres muy buena en lo tuyo. ¿Eres de esas que se pueden permitir el lujo de pedir un millón por una noche? Tal vez lo valgas, aunque en la isla de Mauricio debías de estar de oferta. Te follé totalmente gratis.

—¿Has acabado ya? —le pregunto mientras trato de aguantar estoicamente el chaparrón.

No debo preocuparme, no es la primera vez que hombres enamorados de mí se han enterado de a qué me dedico y me han brindado lindezas semejantes. La diferencia estriba en que aquellos tipos no me importaban un carajo. Con ellos y sus crueles palabras nunca sentí dolor en mi corazón como siento ahora.

Pero es lo que hay. No puedo hacer nada.

—Y pensar que me llegaste a parecer inexperta... —murmura al tiempo que acaricia suavemente mi mejilla—. Vibrabas tanto con mis besos, te estremecías con tanta fuerza entre mis brazos...

No puedo moverme. Su cuerpo ha conseguido atrapar el mío entre él y la puerta de la *suite* y apenas me deja respirar. Su aliento caliente golpea mi frente y sus dedos continúan paseándose con delicadeza por mi rostro y mi pelo. No puedo evitar cerrar los ojos cuando inclina la cabeza y busca mis labios con los suyos. Paladeo su aliento e inspiro el inconfundible aroma de su piel y su pelo, que siempre me parecieron oler a viento y a mar. Sin que pueda hacer nada por evitarlo, porque mis músculos se niegan a moverse o, tal vez, porque mis neuronas se niegan a dar la orden, acepto su boca en mi boca, que se abre sin resistencia cuando él presiona mis labios. Casi muero de placer al volver a experimentar la sublime sensación de besar a James. Y apenas puedo contener las lágrimas cuando su sabor conocido estalla en mi lengua y puedo degustar a placer la intensidad de su beso, la intimidad que lo acompaña, el gemido que ambos emitimos. Me siento indefensa ante este hombre y las sensaciones que es capaz de proporcionarme.

—Humm... —murmura cuando termina el beso, pero continúa lamiendo mis labios y olisqueando mi pelo—, maravillosa, fabulosa, insuperable...

Pero, justo un segundo después, se separa de mí y vuelve a mirarme con su anterior mirada mordaz.

—En fin, señorita de compañía, tengo que irme. Por cierto, perdona. —Trastea en el bolsillo de su chaqueta, saca una cartera y de ella extrae un billete de cien euros que deposita entre mis pechos, sujeto con el encaje del sujetador—. No recordaba que tu tiempo es oro. ¿Tendrás suficiente con esto por un beso? No tengo ni idea de lo que cobra una *escort* de lujo, pero puedo darte más, si me muestras tus tarifas...

Hasta aquí he llegado.

—Escucha, capullo. —Lo agarro de la chaqueta y me separo de la puerta para poder abrirla y echarlo a él al pasillo. Después, cojo el billete y se lo muestro—. Con esto no pagas ni un segundo de mi tiempo; ni la saliva que he gastado. Sí, soy una *escort* de lujo, y para pagar mi compañía tendrás que sacudirte bien los bolsillos. ¿Te ha quedado claro?

—Clarísimo —contesta con expresión burlona desde el umbral de la puerta—. Pero, por si lo has olvidado, Kessler te ofreció a Scott y a mí en bandeja como regalo. Podría avisar ahora mismo a mi amigo para follarte por turnos, o los dos a la vez... y totalmente gratis. Es más, voy a llamarlo de inmediato. —Saca su teléfono móvil y se lo lleva a la oreja—. ¿A quién te follarás antes?

Si vamos a ponernos en plan odioso, yo también sé.

—Mira, *gilipollas* —recalco la última palabra en claro español—, si así lo deseas, puedes traerme a tu amigo y me lo tiro delante de tus narices, pero contigo no follo ni por todo el oro del mundo. ¿Me entiendes o te lo repito en varios idiomas?

A continuación, cierro la puerta en sus morros con un sonoro portazo. ¡Ah!, y sin devolverle el dinero. Bastante tengo que aguantar como para despreciar un solo euro.

Capítulo 12

James

—Otro whisky con hielo, por favor. Doble otra vez.

—¿No has bebido ya demasiado esta noche, Jamie?

—¿Qué haces aquí, Scott?

—Pues... acompañar a un amigo a beber.

Le hace una seña al camarero y éste le sirve lo mismo que a mí.

—No necesito niñera —gruño—, y ya sabes que no me gusta que utilices ese diminutivo.

—Mientras estamos cerrando un importante negocio —me aclara tras dar un trago a su vaso—, eres mi superior, el presidente supremo, James Compton; sin embargo, cuando te veo la clara intención de emborracharte, eres mi amigo, a quien conozco desde hace una década, y ese siempre será Jamie.

Bebemos un par de minutos en silencio, no más. Tengo presente que Scott está deseando entender qué me ocurre.

—No te veía beber así, de forma tan compulsiva, desde que la zorra de Heather te dejó, alegando que tú no eras lo que ella buscaba... cuando decidió que aspiraba a algo más, tal vez envidiando a su hermana.

—O bebes conmigo o te callas —le exijo.

—¿Me vas a explicar qué ha pasado ahí arriba, en la habitación de Kessler?

—No tiene importancia —respondo, haciéndome el desinteresado, mientras me llevo a los labios el vaso, pues no paro de dar un trago tras otro.

—Supongo que se trata de esa mujer, Patricia. Te has puesto como una moto cuando su jefe ha querido compartirla con nosotros. He llegado a la conclusión de que debe de ser una *escort*, de esas de lujo, que lo mismo te echan un polvo que te preparan una importante reunión.

—Muy agudo, Sherlock.

—¿La conocías? —me pregunta con tranquilidad, mientras saborea uno de los tragos.

—Sin duda has tenido que pensar sesudamente para llegar a una conclusión tan elaborada —le contesto con ironía. La cantidad de whisky que llevo ingerida comienza a espesarme la lengua.

—He estudiado todas tus reacciones desde que la vimos anoche por primera vez... sin contar lo especialmente irritante y capullo que estás desde entonces. Aunque lo entiendo —prosigue— si la conocías y no sabías a qué se dedicaba.

—No quiero hablar de ello —gruño de nuevo—. Voy a tomarte la palabra y vamos a ir a algún

tugurio donde encontrar sexo rápido esta noche.

—Perfecto —se alegra Scott mientras apura su vaso—. Aunque me veo en la obligación de comunicarte que, esa mujer con la que dices que ha pasado algo sin importancia, está sentada ahí fuera, en la terraza del jardín, sola.

Desvió la mirada con rapidez nada más oír la posibilidad de volver a verla, aunque lleve implícita la rabia que siento cuando pienso en ella.

A través de la cristalera del bar puedo ver a Patty, sentada a una de las mesas de la terraza exterior, mirando fijamente el cielo. Se ha quitado el elegante vestido de cóctel y se ha deshecho el complicado moño con el que se recogía la melena. Ahora viste con unos sencillos vaqueros, una blusa de color rojo y unas sandalias planas, y su rubio cabello luce suelto, desparramado por la espalda, algo más ondulado que de costumbre.

Por un instante, verla observando las estrellas, mostrando su habitual sencillez, ha sido como volver a la isla de Mauricio, donde tantas veces la encontré sentada en la orilla del mar, divisando el horizonte. Se me encoge el pecho al recordarla así, tan misteriosa y frágil y a la vez tan cercana. Su mirada distante, sus contadas sonrisas, su alegría después de practicar *snorkel* o de ir de compras por Port Louis...

Mi cerebro no parece muy operativo en este instante, algo embotado por el alcohol, por eso no soy del todo consciente de lo que hago cuando saco el móvil del bolsillo y accedo a la galería, donde todavía conservo las fotos de aquel día. En algunos *selfies*, la contemplo a ella y a mí mismo, sonrientes los dos, sin vestidos elegantes, corbata o maquillaje, y tengo la impresión de que esas personas son dos felices desconocidos que no he visto en mi vida.

—¡Hostia, sois vosotros! —exclama Scott cuando ve las imágenes—. ¿Estabais juntos? Joder, Jamie, no me digas que te encoñaste de ella. ¿No dijiste que jamás pasaría algo así después de Heather?

—No fue nada —gruño al tiempo que borro todas las fotos—. Sigo pensando igual, que las mujeres sólo sirven para un polvo, ya sea gratis o a cambio de algo. Por cierto —me alejo de la barra y me encamino hacia las cristaleras—, hablando de putas... ¿no habíamos quedado en ir en busca de un polvo fácil? Pues ahí lo tenemos. —Señalo hacia la terraza—. Una puta de lujo. Vayamos a redondear la noche.

—Espera, Jamie —me frena Scott, sujetándome de la manga—. ¿Por qué no la dejas en paz? Vámonos por ahí, en busca de algún ligue... donde tú quieras, pero no montes más números aquí.

—¿Qué pasa? —le recrimino después de soltarme—. ¿No te gusta la idea de compartir el polvo?

—Pues no mucho, la verdad —refunfuña—, pero no es sólo por eso, tío. Estás borracho y sólo buscas vengarte de la chica. Te conozco, Jamie, eres maquiavélico y rencoroso, y si alguien te jode, se lo haces pagar muy caro.

—Me conoces bien —afirmo con mordacidad—. Tú mismo. Si quieres diversión, acompáñame; si no, vete a dar la murga a otra parte.

Scott suspira y me sigue mientras atravieso la puerta situada en la cristalera y me dirijo al lugar donde Patty parece meditar mientras toma lo que parece un té. Tal como dice mi amigo, voy cargado de alcohol y de ansias de venganza; de rabia y de una espesa sensación de ridículo de la que necesito desprenderme.

—Buenas noches, Patty —la saludo. Ella da un respingo al oírme, pero, como supongo que es una todoterreno, acostumbrada a miles de situaciones extremas, en cuanto se gira y nos mira, compone una expresión de total normalidad, que me dan ganas de borrarle de la cara cogiéndola en brazos y llevándomela a mi habitación para que recuerde que conmigo no había dinero de por medio. Sin embargo, lo que mi naturaleza vengativa provoca es torturarla, hacerle daño, pisotearla, como ella hizo conmigo.

—Vaya, los ingleses —saluda antes de tomar su taza y beber un trago con total naturalidad—. Señor Compton, señor O'Brien, ¿qué les trae por aquí?

—Queremos contratarte —le suelto sin más—. Toda la noche. Los dos.

En un principio parece sorprendida, pero, como toda una «profesional», se recompone y muestra su sonrisa más sensual. Qué ganas de borrársela con mi propia boca...

—Lo siento —se lamenta—. Todavía tengo contrato con el señor Kessler.

—Ni se enteraría ni le importaría —rebato.

—Os saldría demasiado caro.

—La pasta no es problema. —Con dedos levemente temblorosos, debido a mi precario equilibrio y a la ira que todavía me corroe, saco mi cartera y de ella extraigo todos los billetes que contiene, billetes y más billetes, de cincuenta euros y de cincuenta libras, además de las tarjetas de crédito—. ¿Crees que tendrás bastante? —le escupo mientras los tres observamos el montón de dinero desparramado sobre la mesa.

—Yo no trabajo de esa forma —contesta, esta vez algo molesta—. No soy una puta de la calle, a la que te acercas y le ofreces un fajo de billetes. Tenéis que poneros en contacto con mi agencia, estipular precio, fechas...

—¿A dónde hay que llamar? —insisto, cada vez más cabreado y más borracho. Saco el teléfono y deslizo el dedo por la pantalla en busca del teclado—. ¿Tienes el número de tu maldita agencia?

—Basta, James —me detiene Scott—. Déjalo ya. Nos están mirando.

—¿Por qué no aceptas mi dinero?! —le recrimino a Patty, fuera de mí, sin prestar atención a las palabras de mi amigo—. ¡Te recuerdo que follamos gratis! —Le doy un manotazo a los billetes que he puesto sobre la mesa y salen volando en todas direcciones. Ella se sobresalta y me mira durante un segundo con sus apagados ojos verde claro—. ¡Y no te quejaste ni me pasaste una puta factura!

—¡Maldita sea, James, basta! —Scott me coge de la chaqueta y me zarandea—. ¡Vámonos ahora mismo de aquí!

Mi amigo me saca de la terraza a rastras. Estoy mareado, me siento mal y tengo ganas de

vomitara. ¿Cómo coño he llegado a esto?

—¡Sí! —grito—. ¡Pero nos vamos de putas! —exclamo fuerte para que me oiga Patty.

—Que sí, amigo, que sí —trata de convencerme Scott.

—Rubias, no, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Pasadas las horas, no recuerdo nada más. Sólo sé que me he despertado en mi habitación, en mi cama, solo. Intento incorporarme, pero no puedo. La cabeza me da punzadas y tengo el estómago revuelto, por lo que acabo cayendo de nuevo sobre la almohada.

Emito un hondo suspiro. Soy un hombre que puede tenerlo todo, pero no consigo tener lo que ahora mismo quiero. ¿Por qué, si tengo el dinero y la influencia suficientes como para conseguir lo que me proponga? ¿Por qué no puedo tenerla a ella?

Vuelvo a resultar patético. Esto no puede quedar así. Me las pagarás, Patty, te lo aseguro.

Capítulo 13

No sé el tiempo que llevaré tirada sobre mi cama, hecha un ovillo, con la única compañía de *Pantera*, que apenas se separa de mí mientras alterna el sueño y sus ronroneos. Acaricio su suave cabecita mientras sigo mirando el cielo naranja que se vislumbra a través de la ventana. Unos suaves golpes en la puerta del dormitorio consiguen que el felino alce sus orejas, pero yo no muevo ni una pestaña.

—Pat —murmura Jacob a través de la puerta entreabierta—, tengo la cena preparada, pero, si no te apetece, no te preocupes, la guardaré en la nevera.

—Buena idea —le contesto, estática y sin mirarlo—, guárdala. No tengo hambre.

Oigo un suspiro y, seguidamente, percibo cómo se hunde el colchón a mi lado.

—Mira, Pat, ya sé que tu vida es tuya, que entre nosotros no se exigen motivos ni explicaciones, pero llevas aquí dos días, y empiezas a preocuparme. Viniste directa a casa después de tu último viaje, sin pasarte esta vez por casa de tus padres o de tu amiga Sara.

—Estaba cansada —suelto. Es lo primero que me viene a la cabeza.

—Y más vas a estarlo si no comes nada. Anda, preciosa, ven conmigo.

Me coge de la mano y hace que me siente junto a él mientras *Pantera* se acomoda en el centro de la cama. Peina mi maraña de pelo con los dedos y me lo aparta hacia un lado.

—Debo de estar horrible —le digo con una sonrisa desganada.

—Tú jamás estás horrible, cariño. Es más, ahora mismo, con ese pijama de unicornios, tu cabello enredado y esas enormes ojeras, me pareces más bonita que nunca.

—No irás a enamorarte de mí —bromeo.

—Pues... ten cuidado —continúa con la broma—. Si sigues dándome pena, ya no me parecerás la fría mujer que me hacía estornudar nada más acercarme. Me entrarán ganas de consolarte, tendré que arroparte por la noche, abrazarte, darte calor con mi cuerpo desnudo, una cosa llevará a la otra y...

—Qué tonto eres —lo interrumpo, con un empujón—. No vamos a acostarnos juntos, llegamos a un acuerdo.

—Vaya por Dios —se lamenta—. Me hacía ilusión ser yo el que rechazara a la tía buena.

—Pero he sido yo la que ha rechazado al tío bueno. —Río.

Ambos nos miramos y sonreímos. Como me ocurre desde que lo conocí, vuelvo a experimentar esa conocida calidez en el pecho con su mirada y su sonrisa. Y siento miedo, porque, cada vez que quiero a alguien, acabo sufriendo. Incluso me pasó con Sara. Llegué a sentir celos de su marido

por querer arrebatármela de mi lado cuando volvimos a hacernos inseparables. Sufro también por mis padres, porque les estoy mintiendo. Y no puedo enamorarme porque sufriríamos los dos.

Aunque puede que para esto último haya llegado tarde.

—Entonces —insiste Jacob—, ¿aceptas probar mi cena especial quitapenas?

—¿Quitapenas? —pregunto—. ¿Qué has hecho? ¿Pastel de chocolate relleno de chocolate?

—Eso de postre. —Ríe, al tiempo que consigue tirar de mí y llevarme al comedor.

Como hiciera el primer día, ha decorado la mesa con flores, velas y salvamanteles de mimbre. El aroma que me llega de la fuente penetra en mis fosas nasales y consigue que me rujan las tripas de pura hambre.

—Madre mía, Jacob —exclamo mientras me clavo al suelo—. Ese olor... ¡Has hecho lasaña!

—¡Bingo!

—¿Tú estás loco? ¿Lasaña para cenar?

—Es vegetal —me convence mientras me arrastra hasta la silla y me pone una servilleta en el regazo como a una niña pequeña—. Además, tienes que reponerte. No pensarías que iba a hacer crema de verduras para cenar.

—Pues te sale muy buena.

—Lo sé —presume—, pero, esta noche, disfrutarás más con mi cremosa e inmejorable bechamel.

Casi no decimos una palabra mientras nos zampamos la increíble pasta que ha preparado. Hacía tiempo que no comía algo tan delicioso, y eso que estoy acostumbrada a los menús de los mejores *chefs* del mundo... pero nada me ha resultado nunca tan rico ni me ha sentado tan bien. Si tengo que adivinar el secreto, diría que debe de ser la compañía.

Como él mismo me ha informado, el postre es un delicioso pastel de chocolate que hemos acompañado con un vino dulce absolutamente espectacular.

—Dios mío, debo de haber engordado cinco kilos —me quejo al terminar.

—Pero ya te están volviendo los colores a la cara —me dice, satisfecho.

Nos mantenemos unos minutos en silencio, mientras terminamos de degustar el vino. Me siento tan a gusto y relajada... Qué pena no poder enamorarme de este hombre, tan perfecto y, para qué negarlo, tan bueno y macizo que debe de bajar las bragas a su paso. Lo único malo es que me incita tanto a preguntarle por su vida como a explicarle la mía. Ni siquiera con Sara me siento tan libre de contar según qué cosas.

—Eres un cocinero excepcional —le digo para romper el silencio—. Qué lástima que nadie más que nosotros pueda disfrutar de tus comidas.

—Hay más cocineros y cocineras por los cinco continentes, no te preocupes.

—Pero seguro que ninguno ha acabado viviendo en... el mundo.

Jacob me mira con una sonrisa burlona.

—¿Tan interesada estás en mi vida que buscas cualquier excusa para saber de ella?

—Te aseguro que no era eso lo que buscaba.

—Ya... Seguro que...

Inspiro con fuerza, cuento mentalmente hasta tres...

—Trabajo para una agencia llamada The Hot Affaire —le suelto a bocajarro—. Soy una chica de compañía. Una *escort* de lujo. La mejor. Ofrezco mi selecta compañía a tipos millonarios a cambio de mucha pasta, puesto que puedo estar a la altura tanto en una importante reunión de negocios como en sus camas y...

—Lo he pillado —me interrumpe él. Me he puesto tan nerviosa que he vomitado la verdad a mil por hora—. Ya lo sabía —me dice— o, al menos, lo intuía... a pesar de que todo el vecindario te crea auxiliar de vuelo.

Las piernas me tiemblan y el corazón me late a toda velocidad. No sé por qué le he soltado todo ese rollo; lo único que sé es que hacía tiempo que deseaba hacerlo.

—Lo siento —me disculpo—. Seguro que mi vida no te interesa una mierda, pero quería decírtelo, necesitaba que lo supieras...

—No te confundas —me corta—. Que no estemos obligados a contarnos nuestra vida o nuestro pasado no significa que no le interese al otro. ¿O es que no sientes curiosidad por saber de mí?

—Sí, pero respeto tus parcas explicaciones.

—Pues eso me pasaba a mí contigo... pero ahora me lo has contado porque tú has querido hacerlo, así que ya puedo preguntarte qué te ha pasado en este último trabajo para que hayas vuelto tan triste.

—Es por un hombre.

—¿Un cliente?

—No. Lo conocí en mi viaje a la isla de Mauricio.

—De donde también volviste hecha una mierda.

—¡Ha sido todo una puta coincidencia! —me quejo—. ¡Ya podría haberme tocado la lotería en lugar de hacerme coincidir con él!

Le explico a Jacob con detalle todo lo acontecido en mi estancia en la isla y en Madrid, sin omitir parte alguna y sin pudor. Así mismo, le hago un repaso rápido de mi paso por los dos grupos de la agencia, lo que le sucedió a Sara y mi sueño de poner en marcha el hotel. Como ya esperaba, sus preguntas se centran en el tema de James.

—¿Estás segura de que no podéis tener una oportunidad?

—¡No! —exclamo—. Tengo demasiado claro cuál es mi objetivo, que no es otro que vivir de mí misma y de mi esfuerzo. Me ha costado muchísimo ahorrar lo necesario como para abrir mi propio negocio y no quiero volver a depender del dinero de ningún hombre. Aunque, desgraciadamente, todavía me falta cierta cantidad de pasta, por lo que firmé un contrato con Elisa en el que me comprometí a acompañar a los próximos siete clientes, y uno de ellos ya se ha ido satisfecho. Así que, una relación, está descartada.

—Pero estás enamorada de ese tal James, eso no lo puedes negar.

—Pareces un cotilla de vecindario —le recrimino—. ¿Ésa es la única parte que te interesa de

todo lo que te he contado?

—Es la parte que te hace infeliz, ¿no?

—Pero ya ha acabado. —Suspiro—. Dudo mucho que la casualidad me lo vuelva a poner otra vez en mi camino. Así que, a partir de ahora, me centraré en hacer bien mi trabajo para obtener lo que me corresponde más extras, abundantes propinas... para lograr las máximas ganancias posibles. Sólo serán seis clientes más y, después, por fin, tendré mi hotel y podré vivir perfectamente sin hombres.

—Sé que lo conseguirás, Patricia —me anima mi amigo—. Eres fuerte, valiente, tenaz... pero, no sé... Algo me dice que tu historia con James no ha podido acabar todavía. No así.

—¿Ya empezamos? —lo acuso—. Cuando te pones en plan chico misterioso que ha aparecido en mi vida para ayudarme, te juro que me pareces un incordio.

—¿Te has creído que soy un ángel, de esos que aparecen en mitad de una carretera, como en las películas malas de las tardes de Antena 3?

—No sé, dímelo tú.

A veces, como en este momento, llego a creer que este hombre, además, tiene superpoderes, porque, antes de contestar a mi petición, suena el timbre de la puerta.

—¿Quién será a estas horas? —pregunto, extrañada.

—Joder —murmura Jacob—. Por favor, Pat, no hagas caso y no abras. Creo que es la vecina de abajo, que debe venir a pedirme cualquier cosa.

—Dios —suelto una carcajada—, tienes al edificio revolucionado.

—Chist, calla —insiste, bajando la voz—. Apaguemos las luces y no hagamos ruido.

—No digas eso, pobre chica. —Con ganas de jugar un poco con él, me acerco a la puerta, miro por la mirilla y veo a una impaciente joven que, además, viene vestida con lo que parece una camiseta transparente y unas bragas—. Joder, Jacob —susurro—, esa viene pidiendo a gritos un revolcón.

—No es la primera vez que lo hace —susurra también—, y ya no sé qué excusa ponerle.

—¿Estás seguro de que no quieres aprovechar la ocasión?

—¡No! ¡Luego no habría forma de sacármela de encima!

—Está bien —suspiro—. Haré esto por ti. Escóndete, espera a que te llame y sales.

Abro la puerta y, en cuanto me ve, la chica compone un mohín de decepción. No ha hecho falta que haga nada especial para dar a entender que vengo de la cama, con los pelos que llevo y el arrugado pijama.

—Hola, siento la hora —me dice—. ¿No está Jacob? Resulta que el otro día le pedí huevos y vengo a devolvérselos. —Me muestra el cartón que lleva entre las manos.

—Así que huevos... —contesto, aguantando la risa—. Pues, espera un momento, a ver si ahora está visible. Jacob, cariño —lo llamo—, ¿puedes salir un momento? Es la vecina.

—¿Qué pasa, cielo? —pregunta mi supuesto amante mientras sale del dormitorio con unos ajustados calzoncillos. Casi me atraganto cuando observo su torso desnudo con tableta de

chocolate incluida, su culo prieto y el bulto delantero formado bajo la tela. Todavía estoy en *shock* cuando se acerca, me besa en la boca y me rodea con sus brazos.

—Esta chica, que viene a devolverte unos huevos —le digo, o, más bien, tartamudeo.

—Oh, no hacía falta —se dirige a la anonadada vecina—, pero gracias.

Coge la caja de sus manos, le sonrío y cierra la puerta en todas sus narices.

—Madre mía —siseo cuando estamos solos—. ¿Qué ha sido eso? ¡Por poco no nos dejás mudas a las dos! ¡¿Cómo se te ocurre salir casi desnudo?!

—¡¿Qué pasa?! —protesta—. ¡Tenía que ser convincente!

—¡Y tan convincente! —afirmo—. Ahora todo el bloque supondrá que somos algo más que compañeros de piso.

—A mí la gente me importa un comino —suelta, con su habitual encogimiento de hombros—. Por cierto, gracias por echarme una mano.

—No hay de qué —le respondo mientras coloca los huevos en la nevera—. Numeritos de este tipo son mi especialidad. No imaginas las veces que me ha utilizado algún tío de esta forma para presumir de amante ante otro.

—Vaya, lo siento —se lamenta—. No pretendía hacerte recordar algo así.

—No pasa nada. —Sonrío—. Por ti, lo que haga falta.

—Seguro que esta noche sí que te has enamorado de mí y te has olvidado de ese inglés. —En medio de la broma, me rodea los hombros con su musculoso brazo.

—Enamorarme, no sé —replico—, pero más te vale que te tapes un poco si no quieres que me abalance sobre ti para comprobar si esos músculos están tan duros como parece.

—Sé que no te atraigo de esa forma —encoge de nuevo los hombros—, así que estoy tranquilo.

—Cuidado —suelto a la vez que pongo cara de depredadora y empiezo a perseguirlo—. Tal vez sería mejor para mí mantener sexo con alguien de confianza. Podríamos ser amigos con derecho a roce...

—Estás de broma, ¿verdad? —titubea mientras camina hacia atrás.

—No sé... pero no puedo apartar los ojos de ese culito, hummm...

Simulando un rugido, me lanzo sobre él y me cuelgo en su espalda, sujetándome a su cuello y sus hombros, para darle unos cuantos mordiscos en su dura carne. Se queja, trastabilla, caemos sobre el sofá, reímos...

—Gracias —le digo cuando cesan las risotadas.

—¿Por qué? —pregunta.

—Por aparecer en mi vida cuando más lo necesitaba.

—Pat, tienes que saber algo —emite una sonora inspiración—: Soy tu ángel de la guarda. Aparecí aquella noche para salvarte del atracador y tengo que seguir contigo hasta que resuelvas tu vida.

A continuación, suelta una estridente carcajada que me acaba contagiando y acabamos los dos riendo por el suelo del salón.

* * *

—¡Patty! ¡Jacob! ¡Qué bien que hayáis podido venir!

—¡Hola, Sara!

Me ha costado una hora de súplicas convencer a mi amigo para que me acompañe a visitar a Sara a la mansión Lamarck, donde vive su cuñada Carlota con su marido y su abuela. El muy capullo no ha dejado de gruñir sobre no sé qué de los ricos y las fastuosidades que nos refriegan por la cara. Debe de tener algún trauma con el dinero.

—¡Patricia! —me saluda Carlota—. ¡Cuánto tiempo sin verte! Claro, con tanto viaje...

—Sí, no paro. —Río.

El respeto que me demuestra Sara queda patente cuando no les cuenta la verdad sobre mí a las personas que quiere, como Carlota o la abuela. Únicamente lo saben el marido de mi amiga y su cuñado, por la relación que mantuvieron ambos en el pasado con la agencia. A ellos también se lo agradezco.

—Espera —me propone Carlota—, que saludarás a la abuela.

Se marcha y al poco la anciana aparece sentada en su inseparable silla de ruedas empujada por su nieta. Como siempre que hemos coincidido, viste con un elegante pero antiguo vestido que huele a naftalina y luce un estridente maquillaje a base de carmín fucsia y sombra de ojos de color azul. Mucha gente piensa que está perdiendo la razón, pero los que la conocemos sabemos que lo que hace esta mujer es reírse de todos ellos haciendo lo que le da la gana.

—Vaya —me saluda—, si es la guapa amiga de Sara. Acércate que te vea.

—¿Cómo está usted, doña Elvira? —Le hago caso y me inclino para estar a su altura y saludarla.

—Bien, bien, encantada de recibirlos en esta casa. Por fin mi nieta se ha apiadado de mí y ha montado esta reunión familiar para que no me muera del aburrimiento.

—La gente tiene cosas que hacer, abuela —gruñe Carlota.

—¿Nunca has trabajado de modelo? —me pregunta la mujer, que no deja de mirarme con el ceño fruncido.

—No, señora.

—Pues deberías haberlo intentado —añade—. Deberías haber explotado esa belleza que posees... o vivir de los hombres, que la mayoría son tan inútiles que se dejan engatusar por unos ojos bonitos y misteriosos... como los que tú tienes.

—¡Abuela! —protesta Carlota—. ¡Menudos consejitos!

—No he dicho algo tan descabellado, ¿verdad, niña?

La mujer me lanza su mirada suspicaz y me hace tragar saliva. Qué razón tenía Sara cuando me contaba cómo la anciana parecía siempre leer su mente.

—Oh —exclama a continuación—, ¿quién es ése? ¿Por qué nadie me ha avisado de la visita de

este chico? —En un coqueto gesto, se atusa el pelo y se recoloca la falda del vestido.

—Éste es Jacob, doña Elvira —lo presento—. Mi compañero de piso.

—¿Compañero de piso? —pregunta con sorna—. ¿Qué tontería moderna es ésa? ¿Cómo podéis vivir vosotros dos bajo el mismo techo sin acabar liados? Me llega a pillar con tu edad y éste seguro que me acompaña, pero bajo las sábanas de mi cama.

Le hago un gesto a Jacob con el que le indico que no tiene que flipar con las palabras de la anciana, que todos estamos acostumbrados a sus comentarios. Como ella misma dice: «A mi edad no me callo ni ante el papa de Roma».

—Un placer, doña Elvira —la saluda él, dándole también un beso en el dorso de la mano—. Permítame que le diga que está usted espectacular.

—Y encima con modales de caballero —se congratula la anciana—. ¿Y está soltero y desperdiciado? ¿Qué coño les pasa a las jóvenes de hoy en día? —Como siempre, nos hace reír a todos—. Pues mira, serás tú el que me acompañe a la mesa.

—Por supuesto, doña Elvira.

Sonriente, Jacob se coloca tras la mujer y comienza a empujar su silla de ruedas.

Nos sentamos todos alrededor de la mesa del porche trasero, aprovechando el soleado día, mientras Jessica y Fina nos sirven unas bebidas. Como ambas trabajan para la casa desde hace años, Carlota y el resto las tratan como si fuesen de la familia.

Unos minutos de risas después, aparecen los hombres que faltaban. Daniel, el marido de Carlota, nos saluda a todos con su asidua amabilidad, aunque a su esposa le planta un beso que ella le corresponde de forma efusiva ante las quejas de su abuela.

—Niña, que lo vas a absorber.

A continuación, Héctor es el que nos saluda con su habitual seriedad. Sigo pensando que este hombre parece llenar el espacio con su presencia, al tiempo que consigue que todos cesemos lo que estemos haciendo para mirarlo, como si tuviese una especie de imán. Él, por supuesto, también saluda a su mujer... de una forma que a punto estamos todos de ponernos a suspirar.

—Hola, cariño. —Sara ya se ha levantado y se ha puesto frente a él. Su marido acaricia su labio superior con la yema del dedo y clava en ella sus imponentes ojos verdes. A continuación, posa sus labios en los de ella y apenas los mueve. Únicamente parece dominar las ganas de profundizar el beso mientras tengan público delante, porque, con seguridad, sabe que cuando empieza a besarla ya no puede parar.

—Ya habéis visto, chicos —nos dice la anciana con los ojos en blanco—: Estoy rodeada de amor por todas partes.

Pasamos una velada entre risas hasta que Sara me separa del resto y me conduce a la pérgola que decora la parte más alejada del jardín, donde en su día me contó que tuvo su primer encuentro sexual con Héctor.

—¿Te ocurre algo, Patty? —me pregunta con su acostumbrada dulzura. Cuando me mira con sus enormes ojos castaños, no puedo evitar recordar que es mi mejor y única amiga, a la que quiero a

rabiar y a la que no soy capaz de esconderle nada—. Te veo un poco ausente, y eso suele pasar cuando las cosas no te han ido bien con tu último cliente. Aunque, a decir verdad, estás así desde tu vuelta de la isla de Mauricio, el viaje que no dejaste que te pagara a pesar de haber perdido la apuesta.

—¿Se lo contaste a Héctor?

—Sí —responde con una mueca—. Me miró con su habitual ceño fruncido, pero acabamos recordando aquellos días en París y reímos un buen rato. Aunque no lo creas, mi marido también ríe de vez en cuando. Pero no me despistes y cuéntame ahora mismo qué está pasando. ¿Problemas en la agencia o con Elisa? Sólo vi a esa mujer en una ocasión y casi me da un ataque de alergia.

Me parto con Sara porque a veces no calla. Ahora entiendo que al principio rechazara trabajar para la agencia, donde se nos pide discreción y hablar únicamente cuando sea mejor que estarse callada.

—¿No te habrás enamorado de Jacob? —pregunta con excitación—. No te lo reprocharía, hija. Un tío cañón, tan amable y perfecto... ¡Hasta la abuela está babeando por él!

—¡No! —exclamo con una carcajada—. De él, no.

—¿De él, no? —pregunta, alzando una ceja—. ¿Significa eso que te has enamorado? ¡Suéltalo ya, por Dios!

—Vale, vale, te lo resumiré —le digo para acabar cuando antes—: Tuve una aventura con un hombre en mi viaje de relax. Él me habló de mantener una relación y yo salí pitando de allí sin avisar. Y resulta que me lo he vuelto a encontrar en Madrid. Es el presidente de British Electric, la compañía que ha absorbido la empresa del alemán que me contrató.

—*Jo-der*... —murmura Sara, con los ojos muy abiertos—. ¡Menuda historia! ¡Y yo que pensaba que nada podría superar la mía con Héctor!

—Es que es distinta —le rebato—. Vosotros dos luchasteis por vuestro amor, porque le disteis una prioridad. En mi caso, ya sabes cuál es mi objetivo primordial.

—Oh, por supuesto..., tu hotel y tu propio futuro, algo que nada ni nadie osará arrebatarte y blablablá.

—¿Capto un leve indicio de ironía en ti? —inquiero, alzando ambas cejas.

—Yo sólo te digo que sí, que es muy importante que realices tus sueños, alcances tus objetivos y todas esas cosas... pero... ¿y qué pasa contigo? ¿No tienes derecho a tu propia historia? Ya sabes cómo es el amor, que se presenta la mayoría de las veces en el momento más inoportuno, pero eso, precisamente, es lo que lo hace tan excitante.

—¿Crees que algún hombre puede aceptar mi pasado? —le pregunto envarada—. No seas ingenua, Sara. Tengo asumido que eso no ocurrirá nunca, pero tampoco me importa. ¿Has oído lo que te he acabado de contar? Pues hay más: en cuanto James supo a qué me dedicaba, me trató como a escoria. Por eso me largué de la isla cuando me propuso mantener una relación, porque sabía que era un imposible.

—Eso es lo interesante —me dice, pensativa, mientras tamborilea sobre sus labios con los

dedos.

—¿A qué te refieres?

—A que te liaras con él a sabiendas de que no teníais futuro... como si no hubieses podido resistirte a él. Ni él a ti, claro.

—Se acabó, Sara. —Me pongo en pie—. Olvídalo. Vayamos con los demás.

—Sí, vamos —suspira—. Por cierto, ¿cómo están tus padres?

—Bien —respondo—. Con algún achaque típico de la edad, pero bien.

—Me gustaría volver a verlos; sólo lo hice una vez, hace un montón de años, cuando te acompañé a tu casa mientras estudiábamos. ¿Por qué no les dices que vengan?

—Lo sabes perfectamente, Sara. No puedo arriesgarme a que se enteren de cómo me gano la vida.

—Podríamos visitarlos juntas alguna vez —insiste.

—Claro —contesto—. Ya te diré.

Con pasos ligeros, volvemos de nuevo con los demás, que charlan animadamente en el porche. A pesar de que la conversación con Sara me ha dejado un regusto amargo en la boca, siento que toda esta gente es una especie de familia para mí. Porque, a veces, la sangre es menos importante que el amor que te profesan algunas personas.

Capítulo 14

—El próximo de la lista, Elisa.

—Ahora mismo —contesta la directora mientras contempla la pantalla del ordenador—. Parece que, de momento, te he encontrado lo mejor. Kessler nos ha dejado unos honorarios dignos de mención.

—Sí, has tenido buen ojo —la adulo. Cómo le gusta a esta mujer que le hagan la pelota—. Espero que aciertes igual con el siguiente —añado, sin embargo.

—Seguro que sí. Esta vez te toca ir a Londres. Es un inglés.

Acabo de quedarme petrificada. No, por favor... Si oigo el nombre de James de boca de Elisa, juro que simulo cualquier tipo de enfermedad terminal.

—¿Un... un inglés? —titubeo—. ¿Quién es?

—Pues mira, no es por ponerme medallas, pero te he conseguido a un tipo de la aristocracia inglesa, un lord o algo así. Y éstos son los que más exigen, pero también los que más pagan, debido a sus ansias de intimidad y a no convertirse en unos viciosos de cara a la galería.

—¿Un aristócrata? —le pregunto, interesada y algo más tranquila.

—Sí. Espera, que te busco los detalles... Aquí lo tengo. Se trata del conde de Lindsey, al que te dirigirás como lord Lindsey.

—Recuerdo las enseñanzas de Tania —señalo, molesta—. En las clases de protocolo incluyó los tratamientos a la aristocracia. ¿Alguna pista más sobre el lord? ¿Algo sobre a qué se dedica?

Quiero deshacerme de cualquier duda sobre la posibilidad de que James haya decidido contratarme.

—¿A qué vienen tantas preguntas? —inquieta, algo suspicaz—. Normalmente no te interesan un carajo las vidas de estos tipos.

—Bueno... pensaba que en tu lista sólo habría empresarios millonarios y me llama la atención que sea un aristócrata. Ya sabes que a veces estos tíos tienen mucho título y poco dinero.

—Pues éste sí que tiene, ya lo he averiguado. Él ha sido algo misterioso con la agencia, pero sabemos que posee tierras con viñedos y que vive en una especie de castillo del siglo XVIII. Su nombre de pila es Michael.

—Bien —digo, convencida del todo, mientras me pongo en pie—, entonces voy a hacer la maleta.

—Ya lo tienes todo preparado. Tarjetas, efectivo y ropa adecuada. En el aeropuerto de Heathrow te esperará su chófer. ¡Ah!, y otra cosa más, Patricia: no vuelvas a cuestionar mis

decisiones ni a interrogarme. Si te digo que en la lista están los mejores, es que es así.

—No te he cuestionado, Elisa. —Su advertencia me ha dejado clavada frente a la puerta, pero me giro en dirección a su mesa para que compruebe que no me va a amedrentar—. No obstante, creo que, a estas alturas, la mejor de esta agencia, o sea, yo, puede permitirse el lujo de preguntar. Y si responderme resulta demasiado esfuerzo para ti, no tienes más que decírmelo y volveré con Tania, que fue quien me descubrió y a la que dejé tirada por ti.

—Si vuelves a The Best Affaire —replica con altivez—, tus ingresos bajarán a la mitad o incluso menos, y no creo que eso te convenga.

—Pero lo único que me sucederá —le rebato con arrogancia— será que tendré que esperar el doble de tiempo para irme de aquí. Puedo seguir trabajando de acompañante propiamente dicha un año más, o dos, podré soportarlo. La cuestión es: ¿podrás soportar tú esa pérdida de porcentajes que te llevas gracias a mí? ¿Encontrarás a otras para esa lista tan importante? Sí, supongo que podrías con todo, pero no creo que eso te convenga.

Sin más, me giro de nuevo hacia la puerta y la cierro con un suave clic. Atravieso la antigua mansión, el jardín y la reja de entrada, y, cuando estoy en la calle, me coloco mis gafas de sol y paro un taxi. Hacía tiempo que no me quedaba tan a gusto.

* * *

Ataviada con un ceñido vestido de encaje color crema, altos tacones y una pamelita sobre mi larga melena rubia, camino con seguridad a través del pasillo de salida del aeropuerto de Londres, arrastrando mi enorme maleta. Una multitud de personas abarrotan la terminal. Al salir por la puerta de llegadas, hago un repaso visual sobre todos ellos, esperando encontrar al empleado que ha venido a buscarme. Me tranquilizo cuando encuentro al chófer, con su impecable uniforme y su gorra, con un letrero entre las manos donde puede leerse «Miss Patricia». Perfecto.

—Buenas tardes —lo saludo—. Soy Patricia.

—Bienvenida, señorita —me corresponde al tiempo que me arrebató la maleta de la mano—. Si tiene la amabilidad de acompañarme, tengo el coche aquí mismo. Milord la espera.

—¿Está en el coche? —le pregunto mientras salimos al exterior y me coloco mis grandes gafas de sol.

—Sí, señorita.

Lo sigo hasta el vehículo, un Rolls-Royce negro con las lunas tintadas. Estos ingleses son los reyes del estilo y la elegancia. Aunque habrá que ver si el lord que me espera en su interior tiene modales a juego.

El chófer guarda mi equipaje en el maletero y, a continuación, me abre una de las puertas traseras, desde donde diviso unas piernas masculinas enfundadas en un caro traje oscuro. Con la seguridad que me otorgan mis años de experiencia, me introduzco en el cubículo y me acomodo en el asiento trasero junto al nuevo cliente.

Apenas puedo reaccionar, pues todo pasa en cuestión de unos pocos segundos: el chófer cierra la puerta, rodea el coche para situarse en el asiento del conductor y oigo el sonido del cierre interior del vehículo. Todo ocurre mientras yo, completamente paralizada, contemplo al hombre que me mira con expresión socarrona.

—Bienvenida a Londres, Patty.

Mi primera reacción es intentar abrir la puerta para largarme corriendo.

—Oh, está cerrada —se mofa—. Es por seguridad. Arranca, Thomas —le ordena al chófer.

—¿Qué coño haces tú aquí? —le espeto, aguantando las ganas de ponerme a gritar y de clavarle las uñas en los ojos. Ver a James, tan tranquilo, sentado en el coche y con esa sonrisa despreciable en la cara, ha conseguido cabrearme como pocas cosas pueden hacerlo.

¡Y pensar que llegué a intuir que pasaría esto!

—Esperarte —contesta con diversión—. Tú misma me dijiste que, para contratarte, tenía que ponerme en contacto con tu agencia, y eso he hecho.

—Esperaba a lord Lindsey —le digo, apretando con fuerza los dientes hasta hacerme daño.

—Oh, perdona, me he permitido la licencia de hacer toda la gestión en nombre de mi hermano. Michael es el conde de Lindsey. Espero que no llegue a oídos de su prometida —suelta con una mueca.

—¿Eres hermano de un conde? —exclamo, sorprendida.

—Sólo el hermano pequeño —contesta con mordacidad—. Que te quede claro que no tengo título, por si tu mente ambiciosa maquina algo. Es una de las cosas que nunca tuve tiempo de contarte. Pero relájate, Patricia. Prefiero llamarte así, suena más formal... si no te importa.

Dios, qué ganas de darle un puñetazo en esa apetecible boca. Sí, me sigue pareciendo apetecible, como todo él, pero no más que las ganas de asestarle ese puñetazo... a pesar del dolor de volver a verlo.

—¿Por qué me haces esto, James? ¡¿Qué quieres de mí?! ¿No tuviste bastante con todos los insultos que me proferiste en Madrid?

—No es lo que piensas —me responde—. Si te he contratado ha sido porque realmente me hacía falta una chica de tu... estilo. No des por hecho que quiera vengarme de ti, ni atarte a mi cama para poder tenerte a mi merced ni nada parecido. Algo que, por otra parte, me he llegado a plantear.

Por un instante, visualizo sus palabras y me veo obligada a tragar saliva y cerrar las piernas. El placer que viví con este hombre es algo que no he podido olvidar, y sigo soñando por las noches con nuestros encuentros íntimos en la isla de Mauricio. A decir verdad, casi me alimento de esos recuerdos.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Te lo explicaré mientras Thomas nos acerca a la mansión familiar, en la región de Buckinghamshire, y que, por cierto, anda un tanto revolucionada estos días debido al gran acontecimiento que tendrá lugar este sábado.

—¿Acontecimiento?

—Sí, la boda de mi hermano. ¿Recuerdas que te lo conté? Creo que, incluso, te invité a venir.

—¿Y qué pinto yo aquí? —insisto.

—Oh, no te tenses, querida. Tu cometido será algo tan fácil como acompañarme en la boda y los días previos al enlace, cargados de celebraciones. Tenerte a ti colgando del brazo hará que la gente deje de mirarme con lástima.

—¿Lástima? —me sorprendo—. ¿Por qué iba nadie a tenerte lástima?

—Porque se suponía que yo sería el siguiente, pero mi ex me dejó —sentencia—. En cuanto a ti, esta vez no tendrás que hacerte pasar por ninguna secretaria ni involucrarte en ningún negocio. Sencillamente, serás mi pareja en la celebración.

—¿Ya está? —le pregunto—. ¿Sólo va a ser eso, acompañarte a una boda?

—No se trata sólo de acompañarme —me aclara—. Serás mi prometida.

—¿Tu... prometida?

—Y no sólo eso —insiste—. Serás una prometida muy convincente. —Me mira directamente a los ojos, con los suyos más oscuros y brillantes que nunca, con lo que me provoca un prieto nudo en el estómago—. Tan convincente que nadie de mi entorno, familia incluida, deberá sospechar en ningún momento que tú y yo no nos amamos locamente. Ah —añade—, sobre todo deberás convencer a Heather, mi exnovia, que también estará en el enlace. Tampoco me dio tiempo a decirte que es la hermana de Grace, la futura mujer de mi hermano.

—¿De eso se trata? —le digo, alzando una ceja—. ¿De darle celos a tu ex?

—En realidad —me mira con expresión sibilina—, lo que quiero es recuperarla. Tengo la sensación de que, cuando me vea contigo, se acordará de lo que ha perdido. Además —agrega—, me he dado cuenta de que siempre he estado enamorado de ella. Lo que pasó en la isla contigo no fue más que para castigarla.

Desvío la mirada hacia la ventanilla y me desprendo de las gafas y la pámela, que dejo sobre mi regazo. Estamos alejándonos de Londres, atravesando la bonita campiña inglesa; aún nos queda más de una hora de viaje.

Vuelvo a sentir el impulso de salir corriendo de aquí, aterrada como estoy al pensar que tendré que pasar varios días bajo el mismo techo que James y hacerme pasar por su novia. Pero, en el fondo, sé que no me voy a marchar. Se puede decir que estoy programada para aceptar cualquier encargo de Elisa. Además, necesito este dinero y sé que puedo hacerlo. No tengo más que comportarme como siempre hago con este tipo de hombres. Si puedo ser una secretaria eficiente, intérprete o ayudante, podré ser una novia convincente. Soy Patricia, la mejor en *The Hot Affaire*.

Vale, hay algo más, algo que no reconocería ni aunque me inyectaran en vena el suero de la verdad: que James vaya a utilizarme para recuperar a su ex... me ha dolido, y mucho.

—¿Tanto te lo tienes que pensar? —me pregunta James en mitad de mis cavilaciones.

Algo repuesta de mi pánico anterior, me giro de nuevo hacia él. Le miro por primera vez y vuelvo a verme inundada de las emociones que este hombre me traspasa con sólo mirarme. Sus

ojos se han aclarado y vuelven a ser castaños con destellos verdosos.

—¿Tan horrible te parece tener que estar conmigo? —insiste—. ¿Soy peor que todos esos hombres que te contratan?

No puedo contestarle que sí, que estar con él va a ser lo peor de lo peor porque sólo él puede romperme el corazón. Un corazón que, en varios años, sólo ha funcionado unos días, los que pasé en una isla junto a él.

—Claro que no —le contesto todo lo altiva que puedo—. Sólo eres uno más. Podré hacer lo que me pides y lo haré a la perfección, como siempre, como con todos los demás.

—Bien —murmura.

Él también se vuelve hacia su ventanilla, más serio y reflexivo. ¿Qué estará pensando? Apostaría cualquier cosa a que en una variada multitud de formas de torturarme.

Por fin, tras demasiados ratos de silencio, el coche aminora la marcha y atraviesa una alta reja de hierro, desde donde ya se puede contemplar la imponente casa que se erige ante mí. No es un castillo, como me dijo Elisa, sino una de las antiguas y enormes casas solariegas, o *country houses*, como las llaman los ingleses, de esas con los tejados sembrados de chimeneas y cuidados jardines a su alrededor que eran habitadas por la aristocracia del siglo XVIII y XIX.

—Bienvenida a Lindsey Hill —me dice James—... aunque ésta es la casa de mi hermano, el heredero. Nosotros nos hospedaremos en Devon House, situada a continuación, donde viven ahora mi madre y mi hermana con su familia.

Madre mía... He acompañado a tipos muy ricos, importantes e influyentes, pero de esta categoría... James jamás me dio la impresión de ser un miembro de la aristocracia inglesa. Me pareció de buenos modales, pero alguien cercano y sencillo. Bueno, hablo de nuestro tiempo en la isla, porque, cuando va de presidente de British Electric, se convierte en un implacable hombre de negocios capaz de conseguir lo que le venga en gana..., algo que ha hecho extensible conmigo.

El coche rodea el gran edificio, continúa por un camino empedrado, gira un par de curvas a izquierda y derecha y aparecemos frente a otra construcción similar pero más pequeña. Nos detenemos frente a la fachada principal y el chófer se apea del vehículo para abrirme la puerta. Cuando bajo, me quedo unos segundos clavada en las piedras del patio. Observo la elegancia de las oscuras paredes de piedra, capto el único rumor de los pájaros y las fuentes de agua e inspiro el aroma a hierba, a humedad, a nobleza y a tiempos pasados. Después de dejarme inundar por el magnetismo de estos muros, me doy cuenta de que James me está mirando con una extraña expresión en el rostro. Como ocurrió en nuestra isla, sus ojos castaños siguen provocando en mí un profundo anhelo por algo que nunca podré tener.

Antes de que ninguno de los dos diga nada, siento su mano enlazarse con la mía.

—Comienza tu papel —me explica—. En cualquier momento empezarán a salir miembros de mi familia que andan locos por conocer a mi prometida.

Una tibieza que no podría explicar se expande desde mi mano, cubierta por la suya, tan grande y caliente.

Si antes lo dice, antes ocurre. Desde la puerta principal, una mujer joven con el pelo corto teñido de naranja sale corriendo a nuestro encuentro y se arroja a los brazos de James.

—¡Jamie! —grita ella—. ¡Jamie!

—¡Alice! —le corresponde él mientras se deja besar y abrazar.

A continuación, sin que nadie haga presentación alguna, la chica se lanza también a mis brazos y me besa en las mejillas.

—¡Oh, Dios mío, tú debes de ser Patty! —exclama—. ¡La mundialmente famosa española que ha conseguido atrapar a mi infame hermano cuando todos pensábamos que era un caso perdido!

—Patty, cariño —me presenta James—. Esta es mi hermana, lady Alice.

—Oh, por favor —refunfuña ella con un gesto de su mano—, olvídate del título.

—Pues, entonces, encantada, Alice —le digo, con una sonrisa.

A pesar de la pantomima, no he podido resistirme ante el entusiasmo de la chica.

—¡Qué guapa es, Jamie! —le dice a su hermano mientras me coge de un brazo y seguimos caminando—. Y eso que decías que las guapas sólo servían para una cosa.

—Alice, por favor... —se queja él.

—Es tu prometida, Jamie, y sabrá de tus andanzas. Si no le ha importado es porque te quiere. —Después se dirige a mí—. O eso espero, que ames de verdad a mi hermano y no seas otra aprovechada... u otra zorra.

—Por supuesto que me quiere —comenta James, al que únicamente yo puedo detectar su tono mordaz mientras me mira de reojo—. Patty ya sabe que el hermano pequeño no tiene título y sólo una parte de la herencia, así que...

—Sigues siendo rico —le digo, manteniendo el tono distendido—. Eres el presidente de un gran grupo empresarial.

—¡Di que sí! —interviene Alice—. Aquí mi hermano, tan serio, cabezota y un cabroncete muchas veces, tiene también un montón de virtudes. Se ha hecho a sí mismo en el mundo de los negocios y no ha necesitado de ningún título para ser un codiciado soltero... además de estar buenísimo. —Ríe—. ¿A que sí, Patty?

—Mucho. —Río yo también—. Tu hermano es el hombre más guapo que he conocido en mi vida. En cuanto lo vi, me dije que sería para mí.

Aunque no pensaba hacerlo, acabo mirando a James. Mis palabras parecen haberlo sorprendido, pero se supone que estoy haciendo mi trabajo, parecer una novia enamorada. Lo que él no sabe es que no me va a costar mucho esfuerzo parecerlo, y no porque sea algo que haya interpretado otras veces, sino porque no tengo más que hablar de mis propios sentimientos, aquellos que sentí en la isla... y que, para mi desgracia, siguen ahí.

—Oh, por favor —canturrea Alice—, qué bonito... Espero que mamá os haya dejado instalados en la misma habitación que os he dispuesto, porque, si no, ya veo a mi hermano echando la puerta abajo.

El corazón me late un punto más aprisa. ¿En la misma habitación? Madre mía, no había

pensado en eso. Empiezo a suplicar mentalmente que la señora sea tan tradicional que nos haya puesto a cada uno en una punta de la casa.

—¡Tío Jamie, tío Jamie!

La inquietante conversación es interrumpida por un niño de unos cinco años que sale corriendo hasta el jardín y se tira a los brazos de James. Supongo que debe de ser el hijo de Alice y, el hombre que lo sigue, su marido.

—¡Hola, pequeño Eddie! —saluda James al crío mientras lo hace volar con sus fuertes brazos.

Sonrío embobada mientras contemplo cómo tío y sobrino ríen y juegan.

—Soy Edward, el marido de Alice —se presenta el recién llegado, estrechando mi mano. Lleva un rockero atuendo parecido al de su mujer, con cazadora de cuero y peinado con grandes patillas—. Y tú debes de ser Patty, la muy nombrada estos días por toda la familia. ¡Qué callado te lo tenías, cuñado! ¡Normal que esta mujer te haya hecho olvidar a...!

—Calla, Edward. —Su esposa le asesta un codazo en las costillas—. No nombres a la innombrable.

—No importa, Alice. —James se me acerca, me pasa un brazo por los hombros y me mira como si de verdad me quisiera. Dios, qué flojera me acaba de recorrer las piernas...—. Es cierto lo que dice tu marido. Patty me ha hecho olvidar a cualquier otra mujer que haya conocido, incluida Heather. Conocerla ha sido lo mejor que podía haberme pasado en este momento de mi vida.

A continuación, hunde su nariz en mi pelo y posa sus labios en mi sien. Y yo... me deshago como un helado bajo el sol.

—Vamos, vamos, dejad eso ahora —se queja Alice—. Ya tendréis tiempo esta noche. Será mejor que entremos y saludéis a mamá, aunque no sé si tendrá un segundo de respiro con el lío de la boda.

Entramos en la casa y atravesamos un largo corredor hasta el otro extremo, por donde salimos a uno de los majestuosos jardines. Junto a un estanque, encontramos a una mujer de unos setenta años, con el pelo corto y blanco, vestida con unos simples vaqueros y un jersey rosa. A pesar de su aspecto afable, está dirigiendo con voz de mando a todo un ejército de jardineros que podan una multitud de rosales que se enredan sobre unos arcos metálicos y forman un largo túnel poblado de rosas.

—Descansa un rato, madre —le pide su hijo.

—¡James! —exclama la mujer—. ¡Ya era hora! —Abraza a su hijo con una ternura que casi me hace llorar al recordar a mis padres—. No tengo ni un minuto de descanso, hijo. Planificar una boda de este calibre conlleva mucho trabajo. Hoy empiezan a venir los invitados y todo ha de estar perfecto.

—Perdónanos a todos —me susurra Alice—. Últimamente vemos tan poco a Jamie que acabamos haciendo el ridículo cuando aparece y lo achuchamos.

—No me parece nada ridículo —le digo, aún emocionada—. ¿James no está mucho por aquí?

—Muy poco —contesta—. Hace su vida en Londres, donde tiene su trabajo y un apartamento, cuando no está viajando por ahí.

—Madre —se me acerca James—, te presento a mi novia, Patty. Cariño, ésta es mi madre, lady Margaret Compton, condesa viuda de Lindsey-Devon.

Empiezo a perderme entre tanta lady, lord, condes y condesas. Por suerte, la mujer parece tan sencilla como su hija.

—Encantada, lady Margaret —la saludo.

—Qué preciosa eres —me piropea la mujer—. Y qué buena pareja hacéis. Me alegro de que hayas rehecho tu vida —se dirige a James—. Empezaba a creer que no volverías a traerme una chica a casa después de...

—He tenido mucha suerte, madre. —Vuelve a pasar su brazo por mis hombros—. La casualidad me llevó a aquella isla a conocer a la mujer de mi vida.

Me están entrando ganas de gritar; sin embargo, compongo mi mejor sonrisa, miro a James y acaricio su mentón.

—La suerte ha sido mía, cariño.

—Os acompaño a vuestra habitación. —Su hermana interrumpe nuestras íntimas confidencias. Durante unos pocos segundos, nuestras miradas han quedado clavadas en el otro, como si nada de lo ocurrido los últimos días hubiese tenido lugar, como si ayer mismo hubiésemos paseado por la orilla de la playa de la isla de Mauricio.

—¿En cuál estamos? —le pregunta James a Alice.

—En la azul. Yo misma me he encargado de disponer que estuvieseis en la misma. —Nos guiña un ojo—. Ya os han subido las maletas.

—Pues, entonces, no hace falta que nos acompañes. Hasta luego, hermanita.

Me coge de la mano y subimos por la escalera hasta la planta superior.

Y yo... quedo maravillada. He acompañado a tipos muy ricos a lugares espectaculares, pero nada puede compararse con lo que se respira en esta casa, que huele a historia, a cera de muebles, a encaje y a terciopelo. Así, por encima, he contado quince habitaciones, y eso que ésta es la casa pequeña...

Entramos en la nuestra y entonces comprendo el porqué de su nombre, pues todo en ella es de ese color: las cortinas, las alfombras, la colcha, los cojines, el dosel... porque resulta que hay una cama con dosel. Aunque lo que más nerviosa me ha puesto es que sea solamente *una* cama.

—¡¿A ti no te da vergüenza?! —lo encaro en cuanto nos quedamos solos—. ¡Estás mintiendo a toda tu familia!

—No me digas que tú no mientes a la tuya —me agujonea mientras se desprende de la chaqueta.

—No te importa una mierda lo que yo le diga a mi familia —murmuro, indignada—. Además, puede que me hayas contado una historia sobre recuperar a tu novia, pero, aparte de eso... ¡tú estás montando todo esto por una puta venganza!

—Perdona, Patricia —me dice con toda tranquilidad—, pero en la agencia me han asegurado que eres la mejor, un ejemplo de profesionalidad, belleza, cultura y modales. Y, la verdad, estos últimos no los veo por ninguna parte.

—¡Ni los verás, imbécil!

—Yo aún no te he insultado —me recrimina—, así que procura contenerte.

—¿Que me contenga?! —grito—. ¡Me has traído engañada a tu pedazo de mansión familiar con tu aristocrática familia! Para colmo, ¡para hacerme pasar por tu novia!

—Esos modales, querida. He pagado una pequeña fortuna por ponerme el primero de una lista de clientes a cambio de esa cita inolvidable que prometéis en vuestro eslogan. Deja de comportarte como una camarera de barra americana. —Me suelta el discursito mientras comienza a desprenderse de la corbata, la camisa...

No sé cómo se lo monta este hombre para que, a la mínima, sienta ganas de tirarlo por una ventana. Estoy, literalmente, echando humo. ¿Qué hace tan comedido y tranquilo, como si fuese un cliente más?

¡Porque no lo es! ¡Es el maldito James, el que conocí en una isla, el único del que me he enamorado de verdad en mi vida y el único con el que no puedo tener una condenada relación «laboral» porque me moriría de la pena! ¡Joder!

—¡No me llames «querida» si no hay nadie delante! —A pesar de todo, intento no parecer una histérica, aunque me cuesta la vida—. ¡Y sólo hay una cama! ¿Me quieres decir cómo lo vamos a hacer?

—¿Qué pasa, querida? —Ríe de forma odiosa—. ¿Ya estás pensando que me muero por acostarme contigo, como hacen todos los hombres?

—¿Qué quieres decir? —titubeo.

—Te lo dije —me espeta con aire mordaz—. No te he traído para usarte como juguete sexual, ni para vengarme de ti de la forma que piensas. Oh, claro, te crees tan irresistible que has pensado que te exigiría sexo nada más entrar por la puerta... Pues no, cariño, no va a ser así. Puedo contenerme ante tu insuperable belleza.

Nunca pensé que volver a escuchar las palabras que me dijo al conocerme me haría tanto daño.

¿Lleva razón y realmente pensaba que me exigiría sexo? Que me diga que no va a ser así, ¿me tranquiliza o me decepciona?

—Perdona por pensar que querrías lo que todos quieren —replico con furia—. Una vez pagáis, soléis exigir el lote completo.

—Pues conmigo puedes estar tranquila. —Le da un tirón a la pesada colcha, arranca una de las almohadas y lo tira todo sobre un sofá—. Porque no voy a molestarte.

—¡Pues me parece perfecto!

—¡Más te vale!

—¡Por mí como si te acuestas en el balcón!

—¡No lo hago para que no me vea nadie, sino ya me habría largado a mi propia habitación...!

—De pronto, se calla y parece aguzar el oído—. Mi hermana viene hacia aquí. Reconozco perfectamente sus pasos. Entrará aquí en cuestión de segundos.

—Mierda —susurro al observar la cama destartada y la colcha y la almohada en el sofá—. Va a deducir que no vamos a dormir juntos.

—Tírate a la cama —me ordena James mientras lanza la colcha y la almohada al suelo—. ¡Vamos!

—¿Que me tire a la cama? —pregunto, descolocada.

De pronto, me coge por los brazos, me empuja de espaldas a la cama y se coloca encima. Apenas logro reponerme de sentirlo tan cerca de mí cuando une su boca a la mía y comienza a besarme. Pataleo y me quejo, pero sólo durante unos pocos segundos, el tiempo que tardo en emitir un imperceptible suspiro y acoplar mi lengua a la suya. Siento su peso sobre mi cuerpo, lo mismo que sus manos en mi pelo y su pelvis en la mía. Por instinto, abro las piernas y acuno su dura erección sobre mi sexo, que, sin poderlo evitar, comienza a humedecerse por la presión de su duro miembro encajado.

Oh, Dios, ¡qué locura! Un ardiente fuego comienza a correr por cada una de mis venas mientras continuamos besándonos. Emito un gemido que más que de lujuria es de tristeza e impotencia, porque vuelvo a estar entre sus brazos, a saborear su boca, a tocar su piel y a oler su perfume y su pelo. Incluso tardamos más de la cuenta en oír la voz de su hermana, que ya ha entrado en la estancia. James interrumpe el beso y responde a la chica sin dejar de mirarme un solo instante.

—Oh, perdonad, chicos —se lamenta ella.

—¿Qué coño quieres, Alice? A ver si llamamos a la puerta antes de entrar.

—Sólo quería decirnos que no se os olvidara que hoy hay reunión familiar en Lindsey Hill, organizada por Mike y Grace. Habrá toda una horda de tíos, primos y familiares que no reconoceré, pero será divertido. Así que, poneos guapos y allí os esperamos.

—Muchas gracias, Alice. Ahora, lárgate.

—Por supuesto. —Ríe—. Podéis continuar destrozando la cama. Incluso creo que voy a ir en busca de Edward. Me habéis puesto cachonda, menudo morreo.

Cierra la puerta y captamos la estela de sus carcajadas por el pasillo.

Y, mientras tanto, nosotros ni nos movemos. El peso de James continúa dejándome sin respiración. O puede que sea la emoción que vuelven a provocarme sus ojos castaños con destellos verdes. Está tan cerca ahora mismo que siento su aliento tibio acariciar mi rostro y su intensa mirada clavada en mi boca, que siento hinchada por el beso ardiente que hemos compartido.

De pronto, parece despertar, se levanta de la cama y se aleja de mí. Una vaga sensación de frío me traspasa.

—Será mejor que hagamos caso a mi hermana y nos cambiemos —me indica—. Puedes utilizar el baño. Yo iré mejor al de mi antigua habitación.

—Has tenido una buena idea —le digo al tiempo que me incorporo y recompongo mi ropa,

pues la falda del vestido ha ido a parar a mi cintura y estoy mostrando mis braguitas blancas que, con seguridad, han acabado empapadas—. Y la has pensado muy rápido. A tu hermana no le ha debido de quedar duda de lo mucho que nos deseamos.

Compongo una mueca mordaz antes de que él se dirija a la puerta.

—Sí —me dice—, se lo ha tragado. Espero que seas igual de convincente delante del resto de invitados... y de Heather.

Dicho esto, desaparece de la habitación.

Capítulo 15

Lindsey Hill es como el lugar que todas imaginamos en los cuentos, aunque un poco más de claridad y color no le vendría mal. Es tan sobria e imponente que hasta abrir la boca te parece de mal gusto.

De nuevo, James me ha cogido de la mano para que entremos en la mansión como una pareja enamorada. Él lleva puesto un esmoquin y yo me he decantado por un vestido de color azul cobalto con pedrería y, la verdad, hacemos buena pareja, aunque sea una tontería siquiera pensarlo.

Alice y su familia, lo mismo que su madre, los anfitriones y todo ese montón de tíos y primos que mencionó la primera, así como su exnovia, nos esperan en el interior, pues desde aquí se oyen las voces y las risas. Seguro que este numerito ha sido gestado por James y así se lo hago saber en un murmullo mientras entramos.

—¿Qué querías? —le susurro—. ¿Una entrada triunfal delante de toda tu familia y de Heather? ¿Por eso llegamos tarde?

—Eres lista —me responde—. Veo que tu elevado precio está justificado.

—¿Ya empezamos? —le recrimino—. ¿No podrías olvidarte por un rato de la agencia?

—No —asegura—, no puedo olvidarlo. Ni podré hacerlo nunca.

Me lo dice con tal inquina que, de nuevo, eleva mi ira a temperatura de ebullición.

—Pues no haberme contratado —le reprocho.

—Pues no haberte acercado a mí en la isla.

—¡Yo no me acerqué a ti! —exclamo, indignada, intentando no elevar la voz mientras seguimos al tieso mayordomo—. ¡Fuiste tú, que siempre estabas en medio!

—¿Yo? —replica con la misma indignación—. ¡Fuiste tú quien me espió entre los árboles! ¡La que se presentó desnuda de repente, escupiendo arena como si fuesen perdigones!

Y, entonces, me sucede algo que hacía siglos que no me pasaba: algo me hace tanta gracia que estallo a reír a carcajadas. La imagen descrita por James me retrotrae hasta aquel momento y la escena la encuentro tan divertida que no puedo evitar una risa compulsiva.

—¿Qué haces? —me susurra—. ¡No podemos aparecer así!

—Así, ¿cómo? —le pregunto en mitad de la risa que no puedo parar. Hasta el mayordomo se ha dado la vuelta y ha fruncido el ceño al oírme.

—¡Se supone que eres una chica seria! —insiste.

—Y lo soy —le digo antes de volver a estallar—. Pero no puedes negar que aquello fue

gracioso. Lo mismo que el día que apareciste bajo el agua y la emprendí a patadas contigo. ¡Por poco consigo ahogarte!

Madre mía, y la risa que no para...

—Hacía mucho tiempo que no te veía reír así —me dice, de pronto.

—Ah, ¿sí? —Saco un pañuelo del bolso e intento limpiar las lágrimas que me ha provocado la risa y que pueden echar al traste mi perfecto maquillaje—. ¿Desde cuándo?

—Desde que te enseñé a bucear con *snorkel* —responde—. Te gustó tanto que no paraste de gritar y reír cuando salimos del mar.

Y, entonces, sonrío. Sí, sí, me sonrío, a mí, con esa sonrisa que debería ser declarada ilegal, porque es capaz de convertirme en gelatina, tanto a mi cuerpo como a mi cerebro, porque ya no puedo pensar en nada más que en fundirme con él. Va vestido de forma elegante, peinado hacia atrás y envuelto en picante perfume, tan atractivo y perfecto que me disuelve el corazón. Aunque seguro que, si ahora mismo fuera con un pantalón corto y una camiseta sin mangas, como hacía en la isla, me parecería más guapo todavía.

No me da tiempo a seguir pensando, reír o replicar. Nos encontramos ya bajo la arcada de la puerta que da acceso al salón, donde una multitud de personas, de repente, han girado las cabezas para poder mirarnos. Y, a continuación, toda esa gente en forma de avalancha se acerca a nosotros, gritando y riendo. Las primeras en echarse encima de nosotros son un grupo de niñas y adolescentes que ondean sus largas melenas mientras nos rodean completamente.

—¡Hola, primo Jamie! ¿Nos presentas a tu nueva novia?

—Claro, chicas. Ella es Patty, y todas estas bellezas son...

—¡Mejor que se venga con nosotras!

Sin que James pueda hacer nada por evitarlo, me veo arrastrada por un corrillo de muchachas que iluminan la estancia con sus risas y su alegría.

—¡Oh, chicas! —exclama una de ellas—. ¡Es aún más guapa que la primera!

—¡Y eso que la pelirroja era guapísima! —incide otra.

—¡Cuéntanos, cuéntanos! —me piden, una vez cesan de arrastrarme hasta un lateral del enorme salón. Miro detrás de mí para verlo, pero James ha desaparecido entre una marea de gente que me mira con curiosidad—. ¡Cuéntanos cómo has conquistado al primo Jamie y has hecho que olvide a su anterior novia!

—Yo no he conquistado a nadie —les digo, sonriente—. Nos hemos enamorado, sin más.

—Oh, qué romántico —comenta la más parlanchina de todas—. ¿Ya te ha pedido matrimonio?

—¡No! —Río—. Aunque espero que lo haga pronto.

—Le dirás que sí, ¿verdad? Oh, ojalá se ponga de rodillas...

—Sí, ojalá...

Dios de mi vida, no recuerdo un diálogo más absurdo por mi parte en toda mi vida, y mira que soy una experta en inventar e improvisar...

—¡Patty! —De pronto es Alice quien aferra mi brazo y tira de mí. Empiezo a tener complejo de

pelota de tenis—. ¿Dónde está mi hermano? Joder, voy a tener que presentarte yo misma a Mike. —Caminamos mientras sorteamos a un montón de invitados—. ¡Oh, perdona! Mi madre me llama...

—Alice, hija, tendrías que echarme una mano con el tema de la vajilla. ¿Me acompañas? Lo siento, Patty —se disculpa conmigo—. La boda es dentro de tres días y andamos todos muy nerviosos. ¿Quieres acompañarnos?

—Sí, claro —acepto, aunque titubeo.

Camino detrás de ellas en dirección a la cocina, pero, de repente, una especie de muro con traje se detiene ante mí.

—Hola, preciosa. —Tengo que alzar la cabeza para poder ver la expresión de un tipo con cara de depredador sexual—. Creo que no nos han presentado...

—Ni lo van a hacer —lo corta James, que aparece en este instante para cogerme también de la mano y arrastrarme de nuevo entre la gente, bandejas con copas y los destellos de ropas y joyas—. ¿Dónde estabas? Todavía no conoces a mi hermano y mi futura cuñada.

—Oye, perdona —le digo mientras esquivo empujones y sonrisas anónimas para mí—, pero has sido tú quien me ha dejado con tus parlanchinas primas.

—Pues a quien tenías ahora mismo delante no era una niña, precisamente.

—No tengo ni idea de quién era ese tío. Se me ha echado encima.

—Ese tío, como tú dices, es el marqués de Ravenwood, que seguro que se ha dado cuenta de que eres la única mayor de edad del salón a quien no se ha pasado por la piedra. Y a no ser que quieras poner remedio a eso...

—¿Qué insinúas, capullo?

—Nada. Se me olvidó mencionarte que en mi contrato con tu agencia queda estipulado que no soltaré el resto de la pasta si se te ocurre liarte con cualquiera.

—Vete a la mierda —exploto mientras me deshago de su agarre. Justo en este instante aparece ante nosotros un tipo que no puede ser otro que el hermano de James.

—Vaya —comenta el anfitrión con una sonrisa—. Parece que vas conociendo a mi hermano.

—Cállate, hazme el favor —gruñe James—. Cariño, éste que nos mira con cara de idiota es mi hermano, Michael Compton, lord Lindsey. Mike, te presento a Patty, mi novia.

—Encantada, lord Lindsey. —Me estrecha firmemente la mano y me sonrío.

—Un placer conocerte, Patricia. Y puedes llamarme Mike. Vas a ser de la familia. —Sonríe, con lo que se le forma un atractivo hoyuelo en la barbilla.

Por poco no me pongo a tartamudear. ¿Qué les habrán dado de comer a estos hermanos Compton que están tan buenos los dos...?

Michael, el hermano mayor, se parece muchísimo a James, aunque tiene el pelo más claro, los ojos verdes y es algo más bajo, aunque igualmente ancho. Otro bombón para enmarcar, aunque soy consciente de que ni su espectacular sonrisa, ni su hoyuelo, ni el roce de sus labios en mi mano

han conseguido provocar en mí ni una de los miles de emociones que siento cuando James, sencillamente, me mira.

Al instante, una bonita mujer aparece al lado del conde, se aferra a su brazo y le sonrío, antes de mirarme con curiosidad. Yo la miro también, con algo más de disimulo, y contemplo a una chica de mi edad, con el pelo moreno y una ropa demasiado seria y clásica. Supongo que forma parte del protocolo inglés que la futura condesa viste con una falda gris y una blusa azul turquesa que se anuda con un gran lazo al cuello.

—Y ésta es Grace —nos presenta James—, mi futura cuñada. Grace, te presento a...

—Patty —lo corta ella—. Todos hemos oído hablar de ti —me dice.

—Encantada —la saludo—. Supongo que la fama me viene por ser la española que ha pescado al honorable James Compton.

James alza una ceja. Debe de haberse sorprendido de que sepa cuál es el tratamiento protocolario para el hermano menor de un conde. Chúpate esa, capullo.

—Algo así —contesta la futura condesa, a la vez que ríe.

Antes de que cesen las risas, entra en escena el personaje que faltaba, porque la mujer que ahora mismo se nos acerca no puede ser otra que Heather. Toda ella parece envuelta en una luminosa aura, ayudada por la resplandeciente cabellera pelirroja que se extiende por su espalda y por el brillo cegador de los múltiples pequeños cristales que cubren su vestido plateado. Lo que no esperaba es que fuera tan joven, pues no aparenta tener más de veinticinco años, lo que le concede un aire inocentemente sensual.

—Hola, James —lo saluda—. Cuánto tiempo.

No es que la chica no me haya parecido atractiva, con su aire sensual, sus gruesos labios formando un mohín y el aleteo de sus pestañas, pero me da la impresión de que está demasiado acostumbrada a que alaben su belleza y corran cada vez que abre la boca..., lo que vendría a ser la típica chica guapa y rica a la que le conceden todos sus caprichos.

—Hola, Heather —la saluda él—. Sí, han pasado meses desde... la última vez.

Me dan ganas de darle un puñetazo en la boca únicamente por haber pronunciado el nombre de esa mujer.

—¿No me vas a presentar? —pide la pelirroja al tiempo que me mira. No me hace un repaso de arriba abajo como haría cualquiera. Se limita a mirarme fijamente a los ojos, sin desviar la mirada y sin dejar de componer el mismo mohín con los labios.

—Claro. Ella es Patty, mi novia. Patty, cariño —me dirige a mí—, ella es Heather, mi ex. Como ya te dije, estará en la boda de su hermana.

—Encantada —me saluda dándome un par de besos en las mejillas—. Eres muy mona, Patty.

—Gracias —respondo, tensa.

—Me alegro de que James sea feliz contigo. —Se encoge de hombros y ríe como una niña traviesa—. Para cualquier cosa, aquí me tienes. Puedes considerarme una amiga.

Mierda, con mi experiencia en las más variadas situaciones, resulta que en este instante estoy

bloqueada, porque lo único en lo que puedo pensar en este momento es en abalanzarme sobre esta tipa y arrancarle la cabellera de cuajo.

Michael y Grace también parecen algo incómodos. Entiendo que deben de sentirse un poco en el medio, debido al parentesco que los une a Heather y James.

—En fin —suspira este último—. Será mejor que siga con las presentaciones. Quiero que todo el mundo conozca a Patty. —Para decir esto último, mira a su ex de soslayo.

Tal y como ha dicho, tira de mí y me lleva en dirección a la multitud.

—Es muy guapa —le comento entre presentación y presentación.

—Sí, lo es —me contesta.

—Hacéis buena pareja.

—Lo sé —gruñe.

Próxima parada: un corrillo de mujeres mayores que agitan sus abanicos de encaje, donde también están incluidas la madre y la hermana de James. Me tranquiliza ver caras conocidas, aunque eso no evite el interrogatorio.

—¿De qué parte de España es usted?

—De Barcelona.

—¿Tiene familia? ¿Hermanos?

—Sí... No...

—¿A qué se dedica?

—Pues... —titubeo.

—Es decoradora de interiores —me interrumpe James.

—Oh, qué profesión tan bonita...

—¿Es cierto lo que se dice por ahí acerca de que lo tuyo con Jamie fue un flechazo?

Ahora es cuando más pendiente de mí está la concurrencia.

—Te han contado bien, tía Victoria —se me adelanta James—. Lo que sucedió entre Patty y yo fue un auténtico flechazo.

—¡No nos has contado eso! —exclama Alice—. ¡Queremos detalles! —El resto de las espectadoras se mantienen expectantes.

—No hay mucho que explicar —se arranca James al tiempo que coge mi mano y se la lleva a los labios mientras me mira como si de verdad fuese a narrar nuestra historia de amor—. Sólo os puedo decir que, en el momento en el que vi a Patty, con aquel vestido blanco, bajo el brillante cielo de la isla, supe que había conocido a mi otra mitad. Me pilló de sorpresa y, por eso, al principio me comporté muy poco amable con ella.

—¿Poco amable? —intervengo—. Fuiste un borde, cariño.

—Tú también, cielo—prosigue él—. Huías de mí.

—Sí, huía de ti —le digo mientras aferro su mano con más fuerza—, pero porque sabía que acabaría enamorada de ti.

—Pero no te sirvió de nada huir —murmura él sin dejar de mirarme fijamente.

—No —susurro—, no me sirvió de nada. Ya estaba loca por ti.

—¡Por favorrr! —exclama Alice entre aplausos—. ¡Cuánto amor se respira! ¡Qué historia tan bonita! ¡Hagamos un brindis! —Asalta a un camarero para que todos tengamos una copa en la mano—. ¡Porque la próxima boda sea la de Jamie y Patty!

—¡Por las bodas! —secunda el resto.

Dios, no sé si voy a poder soportar tres días más así... y lo digo yo, que he tenido que soportar de todo...

* * *

—Ha ido bien —le comento, una vez solos en la habitación azul.

Nos ha costado una vida poder salir de Lindsey Hill, entre desconocidos que querían conocerme y familiares que deseaban hablarme, pero, por fin, lo hemos conseguido. Aunque creo que ahora llega lo peor. James y yo, en la misma estancia, al llegar la noche...

—No ha ido mal —acepta él.

Está de pie, parado junto a un *chifonier*, jugueteando con las figurillas que descansan sobre él. Qué guapo está con esmoquin. Vuelve a parecer un modelo de anuncio de colonia, tal y como está ahora mismo, apoyado en el mueble, con las piernas cruzadas, la mirada perdida... aunque lo sigo prefiriendo en bañador.

—Supongo que ha sido el primer asalto a tu ex —le explico—. Al menos, me ha mirado como si fuese una mosca molesta, a pesar de ofrecerme su amistad, algo que no se ha creído ni ella.

—Sí —responde—, se puede decir que esta noche ha sido un éxito.

—James —decido decirle, después de pensarlo unos minutos—, me duele mentir a tanta gente.

—Ya estás acostumbrada a mentir.

—Pero me duele con ellos. Son buenas personas, tu familia...

—¿A ti qué más te da? Vas a cobrar, ¿no? Pues haz tu trabajo.

—Eres un capullo —suelto con rabia—. He tenido que soportar muchas bajezas por parte de otros hombres, pero nunca, ¿me oyes?, nunca me habían parecido tan despreciables como cuando me hablas tú.

—Oh, pobre Patricia —comenta, mordaz—. Tiene que hacerse pasar por la novia de un rico aristócrata inglés mientras se pasea por sus mansiones y se codea con ricos nobles... y es eso lo que le parece despreciable, y no el hecho de que se dedique a cobrar a cambio de su compañía y su cuerpo.

—Vete a la mierda —le espeto—. Puedes meterte en el culo tus mansiones y tu nobleza.

—No dejas de insultarme y ya me has mandado a la mierda tres veces en un día —me dice, furioso—. Procura comportarte y hacer gala de los modales que me prometieron. Para eso te pago.

—No me extraña que últimamente no tuvieras más que amantes —declaro con desprecio—. Ninguna te soporta más allá de una noche.

—Tú me aguantaste alguna más —contraataca.

—Y Heather, por supuesto —le escupo—. Aunque creo que también llegó el día en que no pudo más.

—Tu boca no es digna de mencionar su nombre —masculla con desprecio—. A ella déjala en paz.

No soporto que la defienda de esa manera, lo que me recuerda que estoy actuando de forma egoísta. No puede ser que James no sea ni para mí ni para nadie. Si es imposible que yo esté con él, tendría que parecerme bien que sea feliz con otra.

Lo intento, pero no puedo...

—Mira, James —suspiro, derrotada—, ya no puedo más. Me caigo de cansancio. Voy a desnudarme y a meterme en la cama, y quiero que te esfumes de aquí. No soportaré tu presencia ni aunque duermas en la bañera.

—No te preocupes —se rebota—. No pensaba quedarme ni un segundo más. Me largo.

—¿A dónde irás? —le pregunto, inquieta porque puedan verlo salir.

—A mi antigua habitación. Y no te preocupes por nada, sabré tener la respuesta correcta si me encuentro con alguien.

Se dirige a la puerta y sale al pasillo después de cerrar suavemente para evitar dar un portazo.

Pero ¿cómo es posible que no aguantemos juntos más de un minuto sin discutir?

—Genial —suspiro antes de deshacerme del vestido, los tacones y el maquillaje.

* * *

Llevo oyendo pasos y alboroto desde las seis de la mañana. Lentamente, medio dormida todavía porque no he logrado cerrar los ojos hasta hace poco, me levanto, me ducho y me arreglo para seguir con mi papel. Me asomo a la ventana para averiguar qué día hace y escoger la ropa adecuada. Además de los jardines, verdes bosques nos rodean, aunque puedo divisar más allá los terrenos con viñedos de los que el conde es dueño. El cielo se ha despertado gris y una blanquecina niebla cubre la mayor parte del paisaje, verde y húmedo.

Abro el armario, escojo un pantalón negro y un grueso jersey color mostaza, y remato el conjunto con un cinturón y unas botas de tacón. Tras peinarme y maquillarme con esmero, salgo al pasillo y trato de encontrar el centro neurálgico de la casa mientras intento percibir cualquier sonido humano. Pronto, localizo a varias personas del servicio que corretean de un lado para otro portando entre sus manos plantas, manteles, candelabros...

—Oh, Patty, cariño, buenos días —me saluda lady Margaret—. Siento de veras no poder estar más por vosotros, pero, aunque la boda tendrá lugar en la capilla de Lindsey Hill, muchos de los invitados se alojan aquí y todo ha de estar perfecto. Si necesitas algo, no tienes más que pedirlo. ¡Hasta luego!

No me ha dado tiempo ni de hablar.

Continúo atravesando estancias y cruzándome con el personal o invitados recién levantados, pero ni rastro de James ni de nadie conocido. Bueno, sí, choco con alguien que ya vi ayer.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días, lord Ravenwood. Perdona, pero estoy buscando a James. —Trato de esquivarlo, pero es tan grande que apenas veo lo que hay detrás de él.

—No lo he visto por ninguna parte —me contesta con su habitual sonrisa depredadora—. Por lo que parece, está usted libre para acompañarme a dar un paseo... o lo que surja.

Joder, qué pesado... Menos mal que pronto veo a alguien que puede salvarme.

—Disculpe, lord Ravenwood, pero he quedado para desayunar con lord Lindsey.

Me escabullo haciendo una especie de finta y me voy directa hacia el conde, que parece dispuesto a aprovisionarse de un buen desayuno frente al bufet.

—Mike —lo saludo con la respiración acelerada por la carrera—, buenos días. ¿No has visto a James?

—Buenos días, Patty. No, no he visto a nadie. —Suspira mientras llena su plato de huevos y judías—. Ni siquiera a Grace. Creo que, en los últimos meses, he visto a mi prometida menos que nunca. Si no está en una prueba de menú, está en la del vestido o atendiendo familiares. ¿Me acompañas a desayunar?

—Por supuesto. —Sonrío.

Lleno un plato con tostadas y huevos y lo sigo hasta una mesa junto a la ventana.

—Pensaba que desayunarías en Lindsey Hill —le comento mientras nos sentamos.

—Demasiada gente —me aclara—. A veces prefiero la tranquilidad de Devon House, aunque hoy, precisamente, tampoco ande esto muy tranquilo. —Sonríe—. Y, dime, Patty, ¿muy abrumada?

—Un poco. —Sonrío—. James ni siquiera me dijo que formara parte de la aristocracia. Sencillamente, me invitó a la boda de su hermano. Y aquí estoy.

—Muy típico de Jamie.

—¿Invitar a las chicas a su casa?

—No. —Sonríe de nuevo—. No dar explicaciones.

—Ya veo —suspiro.

—No pienses nada raro —me pide mientras sirve zumo de naranja—. Sencillamente, Jamie es el más independiente. De muy joven decidió que no viviría de su apellido ni de mí y se negó en redondo a ser un joven ocioso. Es ambicioso y perseverante, adjetivos que lo han llevado hasta donde está hoy en día.

—Yo lo resumiría en que es muy cabezota —sonrío—, y consigue lo que se propone.

—No todo —me contesta el conde, dejándome con la pregunta en la boca—. Por cierto, buen regate a Ravenwood. —Sonríe—. Procura alejarte de él. Persigue a las mujeres hermosas y la mayoría de ellas acaban cayendo.

—¿Crees que, teniendo al lado a un hombre como James, iba a fijarme en un tipo como el marqués?

—Buena respuesta. —Ríe—. Creo que mi hermano, por fin, ha encontrado lo que merece. Ambos sonreímos. Nunca me había costado tanto hacerlo.

—Oh, perdona —me dice cuando captamos la vibración de su teléfono—. Creo que me están llamando. Hasta luego, Patty.

Se levanta, se lleva el móvil a la oreja y desaparece al fondo del comedor.

—Perdona, ¿puedo sentarme?

Todo mi sistema muscular se pone rígido cuando oigo la voz petulante de cierta pelirroja. Me está mirando con una sonrisa más falsa que Judas y lleva entre las manos un platillo con una taza. Ni siquiera espera mi permiso para acomodarse.

—Perdona, querida —me dice mientras remueve al contenido de su taza con una cucharilla—, pero el ajeteo en Lindsey Hill empieza a ser agotador, y tanto ruido me da dolor de cabeza. Cuando te he visto aquí sola he pensado que te apetecería mi compañía. Como sabes, tenemos algo en común.

La muy petarda ha recalcado la palabra «sola».

—¿Te refieres a James? —replico con un indicio de irritación—. Que yo sepa, no lo estamos compartiendo. Únicamente está conmigo.

—Sí, claro —responde amablemente—. Me refiero a que ambas hemos amado al mismo hombre en algún momento de nuestra vida.

Le da un sorbo a su té con toda parsimonia cuando a mí se me ha cerrado totalmente el estómago y no soporto la visión de la comida.

—¿Y qué quieres? —le suelto—. ¿Que hablemos de cómo es en la cama?

—Por supuesto que no —responde con su habitual sonrisilla y su falsa inocencia—. Sólo pretendía que nos llevásemos bien. Sigo sintiendo aprecio por James y me preocupo por él.

—Pues no lo imaginaba —señalo en tono mordaz—. Lo digo porque en su día decidiste abandonarlo y te importó una mierda dejarlo tirado mientras él te estaba comprando un anillo de compromiso.

—Lo sé, pobrecillo —suspira.

—James no soporta que le tengan lástima —siseo—. A ver si te enteras.

—Ahórrate esa hostilidad, querida —se defiende. La gata ha sacado sus uñas—. No voy a quitártelo.

Su última frase no me parece muy creíble, ya que se pone a sonreír y a abanicar sus pestañas en cuanto James aparece con su desayuno en una bandeja.

—Buenos días, James —lo saluda.

Me toca contraatacar. Al fin y al cabo, me está pagando para que sea convincente, ¿no?

—Hola, cariño —murmuro después de ponerme en pie, acercarme a él y darle un beso en los labios—. ¿Qué tal has dormido? ¿O no has dormido, precisamente?

Yo también asistí un tiempo a la escuela del «zorrerío».

—Hola, cielo —me corresponde él, aunque algo sorprendido.

—Os dejo, parejita —nos dice la pelirroja al tiempo que se pone en pie—. Un placer desayunar contigo, Patty. Hasta luego, James. —Para su ex, compone un tono mucho más melifluo.

James ocupa el lugar de su exnovia en la mesa y coloca la bandeja frente a él. Lleva puesto un pantalón oscuro y un jersey granate, y su cabello todavía está húmedo de la ducha. Hasta mí llega el olor a loción de afeitar, por lo que inspiro con fuerza y me asalta el repentino deseo de pasar la lengua por sus mejillas recién afeitadas y hundir el rostro en su cuello. El breve beso me ha sabido tan a poco...

—No es necesario que te pongas tan borde con Heather —me recrimina.

—¿Yo? —exclamo—. ¿Borde con ella? Perdona, capullo, pero deberías saber que tu querida exnovia, con esos aires de princesita, es una auténtica harpía.

—No me ha parecido ella la harpía, por lo que he podido escuchar.

—¿No se supone que me has contratado para parecer una novia convincente? —le reprocho—. Pues no sería nada convincente si me dejara avasallar por esa víbora.

—Lo que debes hacer es no relacionarte tanto con según qué gente. Únicamente has estado con mi hermano o con Ravenwood. ¿Acaso buscas candidatos con título nobiliario para la lista de tu agencia?

—¿Se puede saber qué dices, James?

—Se os veía muy bien juntos y muy sonrientes a mi hermano y a ti. Pero te advierto que, aunque también a él le pareces la mujer más preciosa que ha visto en mucho tiempo, está enamorado de su prometida.

—Pero ¿tú qué te has creído?, ¿que voy seduciendo a todo hombre que encuentro a mi paso?

—Podrías hacerlo. Eres la sensación del momento tanto en Lindsey Hill como en Devon House.

Lo dice de una manera tan tranquila, tan indiferente, que me pone enferma.

—¡Empiezas a hartarme con tus insinuaciones, *gilipollas!* —Recalco bien el insulto en español.

—Y yo estoy harto de tus insultos. No me gusta nada que me insulten. ¿Qué es eso de *hilipoias*? —Repite la palabra con su acento inglés.

—*Hilipoias*, no. ¡Gilipollas!

—¿Y qué diferencia hay?! —insiste.

—¡Pues que no pronuncias bien! —exclamo—. ¡La ge se pronuncia como una jota! ¡Jota! ¡Sonido que se articula en el velo del paladar, fricativo y sordo! Jjjjj...

—¿Te vas a cabrear porque no pronuncio bien *hilipoias*?

De pronto soy consciente de cómo eleva más de la cuenta una de las comisuras de la boca. Se está aguantando la risa y provoca que me dé a mí, como me pasó anoche. Estallo en una carcajada tan escandalosa que, al instante, me tapo la boca con una servilleta.

—Dios —río y río—, qué horrible suena eso de *hilipoias*.

—¿Ya vuelve a darte la risa floja otra vez, como anoche? —Sonríe—. Vas a reír más en menos

de veinticuatro horas que en casi una semana en la isla de Mauricio.

—Es que... sonabas tan gracioso... —Y otra vez a reír.

Aunque es una risa compulsiva, poco a poco se me va apagando cuando contemplo cómo me mira James. Me ha parecido, durante un segundo, que me miraba de una forma tierna, haciendo brillar las motitas verdes de sus ojos castaños. Después, durante otros pocos segundos, ambos permanecemos callados, mirándonos. Él observa mi rostro, mis ojos, mi boca, y yo hago lo mismo. Contemplo sus expresivos ojos, su boca carnosa, su mandíbula cuadrada... Ojalá los humanos habláramos menos y nos miráramos más.

—James... —susurro. Deseo decirle que me duele discutir con él, pedirle una tregua para que ambos podamos llegar a un acuerdo un poco más amistoso. Sin embargo, antes de pronunciar la primera palabra, el zumbido de su teléfono rompe la magia de nuestras miradas.

—Dime, Scott —descuelga y contesta sin hacer amago de apartarse de la mesa o evitar que escuche la conversación—. No jodas, tío... ¿Cómo ha podido pasar eso?... ¿Se suponía que estaba todo firmado!... Está bien, iré... No, no te preocupes, estaré de vuelta para la boda... Sí, yo también lo he pensado. Hasta luego, Scott.

—¿Qué ocurre? —le pregunto, preocupada. Su expresión parece tensa y no deja de pasarse la mano por entre el pelo.

—Hay un problema grave con una operación que ya cerramos hace tres semanas. Unos inversores norteamericanos quieren hacerse con el mando. Podríamos perder millones de libras.

—Vaya —me lamento—. ¿Y qué vas a hacer?

—Irme a Londres de inmediato. —Se pone en pie y se dirige a la escalera—. Tengo que hablar con los vendedores.

—Pero... ¿y la boda? —inquiero, siguiéndolo.

—Llegaré a tiempo.

—¿Y yo?

—Te vienes conmigo.

—¿Contigo? —exclamo—. ¿Puedo ayudar en algo, aunque suene trivial?

—Sí, puedes —responde—. ¿Hablas italiano?

—Por supuesto. —Sonríe—. ¿Necesita usted una intérprete, señor Compton?

—Sí —suspira—. Ya me dirás a cuánto asciende el extra por llevarte a mi oficina y hacerte trabajar.

La alegría que se había instalado en mi corazón por el hecho de que James cuente conmigo para que lo ayude con su problema acaba de transformarse en una hiriente sensación de desdicha con un punto de ira.

—¿Por qué no dejas de mencionar el dinero?! —exploto cuando nos encontramos en la habitación, haciendo una pequeña maleta.

—¿Acaso los demás clientes no te lo mencionan?

—Sí, pero...

—¿Los extras suelen estar incluidos en el precio inicial?

—No, pero...

—Entonces —me vuelve a cortar—, ¿por qué iba a ser diferente conmigo, Patty?

Su pregunta me deja inmóvil y sin respuesta. Es una pregunta trampa, claro. Y tiene toda la razón. Jamás se me ocurriría perdonarle a un cliente ni un mísero euro, y hablo con ellos del tema de la pasta como algo normal y obligatorio.

Pero James no es un cliente cualquiera. Es el hombre del que estoy enamorada.

Aunque, ¿qué más da? No voy a renunciar al dinero, no voy a olvidarme de mis sueños ni de mi futuro. Lo único que puedo hacer es sobrellevarlo como pueda. Ya estoy acostumbrada a cubrirme con una capa de frialdad y actuar por inercia. Hace años que me lo planteé y decidí que lo haría, que podría con ello. Y más ahora que, después de James, sólo serán cinco clientes más...

Después de James...

¿Cómo se supone que voy a poder soportarlo?

—Dime, Patty —insiste—. ¿Es diferente conmigo?

«Si pudiera decirte que sí... Si pudiera decirte que muero un poco cada vez que te tengo cerca y no puedo besarte..., que cada vez que me miras quiero volver a perderme en las luces verdes de tus ojos..., que los nervios que padecí nada más conocerte no fueron más que indicios del amor que ya se estaba gestando..., que te amo aun sin saber amar...»

—En Londres ya hablaremos del tema económico —le digo, sin embargo—. En todo caso, mis tarifas son muy altas, James. Lo sabes desde que contactaste con la agencia. Seguro que te he costado una pequeña fortuna.

—Claro —contesta al tiempo que cierra su bolsa—, tienes razón. No esperaba otra respuesta, querida Patricia.

Capítulo 16

James

—¿Todo preparado, Scott?

—Sí, James. La videoconferencia ya está en marcha. ¿Has puesto en antecedentes a Patty?

—Sí —contesto mientras ella también accede al despacho—. Le he explicado todo a la señorita Patricia durante el viaje —recalco su nombre porque... pues no lo sé. Creo que su diminutivo me parece algo que utilizar de forma más personal y me cabrea que Scott la llame así... o puede que lo haga para parecer más borde todavía.

—Buenos días, señor O'Brien —lo saluda ella.

—Buenos días, Patricia. Toma asiento, por favor. Y gracias por decidir ayudarnos.

—Un placer.

Ahora no hay tiempo de pensar en nada más. Los italianos ya están al otro lado de la pantalla y los saludamos antes de entrar en materia. Por suerte, Patty es capaz de llevar perfectamente el ritmo de la conversación de forma muy profesional. Scott y yo disimulamos los nervios, pero sabemos que nos jugamos mucho. Por suerte, tras dos largas horas de conversación, la cosa parece quedar solucionada. Al menos, de momento.

—Bueno —suspira Scott—, parece que hemos jugado bien nuestras cartas. Hemos corrido más que los malditos yanquis, siempre metidos en todas partes. Por cierto, Patty, gracias otra vez por echarnos una mano.

—La señorita Patricia —insisto de nuevo en el cambio de nombre— nos pasará la factura a su debido tiempo —comento de forma mordaz.

—Aun así, se lo agradecemos —insiste mi amigo.

—No importa, de verdad —responde ella, que ni siquiera alude a mi comentario—. En este momento podría estar aguantando familiares cotillas en Lindsey Hill o huyendo de lord Ravenwood. Prefiero esto.

—Tiene razón —responde Scott con una carcajada—. Yo también preferiría estar trabajando si la alternativa fuera una reunión familiar.

—En fin, si no les importa —comenta Patty tras ponerse en pie—, voy un momento al baño.

—Puedes usar el mío —le ofrece el vicepresidente.

—Gracias, señor O'Brien, pero a mí me vendrá bien estirar las piernas y a ustedes unos minutos a solas.

—Una chica lista —me comenta Scott cuando nos quedamos solos—. ¿Sabe ya el motivo de

que la hayas contratado?

—¿Cómo va a saberlo? —gruño—. Eso es, precisamente, lo importante: que no sepa nada.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo, Jamie?

—¿Alguna vez podemos estar seguros de algo?

—Espero que esto acabe bien —suspira—, porque los planes descabellados tienen que acabar bien. En fin, ¿qué te parece si celebramos que hemos jodido a esos americanos? Podríamos salir esta noche los cuatro.

—¿Los cuatro? —Levanto una ceja—. ¿Quién es? ¿La conozco?

—Puede. —Se encoge de hombros.

—Scott...

—Vamos, Jamie —me dice con una palmada en la espalda—. Tú sigue con tus planes y yo procuraré echarte una mano. ¿Para qué están los amigos?

—Joder, Scott. Te conozco y tras esa sonrisilla encantadora que luces hay un hombre bastante más maquiavélico de lo que la gente cree.

—Me conoces bien, Jamie. Me conoces bien...

Capítulo 17

Siempre es un placer cruzar el puente de Westminster, admirar el Big Ben, el London Eye y la majestuosidad del Támesis. Aunque, después de haber pasado por Devon House y la campiña inglesa, me choque que James viva en la City, en pleno corazón financiero de Londres. También es verdad que siempre me ha encantado venir a esta parte de la ciudad, a pesar de ser por circunstancias «laborales», pues se alterna el bullicio del día con la tranquilidad de la noche. El apartamento de James está situado en un edificio de ladrillo con impresionantes vistas al Támesis y, aunque se respira clase en cada detalle, no es tan grande ni ostentoso como cualquiera de las dos mansiones familiares.

—¿Pasaremos la noche aquí? —le pregunto mientras admiro lo que me rodea.

—Sí —contesta a la vez que se quita la chaqueta—. Todavía debo pasarme por la oficina mañana por la mañana. Por la tarde volveremos a Lindsey Hill para asegurarnos de estar en la despedida y, al día siguiente, en la boda. Ahora iremos a tomar algo con Scott. —Me señala una de las puertas—. Puedes refrescarte y cambiarte ahí. Yo lo haré en mi dormitorio.

—Gracias —contesto mientras me dirijo a la habitación que me ha indicado.

Qué extraño me parece todo. Estoy aquí, en casa de James, donde vive, donde come, donde duerme; donde tiene su vida, tan lejos de mí... aunque es algo que agradezco, por supuesto. En cuanto acabe este dichoso trabajo, lo mejor será poner tierra de por medio si no quiero volverme loca.

Después de una ducha, busco en la pequeña maleta que he traído y encuentro un vestido negro sencillo pero que se adapta a mi cuerpo como una segunda piel, con un pronunciado escote y que no llega a cubrirme las rodillas. Hago varias pruebas con el pelo, pero acabo dejándolo suelto en una cascada rubia y lisa. Lo complemento todo con unos botines de tacón y un esmerado maquillaje.

¿No es esto, según James, más que un trabajo como otro cualquiera? Pues así me voy a comportar, como cuando tengo que convertirme en una seductora mujer para cualquier otro cliente.

Cuando salgo de la estancia, James ya está esperando en el salón. Mi corazón casi se para al contemplarlo. Está apoyado en la mesa, con una pierna delante de la otra, mientras mira su móvil. Viste con un pantalón oscuro, una camisa blanca y una chaqueta de piel negra. Su rostro, concentrado en la pantalla, parece relajado y tan perfecto que me deja sin aliento. Cuando levanta la vista, primero abre al máximo sus ojos y luego frunce ligeramente el ceño.

Me conformaría, ahora mismo, con alisarle esas arrugas con un beso. No pido más.

—¿Estás lista? —me pregunta, retirando de golpe la mirada de mi escote.

—Cuando quieras —le respondo mientras me envuelvo en un abrigo blanco con grandes botones negros. Él, con sus modales de caballero, me ayuda a pasármelo por los hombros y casi emito un jadeo cuando sus dedos rozan mi piel.

El taxi nos deja en un pub que parece muy animado y bastante exclusivo. Un empleado se encarga de mi abrigo en la entrada y caminamos hacia el interior, donde nos envuelve la música, la penumbra, las risas de la gente y ese aire inglés que impregna este tipo de locales. Divisamos a Scott al final de una barra, desde donde nos levanta un brazo para llamar nuestra atención.

—La madre que lo parió —sisea James mientras nos acercamos—. Voy a matarlo.

—Joder —susurro yo también cuando descubro a la acompañante de su vicepresidente y amigo, que no es otra que Heather—. ¿Qué hace ella aquí? —le pregunto.

—No lo sé —gruñe—. Habrá sido idea de Scott.

—¿Él también va a ayudarte a recuperarla?

—Supongo —contesta de forma evasiva.

La pelirroja, nada más vernos, ha compuesto una expresión de puro regocijo. Bueno, me refiero al ver a James, porque, cuando ha desviado la vista hacia mí, claramente ha puesto cara de asco.

Aun así, no puedo evitar sentirme un tanto mustia cuando contemplo la belleza de la chica, que lleva un vestido aún más provocativo que el mío, de color calabaza, acentuando el brillo de su melena.

—¡James! —grita—. ¡Qué alegría! ¡Menuda casualidad!

—Una inesperada casualidad —comenta Scott—. Me he enterado, de forma fortuita, de que Heather había venido a Londres y he pensado en su compañía para estar a la altura de las circunstancias.

—Claro —murmura James.

¿Por qué no parece muy contento? Al fin y al cabo, su amigo le ha allanado un poquito más el camino.

Nos dirigimos todos a una mesa que señala el irlandés, pero la pelirroja toma del brazo a James y hace que rectifique su dirección.

—Perdonad un instante —nos dice—. Si no os importa, James me ha pedido una conversación a solas.

—¿Ahora? —pregunto, notoriamente irritada.

—No hemos tenido ni un segundo de intimidad —se justifica—. Sólo será un momento.

James se deja arrastrar por ella hasta la barra, donde piden sus copas y comienzan a hablar y a reír como si nada. Y yo... clavada me quedo en mitad del suelo del local, como una absoluta idiota. Scott se apiada de mí y se acerca para acompañarme a una de las mesas.

—¿Qué quieres tomar? —me pregunta cuando el camarero se acerca.

—No sé... —divago mientras sigo observando de reojo a la parejita—. Algo fuerte, por favor, señor O'Brien.

—Un escocés para la señorita y otro para mí —le pide. Cuando comprueba que me bebo el vaso de un solo trago, le pide al camarero que deje la botella sobre la mesa—. Aquí puedes llamarme Scott y tutearme. Creo que la vamos a necesitar esta noche —me dice mientras me llena de nuevo el vaso.

—Sobre todo yo —suspiro antes de dar un generoso trago—. ¿No se suponía que me contrataba para darle celos a su ex? Pues no parece que me necesite para nada.

—Ha sido cosa mía —me explica—. Llamé a Heather y le dije que James quería hablar con ella lejos del alboroto familiar.

—¿Tú? —le pregunto después de apurar la segunda copa. Creo que me saldrá ardiendo el esófago de un momento a otro, pero, tal como ha dicho mi rubio acompañante, lo necesito—. Ya os vale —me quejo—. Podrías haberte limitado a montarle este tipo de encuentros con ella sin necesidad de contratarme a mí. Está claro que lo único que buscaba James con todo esto era joderme.

—¿Y se lo reprochas? —me cuestiona mientras me sirve otra copa.

—Supongo que no.

Encojo los hombros y desvío la vista hacia la barra. De pronto, observo cómo James inclina la cabeza, se acerca a Heather y toma su rostro entre las manos para besarla en los labios. Un dolor lacerante y ardiente se clava en el centro de mis entrañas.

—¿Lo ves? —le digo a Scott—. Apenas ha necesitado de mi aportación. Ya se están liando.

—¿Te molesta? —inquiere. Sus palabras comienzan a sonarme lejanas, como envueltas en una nube de alcohol que flota alrededor de mi cabeza.

—¡Claro que no! —afirmo—. Por mí como si se la folla aquí en medio.

—Eso acabarán haciendo —sonríe—, pero no creo que sea aquí en medio. Supongo que irán a casa de Heather.

Las últimas palabras de Scott me provocan un latente dolor en el pecho... y aún más cuando compruebo que la pareja sigue con sus arrumacos. ¿Será capaz de acostarse con ella mientras está conmigo?

Menudo pensamiento inútil acabo de tener. ¡Pues claro que se puede acostar con quien le dé la gana! Y no, no está conmigo. Sólo me ha contratado, para que sea su pareja postiza en una boda, porque soy una chica de compañía, trabajo en The Hot Affaire, donde una cita acabará siendo inolvidable...

—¿Estás bien, Patty? —me pregunta mi acompañante.

Acabo de darme cuenta de que también él se ha vestido hoy algo más informal, con unos pantalones vaqueros y una camisa oscura que resalta su cabello dorado. Es un hombre guapísimo, a pesar de no despertar nada en mí. Ojalá fuera así. Resultaría todo mucho más fácil.

—¡Por supuesto que estoy bien! ¿Te gustaría bailar conmigo?

No hay pista de baile, propiamente dicha, pero sí un hueco frente al grupo que toca una suave canción.

—Estaba esperando a que me lo pidieras —me dice con una sonrisa mucho más depredadora mientras se levanta y me coge por la cintura para guiarme al sitio que le he señalado. No hay nadie más bailando, pero ese detalle no nos frena a la hora de empezar a movernos.

Una vez elegido el lugar, Scott y yo nos colocamos frente a frente y empezamos a movernos. Bueno... podría decirse que el que baila es él, porque lo que yo hago no sé si podría llamarse así. Me limito a moverme de manera sensual, ondulando mi cuerpo sobre el suyo. Sé que es el alcohol el que actúa por mí, mezclado con los corrosivos celos que estoy sintiendo y las ganas de vengarme de James y de su indiferencia.

¡Ya lo sé, no debería beber, ni tener celos, ni vengarme de nadie...! Pero ¿qué puedo hacer si es lo que siento?

Hay veces en las que el instinto es mucho más fuerte que la razón.

Mis movimientos ondulantes hacen que cada vez me pegue más a Scott y me sorprende que él me siga el juego. Coloca sus manos en mis caderas y me insta a seguir meneándome igual mientras sonrío y me mira con sus luminosos ojos azules. A continuación, me pega por completo a su cuerpo y acerca su boca a mi oído, donde me cosquillea su aliento caliente en forma de susurro.

—¿Puedo besarte, Patty? —me susurra. Antes de que pueda contestarle, se separa un poco de mí para poder mirarme—. Espero que no te importe.

Observo su rostro. Es mucho más atractivo que cualquier hombre al que haya podido acompañar o me haya podido tirar por trabajo. Al fin y al cabo, ¿qué más da liarme con James o con su amigo si voy a cobrar igual? Y eso es lo único que me interesa, el dinero.

—Lo estoy deseando —le digo de forma sensual.

Tras una sonrisa de satisfacción, Scott pega su boca a mi boca y mueve los labios con la seguridad que le otorga la experiencia. Por instinto, abro los míos y dejo que aloje su lengua en el interior de mi boca. Y nos besamos, con un beso ardiente, profundo, largo... porque soy una experta en este tipo de besos; en besos que no siento pero que los hombres se creen.

Apenas unos segundos después, una fuerza me arranca de Scott e interrumpe el tórrido beso.

—¿Qué crees que estás haciendo?! —le grita James a su amigo.

—Pasar un buen rato —contesta con despreocupación—. Como he visto que tú te liabas con Heather...

—Eres un cabrón —murmura James, apretando los dientes—. Y tú... —me dice a mí—, ¿es que no eres capaz de contenerte?

—¿Con un hombre tan guapo como Scott? —suelto entre risas chirriantes producidas por la bebida—. Por supuesto que no. Aunque, si te molesta por haber pagado tú, puedes participar también.

Me acerco a James, deslizo la lengua por su barbilla y atrapo su labio entre mis dientes al tiempo que coloco mi mano sobre su entrepierna.

—¿No deseabas hace tiempo un encuentro entre los tres? —le digo con la boca a pocos centímetros de la suya—. ¿O preferirías que también participara Heather? Podemos montar un

intercambio. No te cobraré más, te lo prometo.

James no dice nada. Se limita a mirarme con ojos tormentosos. Sus labios vacilan y, cuando por fin va a decir algo, su acompañante pelirroja aparece de nuevo y se pega a él. Parece que esté a punto de darle una rabieta.

—Pensaba que estabas conmigo, James —le recrimina, poniendo morritos—. Todavía no hemos terminado de hablar.

—Ahora no, Heather —gruñe—. Tengo que llevarme a mi novia de aquí.

—Pues no parecía actuar como tu novia —comenta—, tal y como le estaba comiendo la boca a Scott.

Pero él ni siquiera parece escuchar a la chica. Me sigue mirando a mí, con tanta furia que creo que me fulminará de un momento a otro. Al mismo tiempo, dirige también la vista a su amigo y le habla con toda la inquina del mundo.

—Ya hablaremos, Scott. —Éste levanta los brazos en señal de rendición, compone una sonrisa y se encoge de hombros—. Y tú —me dice a mí mientras me coge de un brazo— te vienes ahora mismo conmigo.

—¡James! —protesta la pelirroja—. ¡No te vayas, James!

Pero ni caso le hace él, que se limita a tirar de mí, a recoger mi abrigo del guardarropa y a tirármelo literalmente encima antes de salir a la calle y esperar un taxi.

—Oh, vaya —le digo con fastidio—, con lo bien que lo estábamos pasando...

—Ya lo he visto —gruñe—. Sobre todo tú.

—Es que tu amigo y tú estáis tan buenos... —le susurro al tiempo que vuelvo a acercarme a él. Me muerdo el labio inferior, abanico mis pestañas, deslizo una mano por su pecho... Me comporto como lo que soy, la mejor acompañante de la mejor agencia; una mujer capaz de hacer realidad las más tórridas fantasías de un hombre sin peligro de que le guste... porque ella no es capaz de sentir.

Pero todo es distinto con James. Con él todo es peligro, un enorme riesgo que no estoy dispuesta a correr. Por eso todo entre nosotros debe limitarse a sexo y pura atracción física.

Vuelve a tirar de mí cuando se acerca el taxi, abre la puerta y me lanza a su interior. Durante el trayecto, me pego a él, coloco una mano en su muslo para ir ascendiendo y acerco mi boca a su oído.

—Ya que no has querido montártelo conmigo y tu amigo —susurro entre pasadas de mi lengua en su oreja—, ni te has tirado a tu exnovia, podrías follar conmigo esta noche. Has pagado una pasta por mí y deberías aprovecharte.

Sé que estoy lo suficientemente lúcida como para saber qué estoy haciendo y diciendo, pero necesito el efecto de la bebida, que me da las alas suficientes como para comportarme como yo quiero. Lo que está sucediendo con James he de cortarlo de raíz si no quiero acabar como una muñeca rota. Tengo que hacerle ver que no me importa nada, que únicamente soy lo que soy y que,

si quiere algo de mí, sólo puede ser un rato de sexo a cambio de dinero. Lo hago para que no olvide quién soy de verdad.

Todavía en el taxi, él me aparta de su lado. Está tenso y evita mirarme, pero, de momento, no parece dispuesto a sucumbir. Tendré que esmerarme más.

Una vez que subimos a su apartamento, me quito el abrigo para volver al ataque, pero es cuando James decide dejar salir toda su rabia, la que siempre parece surgir cuando está conmigo.

—Te dije que el contrato se iría a la mierda si te liabas con otro —me espeta—. ¡Si no eres capaz de mantener las piernas cerradas, dímelo y lo romperé! ¡Pero no esperéis, ni tú ni tu agencia, una maldita libra de mi bolsillo!

Ya está, ya vuelve a pasar. Si James fuese otro cliente cualquiera, sabría camelarlo, ganármelo, y acabar en la cama para apaciguarlo. Pero con él no puedo. No puedo actuar de la misma forma y es lo que me llena de furia rabiosa.

—¡Oh, claro! —replico con desprecio—. ¡El señor puede exigir que no me líe con nadie pero él sí puede montárselo con quien le dé la gana!

—¡Si te refieres a Heather, ésa es la idea!

—¡¿La idea era comerle la boca mientras tu supuesta novia está delante?!

—¡¿Acaso te importaba?!

—¡Pues claro que no! ¡Pero no me daba la gana de quedarme mirando cuando tenía al lado a un tipo atractivo como tu amigo!

—¡Pues haberte liado con él!

—¡No me has dejado! ¡Me has sacado a rastras de allí!

—¡¿Eso es lo que te molesta?! —me sigue increpando—. ¡¿Que no hayas podido follarte a Scott?!

Está fuera de sí, pero, a cada palabra, a cada grito, se ha ido acercando más y más a mí, hasta que me ha acorralado contra la pared. A pesar de la tenue luz que nos ofrece una pequeña lámpara encendida en un rincón del salón, puedo contemplar sus tempestuosos ojos y el rictus amargo de su boca.

—¿Por qué siempre tengo que acabar discutiendo contigo? —murmura al tiempo que coloca su frente sobre la mía. Sus rápidas bocanadas de aliento chocan contra mi boca y las aspiro, me las bebo, lo que me provoca un inusitado placer.

—Supongo que me odias —musito—. Por lo que te hice, por haberte engañado. Lo siento, James, no pretendía liarme con nadie en la isla. Fue una atracción inesperada entre los dos...

—No fue para tanto. —Me suelta esa frase cruel a pesar de seguir apoyando su frente en mi frente y de tener su boca a un par de centímetros de la mía.

—Entonces —susurro—, ¿por qué todo esto, James? Puedes liarte con Heather cuando te dé la gana. Reconoce que contratarme y traerme a Londres forma parte de una venganza. Deja que me vaya y haré lo posible para que se te devuelva hasta el último céntimo.

—¿Es que todo lo has de reducir a lo mismo? —Se separa ligeramente de mí, pero sigue

aprisionándome con su cuerpo contra la pared—. ¡Dinero, dinero, dinero! ¿Es eso lo único que te interesa?

—Sí, James, en eso se basa mi vida, en conseguir dinero. Nada más me interesa ni me importa. ¿Qué te creías? ¿Que soy una acompañante por amor al arte?

Las cosas no están sucediendo como había pensado. Tengo que volver a cambiar el rumbo o mi corazón habrá ganado a mi cerebro... y eso sería un auténtico desastre.

—Has pagado por mi compañía, James —murmuro de forma sensual—. Por eso —le digo al tiempo que deslizo mi mano por su pecho y la voy bajando—, deberías hacerme caso y aprovechar tu inversión. Si rompes el contrato, tú no tendrás a tu convincente novia y puedes volver a perder a Heather, y yo puedo perder un montón de pasta. Hagamos una tregua. Seguro que esto te convence...

Tiro de su cinturón y comienzo a desabrochar su pantalón.

—No —gime—, no sigas. Nunca he pagado por un polvo y no pienso hacerlo ahora, y menos a cambio de tanto dinero.

A pesar de su negativa, no se mueve del sitio. Ni siquiera aparta mi mano cuando la introduzco bajo su pantalón y lo acaricio sobre la tela de sus calzoncillos.

—Te he dicho que no sigas...

—Vamos, James —continúo susurrando—, sólo es sexo. Un buen rato de sexo, como ya tuvimos tú y yo en la isla. —Bajo la cinturilla de su ropa interior y aferro su miembro entre mis dedos. Comienzo a subir y bajar mi mano sobre la suave piel y casi gimo yo también cuando noto la humedad que impregna mis dedos.

—Joder...

Vuelve a dejar caer su frente sobre mí y lanza un profundo quejido mientras sus caderas comienzan a moverse y a embestir sobre mi mano.

Envalentonada por lo que sé que puedo provocar en él, me dejo caer, haciendo resbalar mi espalda por la pared, y me arrodillo en el suelo al tiempo que extraigo completamente su miembro del refugio de su ropa. Sin dejar de acariciarlo, me lo introduzco en la boca, hasta el fondo, para poder saborearlo a conciencia. Poso mi lengua en la punta, chupo su esencia y, después, deslizo mis labios hasta la base, hasta notar el extremo en mi garganta. De nuevo hacia fuera, hacia dentro... Siento un pellizco en el corazón cuando lo oigo gemir, cuando percibo su pelvis chocar contra mi cara, cuando le oigo gritar mi nombre, a pesar de maldecirme.

—¡Maldita seas, Patty! ¡Maldita seas...!

En medio de un gemido aún más desgarrador, James me coge de los hombros para ponerme a su altura, aferra mi rostro entre sus manos y atrapa mi boca con la suya para besarme de una forma profunda y posesiva. Sus labios se mueven con rapidez para enredar su lengua en mi lengua y chocar sus dientes con mis dientes. Es un beso desesperado, cargado de anhelo y deseo. Y así se lo devuelvo yo, con el mismo ímpetu, tratando de disfrazar de atracción sexual lo que siento de verdad por él.

—No has parado hasta conseguirlo —jadea mientras besa mi cuello y baja los tirantes de mi vestido. Mi mano sigue aferrando su grueso miembro, aunque detengo mis movimientos cuando James atrapa uno de mis pezones con la boca y consigue que grite por el inmenso placer que me produce—. Hasta conseguir que sucumba —continúa jadeando—... porque sabes que me muero por hacerte mía, desde la primera vez que te vi; lo mismo que cuando volví a verte en Madrid o cuando apareciste en el aeropuerto y no esperabas encontrarme allí. ¡Cada puto día desde que te conocí!

Únicamente he podido quitarle la chaqueta, pues James ha logrado tirar hacia abajo de mi vestido y mis bragas y me he quedado desnuda frente a él. Sólo el placer que me produce su mirada ardiente sobre mi cuerpo hace que la sienta como una caricia que logra hacerme suspirar mientras me arqueo sobre la pared. Por eso, acabo tirando con fuerza de los botones de su camisa para arrancársela y poder lanzarme sobre su torso y lamer y morder su cuello, sus duros pezones, su estómago plano... James inclina hacia atrás la cabeza en mitad de un largo gemido, y a continuación es él el que se lanza sobre mi boca para volver a besarme mientras sus manos amasan mis pechos y pellizcan mis pezones. Durante un segundo, se separa ligeramente de mí y me mira mientras intenta respirar en rápidas bocanadas.

—Maldito sea el día en que te conocí —gruñe entre los besos que le dedica a mis pechos y mi vientre—, porque no consigo arrancarte de mi cabeza...

—James... —gimo al verlo arrodillarse frente a mí; un gemido que se convierte en grito cuando siento su lengua, caliente, introducirse directamente en mi vagina y hacerme el amor con su boca. En el momento que presiona mi clítoris con su dedo pulgar, estallo en un increíble orgasmo que consigue hacerme flaquear las rodillas, cayendo al suelo con la cabeza de mi amante aún entre mis piernas.

—Me ha parecido muy real para ser un orgasmo fingido —gruñe antes de cogerme en brazos y llevarme hasta su cama. Se arranca lo que le queda de ropa, extrae un preservativo del cajón de la mesilla y se lo coloca. A continuación, se arrodilla en la cama y me mira con una intensidad que revuelve mis entrañas y a punto estoy de sucumbir al llanto.

Y siento miedo. Sí, miedo, porque me encuentro aquí, sobre la cama de James, desnuda, con las piernas abiertas, esperando que me haga el amor en este instante, y no sé si voy a ser capaz de sobrevivir de nuevo a su pérdida... después de que este hombre vuelva a hacer posible que me sienta una mujer completa.

Despierto de mi tristeza cuando siento la dureza de su erección tantear mi entrada y, seguidamente, deslizarse dentro de mi cuerpo mientras ambos somos incapaces de evitar un bronco gemido.

—Ahora estás conmigo, Patty —murmura mientras me embiste con fuerza—. ¡Estás conmigo y no con otro! —Me acomete casi con fiereza, aunque los golpes de sus envites consiguen que el placer me invada, repentino, fuerte, caliente, desgarrador—. Dime que tus gemidos no son fingidos, Patty. Dime que tus gritos de placer son reales. ¡Dímelo, por favor! —Grita las últimas

palabras al tiempo que se incorpora, me coge del tobillo y apoya una de mis piernas sobre su hombro, con lo que todavía lo siento más y más fuerte; más y más adentro.

—¡James! —grito ante el asalto a mi cuerpo, a mis sentidos, a mi alma.

—¡Dímelo! —insiste—. ¡Dime que los hombres que te follan no logran darte el placer que gozas conmigo!

Al ver que no obtiene mi respuesta, deja de moverse de inmediato, con lo que cada uno de mis músculos protesta por la interrupción del placer salvaje que estaba quemando cada célula de mi ser.

—¡James, por favor!

—Si estás fingiendo —susurra con expresión atormentada—, no te supondrá ningún esfuerzo parar ahora.

Espero, con todas mis fuerzas, que la lágrima que soy incapaz de frenar caiga por mi sien a la almohada y la penumbra de la habitación pueda hacerla pasar inadvertida.

Pero tampoco soy capaz de hablar... ni un sonido, ni una palabra, ni una sola muestra que le haga creer que lleva la razón.

—¿Por qué no me contestas? —sigue insistiendo—. ¿Por qué, Patty? ¿Por qué no dices nada? ¿Tanto me odias que prefieres permanecer callada?

—No te odio, James —logro balbucir—. Sólo espero que no me odies tú a mí.

—Sabes que no puedo odiarte —gime a la vez que comienza de nuevo a mover sus caderas y a hacerme gimotear por el placer interrumpido—, que lo intenté y no pude, ni entonces ni ahora.

Se deja caer sobre mi cuerpo y se apoya en la cama con los antebrazos mientras me embiste de nuevo con ímpetu, con desesperación y deseo. Y mientras continúa acometiendo, no deja de mirarme, con sus hermosos ojos, ahora oscuros, llenos de un anhelo por algo que yo jamás podré darle.

Sólo con un par de envites más, ambos gritamos por el placer dado y recibido, por el momento que acabamos de vivir y que los dos ansiábamos. Con un último gruñido, James se desploma sobre mí y hunde su rostro en la curva de mi cuello. Su peso y el calor que desprende no me molestan lo más mínimo. Me pasaría así el resto de mi vida.

Unos minutos después, se aparta de mí, momento que quiero aprovechar para levantarme de la cama y alejarme de su calor y de las perturbadoras sensaciones que es capaz de hacerme sentir un solo centímetro de su piel pegada a la mía... pero él es más rápido y vuelve a colocarme bajo su cuerpo.

—Deja que me levante —le pido.

—Sabía que querrías irte de mi lado, como siempre intentaste hacer en la isla. Nunca supe por qué, pero ahora lo entiendo.

—Tú no entiendes nada —replico con desdén, intentando no mirarlo, aunque de reojo consiga ver en su rostro una extraña expresión de dulzura—. Deja que me levante, por favor.

—No.

—¿No? —insisto.

—No —repite—, sin antes haberme aclarado unas cuantas cosas.

—¿De verdad? —lo increpo—. ¿Eres de esos a los que les gusta conversar después de un polvo? Porque, a mí, no.

—En la isla de Mauricio, aparte de la primera vez, sí que hablabas después de hacer el amor.

—¿Y qué quieres decirme con eso? ¡Ni que fueras el único!

—Sí —me dice con toda tranquilidad, mientras aparta de mi rostro un húmedo mechón de cabello—, he sido el único. Al menos desde que trabajas para esa agencia. El único con el que has disfrutado.

—¡Esto es el colmo! —Por fin consigo zafarme de él y me levanto de la cama. Siento una inesperada turbación al verme desnuda de nuevo frente a él, por lo que tiro de la colcha y envuelvo mi cuerpo con ella.

—¿En serio vas a taparte? —Ríe—. Te vi desnuda incluso antes de que nos liáramos.

—No nos liamos, James, por favor, deja de hablar como si tú y yo hubiésemos sido pareja. ¡Y deja de creer que puedes colgarte un par de medallas por ser el único en provocarme placer!

—Me las puedo colgar porque es cierto.

Totalmente impasible, se despatarra sobre la cama y coloca los brazos detrás de la cabeza.

—Joder... —Río con desdén—. Un hombre con tanta experiencia como tú y que se deje engañar tan fácilmente.

—Precisamente, por mi experiencia sé que no finges conmigo, Patty.

Esta vez su sonrisilla desaparece de su rostro y se sienta sobre la cama para encararme, serio y ceñudo.

—Oh, vamos, James —continúo, intentando parecer una cruel harpía y una zorra—. Estás hablando con la inigualable Patricia, la más solicitada *escort* de The Hot Affaire, la especialista del orgasmo fingido, la experta en hacer creer a los hombres que me derrito de gusto cada vez que me tocan. Cientos de tíos han debido pasar por entre mis piernas, convencidos de que mis gemidos eran reales...

Antes de pronunciar la última palabra, James ya se ha levantado de la cama y me apresa por un brazo para pegar su cuerpo al mío, aunque nos separe el simple grosor de una colcha.

—¿Por qué no puedes admitirlo? —me increpa—. ¿Por qué no eres sincera conmigo y contigo misma y admites que en la isla pasó algo entre nosotros? ¡Allí te olvidaste de la agencia y de todos esos hombres y dejaste de ser Patricia la acompañante para ser simplemente Patty!

—Aunque fuese así —le digo, alzando el mentón e ignorando la emoción que me producen sus palabras y su mirada apasionada—, ¿qué más da? Puede que me gustases, que me acostase contigo por puro placer, pero eso no cambia nada.

—¡Claro que cambia! ¡¿Con cuántos hombres te ha pasado lo mismo?! Piensa en esa respuesta, aunque creo que tú y yo ya la sabemos.

—¿Qué quieres, James? ¿Salir conmigo? ¿Mantener una relación normal? Sabes perfectamente

que eso no es posible.

—No te he dicho que sea eso lo que quiero. —Se aparta de mí y desliza los dedos por su pelo —. Únicamente...

—¿Que admita que me gustaste en la isla? ¿Que sentí placer contigo? —Emito un suspiro que me sale de lo más hondo, porque tengo que convencerlo de que no soy mujer para él ni para nadie —. ¿No ves que lo único que quieres es salvaguardar tu ego? Pues no te preocupes, salvado está. Me flipé contigo, lo pasé de miedo y estuvo genial follar con un tío sin necesidad de pactarlo antes ni de que me pagase. Se acabó, James.

—Maldita sea, Patty, sabes perfectamente que nada tiene que ver...

—Chist. —Pongo un dedo sobre sus labios y lo hago callar—. Está bien, admitiré que me gustas, pero, entre tú y yo, esto es lo único que puede haber.

Dejo caer la colcha y me muestro desnuda frente a él. Sin embargo, en los ojos de James ya no veo el anhelo que suelo ver cuando me mira. Se agacha, recoge la colcha y vuelve a taparme.

—Ahora mismo eres Patricia, y ella no me pone; sólo Patty es capaz de hacerlo. Lo que acaba de pasar me ha pillado desprevenido, pero no volverá a suceder. Vete a la otra habitación. Quiero dormir solo, Patricia.

—Como quieras.

Levanto la barbilla y sujeto la colcha entre mis dedos para que no se note mi decepción mientras me alejo. A pesar de formar parte de mi estrategia, hacer el amor con James es de las pocas cosas que me reporta un poco de felicidad.

Capítulo 18

James

Tras la partida de Patty me hubiese sido imposible meterme en la cama como si nada, y mucho menos echarme a dormir, así que he contactado con Scott para saber si estaba levantado —y, sobre todo, solo—, y hemos quedado en el pub para discutir ciertos asuntos. En cuanto llego, me recibe de nuevo con los brazos en alto en señal de rendición, aunque sus labios muestran una mueca de regocijo.

—No me mates, Jamie. Me rindo, me rindo.

—Eres un idiota —le digo antes de pedir una jarra de cerveza—. Me parece bastante mal por tu parte no informarme de tus planes mientras yo sí te he puesto al corriente de los míos.

—Supongo que lo de Heather ha sido una tontería —me dice con un divertido gesto—, pero mi intención era buena. Por cierto, hablando de planes, ¿cómo va el tuyo?

—Como el culo —farfallo.

—Perdona, tío, pero Patty estaba celosa de la pelirroja. Por no mencionar que ha aceptado el juego de besarnos para ponerte celoso a ti. Noto a la perfección cuando una mujer está excitada, y Patty no lo estaba, al menos no conmigo.

—No me lo recuerdes —gruño—. He estado a punto de darte un puñetazo. Pero ¿sabes una cosa?, después he pensado que tendría que pegarme con un número demasiado elevado de hombres que, posiblemente, anden todos desperdigados por medio mundo.

—No seas tan duro con ella, tío —me consuela—. Sabes a lo que se dedica desde lo de Madrid, lo supiste el día que te pusiste en contacto con la agencia y, aun así, seguiste adelante.

—Esto es una mierda, Scott. —Suspiro al tiempo que me meso el pelo—. Quién me iba a decir a mí que me pasaría esto, después de lo de Heather, después de varios meses intentando convencerme de que lo de encontrar pareja es una puta quimera. Y el día que descubro lo contrario, tiene que ser con una...

—No lo digas —me interrumpe—. Sólo te harías daño a ti mismo.

—Lo sé...

—Si tuviera que darte un consejo —interviene mi amigo algo más serio—, sería que te olvidaras de ella, recordarte que hay millones de mujeres en el mundo para elegir y decirte que vuelvas a tu vida despreocupada de sexo sin compromiso... No obstante, te conozco, Jamie..., llevo contigo mucho tiempo y hemos vivido infinidad de cosas. Te vi desfallecer cuando volviste

de la isla o del viaje a Madrid. Por eso, ahora, haré lo mismo, ayudarte, aunque, al final, sólo sea para recoger del suelo tus restos pisoteados.

—Muchas gracias por los ánimos —gruño—. Mi único consuelo es rezar para que te enamores pronto y poder reírme a gusto a tu costa.

—Eso no va a pasar —replica—. Estoy cansado de ver lo mal que lo pasa mi amigo y, perdona, pero no quiero verme como tú.

—Gracias otra vez.

Bebemos en silencio varios minutos, una cerveza detrás de otra, hasta que ambos empezamos a notar los efectos del cansancio y decidimos volver a casa.

—¿Qué va a pasar ahora? —me pregunta Scott mientras nos montamos en mi coche.

—Seguiremos con el plan establecido. —Me encojo de hombros.

—¿Crees que podrás convencerla?

—Cada vez lo creo menos —admito, pesimista—, pero nunca me he echado atrás en mis propósitos, Scott, y tú lo sabes. Lo intentaré hasta mi último aliento.

Una vez que dejo a mi amigo en su casa, me dirijo a la mía. Subo, abro la puerta y, durante unos instantes, me quedo parado frente al dormitorio de Patty. La puerta está cerrada y todo es silencio. Ni siquiera asoma un resquicio de luz. Cansado, camino hasta mi habitación.

Ahora sí, caigo rendido sobre mi cama.

* * *

—James, James, despierta.

Sólo soy capaz de dejar escapar un gruñido cuando siento una voz femenina que intenta despertarme. Aunque lo peor es la presión que percibo en mi hombro y que me zarandea cada vez más fuerte.

—James, por favor, son las once de la mañana.

En un principio no entiendo nada y me doy la vuelta en la cama para hundir mi cabeza en la almohada, pero sólo tardo unos segundos en obligar a mi cerebro a procesar lo que he oído y adivinar lo que está pasando. De golpe, levanto la cabeza, abro los ojos aún legañosos y contemplo a Patty frente a mí.

—¡Mierda! —Gruño otra vez—. ¡Me he dormido! —De un salto, me incorporo sobre la cama, aunque he de cerrar los ojos unos instantes para paliar las vueltas que da la habitación a mi alrededor—. Joder, hoy es la puta despedida de soltero de mi hermano.

—No pasa nada —me tranquiliza Patty. En este momento, se acerca a la ventana y abre las cortinas, por lo que maldigo por cegarme de esta manera—. La despedida es esta tarde.

—Joder —me quejo por la luz matinal, a pesar de que el cielo vuelve a estar gris—. ¿Te has creído mi puto despertador?

—¿Te hubiese parecido mejor que te hubiese dejado dormir hasta la noche? —me reprocha—.

La próxima vez te despiertas tú solito, idiota... y no haberte acostado cuando ya amanecía.

—¿Ya estamos con los insultos de buena mañana? —Me levanto de la cama y me doy cuenta de que voy todavía vestido. Estaba tan cansado que no me paré ni a desnudarme, algo que ella también ha advertido.

—¿Dónde te fuiste anoche? —me pregunta—. Te oí salir, lo mismo que entrar esta mañana. No me extraña que estés tan hecho polvo. Ni siquiera te desnudaste.

—No tengo por qué darte explicaciones —le contesto—, pero te diré que me fui con Scott.

—¿Y con Heather?

—Eso es cosa mía.

Abro el armario, saco un pantalón y un jersey y me encamino al baño.

—Claro —insiste—. Supongo que no tengo derecho a preguntar.

Tanta condescendencia me despierta de inmediato. Me giro hacia ella y la encaro, aunque me cueste la vida aparentar que me es indiferente. Lleva puestos unos pantalones vaqueros, unas botas negras de tacón y un jersey de color blanco, conjunto que dulcifica su expresión y la hace parecer mucho más joven a pesar de estar enfadada. Es imposible no quedar fascinado ante tamaña belleza: su liso y brillante cabello rubio, su piel blanca, sus gruesos labios y, cómo no, sus inolvidables ojos verdes, aquellos que fueron capaces, la primera vez que la vi, de hechizarme de una forma que quedé completamente atrapado, ahogado en ellos.

Lo malo es que tampoco puedo evitar pensar en todos los hombres que habrán quedado igualmente cautivados, que habrán acariciado esa blanca piel, besado esos gruesos labios, mirado esos mismos ojos mientras la follaban... Y, lo peor: lo que le habrán exigido por el mero hecho de pagar por tenerla a su lado.

Una furia corrosiva recorre cada una de mis venas.

—¡Pues no! —le contesto con rabia—. ¡No tienes ningún derecho a preguntar una mierda!

—¡Menos mal que soy yo la malhablada! —exclama, igualmente enfadada—. ¡Usted perdone por osar preguntarle! —Se dirige a la puerta—. ¡Cuando te dé la gana de salir, ya avisarás! —Da un portazo y puedo oír desde aquí los improperios en su lengua materna—. Que te den, estúpido gilipollas...

Me encantaría oírla más a menudo hablar español, si no fuera porque, cada vez que lo utiliza, es para insultarme o enviarme a la mierda. Casi me río cuando recuerdo cómo me enseñó a pronunciar *hilipoias*...

Capítulo 19

Nunca un trayecto en coche se me había hecho tan largo como las dos horas que separan Londres de Lindsey Hill, a pesar de la comodidad del de James, un Jaguar deportivo plateado que parece fundirse con el asfalto. Y creo que él está pensando lo mismo, pues ha decidido poner algo de música de fondo para que el silencio no siga pareciendo una carga tan pesada. Pero, para colmo, ha debido de conectar una emisora de esas nostálgicas, puesto que los acordes de *Don't cry*, de Guns N' Roses, invaden el ambiente y lo tiñen de una pesada tristeza que, unida a la monotonía del paisaje, consigue que me sienta todavía un poco más chafada. Dejo caer la cabeza sobre el asiento y cierro unos minutos los ojos.

—Aprovecha y duerme un poco —murmura James, que parece que ha decidido hablar—. Esta noche habrá celebración hasta muy tarde, lo mismo que mañana con la boda.

—No puedo hacerlo —le replico—. Nunca sería capaz de dormir en un coche.

—Puedo quitar la música, si te molesta.

—No, no, tranquilo. La música relaja el ambiente.

—¿Te sientes incómoda conmigo?

—No es eso, James. —Suspiro—. Sabes perfectamente a qué me refiero, no me obligues a hablar de más. No me apetece nada discutir contigo.

—¿Vas a privarme del privilegio de un nuevo insulto en tu lengua materna?

—Vaya. —Abro los ojos y me incorporo en el asiento—. Pensaba que preferías un viaje silencioso. Pues mira, voy a aprovechar que estés tan locuaz para hacerte un par de preguntas. ¿Cómo va lo tuyo con Heather? ¿Seguro que me vas a seguir necesitando o ya volvéis a estar juntos?

—¿Es ésa tu forma sutil de preguntarme si me he acostado con ella?

—Vale, no me importa un carajo.

—La respuesta es no —me informa—. No me he acostado con Heather.

—¿Qué pasó? —me atrevo a preguntar—. ¿Por qué te dejó?

—Al estar conmigo, se imaginó que llevaríamos un estilo de vida aristocrático —responde—. Creyó que, como su hermana, se dedicaría a las fiestas y recepciones a las que invitan a mi hermano. Cuando se dio cuenta de que yo no tenía ni quería tener nada que ver con ese mundo, y que pasaba demasiado tiempo en el despacho sin hacerle caso o sin llevarla a veladas con nobles, decidió que no le interesaba.

—Qué idiota —suelto sin pensar.

—¿Por qué? —me pregunta con una sonrisa socarrona.

—Pues... porque hacéis una pareja estupenda y, casada contigo, siempre habría podido relacionarse de algún modo con tu hermano y el resto de la aristocracia.

—Claro...

Salvada por la campana.

—Entonces —insisto—, ¿por qué quieres que ella vuelva contigo? Demostró ser una interesada.

—Porque, a veces —contesta—, no tenemos explicación para lo que sentimos. Sencillamente, presentimos que esa persona es lo que necesitamos, el complemento que le falta a nuestra vida, el motivo que nos hace sonreír, ilusionarnos, seguir adelante... aunque esa persona no siempre se dé cuenta de ello.

—Supongo que eso es amor —le digo, antes de desviar mi lúgubre mirada hacia el verde paisaje.

—Sí —responde—, eso creo.

He estado a punto de preguntarle cómo es posible que crea que Heather es todo eso que menciona; que piense que, después de estar juntos unos pocos meses —o eso es lo que me dijo Alice que llevaban como pareja antes de romper—, le parezca tiempo suficiente como para dar un paso tan importante como el matrimonio, pero he preferido callarme... porque yo misma pude comprobar en su momento que unos pocos días fueron suficientes como para saber que James era mi otra mitad, y que, si mi vida hubiese sido diferente, también habría deseado pasar el resto de mis días con él.

* * *

Esta noche toca celebración de féminas en Devon House mientras los hombres la tienen en Lindsey Hill. No hay espectáculo de tíos en tanga ni llevamos diademas con penes de goma ni nada de eso. Se trata de algo más formal, ya que nos encontramos entre miembros de la aristocracia inglesa y familias de ilustre alcurnia, pero debo reconocer que aún lo esperaba todo más serio y aburrido. Grace, la novia, parece una chica bastante tranquila, pero está llevando la reunión de forma distendida por las risas que se ha marcado ante los regalos picantes de sus amigas. Unas cuantas señoras mayores se han abanicado con rapidez y han formado muecas de sorpresa, pero también han acabado riendo.

Mi suerte es contar con la compañía de Alice.

—Espero que no te estés aburriendo como una ostra —me dice la chica del pelo naranja—. Seguro que al oír hablar de despedida de soltera habías pensado en otra cosa.

—Claro que no —la tranquilizo con una sonrisa—. Con tanta lady y título nobiliario a mi alrededor, me esperaba algo todavía peor, como limitarnos a tomar el té. Aunque, hablando de lo

peor, no tengo más que desviar un poco la mirada de Grace y toparme con su hermana para que la noche se convierta en una mierda.

—Te entiendo —suspira—. Con el rollo de que sea su hermana, tienes que comértela con patatas todos estos días. Para colmo, mírala, tan perfecta y compuesta que acaba recibiendo tantas atenciones como la novia, lo que a ella le encanta. Seguro que dejó a mi hermano cuando se dio cuenta de que él no iba a dedicar su vida a agasajarla y a arrodillarse a sus pies.

—Lo malo es que creo que James sigue sintiendo algo por ella.

Suspiro al darme cuenta de que no lo estoy haciendo bien, puesto que el objetivo de mi estancia aquí no es criticar a Heather, sino hacer lo posible para que vuelva con James, aunque me resulte lo más duro que he hecho en mi vida.

—¿De dónde sacas eso? —se sorprende Alice—. ¿Cómo puedes pensar que Jamie vaya a volver con ella, después de lo que le hizo? Si de verdad conoces a mi hermano, sabrás que no perdona una traición de esa clase.

—Sí —murmuro—, lo sé bien.

La velada continúa con risas y regalos. A pesar de su carácter formal, tengo que reconocer que Grace está consiguiendo que parezca divertido y yo misma acabo riendo y brindando por los novios como si fuese una más de la familia.

—La verdad es que Grace es un cielo —me explica Alice cuando le hago el comentario—. Mi hermano Mike ha tenido suerte con ella. Se conocen desde que eran pequeños y jugueteaban en los jardines de Lindsey Hill.

—Qué romántico —comento—. Conocerse desde niños, ir fraguando poco a poco un amor profundo...

—No más romántico que tu historia con Jamie. —Sonríe, animada—. Tan bonito me parece el amor que se cuece a fuego lento como el que explota en un primer encuentro. —Me mira con expresión pícaro—. ¿No te he explicado cómo conocí a Edward? Fue en un festival de *rock*.

—¡No me digas! —Río.

—¡Sí! —exclama—. Allí estaba yo, con mi cerveza en la mano, dando saltos sin parar, cuando él se colocó justo delante de mí. Imagina, con lo esmirriada que soy yo y semejante mastodonte ocupando toda mi visión... Le llamé la atención varias veces y, cuando no me hizo ni caso, cogí mi lata de cerveza y se la eché por encima.

—¡Dios! —Vuelvo a reír—. ¿Y qué pasó?

—Se giró, me miró, lo miré... y supe que me casaría con él.

—Pero ¿cómo es posible? —suelto entre risas.

—Lo sabes perfectamente, Patty, porque es lo mismo que te pasó con mi hermano.

—Bueno... —títubeo—, no diría yo que fuera tan rápido.

—A ver —explica—, no todo es tan fácil, te lo digo por experiencia. En un principio supuse que él no sería rico, además de ser católico, por lo que imaginé todo un escándalo en casa. Pero,

para mi decepción, resultó ser hijo de un rico terrateniente que además ostenta el título de sir. Con lo que me apetecía liarla parda...

Ambas reímos de sus ocurrencias, mientras la novia desenvuelve un conjunto de lencería que parecería inadecuado incluso para la propia agencia.

—Por eso —prosigue—, si alguna vez crees encontrarte un escalón demasiado alto para seguir, piensa que las cosas, con esfuerzo, acaban valiendo la pena. Jamie es un buen tipo, Patty, y no lo digo porque sea mi hermano.

—No lo dudo.

Suspiro por no ponerme a gritar.

—Mi hermano lo pasó mal con el desprecio de Heather —reconoce—, pero te aseguro, Patty, que hacía mucho tiempo que no lo veía tan ilusionado como cuando nos llamó desde la isla de Mauricio. Estaba exultante y tan tan enamorado...

Ahora gritar ya no me parecería suficiente. Lo que más desearía en este instante es salir de aquí corriendo y no parar hasta llegar a mi casa, al refugio de mis cosas, de *Pantera*, de Jacob, de Sara. Y llorar. Llorar hasta quedarme seca por dentro.

—Y cuando te mira... —lanza un exagerado suspiro—, oh, Dios mío, cuando te mira... se funden hasta los cimientos de la casa. ¡Cuánta pasión, por favor!

Agradezco en el alma que la novia llame mi atención, aunque sea para mostrarme algunos bonitos regalos, puesto que, se supone, yo voy a ser la siguiente.

¡Y todavía nos queda la boda!

Estoy segura de que el dinero que gane con este trabajo va a ser el obtenido con mayor sacrificio. Cada billete llevará una huella de las lágrimas que, con seguridad, acabaré derramando en un futuro.

—¡Mira, Patty! —me señala Grace mientras me muestra varios conjuntos y detalles—. Si algo te gusta, no dudes en pedírmelo... por aquello de llevar algo prestado, ya sabes.

No puedo evitar mirar de soslayo a Heather, que acaba de emitir un suspiro de agobio que hasta le ha hecho volar el flequillo. Justo en ese instante, frunce el ceño cuando mira hacia su bolso, introduce la mano y extrae su móvil. Con disimulo, se lo lleva a la oreja mientras se levanta y se aleja de la sala hacia una de las puertas que lleva al interior de la casa.

—¿A dónde ha ido ésa? —le pregunto a Alice—. Parece que busca privacidad y que nadie se dé cuenta de que se ha marchado.

—Es verdad —reacciona la chica—. Será la llamada de algún tío. —Ríe—. Y es extraño, porque no se le conoce lío alguno desde que lo dejó con Jamie. Siempre pensé que se lanzaría a los brazos del primer duque que se le pusiese a tiro.

—Tal vez sea una llamada de James —le comento.

—¿Otra vez con eso?

—Es una corazonada.

—¿Sabes qué? —me susurra—, vayamos a comprobarlo. Conozco mi casa y puedo llegar hasta

ella con todo el sigilo.

—Hecho —le contesto—. Así podrás comprobar de primera mano que no son absurdas sospechas mías.

Aprovechando que todas están pendientes de una valiosa joya que le han regalado a Grace, Alice y yo nos levantamos y desaparecemos con cuidado por la misma puerta por la que lo ha hecho la pelirroja. Atravesamos un vestíbulo y recorremos todas las estancias de la primera planta.

—Aquí no está —susurra Alice antes de mirar por una ventana—, y fuera tampoco. Ha tenido que ir arriba.

Con los pies de puntillas, subimos por la escalera y repetimos la operación anterior, hasta que captamos un leve murmullo tras una puerta.

—Viene de uno de los baños —cuchichea mi espía improvisada—. Debe de haberse encerrado ahí para poder mantener su conversación privada.

Conforme nos acercamos, los murmullos se convierten en risas y, a continuación, en algo parecido a gemidos.

—¿Estás oyendo lo mismo que yo? —me pregunta Alice—. O su conversación telefónica es demasiado picante o su interlocutor está aquí en persona.

—Sí —respondo, cabizbaja—. Parece que la chica perfecta ha quedado con alguien para un polvo improvisado.

—Y dudo mucho que sea telefónico. —Ríe—. ¿No oyes? Los gemidos no son únicamente femeninos. Ahí dentro hay un tío.

Tiene razón. Al otro lado de la puerta tiene que haber una pareja, y se me revuelve el estómago sólo de pensar en el componente masculino de la misma.

—¿Y esa tristeza? —me pregunta—. No estarás imaginando que es mi hermano el que está con ella...

—No lo sé, Alice.

—Lo averiguaremos enseguida —sentencia, decidida—. Abriré la puerta de golpe y, ¡tachán!, duda resuelta. Si luego resulta que no es Heather, pues pediré disculpas y nos largaremos... o sin disculpas, según me apetezca. Porque de lo que estoy segura es de que Jamie no está en ese baño.

Coloca la mano en mi antebrazo y presiona para animarme.

—Está bien —suspiro.

—Mira si estoy segura de ello —me dice—, que esto es lo que voy a hacer. —Me muestra su móvil, que está preparado para grabar—. A ésa se le van a acabar las ganas de follar a escondidas en mi casa.

Mientras la joven del pelo naranja coloca la mano en el pomo y empieza a hacerlo girar con cuidado, siento que el corazón se me acelera y que diminutas gotas de sudor comienzan a brotar por los poros de mi frente y mi espalda. Una vuelta más, un poco más, un giro completo... y la puerta se abre de par en par.

Tanto Alice como yo nos quedamos boquiabiertas con la escena sexual que se presenta delante de nuestras narices y que se está inmortalizando en su teléfono. Sí es Heather, de eso no hay duda, porque podemos ver su rostro demudado por el placer mientras, sentada sobre la encimera del lavabo con las piernas abiertas y el vestido hasta la cintura, recibe las embestidas de un hombre al que vemos de espaldas, con los pantalones a medio bajar. Los gemidos de ambos llenan el reducido espacio hasta que la pelirroja abre los ojos y pega un chillido.

El tipo todavía no se ha dado la vuelta y aún sigo con la garganta seca y cerrada, pero esa sensación sólo me dura un segundo. Conozco a James y no es este hombre.

—¡La madre que te parió! —exclama Alice—. Pero ¿cómo puedes llegar a ser tan zorra? ¡En la despedida de tu propia hermana!

Heather se aparta con brusquedad del hombre y se baja la falda mientras su amante se sube el pantalón.

—¡¿Qué coño haces, Alice?! —grita la chica—. ¡Se llama a las puertas antes de entrar, joder! Y entonces podemos ver a su amante, que nos mira a todas con una sonrisa socarrona.

—Tenía que ser usted, lord Ravenwood —le recrimina Alice—. No me extraña. Dos ratas tenían que acabar juntas.

—No te exaltes, pequeña —le pide el marqués, tan tranquilo—. Ya sabéis que no puedo negarme a los deseos de una... señorita.

—Lárguese de aquí ahora mismo, putero asqueroso. —Alice lo agarra del brazo y lo arrastra a la salida—. Yo lo acompañaré. No quiero que lo vea ninguna de las invitadas.

Entonces me quedo a solas con Heather. De pronto, la traviesa y dulce pelirroja se transforma en una bruja despiadada. No entiendo que únicamente Alice y yo la hayamos calado.

—No me mires así —me espeta—, como si fueras una santurróna. Tú a mí no me engañas. También vas en busca de un tío rico. La diferencia es que tú te conformas con el hermano de un conde y yo voy en busca de un marqués.

—Pensaba que te interesaba James —me limito a decirle.

—Es él quien está interesado en mí —me explica mientras abre su bolso, saca un pequeño neceser y se retoca el carmín frente al espejo—. De repente, me presenta a su novia y, al mismo tiempo, me besa en aquel pub. Ya le dije que podemos quedar cuando le apetezca, pero nada más. No estoy dispuesta a retomar una relación tan insulsa como la que tuvimos en el pasado.

—James es cualquier cosa menos insulso —lo defiende.

—Pues todo para ti, bonita.

Dios, qué ganas de estampar esa perfecta cara contra el espejo y hacerle sangrar la nariz. ¿Cómo puede pensar James, siquiera, en volver con esta buscona?

—Por cierto, querida, un pequeño detalle —añade mientras se atusa sus ondas rojizas—. En uno de mis encuentros en el jardín con el marqués, divisé a James en el balcón de su antiguo dormitorio, cuando se suponía que debía estar compartiendo habitación contigo.

—No sé de qué me hablas —respondo, tensa.

—Me importa un pito quién seas —prosigue—, de dónde hayas salido y qué haces con James, pero, por tu bien, procura no cruzarte más en mi camino si no quieres que te investigue un poco y descubra algo... desagradable. Lo digo por si se entera lady Margaret y el resto de la familia. Menudo escándalo...

—Déjalos en paz —siseo—. Yo desapareceré pronto, así que no hay de qué preocuparse.

—Me alegro —se regodea—. Así, si el marqués me sale rana, siempre tendré un plan B con James.

—Eso es lo que tú te crees —oímos decir a Alice, que acaba de regresar—. Siempre supe lo que buscabas, Heather, pero mi hermano estaba tan ciego que no se daba cuenta de que ya lo engañabas hace tiempo con ese cerdo.

—Ese cerdo, como tú dices —replica Heather—, es un marqués que tiene más dinero del que puede gastar. He podido convencerlo de que nos casemos, aunque pedirá mi mano cuando pase un tiempo. No quiero quitarle protagonismo a mi hermana.

—Lo que no quieres es que te lo quiten a ti —la ataca Alice—. Pero, si tiempo atrás no tuve pruebas, ahora sí las tengo. —Señala su móvil, que reproduce la grabación del tórrido encuentro—. Se lo enviaré ahora mismo a Jamie, para que acabe de convencerse del favor que le hiciste dejándolo.

—Me importa un comino —escupe Heather—. Era cuestión de tiempo que se enterara. Además, ahora tiene consuelo con su nueva novia, ¿verdad, querida? —pregunta, mirándome.

—Pues vídeo enviado —sentencia Alice—. Y, por cierto, mi hermano nunca será el plan B de nadie.

* * *

Únicamente se oyen mis zapatos por el largo corredor antes de llegar a la puerta de mi habitación, pero ese eco se detiene en cuanto observo a la persona que, apoyada en la puerta, me mira con una sonrisa. Parpadeo con fuerza. ¿Cómo es posible que sonría después de lo que debe de haber visto en su móvil?

—James... —susurro—. ¿Qué haces aquí?

Al acercarme y detenerme frente a él, puedo comprobar que su chaqueta y su corbata aparecen algo desastradas, su cabello despeinado, y emite un fuerte olor a tabaco y alcohol... Normal si vuelve de la despedida de soltero de su hermano.

Lo besaría ahora mismo.

—No lo sé —responde—. Supongo que... me apetecía verte.

—¿Has... has recibido el mensaje de Alice? —titubeo.

—Por supuesto —responde.

—Entonces, ¿por qué...?

—¿Sonríe? —termina la pregunta—. Eso sí lo sé.

—¿Me iluminas?

—No —susurra.

—Pero, James, tú... —vacilo—, seguías enamorado de Heather.

—¿Te dije eso? —Se rasca la barbilla—. Pues te mentí.

—Supongo que estás borracho —suspiro.

—Un poco. —Sonríe otra vez.

—Supongo que mañana te darás cuenta del alcance de ese vídeo.

Intento acercarme a la puerta, pero él me lo impide.

—Ya me he dado cuenta. —Insiste en sonreír—. Heather es una maldita zorra, siempre lo supe. Todo el mundo creía que estaba triste cuando me dejó, pero lo que realmente sentí fue rabia por imaginar que podría haber terminado casado con ella.

—Entonces, ¿por qué me pediste que viniera? —indago.

—Porque quería volver a verte —susurra, acercando su rostro al mío a un centímetro de distancia—. Porque quería volver a tenerte cerca. Porque deseaba volver a sentir que eras mía.

—James, por favor... Estás bebido.

—Sólo lo suficiente como para poder decirte que sólo contigo soy la persona que realmente quiero ser; que, quizá, únicamente estaremos un día más juntos, aparentando ser una pareja, pero sólo es lo que pone en un maldito contrato. De ti depende que ese día se convierta en más tiempo.

—Pero James...

—Chist. —Me hace callar con un dedo y me da un dulce beso en los labios—. Piénsatelo esta noche. Hasta mañana, Patty.

Vuelve a sonreírme antes de desaparecer al fondo del pasillo.

* * *

Todavía permanezco delante del espejo, dudando entre el vestido que elegí para la ceremonia o el que me sugirió Elisa. Este último es más serio, posiblemente más apropiado, pues cumple con el protocolo a rajatabla: color azul marino con pequeños lunares blancos, abotonado hasta el cuello y falda de vuelo. Sin embargo, el que escogí yo misma me parece tan bonito... Cada uno permanece en su percha y voy alternándolos sobre mi cuerpo mientras todavía llevo únicamente un tanga, las medias, los ligeros y un sujetador fino y transparente.

Y, de esa guisa, me encuentra James cuando entra en la habitación.

—Perdona —carraspea. Titubea un instante, pero acaba accediendo a la estancia y cerrando la puerta tras de sí.

—Podrías llamar antes de entrar —gruño mientras me tapo con los vestidos.

—Te estás tapando por delante —sonríe—, sin acordarte de que tienes un espejo detrás. Bonitos ligeros... y mejor culo.

—Qué idiota eres... Vale —me interrumpo a mí misma—, reconozco que tengo un problema

con los insultos, pero deberías saber que nunca en mi vida he sido malhablada. Debe de ser que sacas lo peor de mí.

—Eso suena a disculpa. —Me lo dice con una expresión tan dulce que, junto a su aspecto imponente con su impecable chaqué, me dan ganas de comérmelo a besos aquí mismo.

Sin embargo, aunque me repita más que el ajo, insisto en que todavía me gusta más en bañador.

—Más o menos —le digo—. Pero, si ya estás vestido, puedes marcharte y dejar que yo lo haga sola.

—Según Alice —interviene con una mueca—, seguro que necesitas que alguien te suba la cremallera o algo así, así que me ha enviado aquí a patadas.

—Pues no es necesario —contesto, a pesar de mi expresión de agobio.

—¿Qué te ocurre? —me plantea con el ceño fruncido—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No sé... —le digo, a pesar de haberlo echado—. No sé cuál de los dos vestidos ponerme.

—A ver. —Se sienta en el filo de la cama y cruza los brazos—. Hazme un pase con cada uno.

—No tienes por qué hacerlo, por mucho que te haya dicho tu hermana que...

—No es por eso, Patty, de verdad. Te veo agobiada y quiero ayudarte. Entiendo que quedar bien con toda esa gente de ahí fuera debe de ser estresante. Vamos, ponte uno de ellos.

Si supiera lo que provoca en mí cuando me llama Patty de forma natural... sin forzarlo, sin espectadores... Es algo parecido a cubrirse con una suave manta cuando hace frío. Tan reconfortante que me calienta el corazón.

¿Recordará algo de la conversación de anoche?

—Está bien —murmuro. Suelto uno de los vestidos y me coloco el recomendado por Elisa. Total, tampoco creo que sea el momento de escandalizarse porque me vea en tanga—. ¿Qué te parece?

—Estás muy guapa y elegante. —Sonríe—. Ahora el otro.

Desabrocho los botones del azul con lunares y me pongo el que elegí yo, que se compone de tres piezas en color verde menta. Primero la falda, ajustada hasta las rodillas, la blusa asimétrica y la chaqueta con grandes solapas. Para terminar, me calzo los altos zapatos y me coloco una pamelita a un lado del elegante recogido que yo misma me he hecho.

—Guau —silba James—. Ahora no estás ni guapa ni elegante.

—¿Qué quieres decir?

Frunzo el ceño ante el contraste entre sus palabras y su rostro de admiración.

—Estás... estás... joder, no me salen las palabras. ¿Qué hay por encima de lo más hermoso de la tierra?

—James...

—Y, ahora, sólo te falta un detalle. —Introduce su mano en un bolsillo y extrae una fina joya que me coloca en una muñeca. Si se le ha ocurrido comprarme algo caro, se lo come ahora mismo.

—¡Es mi pulsera! —exclamo, sin embargo, cuando reconozco la fina cadena que me regaló mi amiga—. ¡La encontraste! Y la has guardado todo este tiempo...

—Pensé que no tendría ocasión de devolvértela. Pero parece que, a veces, el destino, caprichoso, juega con nosotros.

—Muchas gracias, James.

—No hay de qué. —Sonríe—. Estás preciosa, Patty —insiste con dulzura.

El silencio que se crea a continuación da lugar a una espesa tensión entre nosotros. Está claro que ambos recordamos la conversación de la noche pasada, pero, de alguna forma, tengo que aclararle las cosas. No sé si sus palabras fueron consecuencia del alcohol o, simplemente, vuelve a desear de mí algo que no puedo darle.

—¿Has pensado en lo que te dije anoche? —me pregunta.

—Ya no me necesitas para recuperar a Heather —afirmo con cautela.

—Nunca quise recuperar a Heather. En su día me cegó su belleza y me engañó, pero, por fortuna, me dejó. Es algo que le agradeceré eternamente.

—Entonces, ¿qué hago aquí?

—Acompañarme a la boda —me dice—. Como ya te expliqué el primer día, la gente me miraba con lástima porque iba a asistir a la boda de mi hermano a los pocos meses de la ruptura. Como si eso me importara.

—Insisto —recalco—, ¿qué hago aquí? ¿Para qué me contrataste exactamente?

—Te respondí anoche. —Se acerca y acaricia un fino mechón de pelo que se ha soltado de mi casi perfecto moño—. Porque era la única forma de volver a verte.

—¿Te parece que esto es un juego, James? —inquiero, francamente molesta—. Por si lo has olvidado, vivo de esa agencia, me estás pagando por fingir ser tu novia. No hables como si hubiese sido un reencuentro fortuito entre nosotros.

—No es ningún juego, Patty. Te estoy diciendo que esto que estás viviendo podría hacerse realidad... si decides seguir conmigo.

—Lo siento, James. Pero mi respuesta es no.

Unos fuertes golpes en la puerta interrumpen el incómodo diálogo.

—¡Chicos! —nos llama Alice desde el otro lado de la puerta—. ¡Se hace tarde! ¡Daos prisa!

—¡Enseguida vamos, Alice! —grito.

—¡Nos vamos adelantando! —responde antes de alejarse.

—Será mejor que nos vayamos —le digo.

—Por supuesto —responde con cierta hostilidad mientras me ofrece el brazo—. Tienes razón. No pude elegir mejor. Mi objetivo era que mi acompañante deslumbrara, y tú lo harás posible.

Me duele su comentario, pero yo misma lo he provocado. Por mucho dolor que vaya a costarme, es la única forma de que James se vaya haciendo a la idea de que no hay futuro para nosotros.

—Claro —le respondo al tiempo que acepto su brazo—. Soy la mejor y te lo voy a demostrar durante toda la velada.

—Pues empieza ahora mismo y sonríe.

—¿Tienes alguna queja?

—Sólo faltaría, con lo cara que eres.

—Imbécil —siseo.

Fuerzo una de mis mejores sonrisas, enlazo su brazo y salimos de Devon House, en cuya entrada quedan todavía docenas de invitados ataviados con sus mejores galas. El cielo también parece engalanarse y luce hoy un sol que, a pesar de la timidez de sus rayos, hace posible que los chaqués y los tocados femeninos luzcan aún más elegantes.

—La costumbre es ir andando hasta la iglesia —me explica James mientras sonrío y saluda con su cabeza a los muchos invitados que nos vamos encontrando por el camino empedrado—, que está situada detrás de Lindsey Hill. El novio ya estará esperando en su interior con mi madre —me sigue contando—, y la novia llegará en un pequeño carruaje.

—Lo tenéis todo bien planeado —le digo.

Yo también voy haciendo gestos a la gente con la que nos cruzamos.

—Somos ingleses, recuerda —murmura con una mueca—. Y las tradiciones son muy importantes, lo mismo que los protocolos y nuestros exquisitos modales.

Compone un mohín de resignación tan divertido que provoca de nuevo mi risa, como en tantas ocasiones logra hacer. Las veces que he reído junto a James superan ya con creces las que lo he hecho en toda mi vida.

—Oh, sí —le sigo la broma—, menudos modales. Espero que no seas tú el ejemplo.

—¿Acaso tienes alguna queja de mis modales? —Se yergue en toda su estatura y compone una expresión tan esnob que no puedo evitar volver a reír.

—Anda, para. —Río—. Me gustas más cuando estás menos encorsetado. En bañador, por ejemplo, practicando *snorkel*.

Sonríe durante un instante, aunque se puede atisbar un indicio de melancolía en su expresión. Creo que ambos acabamos de realizar un viaje exprés de ida y vuelta a la isla, donde nuestras conversaciones ya fueron así de divertidas.

—Tú, sin embargo —me dice—, me gustas de cualquier forma.

—James...

—Aunque no soy el único —me sigue alabando—. Todo el mundo nos mira y es por ti. Tienes una belleza tan impresionante que creo que no eres consciente de ella.

Sí, sí que lo soy. Soy consciente de ello desde hace mucho tiempo: el tiempo que llevo trabajando en la agencia. Ha habido hombres que han pagado verdaderas fortunas por mí, hombres que han quedado impresionados cuando me han visto y en cuyos rostros he podido percibir el orgullo que han sentido al lucirme. Algunos, incluso, han caído postrados de rodillas ante mí, suplicando tenerme como amante, sin contrato y sin agencia...

Debe de ser que ahora recibo mi castigo.

—No me miran tanto —le susurro a James, sin embargo.

Pero, al mirar a mi alrededor, compruebo que la mayoría de las personas cuchichean al vernos

pasar. Son murmullos de admiración, de hombres, mujeres, ancianos y niños.

«Qué buena pareja hacen», «Parecen actores de cine», «Seguro que son los próximos...»

Por primera vez, siento orgullo de mi físico y me alegro de que el hombre que camina a mi lado esté, a su vez, orgulloso de mí.

* * *

La iglesia no es muy grande, pero se ve imponente cuando se llena con los invitados, aunque gran parte de ellos se han quedado fuera debido a que el edificio no puede albergar a los cientos de personas que han venido para el evento.

El conde parece algo nervioso, esperando junto al altar, pero su rostro se dulcifica en cuanto la música y la novia hacen acto de presencia. Grace está espectacular, con un vestido de corte sencillo pero con una larguísima cola, el velo que le cubre la cara y los niños vestidos de pajes que la acompañan en su entrada a la iglesia.

De reojo miro a James. Está emocionado y se nota, pues es evidente el amor que existe en su familia, entre los hermanos y su madre. Un nudo me comprime la garganta al recordar a mi propia familia.

Y, cómo no, Heather está también en primera fila, en la parte de la iglesia destinada a los invitados de la novia. Va espectacular, con un vestido azul y un enorme y llamativo tocado en el pelo. Como si presintiera mi mirada, se gira, me mira y me lanza una mueca de desprecio que transforma en sonrisa un solo segundo después.

—Falsa... —murmuro.

—Ignórala —me aconseja James, que entiende perfectamente a quién va dirigida mi hostilidad.

—Es que no entiendo que llegaras a pensar en casarte con ésa...

—Sí, menudo ojo tengo —afirma con mordacidad—. Voy de mal en peor.

Será mejor que sigamos la ceremonia.

Cuando concluye el enlace propiamente dicho, todos nos dirigimos a la salida, la mayoría con lágrimas de emoción, para vitorear a los novios desde los jardines que rodean la antigua edificación.

—Ha sido una boda preciosa —le digo a James mientras la multitud congregada aplaude y grita.

—Sí —responde aún taciturno—. Mi hermano parece muy feliz.

Por suerte, las lágrimas y las emociones desaparecen cuando comienza el banquete en el gran salón de Lindsey Hill. La novia se ha cambiado de vestido y está más cómoda para moverse, sonreír y abrazar a cuantos se acercan a darles la enhorabuena.

Aparte de los fotógrafos contratados, Alice se ha convertido en un peligro con su cámara colgada al cuello. Debe de haber fotografiado a los novios cientos de veces y decide cambiar de modelos de vez en cuando... como ahora mismo, con James y conmigo.

—¡Sonreíd!

Acercamiento a James y una sonrisa; una y otra vez.

—Ya es suficiente, Alice —la reprende su hermano.

—Oh, vamos, Jamie. Os estoy haciendo unas fotos preciosas; ya veréis cuando las tenga reveladas.

—Las fotografías forman parte de las bodas —trato de apaciguar a James.

—Sí —suspira—, supongo. Debería tomármelo con más filosofía, porque lo peor está por llegar.

—¿Lo peor? ¿A qué te refieres?

Muy pronto obtengo la respuesta.

De pronto, una multitud, compuesta, sobre todo, por gente joven, comienza a corear la petición más clásica en una boda entre plato y plato del banquete.

—¡Que se besen los novios! ¡Que se besen, que se besen...!

Los ahora condes de Lindsey se ponen en pie y, cuando pensaba que se limitarían a besarse, Michael comienza a hablar.

—Es otra de nuestras tradiciones familiares —me explica James en un susurro—. Los novios, antes de besarse, han de decir alguna virtud del otro.

—Oh —me sorprendo—. Es... original.

—Lo que más me gusta de Grace —comienza a hablar el conde delante del expectante público mientras mira a los ojos de su mujer— es su dulzura. Cuando algo va mal, cuando he tenido un día difícil, un simple gesto de ella es capaz de conseguir que me olvide de todo lo malo.

—Ohhhhh... —se oye entre la concurrencia.

—Lo que más me gusta de Michael —le toca el turno a Grace— es su fortaleza y su tesón. Jamás se rinde y es un ejemplo para mí.

—A la vista está —vuelve a intervenir el conde—, porque te he perseguido durante toda mi vida hasta que has aceptado casarte conmigo.

Entre un coro de silbidos y risas, los recién casados se funden en un apasionado beso.

—¡Ahora la hermana del novio! —grita alguien.

—¡Sí! —lo apoyan—. ¡Alice, Alice, Alice!

—¡Vale, vale! —La aludida se pone en pie junto a su marido y sigue el mismo ritual anterior.

Ay, ay, ay, que me lo veo venir...

—Lo que más me gusta de Edward —anuncia Alice— es su optimismo. Todo puede parecerme un asco y ahí aparecerá él, para decirme que todo se arreglará.

—Ohhh... —oímos de nuevo.

—Y lo que más adoro de Alice —interviene su marido— es su gran corazón. Porque va de dura, con su pelo naranja y sus ropas de cuero, pero los que la conocemos sabemos lo que se preocupa por los demás.

De nuevo, un tórrido beso es aplaudido por todos.

—¿No te dije que vendría lo peor? —me susurra James antes de oír lo que espero. Creo que hacía mucho tiempo que no me sudaban las manos y me temblaban tanto las piernas. Jamás me ha gustado hablar en público, y si, para colmo, es para promulgar mi amor por James... Casi le suplico a mi cuerpo que, por favor, se maree o algo parecido para librarme... pero no, aquí estoy, poniéndome en pie junto a James. Decenas de pares de ojos nos miran y siento que la palidez cubre mi rostro—. Tranquila —me vuelve a susurrar. Ha envuelto mi mano con la suya y, poco a poco, parezco relajarme.

—¡James, James, James! —corea la gente—. ¡Que se besen, que se besen!

Es su turno.

—Lo que más me gusta de Patty...

Puede haber doscientas personas a mi alrededor, pero ahora mismo han desaparecido, todos y cada uno de ellos, porque sólo soy capaz de ver las motas verdes que danzan en los ojos castaños de James.

—Sería imposible para mí decir una sola cosa —prosigue. Sigo centrada en su boca y en sus ojos, que me miran con algo parecido a la adoración—. Me gusta todo de ella, y no me refiero a lo que todos veis y es tan evidente, sino a lo que alberga en su interior y de lo que ni siquiera ella es consciente. Es tan hermosa por dentro como por fuera, y desde que la conocí decidí que quería ser el destinatario de parte de ese amor que atesora y que sólo unos pocos han podido disfrutar.

—Oh, por favorrrr —murmura la gente.

¿Por qué me hace esto? Si lo que dice forma parte de un paripé... duele, duele muchísimo, porque parece demasiado real. Y si, por el contrario, es verdad, todavía duele más, porque no puede haber nada más triste que dos personas que se amen y no puedan estar juntas.

Tan abrumada me siento que una lágrima se ha derramado por mi mejilla. James desliza la yema de su dedo sobre mi rostro para limpiarla y me alienta a seguir, pues los invitados todavía se mantienen en silencio, deseosos y expectantes por escucharme. Me centro de nuevo en sus ojos para volver a sentir que únicamente existimos él y yo.

—Pues yo sí tengo claro qué es lo que más me gusta de James —comienzo a decir, más tranquila de lo que esperaba—, y es su sonrisa. Puede parecer algo trivial, pero no es así. La primera vez que me sonrió supe que lo amaba, y, cada vez que vuelve a sonreírme, lo amo un poco más. Y siento que con una sonrisa es capaz de decirme sin palabras cuánto me quiere él también, porque nunca he visto algo más hermoso que tu sonrisa, James.

—¡Oh, joder! —exclama Alice—. ¡Me habéis hecho llorar, capullos!

A continuación, de nuevo rodeados de vítores y suspiros varios, James toma mi rostro entre sus manos y me besa. Dios, cuánta dulzura en su beso. Ni siquiera él mismo me ha besado nunca como ahora, sencillamente, deslizando sus labios sobre mis labios, exhalando su tibio aliento en oleadas sobre mi boca. Después, apoya su frente sobre la mía y emite un hondo suspiro.

—Te quiero, Patty —susurra—. Aunque tú no sientas lo mismo, aunque vuelvas a marcharte y a destrozarme. No puedo evitarlo. Te quiero desde la primera vez que hicimos el amor.

—No me hagas esto, James, por favor. —Le hablo al oído porque él me ha envuelto entre sus brazos—. Sabes que no puede ser, que es imposible...

—Nada es imposible —murmura.

—Lo nuestro, sí —sentencio antes de que alguien lo arranque de mis brazos y se lo lleve para seguir con la celebración.

* * *

La imagen que ahora mismo proyecta James no puede estar más alejada de los mágicos momentos que compartimos hace tan sólo unas horas. En este instante, él, junto a todo un ejército de familiares y amigos entre los que se encuentra Scott, canturrea y bebe como un cosaco mientras ríe con un enorme puro en la boca. La mayoría de los presentes lo utilizan como blanco de sus bromas, pues, después de nuestras elocuentes declaraciones, lo suponen el próximo en abandonar la soltería.

Yo, mientras tanto, río y bailo junto a Alice, Grace y un montón de familiares más, hasta que, con los pies destrozados, decido sentarme un rato. No hay nadie en la mesa que elijo... hasta que percibo compañía.

—Muy romántica, vuestra declaración —me suelta Heather con su voz melosa—. ¿Quién de los dos decía la verdad?

—¿Qué quieres, Heather? —inquiero—. Porque, si buscas conversación, te advierto que no me apetece, y menos contigo.

—A mí tampoco me apetece. —De repente, cambia el tono empalagoso de su voz por otro mucho más hostil—. Porque no me gusta hablar con mentirosas.

—No sé de qué me hablas.

—Oh, vamos, querida, deja de parecer una mosquita muerta. Has podido engatusar a James y a toda esta gente, pero, a mí, no. He averiguado que eres más pobre que una rata y que vives en un barrio obrero de Barcelona.

Mientras sólo averigüe eso...

—¿Y? —le pregunto.

—Oh, que no he hecho más que empezar a indagar. Dame tiempo y sabré algo más de ti. Desde el principio me diste la impresión de esconder algo... y pienso descubrirlo.

—Mira, Heather —me giro hacia ella intentando soportar las ganas de estamparle en la cara el resto de tarta que tengo ante mí—: Me importa una mierda lo que averigües de mí. Yo que tú me preocuparía de hacerle mucho la pelota a Alice y a James para que no decidan, en cualquier momento, compartir ese vídeo con todo el mundo.

—No importará cuando se sepa que voy a casarme con el marqués de Ravenwood —responde tiesa como un palo.

—Pues que te aproveche. Todo para ti. Sois tal para cual.

—No seas tan soberbia, querida. Puede que tú tengas más cosas que esconder que yo.

—Estoy cansada de esta discusión —le digo—. ¿Qué te pasa conmigo? James no te interesa y acabo de saber que tú a él tampoco. ¿Por qué tanto rencor hacia mi persona? ¿Qué coño te he hecho?

—Nada —responde con desdén—, ése es el problema, que pareces perfecta. Eres alta, guapa, elegante, amable, culta... El papel que desempeñaba yo hasta ahora. Las mujeres te envidian, los hombres te desean... Incluso pusiste cachondo a mi futuro prometido.

—No me digas que me tienes celos o envidia —me sorprendo.

—Tal vez... si hubieses sido de verdad. Pero no eres real, querida. No sé si eres algún tipo de chica de alquiler o algo parecido, me importa un bledo. Supongo que desaparecerás en cualquier momento, ¿no es cierto?

—Sí —sonrío con desprecio—, puedes estar tranquila.

—Pues a ver si te largas pronto —me espeta mientras se pone en pie—. Deja de embaucar a toda esta gente y vuelve a tus setenta metros cuadrados. Olvídate de James, de su familia, de su dinero y de esta vida que no es para ti.

Contemplo cómo desaparece entre la gente, obsequiándome en el último momento con una de sus falsas sonrisas. Suspiro profundamente. Puede que se haya merecido un buen puñetazo y unos cuantos insultos, pero reconozco que tiene razón. No sé qué hago aquí, con una familia maravillosa y con un hombre que no merezco. Necesito volver a mi vida y a mi realidad; a la agencia, a Elisa, a centrarme en seguir ganando dinero, que para eso he aguantado tanta mierda. James no es para mí, me recuerdo por si alguna vez he llegado a contemplar esa efímera posibilidad.

Me sobresalto cuando la joven del pelo naranja se abalanza sobre mí.

—¡Ven, Patty! —me grita, eufórica—. ¡Antes de irse, Grace ha de lanzar el ramo sobre las mujeres solteras! ¡Vamos, reúnete con las demás!

Arrastrada por ella, me coloco en el círculo de chicas que esperan ansiosas delante de la novia. Entre ellas, a mi lado, se encuentra Heather, que me mira con una sonrisa socarrona, segura de que el ramo caerá a sus manos desde las de su hermana. Ya me parece verla, exultante, rodeada de gente que alaba su suerte. Puede que sea lo normal, que el ramo de novia de su hermana sea para ella, pero estoy convencida de que lo que ella busca es la notoriedad. Yo se la he arrebatado durante unos días y no lo ha soportado... sobre todo porque James la sustituyó por mí y parecía feliz. Debió de creer que seguiría amargado toda su vida por ella.

Por fin, la recién casada se pone de espaldas, lanza su ramo y...

La escena parece rodada a cámara lenta. El ramo forma una parábola perfecta en el aire en dirección a la pelirroja, pero, entonces, aparece en escena Alice, que le asesta un fuerte empujón, con lo que consigue que trastabillear hacia un lado y el ramo caiga directamente en mis manos.

—¡Sí! —grita la hermana de James en medio del jolgorio—. ¡Serás la próxima! ¡Voy a buscar a Jamie y os haré una foto para inmortalizar el momento!

—No, Alice, no es necesario...

Pero mis palabras se pierden entre la música y la algarabía del salón. La pobre Grace me mira sin saber qué decir, y Heather viene directa hacia mí. Creo que le sale humo por la nariz.

—¿Se puede saber qué haces?! —grita—. ¡Ese ramo era para mí!

Por favor... A veces creo que esta chica tiene una edad mental inferior a los veinticinco años que tiene. Es una pija con más apariencia que dinero pero que no ha dado un palo al agua en su vida y que se cree que todos han de bailar al son que ella toca.

—Por favor, Heather —la reprende su hermana—, no seas cría.

—¡Ha sido Alice, que me ha empujado adrede!

—Patty también tiene derecho al ramo —insiste—. Es la novia de James, el hermano de mi marido, aquel al que dejaste por un capricho de niña consentida. Te quiero, Heather, pero me alegro de que James haya rehecho su vida con una mujer mucho más sensata.

—¡Oh, por favor! —se mofa la hermana—. ¡¿Mujer sensata?! ¡¿Qué te ocurre, Grace?! ¡¿También tú vas a caer rendida a los pies de esta hipócrita?!

—Basta ya, Heather. Estás haciendo el ridículo. —James aparece de repente al haber divisado el alboroto desde donde se encontraba, al otro lado del salón.

—James, cielo —lo intenta engatusar su ex—, puede que yo no sea la chica que necesitas, pero ella tampoco. Tu querida Patty es un maldito fraude...

—Vete a casa, Heather, antes de que te diga algo de lo que pueda arrepentirme.

La pelirroja eleva el mentón, nos mira con toda la inquina del mundo y desaparece entre la multitud ondeando su exquisito vestido azul y su brillante melena cobriza.

James me mira y sonrío al verme plantada en mitad del salón con un ramo de novia entre las manos. Su aspecto vuelve a ser desaliñado, como el de la noche anterior, sin chaqueta, sin chaleco, la camisa medio desabrochada y un puro maloliente en la boca.

—¿Te apetece una copa? —me pregunta.

—Más que nunca. —Sonrío también.

Y ambos decidimos que es mejor beber que abordar ningún tema que sería demasiado serio a estas horas de la noche... como el poco tiempo que nos queda juntos.

Capítulo 20

Ya a altas horas de la madrugada, James y yo avanzamos por el empedrado camino que separa las dos mansiones. A ambos parece habernos afectado la bebida, así que no vamos, precisamente, en línea recta. En cierto momento, uno de mis tacones se clava entre dos piedras, por lo que el zapato queda incrustado en el suelo y me lo dejo atrás.

—Mierda —mascullo entre risas mientras lo arranco del suelo. Del tirón que pego casi me caigo de culo y, aunque he conseguido evitarlo, no logro impedir que se parta el tacón—. ¡Con la pasta que cuestan! —exclamo, todavía riendo. A continuación, me desprendo también del otro—. Será mejor que ande descalza si no quiero partirme un tobillo.

—Te clavarás algo en la planta del pie —me advierte James.

—Me importa un comino —le respondo mientras sigo caminando con los zapatos en una mano y el ramo de novia en la otra—. Además, creo que, a estas alturas, mis pies deben de estar ya como anestesiados. Si me clavo algo, ni me enteraré.

Como no podía ser de otra forma, en cuanto doy el primer paso, un dolor lacerante me penetra a través de la planta del pie, proveniente de algo afilado que no puedo ver en mitad de la oscuridad.

—¡Joder! —chillo en el momento en el que se me dobla una de las rodillas—. Ya me he clavado algo.

—Te lo estoy diciendo —me recalca con retintín—. Espera, deja que te ayude.

Antes de que pueda darme cuenta, James se inclina y me coge en brazos.

—¡¿Qué haces?! —le grito.

—Ayudarte a llegar antes de que te lesiones —responde entre risas.

—Tú tampoco vas muy sobrio. —Sonrío—. Como tropieces, nos caeremos los dos al suelo.

—Pues me volveré a levantar contigo. —Ha parado un instante y me dice la frase mientras me mira intensamente—. Todas las veces que haga falta.

Una emoción inesperada me estrangula la garganta, por lo que lo único que puedo hacer es apoyar la cabeza en su hombro y dejar que me lleve... y ya no hablamos nada más hasta que el mayordomo nos abre la puerta. Debe de haberse quedado a cuadros, porque ha abierto mucho los ojos cuando nos ha visto aparecer de esta guisa: James conmigo en brazos y yo cargando con unos zapatos rotos y un ramo de novia... como harían dos recién casados.

¿Cómo sería estar casada con él? La mente es libre para poder imaginar. Bueno, la mía, no. Yo no dispongo de esa posibilidad.

—Buenas noches, señor Compton —saluda el hombre—. Buenas noches, señorita.

—Buenas noches, William —le corresponde James, tan tranquilo.

—Puedes dejarme ya en el suelo —le susurro, divertida—. No creo que vaya a clavarme una piedra en este suelo tan perfectamente limpio.

Me hace caso y me deja caer, provocando que mi cuerpo se deslice contra el suyo hasta acabar poniendo los pies en el suelo.

—Gracias —vuelvo a susurrarle mientras no dejamos de mirarnos. Él me coge de la mano para dirigirnos a la habitación y, ante mi perplejidad, me hace un gesto para señalar al mayordomo.

—Ya sabes —comenta—, por si el servicio cuchichea. —Y me lanza su irresistible sonrisa.

En cuanto nos encontramos en el interior del dormitorio, todas las risas y la camaradería anteriores parecen evaporarse como una niebla matutina.

—Descansa, Patty —me dice—. Es muy tarde y mañana no podemos levantarnos demasiado a deshora para poder despedir a Michael y Grace. Lo haremos yendo toda la familia a tomar un almuerzo tipo pícnic en el prado junto al arroyo. Otra de nuestras ancestrales tradiciones muy inglesas. —Tuerce su hermosa boca en una adorable mueca y se da la vuelta para irse.

—Espera, James —interrumpo su marcha.

—¿Qué ocurre? —me pregunta al tiempo que vuelve a mirarme.

Pero las palabras que quería pronunciar se quedan un instante atrapadas en mi boca, porque en su expresión al mirarme he podido atisbar tanto anhelo que a punto he estado de lanzarme a sus brazos.

De todos modos, consigo hacerle la pregunta que lleva martilleando mi cerebro hace demasiado rato.

—¿Es cierto lo que me dijiste antes del beso?

Me mira fijamente durante largos segundos. Creo que tiene una pelea interna demasiado cruda.

—Formó parte del papel —me responde, al fin—. Había demasiado público delante.

—No lo creo, James —le rebato—. En ese momento no te escuchaba nadie. Sólo yo.

—¿Qué quieres de mí, Patty? —me plantea con un deje de desaliento.

—Que te quedes conmigo esta noche —le ruego—. No te vayas, James, por favor.

—Patty... —Cierra los ojos como si le hiciese daño escucharme—. Patricia no me interesa. Sólo Patty.

—Esa misma es quien te lo pide —insisto—, Patty, no Patricia. Quiero ser, por una noche más, aquella mujer que conociste en la isla y que se dejó guiar únicamente por su corazón.

—Ése es el problema —replica—, que no voy a conformarme con una noche.

—Por favor, James —vuelvo a suplicarle.

—Lo siento —me contesta tras un hondo suspiro—. Hasta mañana, Patty.

Compruebo, desesperada, cómo aferra la manija de la puerta, dispuesto a marcharse. No entiende que esta noche lo necesito a mi lado, antes de volver a marcharme y despedirme de él

para siempre. Inspiro con fuerza, antes de que abra, y lanzo unas palabras que jamás le he dicho a un hombre en toda mi vida.

—Yo también te quiero, James.

Al menos he logrado que detenga su mano en el aire y permanezca aún en la habitación, aunque todavía me esté dando la espalda, situación que cambia tan sólo un segundo después. Se coloca frente a mí y me mira, simplemente, esperando que lo que ha salido de mi boca haya sido una alucinación.

—Sí —reitero—, has oído bien. Te quiero. Me enamoré de ti en la isla y, cuando me fui, me dejé el corazón en aquella playa, junto a ti y tu máscara de *snorkel*.

James sigue sin decir nada y vuelve a cerrar los ojos. Su respiración se acelera y su pecho es lo único que se mueve en su estático cuerpo.

—No imaginaba que pudiese pasar algo así —continúo—, pero no pude evitarlo. Por ello, precisamente, no me quedó otro remedio que desaparecer, en cuanto me dijiste que querías seguir con lo nuestro, invitarme a la boda de tu hermano, presentarme a tu familia... Sonaba demasiado hermoso para ser para mí. Por una vez, lamenté no haber dado con un imbécil que se aprovechase de las mujeres. —Río con desgana—. Pero yo no puedo tener esa clase de vida, James. Una vida con amor está vetada para mí.

James salva el paso que nos separa y se lanza sobre mí para tomarme de la cintura y pegarme a su cuerpo, aunque no me abraza ni me besa. Saca un pañuelo de su chaleco y lo desliza sobre mi rostro. Ni me había dado cuenta de que estaba llorando.

—Es un sacrilegio ver estos ojos llenos de lágrimas —susurra mientras sigue deslizando la tela. Una vez termina de enjugar la humedad, pasea su mirada sobre la totalidad de mi rostro, de mis ojos a mi boca y viceversa—. Eres la criatura más hermosa que he visto jamás —murmura—, pero he llegado a la convicción de que lo realmente bello duele, Patty. Tú dueles. Dueles tanto que me da miedo.

—No deseo hacerte daño, James —susurro.

—Ya me lo hiciste —suspira al tiempo que deja caer su frente en la mía—. Más de una vez.

—Lo siento —me lamento.

Y es cuando aprovecho para rodear su cuello con mis brazos y buscar su boca. En un principio parece reticente a claudicar, pero, en cuanto logro abrir sus labios con mi lengua, acepta mi beso de forma desesperada. Más que besar, posee mi boca, con un ímpetu que nos hace jadear a los dos.

—Así, James —gimo mientras me deshago de su chaleco y su camisa—. Bésame fuerte, sin temor a hacerme daño. Más fuerte...

Con movimientos acelerados y casi descoordinados, ambos nos deshacemos de las ropas del otro, tirando de telas, botones, lazos y cremalleras. Cuando estamos desnudos, nos dejamos caer sobre la cama en un barullo de brazos y piernas que se confunden, haciendo imposible determinar dónde empieza un cuerpo y dónde acaba el otro.

Y, mientras nuestros cuerpos se entremezclan, nosotros nos besamos. Nos besamos tanto que sólo podemos respirar el aire de nuestras bocas. Ni siquiera llegamos a despegar nuestros labios mientras James alarga el brazo, trajina en su mesilla y saca un preservativo. Tampoco nos separamos mientras abre mis piernas y se introduce en mi interior. Únicamente cuando lo siento totalmente dentro de mí, emito un suspiro que consigue que separemos nuestros rostros lo suficiente como para poder mirarnos a los ojos.

—¿Qué me has hecho, Patty? —gime mientras mueve sus caderas—. ¿Qué me has hecho que estoy dispuesto a conformarme con lo que quieras darme, con tus migajas...?

—¡James!

Únicamente un grito surge de mi garganta cuando el placer se apodera de mi cuerpo. Un par de acometidas después, es él quien grita, pues no hemos necesitado más preámbulos o caricias. Nos necesitábamos tanto que, con unos pocos minutos acoplando nuestras caderas, hemos tenido suficiente para alcanzar el clímax.

Después no hablamos. Suplico mentalmente que James no se marche y se quede a dormir conmigo. Por una vez, mis súplicas son escuchadas y suspiro de alivio cuando percibo cómo tira de las mantas y nos tapa a ambos antes de abrazarse a mi espalda y quedarnos dormidos.

* * *

Corro por una calle oscura y, de pronto, me encuentro con una escalera que baja hasta la siguiente calle. Me asomo y siento miedo, pues sólo veo oscuridad. Todo a mi alrededor es negrura. Miro hacia atrás, pero creo que alguien me persigue, así que decido empezar a bajar los escalones, aunque debe de haber como un metro entre uno y otro... Comienzo a descenderlos, intentando sujetarme a una barandilla que parece que se mueve y amenaza con desprenderse. Y tengo miedo, mucho miedo. La oscuridad me espera y lo mismo me precede. Sólo oigo mi propia respiración y el pánico, que late tan fuerte en mi cabeza y en mi pecho que pronto tendré dificultad para respirar. Aun así, llego al siguiente nivel, donde encuentro otra calle oscura en la que no puedo correr, puesto que hay toda clase de obstáculos que me impiden avanzar. Tengo que saltar, subir, bajar, huir... De repente, más escaleras que descenden. Y esta vez sí veo el final, pero no es oscuridad, sino el vacío. Si sigo adelante, caeré; si me detengo, me atraparé... Sólo cuando un frío abrazo me engulle soy capaz de volver.

* * *

Me he despertado de golpe en mitad de un jadeo. Otra vez esa maldita pesadilla, en la que todo está oscuro, donde para avanzar he de sortear toda clase de alturas y desniveles. Sigo algo desorientada cuando me incorporo en la cama y miro a mi alrededor. A mi lado, James duerme

plácidamente, boca arriba, con una mano sobre el pecho y la otra en la almohada. El alivio que siento casi me aturde.

Soy consciente, en este momento, de la intensidad de la luz que entra por la ventana a pesar de las espesas cortinas que la cubren. Alargo el brazo para coger el móvil de la mesilla y echarle un vistazo para ver la hora. Uf, las diez de la mañana. Con lo temprano que lo hacen todo estos ingleses, ya mismo nos llaman para comer.

Me giro hacia el hombre que duerme a mi lado para que despierte, pero, en un último instante, cambio de opinión. Me da pena interrumpir el sueño dulce que parece envolverlo. Coloco mi mano sobre su pecho y dejo que el movimiento de su respiración acaricie mi palma. Al mismo tiempo observo sus facciones, tan masculinas y perfectas que siento un pellizco en el corazón. Inundada de la emoción que me provoca el mero hecho de mirarlo, me inclino para acercarme y depositar mis labios sobre los suyos, suaves y llenos. En ese mismo instante, James abre los ojos, rodea mi espalda con sus manos y rueda sobre la cama para colocarme debajo de él. Y, con su peso sobre mi cuerpo, me besa, con un beso tierno y erótico a la vez. Cuando nos hemos saboreado los dos a conciencia, separa su boca y me mira con su arrebatadora sonrisa.

—Buenos días, Patty.

—¡Estabas despierto, tramposo! —le grito—. ¡Me has asustado!

—¿No estás acostumbrada a que te despierten con besos? —me pregunta con diversión.

Aunque yo, precisamente, no me ría mucho. Se me hace un nudo en el estómago al pensar que no sólo no tengo a nadie que me bese al despertar, sino que quien lo acaba de hacer no volverá a hacerlo nunca. Sin embargo, trato de despejar la tristeza y le sonrío.

—Además —añade—, me estabas espiando, como aquel día en la isla, acechándome tras los árboles para disfrutar de la visión de mi torso desnudo.

—¡Otra vez con lo mismo! —exclamo—. ¡Yo no te estaba espiando! ¡Fuiste tú el que, el primer día, se me acercó cuando estaba tomando el sol desnuda con la excusa de que me estaba quemando!

—Lo admito. —Compone una mueca—. Tu culito expuesto al sol, hummm... una delicia para la vista. Fue una idea brillante lo de acercarme con la excusa de las marcas rojas de tu piel.

—Serás...

Con un enérgico movimiento, lo hago rodar para colocarme encima y acorralarlo contra el colchón. Al situarme a horcajadas, casi emito un jadeo al sentir su ya grueso miembro entre mi sexo.

—Te gusté, admítelo —me pide mientras me agarra de las caderas y comienza a mover las suyas de forma lenta y ondulante—. No hiciste otra cosa que pasearte desnuda por todo el complejo y tropezarte conmigo. Me deseaste nada más mirarme.

—Capullo —gimo cuando su fricción se hace más y más insistente.

James aparta las mantas para observar mejor nuestros cuerpos desnudos. Cierro los ojos y exhalo un fuerte jadeo cuando yo misma acelero mis movimientos. Mi sexo contra su sexo me

envía ramalazos de placer y siento la proximidad del clímax.

—Abre la mesilla —me pide James.

Entiendo que me está pidiendo un preservativo. Alargo el brazo, abro el cajón y extraigo uno de los sobres. Yo misma se lo enfundo antes de que él tome su miembro con una mano, lo dirija a mi entrada y me penetre en medio del intenso gemido de ambos.

—Dios —gruñe—, qué delicia.

Una maravillosa y sublime delicia, hacer el amor nada más despertar. Algo que no volverá a ocurrir con James. Pero ahora no quiero pensar en despedidas o en mi vida sin amor. Esto acaba aquí y ahora, pero, al menos, me sentiré privilegiada por haber tenido la oportunidad de haber conocido el amor y la pasión. Los recuerdos me ayudarán a seguir adelante.

Como suele suceder entre nosotros, en apenas unos instantes alcanzamos el clímax. El fuego que me inunda por dentro hace posible que los espasmos de placer se alarguen y no desaparezcan hasta que, agotada, caigo sobre el pecho de mi amante.

No me da tiempo ni a recuperar el aliento cuando unos fuertes golpes en la puerta nos sobresaltan, acompañados de los gritos de Alice.

—¡Venga, dormilones! ¡Todo el mundo está ya en pie menos vosotros!

—¡Largo, Alice! —grita su hermano—. ¡Marchaos y ya llegaremos nosotros!

—¡Pero no tardéis! —chilla ella antes de dejar la estela de sus pasos por el pasillo.

—Ha ido de un pelo. —Río, apoyada sobre el tórax masculino.

—Esta chica tiene el don de la oportunidad —gruñe James—. Será mejor que nos movamos —añade con una mueca—. Necesitamos una ducha.

—Sí. —Tuerzo la boca—. Creo que estamos bastante pegajosos.

Aunque de forma rápida y eficiente, nos duchamos juntos para adelantar tiempo. Al salir, veo a James abrir el armario y elegir un atuendo más informal que de costumbre, compuesto por unos vaqueros y un jersey marrón.

—Hace buen día —me dice mientras se viste; todo un espectáculo ver cómo va añadiendo prendas a su cuerpo desnudo—, pero todavía hace fresco en esta época. Ah, y puedes ponerte ropa cómoda, ya que nos sentaremos en el suelo.

Me decanto también por unos vaqueros, un jersey color violeta y unas botas de suela gruesa. Me hace ilusión volver a ver nuestro lado menos formal, sin tacones o corbatas, aunque sí procuro maquillarme para quitarle algo de palidez a mi rostro.

Salimos de la mansión y comprobamos que ya no queda nadie, por lo que caminamos hasta el prado donde tiene lugar la comida. Mientras llegamos, elevo el rostro al cielo y dejo que me acaricien la fresca brisa y los tibios rayos de sol. Y, como suele hacer cuando previene la proximidad de su familia, James coge mi mano, aunque esta vez me parece sentir la suya mucho más fuerte y caliente. Sus dedos están entrelazados entre los míos y me hace sentir su cercanía hasta en lo más profundo de mis huesos.

—¡Ya era hora! —grita Alice—. ¡Vamos, sentaos o nos lo acabaremos todo!

A la imagen que se nos muestra sólo le faltarían unos tirabuzones y unos cuantos paraguas de encaje para parecerme una escena bucólica pintada por Goya, con el verde prado, el bosque que nos rodea, el cielo azul, los coloridos manteles sobre el suelo cubiertos de cestas de comida, los adultos sentados, los niños corriendo o jugando al fútbol...

—¡Aquí, James! —nos reclama lady Margaret.

Los recién casados se han colocado en el centro, de manera que el resto pueda rodearlos. Con cuidado de no pisar a nadie, James y yo nos acercamos a su madre y su hermana y nos sentamos junto a ellas.

—Qué bonita costumbre —le comento a lady Margaret—. Me parece todo tan... colorido y festivo...

—Sí, querida —me responde la mujer mientras me ofrece un vaso, un plato y cubiertos, que he de sujetar entre las manos—. Según la tradición en mi familia, los antiguos condes recién casados debían reponerse después de su noche de bodas, por lo que los familiares y vecinos del pueblo los agasajaban trayendo cada uno algo de comida o bebida. Y así hemos seguido, aunque nos limitemos a la visita de la familia.

—Ya es bastante. —Río mientras señalo la cantidad de gente que nos acompaña y el jolgorio de los niños y adolescentes que corretean a nuestro alrededor.

—Y eso que la mayoría de ellos ya se han marchado —me susurra Alice con un gesto, señalando al resto, donde no puede verse a cierta pelirroja por ninguna parte.

Nadie imagina el alivio que siento.

—James, querido —se dirige lady Margaret a su hijo—, ¿quieres más carne, puré o patatas? ¿Empanada o salchichas...?

—No, gracias, madre —le agradece él—. Ya me has puesto como para alimentar a media familia.

Después, la mujer me mira a mí.

—No, por favor. —Río—. Todo está buenísimo, pero desde que llegué aquí no he hecho otra cosa que comer.

—Es que a vosotros también os hace falta reponeros —interviene Edward, el marido de Alice, con un guiño.

—Eso, eso —clama el conde—, que lo de la noche de bodas únicamente de los recién casados ha quedado bastante obsoleto.

—Calla, lord Lindsey —bromea James—. Hoy es tu día, así que deja de compartir el protagonismo.

—Espero que vosotros seáis los siguientes —tercia la madre—. Te veo feliz, hijo, junto a tu joven española, y no sabes lo feliz que me haces a mí. Pero, por favor —compone un divertido mohín—, dejad que me reponga de esta boda para organizar la siguiente.

James ríe, me mira y yo hago lo mismo. Un suave aleteo cosquillea en mi vientre al imaginarme siendo yo la protagonista de la reunión, casada con él. Suspiro mentalmente. Por muy a gusto que

me encuentre con la familia Compton, necesito empezar a pensar en la realidad que me espera.

Y esa realidad nunca me había parecido tan triste.

—¿Qué te parece —me dice James al tiempo que suelta su plato sobre el mantel y se echa a la boca el último sorbo de vino— si tú y yo nos vamos a dar una vuelta?

—Me encantaría —le respondo mientras hago lo mismo y me pongo en pie.

—Pero ¡todavía falta el postre! —exclama su madre—. ¡Tenemos tarta de zanahoria, *pudding*, *scones*...!

—Déjalos, madre —oímos decir a Alice mientras nos despedimos de Michael y Grace, que hoy mismo se marchan de luna de miel a España—. Ya tendrán tiempo de estar con la familia. Ahora deben estar solos.

Pero es el tiempo, precisamente, lo que se nos acaba.

* * *

—¿Por qué esas prisas en abandonar el pícnic? —le pregunto a James mientras conduce su Jaguar a través de una estrecha carretera cubierta de árboles.

—Porque a donde me dirijo está a una hora en coche y no quiero que se nos haga tarde.

—¿A una hora?

—Quería enseñarte algo antes de que te marcharas. —Se encoge de hombros—. Supongo que ya conocías Londres de otras... visitas, pero dudo que hayas estado en pequeños pueblos de la campiña, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas. —Sonríe—. ¿Me vas a llevar de excursión? —pregunto, divertida.

—Algo así. —Sonríe también—. ¿Sabías que tenemos por aquí los pueblos más bonitos de Inglaterra? Pueblos donde se han rodado películas como *Harry Potter*, *Sleepy Hollow* o *Sentido y sensibilidad*...

—¿Me vas a llevar a uno de éstos? —indago, excitada como una niña pequeña.

—Bueno, no exactamente.

—Explícate.

—La mayoría de esos pueblos están lejos para ir ahora mismo. Aun así, hemos de llegar al condado de Gloucestershire para que veas lo que quiero enseñarte.

Me tomo el pequeño viaje como una verdadera excursión, mirando por la ventanilla los paisajes y los preciosos pueblos que vamos dejando atrás. James parece contagiarse de mi estado de euforia y conecta la música del coche, donde suena en estos momentos *Señorita*, de Shawn Mendes y Camila Cabello. Ambos la tarareamos al unísono y vuelvo a reírme de risa cuando él pronuncia «señorrita» de forma muy inglesa.

De reojo, contemplo cómo James me mira a la vez que canta conmigo. Parecemos dos niños felices que no tienen nada de que preocuparse.

Por fin, el coche se desvía por un camino aún más estrecho bordeado de árboles y paramos en

un recodo en cuanto aparecen las primeras casas de la aldea. Durante unos instantes me quedo pasmada. Después de pasar por varios pueblos preciosos, pintorescos y con turistas que paseaban por sus calles, éste me parece mucho más pequeño, antiguo y silencioso... y todo ello lo hace especial.

—¿Decepcionada? —me pregunta James mientras me abre la puerta del vehículo y me apeo.

—Claro que no —respondo con sinceridad mientras me empapo de lo que me rodea.

—Vengo aquí algunas veces —me cuenta. Creo que no se ha dado cuenta de que me ha cogido de la mano mientras recorremos la primera calle que encontramos—. Cuando necesito tranquilidad, huir del estrés, pensar o, simplemente, estar solo, me desplazo hasta aquí y me limito a pasear por las calles y saludar a los pocos habitantes que viven aquí.

—Es un lugar mágico —murmuro mientras continuamos caminando—. La típica aldea de cuento que parece anclada en la Edad Media. Ahora mismo me siento parte de un mundo paralelo donde viven gnomos y diversas criaturas de fantasía.

—A algunas de ellas las llaman aldeas *hobbit* —me explica.

Hemos atravesado un minúsculo puente de piedra sobre un arroyo y avanzamos en paralelo a una línea de casas que parecen incrustadas unas en otras y formar parte del paisaje. Deben de tener varios siglos y están construidas en piedra, con inclinadísimos tejados y puertas y ventanas extrañamente pequeñas.

—Pega mucho que las llamen así. —Río.

Nos cruzamos con dos ancianos sentados en la puerta de sus casas y con una mujer que riega una maceta con primorosas flores.

—Buenas tardes, James —lo saludan con naturalidad.

—Buenas tardes —les corresponde él—, señor Kirby, señor Wescott, señora Chambers...

—¿No saben quién eres? —le pregunto cuando llegamos al final de la calle y sólo nos queda la opción de darnos media vuelta o trepar por las rocas que hay junto al río.

—¿Y quién soy? —pregunta a su vez. Parece que elige trepar por las piedras y llegar al otro lado, donde nos encontramos un bosquecillo que apenas deja filtrar los rayos del sol.

—Eres hijo y hermano de un conde —contesto mientras nos dejamos caer sobre una alfombra de flores silvestres—. Presidente del mayor conglomerado industrial de Inglaterra...

—¿Y qué importancia tiene eso? —me corta—. Vengo cuando me da la gana a invadir su tranquilidad y, aunque en un principio se limitaron a saludarme, después nos fuimos presentando. Les dije mi nombre y tuvieron bastante, sin importarles a qué me dedico o si vivo en un apartamento de lujo. A veces —suspira—, le damos más importancia a lo que representamos que a lo que somos.

—Tal vez...

Una ligera brisa sacude mi pelo y el flequillo de James, y entiendo perfectamente que de vez en cuando se escape a este lugar, donde se respira calma y un punto de magia, como si el tiempo aquí se hubiese detenido.

Jugueteo con varias briznas de hierba, con las que hago un pequeño ramillete que se me acaba desmoronando entre los dedos cuando oigo la pregunta de James.

—¿Por qué chica de compañía, Patty?

Ahora mismo, para mí, no es únicamente el tiempo el que se ha detenido en este lugar. Es como si, además, hubiese desaparecido el aire y no pudiésemos percibir los sonidos, los olores o el movimiento de las motas de polvo visibles entre los rayos de sol.

—¿De verdad me acabas de hacer esa pregunta? —le digo, todavía perpleja.

—No creo que sea tan difícil contestarla.

—Sí, James, es difícil. No es algo de lo que suela hablar con nadie. No entiendo que sea necesario.

—Sí que lo es, Patty. Es importante para mí, para poder entenderte, para poder comprender el motivo de que te dediques a algo así y, sobre todo, el motivo por el que voy a volver a perderte.

El desasosiego y la impotencia que me provocan sus palabras se transforman en ira. Entre mis manos, las briznas de hierba se acaban transformando en una masa informe debido a la fuerza con la que he cerrado los dedos a su alrededor.

—¿Entenderme?! —Incapaz de seguir tranquilamente sentada, me pongo en pie de un salto—. ¡Qué sabrás tú, honorable señor Compton! ¡El que tuvo de todo en su infancia! ¡El que cree que la falta de dinero es algo que se ve en las películas! ¡¿Qué sabrás tú?!

—¡No, no lo sé! —exclama mientras se pone igualmente en pie—. ¡Te estoy pidiendo que me lo expliques!

—¿Y cuánto me remonto, James? —le pregunto con causticidad—. ¿A cuando tenía doce años y era casi tan alta como ahora? La falta de recursos en mi casa me obligaba a repetir ropa año tras año, hasta que tanto las mangas de jerséis y chaquetas como las perneras de los pantalones se me quedaban cortas, mucho. Era lo último que le faltaba a mi cuerpo desgarrado para que se rieran de mí constantemente.

Mi mente retrocede casi veinte años en el tiempo y me transporta a aquellos solitarios días de colegio, sin amigas, sin juegos, sin risas...

—O tal vez —continúo— podría avanzar unos pocos años y regresar a la época del instituto, cuando las risas se convirtieron en burlas, acoso y desprecio y donde mis compañeros hicieron que me sintiera horrible y ridícula. Lo único que me importaba entonces eran los estudios, porque me encantaban y se me daban bien, con lo que acabé convirtiéndome en la marginada y me fueron aislando cada vez más. Y cuando tienes quince años y sientes que tienes al mundo en contra, únicamente te queda ponerte en contra de él.

Todavía siento dolor y rabia al evocar esos días, esos años. ¿Por qué tiene que haber esa clase de personas que, aun siendo todavía adolescentes, creen que pueden hacer daño de esa forma cruel y gratuita y salir impunes?

—Un día mi hermano llegó a casa con la cara ensangrentada —prosigo—. Mis padres lo obligaron a explicarse y acabó confesando que se había peleado porque unos chicos me habían

insultado... y que no era la primera vez, sino una de tantas. Aquel incidente hizo cambiar radicalmente muchas cosas en mi casa. Mi madre me prometió que aquello no volvería a ocurrir y, a pesar de que los ingresos en casa eran muy escasos, se las arregló para que mi hermano y yo vistiéramos con buenas ropas y calzado de marca, quitándose cosas básicas para ellos. Se dejaron la vida y la salud en aquella granja por nosotros, envejeciendo más de la cuenta, trabajando sin descanso, todo para que no nos faltase de nada y para que pudiésemos llegar a ir a la universidad. Aunque procuramos ayudar con trabajos eventuales, siempre mal pagados, no pudimos evitar que recayera en ellos la carga de tantos gastos. Fue, precisamente, al final de mis estudios, cuando mi padre sufrió el accidente, por el que tuvieron que cortarle una pierna.

James no me pregunta ni hace comentario alguno. Deja que siga. Y yo... ya no tengo otra alternativa que hacerlo.

—No quiero extenderme demasiado —me disculpo a mí misma—, pero te diré que mi padre no se pudo costear una buena prótesis, por lo que no pudo trabajar más, ya que apenas era capaz de andar. Con una mísera pensión de invalidez y con mi madre intentando llevar adelante la granja, se convirtieron en dos ancianos prematuros, y todo por nosotros. Mi hermano se marchó, desapareció del mapa, así que la responsabilidad recayó en mí solita. Tenía que trabajar en algo más que en dar unas pocas clases y servir mesas los fines de semana. Únicamente necesitaba dinero, James, eso que vosotros los ricos pensáis que crece en los árboles.

Ni siquiera cuando me dirijo a él me dice una palabra.

—Cuando más desesperada estaba, conocí a Tania, una de las directoras de la agencia. Me propuso algo con lo que ganar mucho dinero y el resto es historia. Pude ayudar a mis padres y evitar que enfermaran de cansancio y preocupación. Fin.

—Pero tú no trabajas para Tania —es lo primero que me dice—. Hablé con una tal Elisa.

—Y tú sabes por qué, ¿verdad, James? —le reprocho—. Pero quieres oírlo salir de mi boca: sí, James, desde el año pasado trabajo para Elisa, la directora de The Hot Affaire, porque, aunque ganaba suficiente dinero con Tania como para devolverle a mis padres lo que merecían, yo también tenía derecho a vivir mejor y a conseguir algo para mí misma. Y sí, trabajar para Elisa implica acostarse con hombres además de acompañarlos. ¿Y qué? ¿Quién podía juzgarme? ¿Mis amigos? Únicamente tengo a Sara y la he tenido a mi lado incondicionalmente. ¿Mi hermano? Menudo ejemplo, que nos dejó tirados a los tres; si se hubiese quedado y me hubiese ayudado, posiblemente no me habría hecho falta dedicarme a esto. ¿Mis padres? Serían los únicos que podrían censurarme, pero jamás imaginarían la clase de trabajo que tengo. Y el resto de los mortales puede irse al infierno.

—Yo, por ejemplo —murmura.

Creo que no esperaba mi crudo discurso.

—Sí, James —reitero con furia—, también puedes irte al infierno si te dedicas a criticar desde tu pedestal de oro.

—Entiendo toda tu historia, aunque no lo creas, Patty. Lo que no comprendo es qué motivo

tienes para seguir. Dudo que tus padres sigan necesitando tanto dinero.

—Siempre he sido consciente de que no podría seguir explotando mi apariencia física eternamente —le explico—, pero me he aprovechado de ella todo lo posible, exigiendo mucha pasta a los hombres. He ahorrado todo lo que he podido y, por fin, he podido comprar un pequeño pero precioso edificio que convertiré en hotel. Cada vez estoy más cerca de lograrlo, únicamente me quedan unos pocos clientes más después de ti y...

—Déjalo, Patty —me interrumpe su súplica—. No sigas en la agencia. No estés con más hombres. Yo seré tu último cliente.

—¿CÓ... cómo dices? —pregunto, totalmente desconcertada.

—Lo que has oído. —Se acerca a mí y posa su mano sobre mi mejilla—. Olvídate de ese mundo y quédate conmigo.

—¡No puedo! —exclamo al tiempo que me alejo un paso de él. Si me sigue acariciando, no podré centrarme en la realidad—. ¡Necesito dinero para poder tener algo mío!

—Conmigo no lo vas a necesitar, Patty. Tengo la vida resuelta, pero ¿de qué me sirve si no es para compartirla con alguien?

—¿Me estás diciendo que puedo quedarme contigo porque puedes mantenerme?

—Te estoy pidiendo que estemos juntos porque te quiero, Patty.

—¿Me quieres? —Lágrimas de ira se mezclan con risa de impotencia—. ¡Me quieres, claro! Y olvidarás mi pasado, nunca me recriminarás nada y no hará falta que engañes más a tu familia —ironizo—. No, James, me sé el cuento. Otros hombres me han ofrecido lo mismo, pero siempre supe que un día u otro se avergonzarían de mí.

—¿Eso crees? —Vuelve a adelantarse y me agarra de los brazos—, ¿que me avergonzaría de ti?

—Sí, eso creo.

—Pues estás muy equivocada, Patty. Me importa una mierda lo que hayas hecho antes de conocerme, yo tampoco he sido un santo. No me gusta mirar hacia atrás, sólo hacia delante, hacia un futuro que deseo compartir contigo. No sé qué me deparará ese futuro exactamente, pero sí sé que, si tú no estás en él, no merece la pena. Te necesito, cariño. Te necesito tanto que duele, aunque no tanto como pensar en perderte de nuevo.

—Basta, James —sollozo—. Tú no lo entiendes. Si ahora decido quedarme contigo, ¿de qué habrá servido tanto sacrificio? ¿Para qué tantos años de amargura y de soportar lo que he soportado, de sentirme una auténtica basura?

—Todo eso puede quedar atrás, Patty.

—No, James, sigues sin entenderlo. Quiero materializar el fruto de todo ese sacrificio, que cuando sea propietaria de mi hotel pueda pensar que fingir orgasmos durante tanto tiempo me sirvió de algo; que mis padres puedan, por fin, saber a qué me dedico sin temor a destrozarlos; que se sientan orgullosos de mí y que sepan que todo su sufrimiento ha tenido su recompensa. ¿De

qué serviría, entonces, toda su abnegación, si ahora únicamente pudiese decirles que he conocido a un rico aristócrata inglés que me va a solucionar la vida?

James suelta mis brazos y me mira intensamente durante unos instantes. Yo también lo miro e intento descifrar lo que me dicen esos iris marrones que han engullido las brillantes motas verdes que ahora no puedo ver. Y leo una mezcla de incredulidad e impotencia.

—Yo sólo sé que te quiero —suspira, y levanta los brazos y la vista hacia las copas de los árboles que nos cubren— y que tú también me quieres, Patty, no lo niegues.

—No, no lo niego, James. Te quiero, como nunca creí posible amar a un hombre.

—Pero no es suficiente —susurra, estático y frío.

—No, no lo es. Volveré a mi casa, seguiré trabajando en la agencia, acompañaré a los cinco tipos que me quedan en la lista, tendré mi hotel y olvidaré toda la mierda que he vivido.

—Y ya está —me recrimina—. No tengo una mísera posibilidad de hacerte cambiar de opinión porque llevas demasiados años cargando con rencor, por un lado, y con la deuda moral para con tus padres, por otro.

—Lo siento, James. —Me envaró—. Será mejor que te busques una chica de buena familia que sepa valorarte y, por supuesto, no podemos ser ni Heather ni yo.

—Y nosotros no volveremos a vernos, claro.

—Podremos olvidar y seguir adelante. Duele, pero se puede conseguir. Si te sirve de algo, te diré que he tenido momentos en los que he llegado a pensar que nada merecía la pena, que ya no me quedaba nada por lo que luchar... pero siempre he logrado reponerme.

—Por supuesto —replica, furioso—. Podremos continuar como si nada. Yo, con mi aristócrata novia, y tú, con tu preciado hotel, con el que limpiarás tu conciencia y crearás que todo lo has hecho por el bien de tus padres.

—Vete a la mierda, James. Si no te importa, tienes que llevarme a casa. Creo que nuestro acuerdo finalizaba al terminar la boda y tengo que marcharme esta misma noche.

—Sí, es cierto —comenta, mordaz—. Incluso me has regalado tu compañía del día de hoy. Cuando quieras haces números y me pasas la factura extra.

—Lo haré —espeto sin amilanarme.

Levanto la barbilla y me dirijo a las piedras que separan el bosquecillo del camino principal del pueblo. Caminamos con presteza hasta el coche, acompañados por un cielo cada vez más oscuro. Esta vez, la vuelta nada tiene que ver con la ida. No hablamos ni reímos ni ponemos música. Y yo prefiero no pensar. No quiero pensar, no quiero llorar, no quiero compadecerme de mí misma.

Ya está anocheciendo cuando paramos frente a la entrada de Devon House. Me apeo del coche, pero compruebo que James no lo hace.

—¿Tú no bajas? —le pregunto a través de la ventanilla.

—No —contesta—. Yo tengo que volver a Londres. Se me han acabado los días de celebraciones y Scott debe de estar saturado. Tienes tu equipaje preparado en el coche de

Thomas. Él te llevará al aeropuerto. Que tengas buen viaje, Patty. Envíame por *e-mail* la factura de la parte que quede por pagar. Tú o Elisa, me tiene sin cuidado.

Y, ante mí, el coche desaparece al fondo del camino empedrado.

* * *

Tal y como me ha informado James, el chófer ya me está esperando en un lateral de la casa, con el coche a punto y mi equipaje en su interior.

—Gracias, Thomas —le digo.

—De nada, señorita. Únicamente queda que suba a su habitación a recoger algunos objetos personales.

—Claro —respondo—. He dejado allí mi bolso con la documentación. Enseguida bajo.

La casa está extrañamente vacía. Después de la algarabía de los días previos a la boda, las altas paredes de esta mansión parecen más antiguas que nunca. Entro en mi dormitorio, cojo el bolso y me cercioro de que no quede nada, por lo que echo un último vistazo a la cama con dosel, las alfombras y los candelabros de plata sobre la cómoda. Con un último suspiro, bajo hasta el vestíbulo, donde tengo que frenar de golpe cuando me interrumpe la presencia de dos personas que no esperaba: Alice y Michael. Y mucho menos esperaba tener que dar unas explicaciones que ni siquiera nos hemos molestado en concretar James y yo.

—¿No te habías marchado de luna de miel? —me dirijo al conde. Más que nada para hacer tiempo y evitar que me pregunten sobre algo para lo que no tengo respuesta.

—Salimos en un par de horas —me contesta con un tono claramente taciturno.

—No te vayas, Patty —me suplica Alice, de pronto.

No puedo quedarme más perpleja con su petición, algo que corrobora el propio lord Lindsey.

—Lo mismo digo —se suma el hermano—. Quédate con nosotros.

—No sé qué os habrá contado James —suspiro—, pero lo nuestro no puede ser. Hemos discutido y...

—No importa lo que haya pasado entre vosotros —se desespera Alice—. Os queréis, lo habéis demostrado.

—Vosotros no lo entendéis —me tenso—. No soy la mujer más apropiada para vuestro hermano. Yo... no merezco que alguien como él me ame.

—No digas eso —solloza la chica.

—Sí, Alice, ésa es la verdad. No puedo deciros el motivo, pero...

—Lo sabemos todo, Patty —me interrumpe la mujer del pelo naranja.

—¿A... a qué te refieres?

Si James les ha contado alguna inverosímil historia, no tengo ni idea de cuál puede ser.

—Sabemos a qué te dedicas —interviene Michael—. Me refiero a qué te dedicas realmente.

—Sigo sin entender... —titubeo.

—Eres una chica de compañía —estalla Alice—, una *escort*. James nos lo contó todo cuando volvió de un viaje de negocios que hizo a Madrid.

Ahora sí que me he quedado sin palabras. Jamás en mi vida me había sentido más sucia y más poca cosa, y no porque me hayan descubierto, eso ya me ha pasado en otras ocasiones. Es por las personas que tengo delante, que pensaron que yo sería lo mejor para su hermano. Si tuviera a James aquí ahora mismo, juro que lo mataría. ¿Cómo se le ocurrió contarles algo así?

—Sé que ahora mismo estarás pensando mal de mi hermano —continúa la chica—, pero te equivocas. Nunca ha querido dejarte en mal lugar, sino todo lo contrario. Llegó un día, se reunió con nosotros y nos dijo que la chica de la que se había enamorado en la isla y que lo había abandonado trabajaba como acompañante de lujo... y no se nos ocurrió recriminarle nada. Únicamente nos ofrecimos a ayudarlo en lo que hiciese falta.

—Entonces, vosotros... ¿lo habéis sabido todo desde el principio?

—Por supuesto —contesta el conde—. Hasta el último detalle.

—Pero... ¿el contrato con la agencia? —murmuro—. Él me dijo en Madrid que me lo haría pagar, que me contrataría para vengarse. Me hizo creer que quería recuperar a Heather...

—Pero no te había contratado por eso —me interrumpe el hermano.

—No —balbuceo—. Él me dijo que era para... para...

—¿Para volver a verte, tal vez?

—Yo...

—¡Oh, por favor, Patty! —exclama Alice—. ¿En serio no lo ves? Ni venganza ni recuperar a su ex. Todo fue gestado y orquestado por nosotros tres. Se nos ocurrió que Jamie te contratara con el nombre de Michael para no levantar sospechas. Tú creerías a pies juntillas lo que él te dijera, pero lo único que quiso en todo momento fue tenerte aquí, con él. Quiso provocarte, tentarte, que creyeras que actuabas por trabajo cuando no era más que la representación de la propia realidad.

—Sabíamos —continúa el conde— que hacerte pasar por su novia implicaba estar juntos, besaros, compartir habitación, hablar de vuestra estancia en la isla, proclamar en público vuestros sentimientos... y que, al final, tú misma acabarías reconociendo que lo amas.

Cada vez me siento más confusa y perdida.

—Lamentamos —sigue Michael— todo el teatro que hayamos podido montar a tu alrededor, pero, créeme, lo hemos hecho con la mejor intención.

—No nos importa tu pasado, de verdad —insiste la hermana—. Sólo nos interesa saber que haces feliz a Jamie.

—Lo siento —les digo, todavía abrumada—, pero no entiendo tantas molestias por parte de todos.

—Porque queremos a nuestro hermano —explica Alice—. Y porque ha sido fácil quererte a ti también.

—Por favor... —Las lágrimas emborronan mi visión—. Os agradezco vuestras palabras y lo siento mucho por James, pero no puede ser, tenéis que entenderme. No soy la mujer indicada para

él. ¿Qué pasará si alguna vez me topo con algún antiguo cliente? ¿Y si llega a oídos de la gente o de la prensa o, sobre todo, de vuestra madre? Heather ya me ha sugerido que sospecha algo. No puedo avergonzaros de esa forma.

—¿De verdad crees que nos importa una mierda lo que diga o haga Heather? Además, después de conocerme a mí y a mi marido, has podido comprobar que no somos una familia aristocrática al uso. En cuanto a mi madre... ella sólo quiere lo mejor para Jamie. Te aseguro que, con la vida disipada que ha llevado a veces su hijo, esperaba que acabara con alguien peor que tú. Le encantas, Patty...

—Por favor, Alice, no insistas. —Ya no sé cómo parar la congoja que siento.

—¿Por qué no le das una oportunidad a lo vuestro? —Alice también está llorando, abrazada a la cintura de su hermano—. Sé que tú también lo quieres, Patty. Todas las palabras que pronunciaste en la fiesta y en la boda no tuviste que fingirlas, eran ciertas, y lo sabes.

—Mirad —les digo mientras intento absorber algo de humedad por la nariz—, os agradezco mucho vuestro interés y me conmueve lo que habéis hecho por vuestro hermano o lo que pensáis de mí, que es mucho más de lo que merezco, pero todo es mucho más complicado de lo que parece. De verdad que lo siento, yo... me siento fatal, pero no puedo hacer nada.

—No queremos hacértelo pasar mal —interviene de nuevo el conde—. Únicamente deseamos que estéis juntos, que seáis felices.

«Yo no puedo ser feliz, y mucho menos hacer feliz a nadie.»

—Lo siento —repito—. Tengo que irme, por favor... —imploro para poder dirigirme a la puerta y salir de la casa.

Una vez en el coche, le pido al chófer que se dé prisa, que no quiero perder el vuelo de vuelta a casa.

Capítulo 21

Sara

—Si pasara una temporada contigo, me harías aumentar varios kilos de peso —comento mientras devoro los pastelillos de hojaldre y crema que me ha ofrecido Jacob junto a una taza de té.

—Pat me comentó lo de tu «inclinación» por los dulces. —Ríe—. Cuando me dijiste que vendrías a verme, supuse que acertaría de lleno si te preparaba estos pastelillos especialidad de la casa.

—Podrías escribir un libro de recetas —le propongo mientras no dejo de masticar—, o colgar tus recetas en YouTube.

—No, gracias. —Sonríe—. Me gusta el anonimato.

Juro que, para mí, no hay hombre en el mundo más atractivo que mi marido y que lo quiero con locura, pero no puedo dejar de reconocer que, cuando Jacob sonrío y se le forma un hoyuelo en cada mejilla... uf, me hace hasta sudar.

—Cambiando de tema —continúa el chico de los músculos perfectos—, dijiste que vendrías para hablarme de algo importante sobre Pat.

—Sí, es verdad. —Sonrío después de dar un último sorbo al té—. ¿Has hablado con ella estos días?

—Sí. —Se encoge de hombros mientras acaricia a *Pantera*, que no se ha movido de su regazo desde que se ha sentado—. Conversamos muy a menudo.

—Sabrás que el cliente era James, el inglés del que está enamorada.

—Sí, también me lo contó. —Suspira—. Lo está pasando realmente mal, a pesar de que lo disimule de maravilla.

—De eso te quería hablar. Tú y yo sabemos perfectamente que, cada vez que sale de viaje con un cliente, se la nota triste, en cada llamada y en cada palabra. Cuando estuve viviendo con ella una temporada, pude comprobarlo, y eso que entonces trabajaba para Tania. Desde que está con Elisa, es algo más que tristeza.

—Tienes razón —corroborra—. Sin embargo, en esta ocasión, cuando hablaba conmigo, parecía que estuviese de turismo por Inglaterra.

—Exacto —sentencio—. Y lo mismo conmigo. Por eso sé que lo está pasando peor que nunca, porque se está tomando demasiadas molestias en disimular.

—¿Qué has pensado, Sara? —inquire, a sabiendas de que he venido cargada de alguna de mis locas ideas.

—Quiero que lo deje —dictamino—. Se ha enamorado, Jacob, y ese inglés de ella, pero sigue en sus trece de seguir en la agencia, por todo ese rollo del hotel y del orgullo de sus padres.

—Quizá no sea un rollo, sino lo que ella desea, simplemente.

—Sí, sí, tal vez —acepto—, y puede que me esté metiendo donde no me llaman, pero quiero a Patty, Jacob, la quiero muchísimo. Es la mejor persona que he conocido en mucho tiempo, a pesar de que ella se empeña en hacernos creer lo contrario.

—Dispara —me dice con una sonrisa.

—¿Cuál es el motivo que ella siempre alega para seguir en la agencia? ¿Con quién cree estar en deuda? ¿De quién se siente responsable?

—De sus padres —me contesta.

—¡Equilicúa! —exclamo—. A lo que puedes sumarle que nunca me ha invitado a su casa, ni una sola vez desde nuestro reencuentro. Sólo fui en una ocasión, hace un montón de años, antes del accidente de su padre.

—Y sugieres...

—Que voy a ir a visitarlos —contesto.

—¿Qué esperas averiguar? —me pregunta.

—No lo sé. —Suspiro—. Pero, una vez allí y después de hablar con ellos, quizá encuentre alguna respuesta a tanta pregunta.

—¿Has comprado algún billete para viajar allí?

—Voy a ir en mi coche —respondo—. No se tarda ni dos horas en llegar.

—Pues, entonces —me dice Jacob mientras se levanta y deja a *Pantera* sobre el sillón—, espero que no te importe llevar copiloto.

—Para nada —replico, pues sabía perfectamente que querría acompañarme—. Encárgate de dejarle agua y comida a *Pantera* para todo el día mientras yo quito la mesa. En quince minutos salimos.

* * *

A pesar de la monotonía de la autopista y el llano y árido paisaje en el que únicamente se contemplan algunos campos de cereales, me gusta adentrarme en esta provincia, sembrada de granjas dispersas y de tranquilidad. Jacob, como él mismo me dijo, está llevando a cabo a la perfección su papel de copiloto, aunque persevere en su idea de dejar a un lado la tecnología y tenga un mapa desplegado sobre su regazo.

—Debe de quedarnos poco —me informa—. En la próxima salida, tendrás que girar a la derecha y después seguir las indicaciones. ¿Estás segura de la dirección?

—Por supuesto —respondo—. Encontré un viejo sobre con documentación bancaria a nombre de los padres de Patty.

Me sentí bastante mal hurgando en las cosas de mi amiga, rebuscando en sus cajones,

revolviendo sus papeles como una vulgar cotilla que sólo busca averiguar cualquier chisme o como una policía en pos de pruebas para inculpar a una delincuente. Pero era la única forma de conseguir la dirección de sus padres, pues ya no la recordaba de la única vez que vine aquí.

Tras abandonar la autopista, sigo las instrucciones de Jacob y divisamos el letrero que anuncia varios pueblos, entre ellos, donde vivió nuestra amiga.

—Toma la segunda salida de la rotonda —me señala— y, a continuación, todo recto.

—¿Sabes que suenas igual que el GPS? —le digo, divertida.

—Muy graciosa.

—Tranquilo, tu voz me parece mil veces más sexy que la de la petarda de las indicaciones.

—Ya. Gracias, supongo. Entre tú y Pat me acabaréis sacando los colores.

—Es fácil bromear contigo —le comento, un punto más seria—. No sé si tienes idea de lo mucho que has hecho por Patty. A pesar de seguir envuelta en su halo de misterio y de que nos siga pareciendo que hay algo que la atormenta, desde que tú y *Pantera* formáis parte de su vida sonrío bastante y se abre un poquito más.

—Tú sigues siendo la persona más importante de su vida, Sara —me recuerda—, no lo olvides. Esto que estás haciendo por ella lo demuestra.

—¿No crees, entonces —le pregunto con preocupación—, que me esté metiendo demasiado en sus asuntos?

—Tal vez —suspira—, pero supongo que tenemos el atenuante de nuestra preocupación por ella.

—Eres un sol, Jacob.

—¿Por qué? ¿Por acompañarte? Yo también pienso que algo no va bien.

—No sólo por eso. —Sonrío—. Ha sido idea mía y, sin embargo, no dejas de hablar en plural, como si quisieses repartir mis remordimientos contigo. ¿De dónde habrás salido tú?

—¿No te lo ha dicho Pat? —me pregunta con una divertida mueca—. Soy un ángel.

—No me extrañaría. —Río.

—Dejemos las conversaciones profundas y céntrate en la calzada —me sugiere—. ¿Estás segura de que estás siguiendo el camino correcto?

—Pues claro —le digo después de girar en un cruce—. Aunque tú sigas con tus ideas antiguas, yo me he mirado antes el itinerario en Google Maps. Lo malo —murmuro mientras miro a mi alrededor— es que todo esto está muy cambiado y no recuerdo nada de lo que nos rodea, con tantas fábricas nuevas.

—¿Y si preguntamos por aquí?

—No nos va a quedar otro remedio —gruño—. Esto debería de ser una granja y estamos en medio de un polígono industrial. Pararé aquí mismo.

Me detengo en el arcén y volvemos a echar un vistazo al mapa y al plano que se muestra en la pantalla del GPS del coche, pero algo no cuadra. Nos apeamos los dos del vehículo y oteamos el horizonte. No se ve nada parecido a una vivienda, únicamente fábricas de embutidos o almacenes

de pienso. Elegimos uno de estos últimos para acercarnos y preguntamos a un hombre que habla con un transportista en la puerta.

—Buenos días —lo saludo—. Perdona, ¿sabe si hay una granja por aquí cerca? Tiene que ser antigua y vive un matrimonio en ella. Es que estoy casi segura de que estaba por aquí, pero debo de estar confundida.

—No lo sé —contesta el hombre mientras se recoloca una gorra sobre su ralo cabello—. Este almacén es bastante nuevo y creo que antes había una granja en este lugar, pero no tengo ni idea de nada más. Si les parece, podrían preguntar al señor Joan. —Nos señala el final de la calle—. Si siguen recto hacia aquella elevación del terreno, encontrarán una pequeña masía. Es de este hombre que dicen que lleva toda la vida viviendo aquí y sin duda podrá informarlos mejor que yo.

—De acuerdo, le preguntaremos —le digo—; muchas gracias.

Volvemos al coche y tomamos la calle que nos ha indicado. Al final de la misma encontramos un camino de tierra que, al seguirlo durante unos minutos, acaba desembocando en una antigua edificación de piedra rodeada de olivos y árboles frutales. Bajamos del vehículo, pero decidimos rodear la casa para seguir la estela de las voces que se oyen por la parte de atrás. Como habíamos supuesto, algunas personas recogen frutas y las colocan en cajas que van apilando junto a varios tractores. Un señor mayor con un bastón parece supervisarlos todo mientras acaricia a un perro que se mantiene a su lado.

—Perdona —me dirijo a él—, lamento la intromisión. Estamos buscando al señor Joan, el dueño de esta finca.

—Yo mismo —responde el aludido—. ¿Qué se les ofrece?

—Llevamos rato buscando una granja que no recuerdo dónde está ubicada exactamente. Nos han dicho que usted lleva bastante tiempo viviendo aquí.

—Toda la vida —responde el anciano con orgullo—. ¿Y de quién es la granja que buscan?

—De un matrimonio —contesto—. De Arnau Serra y Francesca Puig. ¿Los conoce?

—¡Claro, hombre! —exclama—. ¿Cómo no voy a conocerlos? Vecinos de toda la vida.

—Y... ¿dónde está su granja? —pregunta Jacob en esta ocasión.

—Una pena —chasquea la lengua—. No hubo forma de salvarla. Después de quedársela el banco, la echaron abajo y vendieron los terrenos por cuatro chavos para construir una fábrica de embutidos. —Nos señala hacia unas naves grises y alargadas—. Es aquella de allí.

—Lo siento —titubeo—, pero no lo entiendo. ¿Quiere decir que la granja ya no existe?

—Exactamente —corrobora—. Desde el accidente de Arnau, no levantaron cabeza y su pobre esposa no pudo con todo.

—Entonces, ¿dónde viven ahora? —pregunto.

—¿Vivir? —se extraña el hombre—. Querrá decir dónde reposan. Supongo que, si se acercan a la iglesia, el párroco les podrá indicar el lugar exacto.

Una terrible sensación helada acaba de recorrer mis huesos.

—¿Me está usted hablando de un... cementerio? —murmuro.

—Claro —proclama el hombre mientras se santigua—. Oh, perdonen ustedes..., tal vez no lo sabían.

—No —responde Jacob—. No lo sabíamos. —Ha debido reparar en mi cara pálida y mi casi ausencia de voz.

—Pues lo siento mucho —se lamenta el señor Joan—, pero Arnau y Francesca murieron hace varios años.

—¿Qué... qué pasó? —pregunto, todavía aturrida.

—Pensábamos que se habían repuesto después del accidente —interviene Jacob de nuevo.

—Precisamente —suspira el hombre—, el accidente fue el detonante de todo. Arnau no pudo superar la infección que le produjo la pérdida de la pierna. Fueron cortando y cortando, hasta que murió de septicemia.

—¿Y su mujer? —inquieta Jacob al ver que sigo casi en *shock*.

—Pobrecilla... —se lamenta—. Francesca ya estaba enferma hacía tiempo, pero, por lo visto, no quiso decir nada para poder hacerse cargo de la granja y su marido. Murió unos meses después.

—Tenían dos hijos —afirmo dentro de mi inmovilidad.

—Sí, un chico y una chica —contesta—. Los pobres se pusieron a trabajar en lo que pudieron, pero no fue suficiente, ni para salvar a sus padres ni para salvar la granja.

—Dios mío...

Cierro los ojos como respuesta al dolor que debió de sentir Patty y que yo siento por ella al imaginarme en su lugar. Jacob me coge de la cintura como consuelo, aunque parece tan consternado como yo.

—En fin —interviene mi amigo—, gracias por toda la información, señor Joan. Nos ha sido de gran ayuda.

—Siento mucho si mis noticias no han sido buenas —se disculpa el anciano.

—Usted no tiene la culpa —le digo—. De nuevo, gracias, y perdone las molestias.

—Para servirlos —se despide.

Una vez que nos metemos en el coche, durante unos minutos me mantengo rígida, como si el frío que se ha instalado en mis huesos hace unos instantes todavía incapacite mis articulaciones.

—¿Quieres que conduzca yo? —me propone Jacob—. Tengo carnet, por si te lo estás preguntando.

—No, no —murmuro mientras arranco el motor—. No pasa nada. Puedo hacerlo yo.

—¿Vamos a la iglesia? —me plantea.

—No te importa, ¿verdad?

—Claro que no. Yo también quiero averiguarlo todo hasta el final.

Localizamos la antigua ermita, situada en lo más alto de un promontorio que se yergue en medio de un árido paisaje. Subimos con el coche por la empinada pendiente llena de curvas y aparco cuando llegamos a nuestro destino. A esta altura, parece que el mundo sea un poco más grande. El

viento agita nuestros cabellos y he de apartármelo de la cara todo el tiempo, igual que Jacob, que hoy ha decidido no recogerse en su habitual moño. Con su melena suelta, todavía me parece más atractivo, más indómito y más lejano.

La iglesia es una pequeña edificación del siglo XVIII en la que destaca el campanario en una torre adyacente. Pronto localizamos al párroco, que atendía a unos feligreses tras la misa, y nos acompaña hasta el pequeño cementerio.

—Vengan por aquí, por favor —nos pide mientras nos guía hasta la tumba—. Como pueden ver, está en perfecto estado, pues la chica, Patricia, no ha dejado de venir todo este tiempo. En realidad —titubea—, ha estado aquí esta misma mañana.

Alucinados, Jacob y yo contemplamos el panteón familiar, cuya entrada custodia una reja de hierro que deja entrever el interior. Nos acercamos y tengo que sujetarme a los barrotes, a pesar de que la acción no me impide deslizarme hasta el suelo cuando contemplo todos los objetos que pueblan el interior del panteón.

—Dios, Jacob —sollozo—. Son todos los regalos y recuerdos que Patty ha ido comprando a lo largo de todo este tiempo para sus padres. Incluso los más recientes, como ese juego de té inglés, el llavero con la típica cabina telefónica o el autobús rojo...

—Ya lo veo —susurra mientras se agacha a mi lado y contempla aquellas joyas como regalo a la madre, o las maquetas y licores para el padre.

—Fue Patricia quien lo mandó construir —nos informa el cura—. Ella misma viene muy a menudo para limpiarlo todo y traer flores y regalos para sus padres, con los que se pone a hablar como si estuvieran aquí. La pobre se sintió tan impotente con sus muertes que creo que intenta compensarlo de alguna forma.

—¿Y el hijo? —le pregunto al sacerdote de blancos cabellos y cuidada barba—. Aunque no habla mucho de él, sé que tiene un hermano.

—No viene tan a menudo, pero también lo hace. Le hice la promesa a Patricia de avisarla cada vez que viniera su hermano, porque no desea coincidir con él.

—Pero ¿por qué? —inquiero—. Ella me contó que no quería saber nada de él porque se había marchado y no había vuelto a tener noticias.

—Pues ya ven ustedes que no es así. Marc, al igual que Patricia, se marchó de aquí, pero cuando ya no se podía hacer nada más. El pobre chico no ha dejado de preguntarme por su hermana ni de buscarla durante estos últimos años, pero Patricia se ha cuidado bien de no decirme dónde vive y no he podido ayudarlo.

—¿Tiene usted forma de localizarlo? —le pregunto al tiempo que nos alejamos del panteón. No soy capaz de mirar por más tiempo todos aquellos objetos que en su día vi comprar a mi amiga para regalárselos a sus padres.

—Sí, claro —responde el hombre—. Tengo un teléfono que él me dio por si averiguaba algún dato de su hermana. Ahora mismo se lo traigo.

El cura nos ofrece una tarjeta con el nombre, el teléfono y la dirección en Los Ángeles del

hermano de Patty. Luego, con ella aún entre los dedos, nos sentamos en el coche sin tener muy clara la intención.

—Aunque la curiosidad te mate —me dice Jacob—, creo que primero deberíamos hablar con Pat.

—Sí —suspiro mientras guardo la tarjeta—... y no es que lo esté deseando, precisamente.

—Yo tampoco —murmura Jacob cuando comenzamos a bajar la empinada pendiente—. Yo tampoco, Sara.

* * *

Hacemos el viaje de vuelta sumidos en el silencio, rompiéndolo únicamente en alguna contada ocasión por las dudas del camino. No es hasta aparcar el coche en Barcelona que ambos sentimos la necesidad de decir algo.

—¿Por qué, Jacob? —le pregunto mientras atravesamos la plaza que nos conduce al portal de Patty—. ¿Por qué mentirnos?

—No lo sé, Sara —murmura—. No lo sé. Aunque creo que podremos preguntárselo pronto. Veo luz en la ventana. Ya está en casa.

En un principio, nuestra congoja se atenúa unos instantes cuando entramos en el salón y nos encontramos con nuestra amiga, que ya se ha duchado y desmaquillado y permanece sentada en el sofá con un infantil pijama y con *Pantera* en su regazo.

—¡Ya era hora! —exclama al vernos, antes de levantarse y echarse en nuestros brazos—. Empezaba a preocuparme. —Sonríe—. Me he acostumbrado a que me reciban en casa últimamente.

Sonríe, como siempre, con esa falta de luz en sus ojos, sin ese último gesto en su boca que demuestre que es una sonrisa completa.

—¿Ocurre algo? —nos pregunta una vez nos hemos sentado los tres en sendos sillones alrededor de la mesa de centro.

—¿Qué tal con James? —indaga Jacob de manera directa.

—Bueno —se encoge de hombros—, ya os he contado. Un poco como siempre.

—No nos has contado mucho —intervengo.

—Nunca os cuento mucho —contraataca ella—. ¿Se puede saber a qué vienen esas caras?

Suelto un hondo suspiro, miro a Jacob y éste asiente con la cabeza. Me toca a mí mover ficha.

—Queremos que dejes la agencia, Patty.

No sé qué es peor, si el silencio que nos pesa como losas de cemento o la cara de estupefacción de mi amiga. Sin embargo, es ella la que reacciona más aprisa y torna su expresión de sorpresa por otra de decisión.

—No puedo —contesta, elevando el mentón—. Necesito el dinero.

—¿Para qué? —le pregunto.

—Joder, Sara —se exaspera—, pues para el edificio, para qué va a ser. Aparte de la restauración, necesita cumplir con todos los requisitos para convertirlo en hotel.

—Puedes pedirle el dinero a Héctor —le digo, como tantas veces le he ofrecido.

—Por enésima vez, Sara, no voy a pedirle dinero a tu marido. Punto. No quiero perjudicar a nadie si luego la cosa no funciona. Además, quiero... necesito hacer esto sola. No he aguantado años en la puta agencia para que ahora tu rico marido me plante la pasta sobre la mesa.

—¿No aceptas el dinero de Héctor ni el de James, pero sí el de esos tipos que se acuestan contigo? —Esta vez es Jacob quien interviene.

—¿Qué coño os pasa?! —grita al tiempo que se pone en pie—. ¡Se supone que sois vosotros los que me apoyáis y me entendéis! ¿A estas alturas vais a cuestionar mi trabajo? ¡Pues me habéis pillado un poquito tarde!

—No se trata de cuestionar nada —trato de calmarla—. Lo único que nos gustaría es que fueras más sincera con nosotros, Patty. No dices la verdad cuando hablas de tus sentimientos por James, de lo mal que lo pasas con algunos clientes o de lo que pasa por tu cabeza en miles de ocasiones.

—¿Para qué? —exclama—. ¿Para preocuparos tontamente?

—No —respondo—. Para conocerte y ayudarte.

—No necesito más ayuda, de verdad. —Suspira—. Tengo suficiente con vuestro apoyo y el de mis padres.

Por fin tengo excusa para sacar el tema, pero hay algo... algo que me impide hacerlo. Y es la pena que siento en este momento por ella, que se ha convertido en un puño que me oprime la garganta y no me deja hablar. Por suerte, Jacob parece más decidido a escuchar las explicaciones de Patty.

—A nosotros no nos haces ni caso —le dice—, y tus padres están muertos.

Con una expresión cargada de pánico, nos mira, a uno y a otro, muy deprisa, como un conejillo acorralado en su madriguera.

—Lo... lo sabéis —balbucea.

—¿Por qué, Patty? —le pregunto—. ¿Por qué no me dijiste nada? Aparte de nuestra época de estudiantes, llevo más de un año a tu lado, incondicionalmente...

—Lo sé, lo sé. —Cierra los ojos, se pellizca el puente de la nariz y después levanta la vista para mirarnos. A pesar de la tristeza de su mirada, me tranquiliza la serenidad que desprende el conjunto de su rostro—. No os lo merecéis.

—¿Me importa una mierda lo que nos merezcamos nosotros! —exclama Jacob—. Al menos, yo sólo llevo unos meses en tu vida... pero se trata de ti, Pat, de la pena que habrás arrastrado tú sola sin necesidad.

—¿Y tú, Jacob? ¿Cuántas penas te habrás comido tú solito?

—No estamos aquí para hablar de mí —replica, tenso.

—Perdona, tienes razón —suspira Patty—. No sé por dónde empezar. Recuerdo aquellos días

como un borrón negro en mi memoria, como si mi propia mente lo hubiese decidido así para no hacerme más daño. El accidente y la muerte de mi padre, la tristeza de mi madre, enterarme poco después de que ella también estaba enferma, la falta de dinero... Hice todo lo que pude, pero, al final, su granja acabó subastada y ellos, muertos. Me sentí tan mal...

—Eso es normal —murmuro mientras le cojo una mano—. Sabes que si algo les ocurriera a mis padres yo estaría igual.

—Fue muy triste —prosigue—. Pero, ¿sabes?, lo peor vino después, cuando, ya trabajando en la agencia, me vi ganando tanto dinero que ya no me servía para nada. Lo único que pude hacer fue enterrarlos en un sitio bonito. La primera vez que los visité allí les llevé flores y recuerdos de mi último viaje y descubrí que, después de aquello, me sentí mejor. Por eso, decidí concedernos esos momentos de charlas, como si estuvieran conmigo, como si se alegraran de mis logros y de que por fin pudiera darles algo que nunca pudieron tener...

Ahora sí, Patty se rompe y se deshace en lágrimas. Jacob y yo no tardamos ni un segundo en abrazarla, aunque su llanto nos destroce por dentro. Dejamos que se desahogue, que vacíe su cuerpo de lágrimas enquistadas y su alma de tanta pena silenciada. Algunos minutos después, es ella misma quien se deshace de nuestro abrazo y nos mira con un amago de sonrisa en su hinchado rostro.

—Debo pareceros una loca —murmura— que habla con sus padres muertos y les lleva recuerdos de cada viaje.

—Por supuesto que no —le aclaro—. Me he documentado en un descanso del camino de vuelta y he sabido de mucha gente que lo hace. Es una ayuda para calmar el dolor, además de encontrarle un sentido a la muerte. Hablar con familiares fallecidos puede ayudar a seguir adelante con tu vida y conseguir sensación de paz. Aunque la pena no desaparezca, se hace más fácil convivir con ella.

—Gracias, Sara —me dice al tiempo que saca un pañuelo del bolsillo y se limpia la nariz—. Te quiero muchísimo.

—Yo también a ti. —Apenas puedo articular una sílaba por el llanto que casi no me atrevo a derramar.

—Entonces, tal vez me he comportado como una egoísta —insiste en culparse.

—Tampoco, Patty...

—¿Egoísta? —profiere Jacob—. Pat —le dice mientras peina sus desgreñados cabellos—, eres la persona menos egoísta y más increíble que he conocido en mi vida. ¿No te has dado cuenta todavía? Lo das todo, cariño, sin pedir nada a cambio. Metiste a un vagabundo y a un gato en tu casa, sin importarte si uno te robaría o el otro te arañaría tus carísimos muebles.

—Tuve buen ojo. —Sonríe, aunque las lágrimas no desaparezcan.

—Lo que tienes es un corazón tan grande que no entiendo que quepa en ese cuerpo tan bonito.

—Basta, Jacob —solloza.

—Tiene razón —intervengo yo, que llevo tanto rato llorando que debo de tener deformadas hasta las orejas—. La gente seguro que piensa que, siendo tan guapa y perfecta, eres la típica

creída insoportable, acostumbrada a ver a hombres y a mujeres a tus pies. Pero nadie te conoce como nosotros, que nos dimos cuenta muy pronto de lo asombrosa que eres.

—Nosotros y ese inglés —tercia Jacob—... que, como no podía ser de otra forma, se ha enamorado de ti irremediabilmente.

—No sigáis por ahí —suplica Patty.

—¿Por qué no? —insisto—. ¿Por qué tanto sacrificio, Patty? ¿Por demostrarle al mundo que has podido con él? El mundo ya lo sabe, cariño. Nosotros lo sabemos. Tú lo sabes. Lo de tus padres fue muy triste, pero ya no puedes hacer nada por evitarlo. Seguro que ellos querrían que fueses feliz y, perdona que te lo diga, pero no lo eres.

—Sabes que no me gusta meterme en tu vida —Jacob compone una mueca—, pero creo que ha llegado el momento de que pienses en tu jubilación.

Patty se refriega los ojos, vuelve a sonarse y suspira.

—Dejadme que lo piense, por favor —nos pide.

Jacob y yo nos miramos. Acabamos de vislumbrar una tenue luz de esperanza.

Capítulo 22

—¿Todavía estás así? —me pregunta Jacob, que acaba de entrar por la puerta y me ha encontrado justo como me dejó, tirada en el sofá, rodeada de bolsas de patatas fritas y latas de Coca-Cola vacías y el mando del televisor en la mano, aunque ni me haya fijado en lo que hay en la pantalla.

—¿Te molesta? —inquiero.

—Para empezar, tu bonita casa empieza a dar asco. Hasta *Pantera* ha huido de ti. —Señala al gato, que olisquea un envoltorio de chocolatina y se aleja hacia la cocina.

Con diligencia, comienza a recoger toda la basura que me rodea y a tirarla en bolsas. Después, coge un spray y un paño para limpiar la mesa y los muebles y acaba pasando la aspiradora.

—Eres una máquina limpiando —le digo con una mueca al tiempo que me acomodo en el sofá.

—Pues ahora te toca a ti.

Se lanza sobre mí, me coge de las manos y tira para hacerme levantar.

—¿Qué haces? —exclamo—. ¡Déjame tranquila!

—¿Has visto las pintas que tienes? —gruñe—. Llevas días ahí tirada, sin quitarte el mismo pijama y sin ducharte. Siento decírtelo, pero apesta, preciosa.

—Me importa un comino —replico—. Y, si te molesta, vete a la cocina a jugar a las comiditas.

—Vamos, Pat —sigue tirando de mí—. Dentro de un momento vendrá Sara a verte y te va a encontrar hecha un asco.

—Hay confianza, tranquilo.

—Joder... Tú te lo has buscado.

Antes de que pueda hacer nada, emplea toda la fuerza bruta de sus músculos y me coge en brazos, me coloca sobre un hombro como un saco y me lleva hasta la ducha.

—Pero ¿qué haces? ¡Suéltame!

—Claro que te voy a soltar, pero debajo del agua.

En pocos segundos, me arranca la ropa y me coloca tras la mampara. Abre el grifo y emito un berrido al sentir el agua helada sobre mi cabeza.

—¡Vete a la mierda! —farfallo—. ¿Todo esto para verme desnuda?

—Créeme —me dice al tiempo que me coloca en una mano la esponja y, en la otra, el champú—. En estos momentos no excitarías a nadie. Y, ahora, lávate tú solita.

Cierra la mampara y me deja bajo el torrente helado.

—Genial... —suspiro mientras medito en las posibilidades de las que dispongo, que son ducharme o ducharme.

Al final, cuando ya me he puesto un albornoz y me he desenredado el pelo, reconozco sentirme un poco mejor. Salgo del baño y me encamino a la cocina, donde me espera el humeante aroma de un café.

—Gracias —le agradezco a Jacob, aunque un poco hostil—. Tampoco era necesario tanto alboroto.

—Por supuesto que sí —gruñe—. Llevas tantos días en el sofá que ya ha cogido hasta tu forma. Venga, bébete ese café y vístete.

—Eso sí que no —lo encaro—. Déjame al menos quedarme cómoda.

—Ponte unos vaqueros y una puta camiseta —sigue gruñendo mientras me empuja a mi cuarto—. Te he dicho que vas a tener visita.

—Sara no es una visita —refunfuño—. Sara es... Sara, joder.

Me está empezando a tocar el moño. Para no oírlo, me pongo la ropa que me ha sugerido, pero únicamente me dejo unos calcetines en los pies. Y así, con el pelo aún húmedo, salgo al salón. Al cabo de un instante, suena el timbre de la puerta.

—Ésa será Sara —me dice—. Ya abro yo.

Oigo murmullos en el recibidor y, a continuación, casi se me doblan las piernas. Es Sara, sí, pero viene acompañada de una persona.

Dios, cuánto dolor siento de golpe, y, al mismo tiempo, qué inmensa alegría. Frente a mí, esa persona me mira, tan emocionada como yo, con unos ojos tan iguales a los míos, el mismo cabello rubio y una altura superior a la mía. Infinitas imágenes pueblan mi cabeza, en las que esa misma persona, pero con no más de catorce años, me persigue entre risas mientras correteamos por entre las espigas del trigo que ya debía ser segado. Lecturas frente a la chimenea, deberes a media tarde, pedazos de chocolate a escondidas, historias inventadas para tapar nuestras travesuras a nuestros padres...

—Hola, Patri —me saluda mi hermano.

—Marc... —balbuceo—. Eres tú...

—No os abandoné —me explica con un deje de tristeza—. Hice todo lo que pude, Patri, igual que tú, pero, cuando todo terminó, rehíce mi vida en Los Ángeles, donde encontré trabajo, a mi novia... Entiéndelo: una vez enterramos a papá y a mamá, tenía que marcharme. Te pedí que vinieras conmigo, pero estabas tan ligada a ellos que me fue imposible convencerte. Si llego a saber que lo ibas a pasar tan mal, juro que me habría quedado contigo...

No me importa nada de lo que me dice. Ni siquiera dejo que termine antes de lanzarme a sus brazos y abrazarlo fuerte, muy fuerte.

—Dios mío, Patri —solloza—. Cuántos años sin saber de ti...

—Lo siento, Marc, lo siento tanto...

—Nada de reproches —me pide cuando nos separamos y nos miramos a nuestros ojos vidriosos—. Te he encontrado, estoy feliz de verte y eso es lo importante.

—Temía que te avergonzaras de mí —le confieso al tiempo que sorbo por la nariz.

—Chist —me hace callar—, te he dicho que nada de reproches. Ven, sentémonos un rato.

Sara y Jacob se disculpan y se marchan a la cocina.

—¿Cómo estás? —le pregunto, una vez que se me ha calmado el llanto—. ¿Eres feliz?

—Mucho... a pesar de que me faltaba un pedazo. —Saca su móvil y busca unas cuantas fotografías que lo muestran a él junto a una bonita mujer de pelo castaño y una niña de unos tres años tan rubia como nosotros—. Ésta es Alyssa, mi mujer. Y la pequeña es Patty.

—Son muy guapas. —De nuevo, un pañuelo se me hace indispensable.

—Cuando quieras, puedes ir a conocerlas.

—Lo haré —contesto mientras vuelvo a sonar mi irritada nariz.

—¿Y tú, Patri? ¿Cómo estás? No he podido sonsacarles mucho a tus amigos —compone una mueca—, pero me parece que algo no anda bien.

—Nos darían las uvas si te contara. —Río.

—No es necesario —responde, algo más serio—. Sólo voy a decirte una cosa: debes tomar las riendas de tu vida. No sigas un camino sólo porque se lo debas a nadie, ni siquiera a papá y a mamá. Deja de sentirte en deuda con ellos. Haz lo que te haga feliz, pero ni por agradar a tus amigos ni a nuestros padres, ni tampoco porque pienses que se sentirían orgullosos, sino porque eres libre de elegir. Lo que les pasó fue muy triste, una mierda de injusticia, pero la vida está llena de ellas y no por eso debemos sacrificarnos eternamente. Has perdido años de tu vida, hermanita, y ya toca ser un poco egoísta y pensar un poco en ti. Elige y decide, lo que creas, lo que sientas, lo que te haga feliz. En definitiva, elegir nos hace libres.

—Mi hermano —le digo con una sonrisa vestida de llanto—, el que me salvaba, el que daba la cara por mí y se pegaba con cualquiera que se metiera con la Jirafa, como me apodaban en el colegio.

—Si toda esa gente te viera ahora —sonríe—, se iba a morir de la envidia.

—No lo creo —suspiro.

—Pues yo sí. Venga, llama a esos dos buenos amigos tuyos e invítame a una cerveza y unas buenas tapas de jamón y queso y pan con tomate, que no imaginas lo que lo echo de menos...

* * *

Es tan bonito...

Cada vez que vengo a echar un vistazo al edificio que adquirí, situado en una ladera de la montaña de Montjuic, me parece aún más bello. Un tibio cosquilleo irrumpe en mi estómago en cuanto lo miro y lo imagino como los esbozos que yo misma realicé, con todas las ventanas que dan a la fachada principal cubiertas con visillos, con su coqueta entrada y su aire modernista. Y el interior... ¿Cuántas veces me he visto a mí misma en la pequeña recepción, con clientes que van y vienen, supervisándolo todo? O recorriendo las pocas habitaciones decoradas con exquisito gusto...

Hubiese sido un hotel ideal para quien buscara tranquilidad, para personas de negocios o de paso por la ciudad que únicamente desearan un lugar cómodo, exclusivo y con vistas a Barcelona y al mar con el mínimo ruido.

Hubiese sido tan bonito...

A pesar de la tristeza que me inunda ahora mismo, creo que nunca había estado tan decidida a cambiar algo en mi vida. No sé si se lo debo a mi hermano, a mis amigos o a la zorra de Heather, que me recordó que yo era un fraude. Sí, eso es lo que soy, un fraude. Por muy culta que sea, mi mayor especialidad es fingir: fingir cariño, fingir ser otra persona, fingir sonrisas, fingir orgasmos...

Por primera vez en mi vida, me replanteo mi futuro y mis prioridades. Y no sólo por las personas que me han ayudado a pensar en ello, sino porque creo que las cosas no mejoran por sí solas. Si deseas cambiar algo, debes empezar por ti mismo. Y estar anclada en el pasado y en los remordimientos no era la mejor situación para cambiar nada.

Temblorosa, cojo mi móvil y comienzo a marcar cierto número. A pesar de que estoy tranquila y decidida, una lágrima solitaria cae sobre la pantalla del teléfono y la tengo que secar con la manga de la chaqueta. Sigue siendo muy difícil renunciar a lo que has deseado durante tanto tiempo.

—Perdona que te llame a tu móvil —le digo a mi interlocutor—. Dime si te pillo en mal momento.

—No, no, Patricia, tranquila. Dispongo de quince minutos antes de una reunión. ¿De qué se trata?

—Me duele tener que decirte esto, Héctor, después de lo que hiciste por mí, de dar la cara y avalarme...

—Imagino lo que quieres comunicarme —me interrumpe el marido de mi amiga—. Sara me ha puesto en antecedentes y no pasa nada. Te hice el favor porque quise, y no sólo por Sara. Fue también por ti, porque te mereces ese cambio que deseas desde hace tiempo... y porque estoy deseando que mandes a Elisa y a Tania a tomar viento fresco. —Ríe.

—Sara comenta siempre que la agencia es tema tabú en tu casa —bromeo—, a pesar de ser la excusa para que os conocierais.

—Tal vez nos conocimos gracias a la maldita agencia —me confiesa—, pero yo creo, más bien, que Sara estaba predestinada para mí; que, de una manera u otra, con agencia o sin ella, yo tenía que conocerla. ¿Qué probabilidades había de que ella apareciera en mi vida?

—Las mismas de que yo coincidiera en aquella isla con James —murmuro entre dientes.

—Bueno —interrumpe mis pensamientos—, ¿qué querías decirme, exactamente?

—Quería pedirte que te encargaras de la venta del edificio del hotel —le explico—. Sobre todo, que tú no tengas que perder dinero. Si yo lo pierdo, no importa, de verdad.

—¿Por quién me has tomado? —bromea—. Te aseguro que no solamente recuperarás tu dinero, sino que vas a ganar un buen pellizco.

Qué importante era eso para mí hasta ahora, pensar en ganar pasta. En este momento es como si el dinero me importara un comino, algo que, anoche, se encargó de recordarme Jacob, cuando mi hermano y Sara se marcharon y nos quedamos él y yo hablando en el salón. Se nos hizo tan tarde que nos quedamos dormidos en extrañas posturas que me han dejado una tortícolis considerable.

—¿En serio te estás planteando la posibilidad de dejar la agencia? —me preguntó Jacob—. ¿Incluso antes de terminar esa famosa lista?

—Sí —suspiré—, es en serio. Si no, no lo habría mencionado.

—¿Y qué pasará con Elisa? ¿Te pedirá una compensación o algo así?

—Ni lo sé ni me importa. Si te digo la verdad —me sinceré—, lo último que me preocupa ahora mismo es Elisa y *The Hot Affaire*.

—¿Y el dinero? —me tanteó.

—No te lo voy a negar —confesé—. Cuando en tu infancia y en tu juventud te han faltado tantas cosas, tener dinero se convierte en tu principal objetivo, o, como en mi caso, en una auténtica obsesión.

—El dinero no lo es todo —me aclaró—. Es más, deberías haberte dado cuenta de que posees muchas cosas que otros anhelan durante toda su vida.

—¿Por ejemplo?

—El recuerdo de una familia que te quiso —me contestó—. Has recuperado a tu hermano, que viene con una cuñada y una sobrina. Tienes la amistad de Sara, de su marido y su familia. Si no hubieras estado tan ciega, hubieses descubierto que tenías el amor de ese inglés. Y me tienes a mí.

—Y a *Pantera* —respondí entre risas y lágrimas.

—Exacto. —Se rio también—. Tienes al vagabundo y al gato negro, esos que no quiere nadie —bromeó—, pero que tú acogiste sin dudar. En serio, eres más rica que mucha otra gente, Pat, pero nunca te diste cuenta. Estabas tan centrada en tu propio sacrificio y en tu sentimiento de culpabilidad que nada de lo que tenías te parecía suficiente.

—Ahora lo veo —admití—. Más que rica, soy millonaria.

Vuelvo a la conversación con Héctor, quien, a pesar de su seriedad, no puede evitar demostrar su satisfacción al saber que ya no me importa el hotel o la agencia.

—Lo dejo en tus manos, Héctor —le digo.

—Yo me encargaré. Que tengas suerte, Patty.

Nunca me había llamado así.

* * *

En las oficinas de la agencia, no me dirijo en primer lugar al despacho de Elisa, sino al de Tania, que no puede quedarse más sorprendida cuando le comunico que vengo a despedirme y a darle las gracias.

—Gracias a ti, Patricia —me corresponde. Siempre me entendí mucho mejor con ella que con

la otra directora—. Tú hiciste posible el buen nombre de *The Best Affaire*; lograste que importantes clientes estuviesen dispuestos a pagar verdaderas fortunas por una de las chicas. Desde que te conocí en aquella sala de fiestas, supe que serías la mejor. Y creo que no volverá a pasar por aquí ninguna como tú.

—Gracias —le digo, emocionada—. A pesar de los malos recuerdos, te agradezco que me ofrecieras la posibilidad de ganar dinero, que era lo que realmente necesitaba en aquellos momentos.

—¿Y dices que te vas? —me pregunta—. Dios —ríe—, cómo me gustaría estar presente cuando se lo digas a Elisa. ¡Le va a salir humo hasta de la nariz!

No ha podido ser más exacta. Cuando le planteo mi decisión a Elisa, despliega sus uñas y las clava en su mesa como los garfios de un pirata.

—No puedes hablar en serio. ¡Hicimos un trato!

—Lo siento, Elisa. La decisión está tomada.

—Me imagino lo que ha pasado —me dice al tiempo que se acomoda en su silla y me mira con una expresión a la que sólo le faltan un par de colmillos—. Has debido de vivir una experiencia a lo *Pretty Woman*, ¿verdad? Un príncipe montado en su caballo blanco en forma de deportivo ha venido a rescatar a la princesa.

—No pienso contestar a eso.

—Por favor, Patricia. —Ríe de forma cruel—. Eso son cuentos de niñas. En la realidad esas cosas no pasan. En cuanto el príncipe se haya dado un par de revolcones contigo, ya no le parecerás adecuada para su palacio y te enviará de vuelta a tu suburbio.

Por un instante, pienso en James, en sus cálidos ojos castaños que se llenan de brillantes motas verdes cuando me miran; en sus susurros eróticos cuando me hace el amor como nadie me lo ha hecho nunca; en su forma única de describir nuestros encuentros en la isla y en el amor que desprende al hacerlo.

No. Puede que James me odie por lo que le hice, pero sí le parecí adecuada para su palacio, aunque tuviera forma de estiloso apartamento en la City londinense.

—Me da igual —le suelto a Elisa—. Al menos yo formaré parte de ese cuento de niñas. ¿De cuántos cuentos has formado parte tú?

* * *

—¿Por qué no lo llamas? —me pregunta Jacob.

—¿A James? —respondo, alucinada—. Como si fuera tan fácil: «Hola, James, ¿qué tal por Londres? Estaba pensando en volver a verte, por si me sigues queriendo y eso...»

He quedado con Jacob y Sara para charlar, esta vez en una cafetería del barrio, pues las paredes de mi casa empiezan a oprimirme. Como siempre, todas y cada una de las conversaciones acaban desembocando en el tema James.

—O podrías presentarte directamente en su casa —interviene Sara.

—A ver, a ver, chicos —los freno—. Sí, he empezado a cambiar mi vida. Me he largado de la agencia, he vendido el hotel y me siento en paz con el mundo. Pero todo eso no implica que vaya corriendo en busca de James. Le he hecho suficientes putadas como para que me odie el resto de su vida.

—Oh, bueno, entonces nada —ironiza mi amiga—. Espera sentada en casita hasta que veas en las notas de sociedad la noticia de su boda con alguna lady trastocada como la tal Heather.

—No empieces —bufo—. Ya te he dicho que algún día pensaré en alguna inversión para el dinero que me consiguió tu marido por el edificio, pero ahora necesito una etapa de tranquilidad.

—Pensaba que lo querías —me pincha Jacob.

—Se ve que no —lo secunda Sara.

Los mato.

—Podéis seguir así todo el día —me defiendo—. Os lo repito: no puedo volver con él porque me mandaría a la mierda.

—O tal vez haya otro motivo —insiste Jacob—: que estás cagada de miedo.

Joder...

—¡Pues claro que estoy muerta de miedo! —exclamo, puesto que ya no me parece tan malo exponer mis sentimientos—. ¡Miedo a ilusionarme para que luego él no quiera saber nada de mí! ¡Es el único hombre que he querido!

—Y que todavía quieres —me pincha de nuevo Jacob.

—Sí, venga —gruño—, echa más sal a la herida.

—¿Y no vas a hacer nada? —insiste Sara—. Podríamos echarte una mano, para lo que sea, ya lo sabes.

—No, por favor —refunfuño—. Os lo agradezco y estaré en deuda con vosotros eternamente, pero os lo digo muy en serio: no volváis a actuar a mis espaldas. He tenido suficiente por el momento. El tema de James es cosa mía y punto.

—En fin —suspira Sara mientras se pone en pie y mira su reloj de pulsera—. Visto el éxito, me voy. Tengo que terminar de preparar la maleta. Voy a acompañar a Héctor a su viaje a Praga. Nos vemos a la vuelta, chicos.

Antes de marcharse, me da un abrazo y un beso en la mejilla, y lo mismo hace con Jacob, aunque a él lo obsequia, además, con un guiño.

—¿Qué ha sido eso? —le exijo a mi amigo una vez solos.

—¿A qué te refieres?

—No te hagas el tonto. He visto perfectamente cómo Sara te guiñaba un ojo.

—Ah, ¿sí? —pregunta con desinterés—. No me he dado cuenta.

—Mientes como el culo, Jacob —le digo, furiosa, a la vez que también me levanto—. Más os vale que no me hayáis liado alguna de las vuestras o te juro que...

—¿Que qué? —me escupe con engreimiento y los musculosos brazos cruzados sobre el pecho.

—Que indagaré en serio en tu vida y descubriré cómo un tío como tú vive de prestado o en la calle.

—Barbie vengativa... —gruñe mientras sonrío por haber metido el dedo en la llaga.

Capítulo 23

Me encantan los días soleados de invierno, por eso me encuentro ahora mismo tomando el sol en la plaza de la Naturaleza, en el parque Güell, sentada en el largo banco ondulante que la bordea. A mi alrededor, parejas, familias con niños y grupos de turistas van y vienen y se hacen fotografías. En cierto momento, un matrimonio que pasea y charla pasa delante de mí. El hombre, de unos cincuenta años, me mira y parece sorprenderse, aunque, rápidamente, baja la vista y continúa su camino.

Tal vez fue cliente de la agencia; tal vez he sido su acompañante o me he acostado con él. Qué más da. Dudo que, si es así, vaya a saludarme, ni él ni ningún otro hombre que pudiera haber contratado mis servicios.

—Hola, perdona. ¿Te importa que me sienta aquí?

Sorprendida, miro hacia mi izquierda, donde un hombre de mi edad permanece de pie y me sonrío. Es bastante guapo y va vestido de forma sencilla, como yo, con vaqueros y deportivas.

—Claro —le respondo con otra sonrisa.

—No vayas a creer que he querido abordarte —me dice, con expresión traviesa, mientras se acomoda a mi lado—, pero te he visto desde el otro lado de la plaza y, sin poder hacer nada, mis pies han comenzado a caminar en tu dirección.

—Vaya —le sigo el juego—, pues contra la voluntad de nuestros pies no podemos luchar.

—Eso he pensado yo. —Me lanza su atractiva y juvenil sonrisa.

Y yo me asombro como nunca cuando me contemplo devolviéndosela, en un acto totalmente coqueto. ¿Desde cuándo no coqueteo con alguien de forma sincera?

Sonrío al pensar que jamás me he visto en la tesitura de tener que ligarme a un tío que no hubiera firmado un contrato o hubiera pagado por mi compañía.

—Había pensado que no eras de aquí —continúa hablando mi inesperado ligue—. Pareces una modelo rusa o algo así.

—Siento desilusionarte. —Sonrío de nuevo—. Me llamo Patricia y soy catalana de pura cepa.

—No me desilusionas —me dice—. Yo me llamo Pol y también soy de aquí. Encantado. —Se me acerca y me da un beso en cada mejilla.

—Igualmente, Pol.

—Estaba pensando en invitarte a un café —me propone—. Si no te parece un abordaje en toda regla...

—¿Y qué tiene de malo? —planteo—. Si, cuando deseamos algo, no hacemos todo lo posible

por conseguirlo, después puede ser tarde.

—¿Por qué tengo la impresión de que esa frase encierra mucho más sentido para mí que para este desconocido?

—Tienes razón. —Ríe abiertamente—. Puesto que lo que más deseo en este momento eres tú...

—¡Cariño! —nos interrumpe una voz demasiado conocida—. ¿Dónde estabas, que no te encontraba?

—Hola, Jacob. —Le sonrío con una mueca. ¿Qué hace él aquí? ¿Me anda siguiendo? ¿Sara y él tienen un plan para espantarme las posibles conquistas?

—¿Es tu novio? —pregunta el desconocido, mirando a Jacob y sus músculos con los ojos muy abiertos.

—No —le aclaro.

—Sí —dice Jacob al mismo tiempo.

El chico nos mira a uno y otro y debe de pensar que estamos como una cabra, puesto que, mientras Jacob me mira enfurruñado, yo rompo a reír a carcajadas.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunta Pol.

—Eso digo yo —gruñe mi amigo.

—Nada, chicos, no os preocupéis. —Me pongo en pie y le doy un beso en la mejilla—. Gracias, Pol.

—¿Gracias? —pregunta, extrañado—. ¿Por qué?

—No lo entenderías. —Río, antes de volverme hacia Jacob, cogirme de su brazo y emprender el camino a casa.

—¿Me lo podrías explicar a mí? —me pregunta.

—Que he ligado —le explico—. He ligado, Jacob.

—Vaya noticia, increíble —ironiza—. Cualquier hombre que se precie te come con los ojos.

—Pero nunca me había pasado. —Me detengo en la escalinata del parque, junto a la fuente con forma de salamandra—. ¿No lo entiendes? Llevo demasiados años en los que tenía vetado coquetear con tipos que no hubiesen pagado para que les hiciese ojitos o porque lo estipulara un contrato. Había llegado a creer que me sería imposible ligarme a un tío fuera de la agencia.

—Ya viste que no —comenta mientras bajamos los escalones—. No sólo te ligaste a James, sino que se enamoró de ti.

—Lo sé. —Sonrío—. Y ese chico me lo ha recordado.

—¿Quieres decir, de esta forma jeroglífica, que has pensado en recuperar al inglés?

—El «no» ya lo tengo —suspiro—, así que, ¿por qué no intentarlo? Me queda poco que perder con él.

—¡Aleluya! —exclama Jacob.

—¿Me ayudarás a hacer la maleta? —le pido—. ¡Ah!, y voy a necesitar un par de favores más.

—Lo que quieras —bufa—. Con tal de que dejes de estar tirada en el sofá...

* * *

He tenido mis dudas, mientras hacía la maleta o cogía el avión, pero, sin apenas haberlo pensado mucho más, aquí estoy, instalándome en un apartamento en el barrio de Hampstead, en una zona que no me pareció demasiado diferente a mi barrio de Gracia, con calles peatonales y comercios pequeños. Jacob es un hacha buscando en Internet y me localizó una vivienda de tamaño aceptable y cercana al metro, para poder desplazarme al centro, aunque un poco antigua y bastante cara. En Londres no se puede pedir más.

Como ya le comenté a mi amigo, tuvo que utilizar sus dotes informáticas para algún favor más, por eso estoy ahora mismo terminando de vestirme para salir. Por cierto, me he visto obligada a renovar prácticamente todo mi armario, por lo que cada prenda que acabo de ponerme llevaba aún prendida la etiqueta. Me he vestido con unos vaqueros, un jersey negro, unas botas y un abrigo a cuadros escoceses que hace juego con el gorro y la bufanda de lana de color rojo que destacan sobre mi pelo rubio y liso. Nada de faldas estrechas, camisas entalladas, tacones y maquillaje sofisticado, tal y como se vestía Patricia, la mejor acompañante de The Hot Affaire. Vuelvo a ser Patty, una chica que, a pesar de que pueda resultar chocante, apenas ha vivido y rebosa ansias de hacerlo.

La estación de metro de Aldgate, donde me apeo, está en un extremo de Fenchurch Street, donde se ubican las oficinas de British Electric. Suspiro un momento antes de acceder al vestíbulo, donde se encuentra el primer obstáculo en forma de recepción.

—Buenos días —saludo a la chica que la custodia—. Soy Patricia Serra y tengo cita con el señor O'Brien.

—Un momento, por favor. —La empleada teclea en su ordenador, da su conformidad y me ofrece una tarjeta de identificación que me prendo en la solapa del abrigo—. El señor O'Brien la espera en su despacho.

—Gracias —respondo antes de coger el ascensor y subir hasta una de las últimas plantas.

Una vez arriba, atravieso un ancho pasillo que desemboca en el despacho del vicepresidente, en cuya antesala se encuentra su secretaria. De reojo, observo otra puerta, custodiada por otra secretaria, y donde se puede apreciar el nombre del presidente en una placa dorada.

—Señorita Serra —me saluda la secretaria de Scott—, puede pasar. El señor O'Brien la espera.

Le doy las gracias y accedo al interior de la estancia mientras ella cierra a mi espalda. Scott se encuentra sentado tras su escritorio y se levanta nada más verme entrar.

—¡Patty! —Se me acerca y me abraza de forma efusiva, con beso en la mejilla incluido. Me emociona un recibimiento tan cordial—. Dios mío, Patty, qué gusto verte. Cuando mi secretaria me advirtió de la visita de una tal Patricia Serra no daba crédito. ¿Cómo has conseguido colarte en mi agenda?

—Tengo mis recursos. —Sonrío.

No voy a hablarle de Jacob y su facilidad para meterse en el ordenador de cualquiera.

—Pero... cuéntame —me dice, todavía sujetándose las manos—. Estás guapísima, por cierto. Diferente.

—Lo sé. —Sonríó—. He dejado la agencia.

—Vaya —se sorprende—, debe de ser eso, pues te veo más natural, más auténtica. Entonces, puede que sea una tontería preguntarte a qué has venido. Supongo que a ver a James. —Me invita a sentarme en un sofá de piel—. ¿Quieres tomar algo?

—Un café estaría bien.

Él mismo me lo prepara y luego se sienta a mi lado.

—No pretendo abordarlo —le aclaro—. Quiero hacerlo bien, por eso he venido a verte. Necesito que me hagas un favor.

—Lo que esté en mi mano.

—Necesito un trabajo y he pensado en esta compañía. Lo que sea, me adapto a cualquier cosa. Necesito mantenerme ocupada, aparte de que vivir en Londres es muy caro. —Sonríó.

—Déjame que te lo mire, pero seguro que puedo arreglar algo. ¿Estás segura de lo que estás haciendo?

—Sí. —Me encojo de hombros—. Bueno, más o menos. He pensado que no tengo nada que perder.

—Te marchaste, Patty —me recuerda—. Dejaste a James tirado y muy jodido por tercera vez.

—Lo sé, lo sé —me lamento—. Pero necesito intentarlo. Lo quiero.

—Ya... —suspira—. Antes de que continúes, estoy obligado a decirte que James está saliendo con alguien.

Un pedacito de mi corazón acaba de resquebrajarse.

—Supongo que es normal —murmuro—. ¿Llevan juntos mucho tiempo? ¿Sabes si está muy... enamorado? —Decir la última palabra me ha costado un mundo.

—Está saliendo con Heather.

Creo que acabo de convertirme en piedra, con la misma expresión de incredulidad que tenían los recién petrificados por la mirada castigadora de Medusa.

—¿Cómo dices? —logro articular—. No puede ser... Después de lo que le hizo...

—Su boda con el marqués se malogró —me explica—. El tipo se lo pensó mejor y decidió que todavía era pronto para atarse. Un par de encuentros fortuitos fueron suficientes como para que James decidiera salir con ella. Cree que así sufrirá menos, si se une a una mujer que no ama. Bastante lo ha jodido el amor ya. Palabras textuales tuyas.

—Mira, Scott —le digo, algo más repuesta del *shock* por la noticia—, tú y yo sabemos que eso es una temeridad. James no puede conformarse así, saliendo con esa zorra que se acostaba con otros...

De pronto, Scott alza una de sus rubias cejas y compone una mueca de «¿Perdona?, ¿lo dices en serio?».

—Vale —reculo—, no ha sido un motivo muy afortunado, pero tú me entiendes. Heather no lo ha querido nunca, ni él la ha querido a ella. Sin embargo, nosotros...

—Os habéis amado mucho —me interrumpe—. Pero ¿de qué servía vuestro amor si te largabas y desaparecías en sus narices? A él no le importó tu pasado, te buscó, te trajo a Inglaterra y te pidió una oportunidad que, por cierto, rechazaste.

—Todo eso ha pasado ya —insisto mientras siento mis uñas clavarse en mis palmas—. Voy a intentar recuperar a James y ni tú ni Heather me lo vais a impedir. Si tú no me ayudas, ya buscaré trabajo en otra parte.

Me levanto y hago el amago de darme la vuelta, pero Scott me sujeta por un brazo.

—Tranquila, preciosa. —Sonríe—. Sólo quería ponerte las cosas lo más difícil posible para ver si valía la pena echarle una mano. Estaré encantado de contribuir a que esa descerebrada de Heather desaparezca del condado.

—Supongo que no puedo reprocharte que me hayas puesto a prueba. —Suspiro—. Me lo merezco.

—Tonterías —contesta, animado—. Ahora mismo voy a hacer unas cuantas llamadas. Tómate cualquier cosa mientras tanto.

Me señala una zona en la que hay una pequeña nevera, un hervidor de agua para el té, la máquina de café y algunas pastas.

Me decanto por un té y mientras me lo preparo oigo su voz de fondo hablando con algún responsable. Me siento mal por ponerlo en esta tesitura, pero dudo de que a British Electric le vaya a suponer demasiado trastorno contratar a una trabajadora más.

—Arreglado —me anuncia después de colgar—. He hablado con Peter Dench, el responsable de Recursos Humanos. Llevamos una racha importante de bajas laborales que hacen indispensable reclutar sustitutos temporales y en ese departamento están hasta arriba. Les irá bien contar con una persona que los ayude con la primera criba de los candidatos.

—Genial —contesto, decidida. Estoy preparada para ello y debo tener confianza en mí, tal y como me ha recordado Sara en multitud de ocasiones—. Muchas gracias, Scott, te debo una. ¿Cuándo empiezo?

—Pues... —se mira el reloj—, ¿te va bien ahora? Peter quería subir a darme un beso por enviarme ayuda, y si no ha venido es porque no tiene tiempo. —Ríe—. Además, en cuanto te vean, les alegrarás el día.

—Gracias otra vez. —Me acerco y le doy un beso en la mejilla—. ¿Me encontraré con James al salir de tu despacho?

—No, tranquila. Está de viaje y no vuelve hasta esta noche. Estoy deseando ver su cara cuando te vea mañana.

—Espero que no tengas problemas por contratarme por tu cuenta.

—Ser el vicepresidente no es cualquier cosa —bromea.

—Tal vez todo esto no sirva para nada —me lamento—, pero...

—Lo pasado no tiene remedio, Patty —me interrumpe—. El futuro sí que podemos cambiarlo. Es mi jefe y mi amigo y lo ha pasado muy mal, pero no estoy dispuesto a que desperdicie su vida con Heather.

—Bueno —suspiro—, será mejor que vaya en busca del señor Dench. No sé si nos veremos mucho a partir de ahora.

—Por supuesto que nos veremos.

Me guiña un ojo y compone una expresión traviesa y muy atractiva.

En fin, allá voy. Con lo planificado que había tenido siempre mi futuro, y ahora no tengo ni idea de lo que me depara... ni siquiera en el plazo de unas pocas horas.

* * *

—Primer paso conseguido —le explico a Jacob por teléfono una vez llego a mi apartamento.

—Sabía que lo lograrías —se alegra—. Incluso la suerte ha estado de tu parte al no toparte con el inglés.

—Pero mañana me lo encontraré de morros, de eso no me libra nadie.

—Ése es el plan, guapa, o no tendría gracia. ¿Nerviosa?

—Mucho —admito—. Pero ilusionada también, a pesar de la noticia de su reanudado noviazgo con Heather.

—Un contratiempo, no lo discuto —me dice—. Sin embargo, tenemos a nuestro favor que James es mínimamente inteligente. En cuanto te vea, comparará y enviará a la pedante pelirroja a freír espárragos.

—Te recuerdo que tengo yo más motivos para que me envíe a la mierda directamente.

—Nunca subestimes el poder del amor, cariño.

—Qué épico eres a veces —bromeo.

—Recuerda que soy el ángel que vela por ti.

—Lo que yo diga...

Capítulo 24

James

Como me viene ocurriendo los últimos meses, no espero a que me suene el despertador porque llevo despierto más de una hora. Harto de estar en la cama, me levanto y, todavía en cueros, me voy directamente a la ducha. Una vez que salgo, envuelto en el albornoz, observo el cabello oscuro desparramado sobre la almohada y un cuerpo desnudo bajo las mantas.

—Buenos días —me saluda con una sonrisa perezosa—. ¿Ya te marchas a trabajar?

—Sí —contesto secamente—. Y tú también puedes marcharte. Vístete. —Cojo sus ropas, que seguían tiradas en el suelo, y las lanzo sobre la cama.

—Vale, vale, ya me voy —refunfuña mientras se levanta y se viste—. No esperaba quedarme a vivir aquí, pero tampoco hace falta que me echés.

—Mira... —¿Cómo coño se llamaba?

—Jane —me aclara.

—Pues eso, Jane, te lo dejé claro anoche. Antes de irme a trabajar, quiero dejar mi casa vacía.

—No te preocupes, ya me largo.

Se pone la ropa en tres movimientos y desaparece por la puerta.

Emito un sonoro suspiro. Me he acabado permitiendo traer mujeres a casa, pero, una vez pasado el sexo, no quiero verlas revolotear por aquí, como tampoco quiero saberme sus nombres o acordarme de sus caras.

Cuando ya me he vestido y me he tomado el café, cojo un taxi hasta la oficina. Saludo a la recepcionista y, a continuación, a mi secretaria.

—Buenos días, Shirley. ¿Alguna novedad en mi ausencia?

—Buenos días, señor Compton. Pues sí. Tiene usted una reunión que organizó el señor O'Brien ayer a última hora con Peter Dench.

—Gracias, Shirley; enseguida voy.

Dejo mi maletín sobre mi escritorio y bajo por la escalera hasta la planta inferior, donde se encuentra el departamento de Recursos Humanos. Observo que ya me espera Peter en la puerta de su despacho junto a Scott y varios responsables más. Justo un segundo después de saludarlos y de dirigirme al despacho, algo instintivo que no sabría reconocer me hace desviar la vista hacia la izquierda, donde se encuentran los puestos de trabajo de los empleados del departamento. En concreto, una empleada consigue que se me paren al mismo tiempo las piernas y el corazón.

«Pero ¿qué demonios...?»

—Vayan entrando, señores —les digo a los integrantes de la reunión—. Vuelvo en un instante.

Me acerco al puesto mientras estoy a punto de refregarme los ojos por si estoy viendo visiones. Pero no, veo perfectamente. Es Patty. Sí, mi Patty. Quiero decir... la Patty que conocí. Las palabras que quiero soltar se me atragantan en la garganta, sobre todo al colocarme sólo a un metro de distancia de ella, que todavía no se ha percatado de mi presencia y continúa con la atención puesta en algunos documentos. Está diferente, como si de repente estuviese viendo a una Patty más joven y despreocupada. Tal vez sea la ropa, más informal que de costumbre, o el escaso maquillaje que deja a la vista su cutis blanco y perfecto, o su pelo, tan rubio como siempre pero con flequillo y las puntas desfiladas, enmarcando un rostro más dulce que nunca...

«Pero ¿qué coño estoy diciendo? ¡Despierta, estúpido!»

—¿Se puede saber qué haces aquí? —le suelto de forma claramente hostil.

—James...

—Aquí soy el señor Compton —la interrumpo.

—Pues... trabajo aquí, señor Compton.

—¿Esto es una broma? —le espeto—. ¿De qué diantres estás hablando?

—Oh, James —nos interrumpe Peter—, veo que ya conoces a mi nuevo fichaje. Puedes agradecerle a Scott la nueva adquisición. Además de competente, ilumina con su presencia nuestro deprimente departamento y...

Antes de que acabe, me giro hacia Scott, que me mira como si jamás hubiese roto un plato.

—¡Queda aplazada la reunión hasta nueva orden! —vocifero—. Y tú, Scott, te vienes ahora mismo conmigo a mi despacho.

—A sus órdenes —ironiza, socarrón.

Ni siquiera vuelvo a mirarla. No quiero mirarla, no quiero verla. Quiero que desaparezca ahora mismo de aquí.

Por fin, sintiendo mi cuerpo arder como si acabara de salir de las llamas del infierno, cierro la puerta de mi despacho detrás de Scott.

—Busca una buena razón para no despedirte ahora mismo. O, mejor, para no romperte las dos piernas.

—Tranquilo, James, tranquilo. Ahora te lo explico.

—¡No me pidas que me tranquilice, joder!

—A ver, cómo te lo digo... Lo he hecho por lástima.

—¿Lástima? ¿Por quién?

—Por la pobre Patty. —Suspira de una forma que me parece demasiado teatral—. Parece ser que, al final, dejó la agencia. Ha intentado encontrar trabajo por otros ámbitos, pero no lo consigue, así que no le llega ni para los pagos del alquiler...

—Deja el drama, Scott. Ella me habló de un edificio que pensaba convertir en hotel.

—Ah, eso. Todo perdido. Problemas de permisos con gobiernos y ayuntamientos... una ruina.

—Contando con que me crea todo eso —le digo—, ¿no había otro lugar en el mundo donde

trabajar que no fuera en este maldito edificio?

—Ya te lo he dicho, me dio pena cuando vino a implorarme ayuda. Justo en ese momento, Peter se presentó ante mí a quejarse de su falta de personal y pensé que podría irle bien la ayuda de Patty. Y no fue una mala decisión. En el departamento están encantados con ella.

—No quiero verla cerca de mí —gruño—. Si has ideado alguno de tus absurdos y sucios planes...

—¡Por supuesto que no! ¿Por quién me tomas? He sido yo quien ha soportado tus neuras desde que se marchó, así que no pienso urdir ningún plan a su favor. Quiero que sepas que, por si su propósito era camelarte otra vez, le he dejado claro que sales con otra persona.

—¿Le has dicho que tengo pareja? —me sorprende.

—Le he dicho que has vuelto con Heather.

Siempre he pensado que mi amigo tiene una imaginación desbordante, pero inventar que he vuelto con esa zorra...

—Le has dicho, ¿qué?

—Vamos, Jamie, reconoce que ha sido una magnífica jugada. No tengo ni idea de sus intenciones, pero, por si acaso, le he dejado claro... que tú no eres un maldito segundo plato de nadie. Bueno, en su caso, ni tercero, ni cuarto...

—Vale, vale, lo he pillado. Me importa un bledo tu fantástica idea y tus estupendas intenciones, pero no quiero tener a esa mujer trabajando a sólo un piso de distancia. Igual que fuiste tan rápido para contratarla, quiero que uses la misma labia para despedirla.

—Ah, no, ni hablar —responde al tiempo que levanta ambas manos—. Peter y su departamento se me echarían encima. Paso de movidas. Despídela tú.

—¿Acaso no me crees capaz?

—Por supuesto que eres capaz.

—Bien, pues, en primer lugar, retomaremos la reunión que teníamos prevista. A continuación, hablaré con ella y le exigiré que se vaya.

—Como quieras.

Scott se encoge de hombros y abre la puerta del despacho para dirigirnos de nuevo a la planta inferior.

—Joder —murmuro mientras lo sigo.

La reunión no ha podido ser más nefasta. Peter se ha dedicado todo el tiempo a alabar a los nuevos integrantes del departamento, Patty entre ellos. Ha agradecido la ayuda que le hemos otorgado de forma tan rápida y eficiente y blablablá...

—Creo que podemos dar por concluida la reunión —anuncio.

Me pongo en pie de un salto, harto e incómodo con la situación. Aunque no tengo muy claro si lo que me incomoda es haberla vuelto a ver o pensar en que voy a despedirla y a decirle que se marche porque no soporto tenerla cerca.

Las manos me sudan mientras me acerco a ella. Está riendo por la gracia de algún compañero y

su risa parece clavarse en el centro de mi corazón, produciéndome dolor físico y real.

—Señorita Serra —me dirijo a ella—, acompáñeme a mi despacho, por favor.

—¿Ocurre algo, señor Compton? —me pregunta.

—Se lo diré en mi despacho —le exijo.

—Esto es muy irregular —nos interrumpe Peter mientras ella se pone en pie—. No recuerdo a ningún otro empleado reclamado por el presidente en persona. ¿Hay algún problema con Patty?

—Te daré las explicaciones que crea conveniente, Peter —le recrimino—. Haz tu trabajo y déjame hacer el mío.

—Por supuesto —acepta, tenso.

Intento, durante el trayecto, no pensar en que tengo a Patty detrás de mí, aunque se me hace bastante difícil al oler su perfume, oír sus pasos y hasta su maldita respiración.

Una vez en el despacho, aviso a mi secretaria de que no nos interrumpan y cierro la puerta. No me molesto en decirle que se siente o en ofrecerle nada.

—Quiero que me digas ahora mismo la verdad —le exijo—. Quiero que me expliques qué haces aquí y por qué.

Patty inspira con fuerza y me mira directamente a los ojos. Parece decidida, y lo demuestra elevando su barbilla antes de responder.

—Estoy aquí porque te quiero.

Capítulo 25

—Estoy aquí porque te quiero —le respondo.

No he venido a inventar una historia o a eludir mi responsabilidad con mentiras. Si James se incomoda, es su problema. ¿No quiere la verdad? Pues ahí la tiene.

—He aparecido en tu empresa para poder verte y estar cerca de ti, porque te quiero tanto que no puedo seguir adelante. Tu recuerdo me consume y no me deja hacer otra cosa que pensar en ti. Pensé que podría hacerlo... que podría, si no olvidarte, al menos seguir con mi vida, pero me es imposible, James, porque me arrepiento cada minuto del día de no haberme quedado contigo.

Creo que lo he dejado mudo de la impresión.

—¿Qué ocurre? —le digo, al observar su expresión de desconcierto—. ¿Esperabas una respuesta más cómoda?

—No sé lo que esperaba —confiesa. A continuación, se deja caer en su mesa y cruza los brazos—. Desde luego, eso no.

—Sé que ya es tarde porque has vuelto con Heather —continúo—, y te prometo que no era mi intención romper ninguna relación, pero...

—Pero ¿qué? —me corta, de pronto—. ¿Te crees mejor que ella? ¿Crees que puedes aparecer aquí, meses después de desaparecer, y soltarme que me quieres y te mueres por mí? ¿Piensas que voy a cambiar mi vida y a dejarlo todo por ti?

—No —respondo, tensa—, pero me sorprende que tengas una relación sin amor.

—¿Tú qué sabes? —me escope mientras acorta la distancia que nos separa y se planta a un palmo de mí—. ¿Por qué estás tan segura de que no hay amor entre Heather y yo?

Su papel de abusón está empezando a cargarme. Me acerco todavía un poco más y coloco mi boca a un par de centímetros de la suya para poder susurrarle mi respuesta.

—Porque lo sé.

Incómodo, se aparta de mí y vuelve a tomar asiento tras su sillón. Coloca los codos sobre el escritorio y la barbilla sobre sus nudillos.

—El caso es que estamos juntos y vamos a casarnos —me comunica—, así que no veo modo de alcanzar tu objetivo de engatusarme otra vez, a no ser que...

—¿Qué? —inquiero al ver que se golpea el labio con la yema del dedo índice.

—¿Sabes? —Cambia de tema—. Te he hecho venir a mi despacho con la intención de despedirte.

—Pues no lo has hecho —lo encaro.

—Y no lo voy a hacer, porque se me ha ocurrido algo mejor. ¿Quieres tener una relación conmigo?

El corazón se me acaba de parar.

—¿Qué... qué quieres decir? ¿Y Heather?

—Oh, es una relación abierta. Ella tiene sus... distracciones por ahí y yo tengo las mías.

—Entonces me estás proponiendo una relación...

—De amantes —me aclara—. No pienso renunciar a un noviazgo oficial con alguien de mi clase por alguien... como tú, pero he de reconocer que el sexo que practico últimamente con desconocidas no acaba de satisfacerme. Y como te veo tan dispuesta... Me parece muy excitante tener una relación jefe-empleada.

—Eres un cerdo —siseo—, y un maldito cabrón. No estoy tan desesperada como para aceptar esa mierda que me ofreces.

—Vuelves a tu vocabulario natural —me dice con una falsa sonrisa—. La cabra siempre tira al monte.

—Vete a la mierda —replico, antes de aferrar el pomo de la puerta—. Mañana mismo le diré a Peter que le doy una semana de tiempo para que busque a otra persona. No te preocupes, no volveré a molestarte más.

En un rápido movimiento, se levanta y aparece junto a mí para acercarse a mi oído y poder susurrarme, tal y como yo he hecho con él.

—Piénsalo esta noche. —Su aliento, cálido, se introduce por mi conducto auditivo y llega hasta mi cerebro—. Mañana me das una respuesta definitiva.

Cuando se aparta de mí, cierro la puerta y me voy en busca de los servicios, donde poder lavarme la cara para así intentar borrar con agua las ganas de llorar. Como si eso fuera posible.

* * *

—Lo que oyes, Sara —le comento a mi amiga por teléfono mientras me tomo un té en la diminuta cocina de mi apartamento—. El muy capullo me ha ofrecido que seamos amantes para no dejar a su novia de alto copete.

—Vale —responde—, reconozco que no me esperaba algo así, pero tampoco veo tanto drama. Acepta.

—¿Cómo dices? ¿Estás loca?

—Perdona, guapa, pero deberías hacer memoria y recordar el día que, tanto tú como mi querida hermana, me aconsejasteis que utilizara el sexo para recuperar a Héctor en nuestro viaje a París.

—No es lo mismo...

—Claro que es lo mismo —me corta—. Tú eres una mujer enamorada, lo que era yo; él es un hombre al que has hecho daño, tal y como se sentía Héctor.

—Pero no es eso lo que quiero...

—Hazme caso, Patty —me vuelve a interrumpir—. Acepta ser su amante, durante una temporada al menos. Es la única oportunidad que tienes de demostrarle que estáis hechos el uno para el otro.

—Puede que ya no me quiera —le rebato—. Puede que me odie tanto que pretenda humillarme, y lo siento, Sara, pero ni por todo el amor que siento pienso dejar que me trate como a un felpudo.

—Pues tómalo como una prueba —me propone—. Si su intención es humillarte, lo verás enseguida y entonces le das una patada en el culo, por mucho que te duela. Si, por el contrario, te sigue queriendo pero tiene miedo de volver a sufrir, ahí estarás tú, para convencerlo de que no vas a volver a hacerle daño. Lo mismo que me tocó a mí hacer en París.

—Tiene su lógica —murmuro.

—Si quieres, nos volvemos a apostar otro viaje, pero esta vez elegimos destino de antemano. Me pido Canadá, que nunca he estado y me apetece ir con Héctor.

—¿Te das por ganadora? —le pregunto con una mueca.

—Por supuesto, Patty. Por experiencia te puedo decir que el amor consigue cosas a priori imposibles, pues es capaz de atravesar muros impenetrables y subir escaleras infinitas.

—Te pones tan épica como Jacob.

—Lo bueno abunda, cariño.

* * *

A pesar de que para mí sea simplemente James, aquí, en el trabajo, es el presidente, y no es tarea fácil encontrarlo por casualidad o pedir una cita con él. Sin embargo, me da la impresión de que él ya lo tenía previsto y ha bajado al departamento de Recursos Humanos con la excusa de preguntarle algo a Peter. Aun así, aunque pudiera acercarme a él, no se me ocurre la forma de poder contestar a su proposición... aunque a veces las cosas las podemos hacer más fáciles de lo que parecen.

—Señor Compton —me dirijo a él cuando entiendo que su conversación ha terminado—, perdone un momento.

—¿Sí, señorita Serra?

—He estado pensando en lo que me comentó ayer sobre... mi trabajo. La respuesta es sí, estoy capacitada para dar el paso que ustedes me proponen.

—Me alegro, señorita Serra. —Hacía tiempo que no veía brillar de forma tan evidente las motas verdes de sus ojos—. Posiblemente, mañana mismo, le den nuevas instrucciones. Buenos días.

Suspiro. Ya no hay vuelta atrás. Entiendo que ha querido decirme que mañana quedaremos de alguna forma. De momento, trataré de seguir con el plan del día y ya pensaré mañana en la locura que he decidido. Estoy empezando a dudar de la buena influencia de mi amiga Sara...

* * *

El día ha resultado un poco tenso, entre el trabajo acumulado, las prisas de Peter y la decisión que he tomado, así que, una vez que llego a mi apartamento, decido tomarme el resto de la tarde de completo relax. Abro el grifo de la bañera y, mientras se va llenando, vierto una buena cantidad de sales relajantes. A continuación, me embadurno el pelo con una mascarilla nutritiva y me lo envuelvo en film transparente. Para terminar, hago una infusión con varios sobres de manzanilla y, cuando éstos se han enfriado, me los coloco sobre el rostro para suavizar las ojeras y los signos de cansancio.

Cuando por fin cierro el grifo de la bañera y procedo a meterme en ella para dejar que los productos hagan efecto, suena el timbre de la puerta.

—Vaya —refunfuño—. Qué inoportuno, sea quien sea.

Abro la puerta con la cadena de seguridad y, cuando veo quién hay al otro lado, cierro de un golpe.

—¡Joder! —exclamo—. ¡No puede ser!

—¿Me has cerrado la puerta en las narices? —pregunta James tras la puerta.

—¡Tendrías que haberme avisado! —le grito.

«Joder, joder, joder... menudas pintas llevo para recibir a mi supuesto amante...» Y, encima, él no puede aparecer más apetecible, con un traje oscuro, el cabello alborotado, las manos en los bolsillos, apoyando un hombro en el marco con expresión indolente...

—Vamos, Patty, ábreme. No me tengas aquí toda la noche esperando.

Encima con exigencias. ¡Pues venga, pienso abrir la puerta! ¡Pero que luego no se queje!

Quito la cadena, abro la puerta y me planto ante James con el pelo envuelto en plástico, los pegotes de manzanilla en la cara, una bata de felpa a cuadros y unas zapatillas a juego.

—Joder. —Una vez dentro, se tapa la boca para disimular la risa—. Con eso en la cabeza pareces un espermatozoide.

—Muy gracioso. —Me aparto para que entre en el salón—. Me has dicho que vendrías mañana, o eso me ha parecido entender.

—Has entendido bien —comenta mientras ojea lo que lo rodea, todavía con las manos en los bolsillos del pantalón. El corazón me salta en el pecho nada más mirarlo. Todavía no me creo que esté en mi casa—, pero luego he cambiado de opinión y he adelantado mi visita. —Ahora se gira para contemplarme—. Aunque, si llego a presagiar que ibas a recibirme con esa facha, me lo habría pensado mejor.

Su sonrisa sincera atraviesa la coraza de indignación que me rodea y acabo riendo yo también.

—Si todos los hombres que visitan a sus amantes se las encontraran así, se acabaría la infidelidad. —Río.

Tras mi inútil comentario, me veo obligada a tragar mi propia saliva y a parpadear de forma

incontrolada. James ha inclinado su cabeza hacia atrás para emitir una sonora carcajada, haciendo que recuerde nuestros momentos de risas juntos, que parece que tuvieron lugar siglos atrás.

—¿Con ese comentario me quieres decir que no te parece bien que le sea infiel a Heather contigo? —me plantea, todavía con los vestigios de las risas.

—De eso nada —le suelto—. Ahora mismo me doy una ducha y salgo decente por esa puerta en diez minutos. No puedo ofrecerte nada de beber, aunque tengo refrescos en la nevera o cápsulas de café en la cocina. Sírvete tú mismo.

—Lo que yo digo —vuelve a bromear—, ni un solo detalle con tu amante.

—Pues si mi amante no está conforme, que se consuele con otra —replico antes de cerrar la puerta del baño.

Vale, he dado la impresión de estar tranquila con un punto de beligerancia, pero, ahora que estoy aquí dentro, corro como un gamo para adecentarme mientras despotrico en voz baja.

—Mierda, mierda...

Aunque, cuando me desprendo del plástico del pelo y me veo en el espejo, me pongo a reír de nuevo por la situación estafalaria que acabo de protagonizar. Y qué bien sienta reírse de uno mismo.

Tal y como le he dicho, en diez minutos me he duchado, lavado el pelo y secado con una toalla. Me pongo un albornoz y salgo en busca de mi dormitorio para vestirme, pero James me ve pasar desde el salón, donde se encuentra parado en mitad de la estancia mientras le da un trago a una lata de Coca-Cola.

—Muy puntual —me dice.

—Un momento —exclamo—, todavía tengo que vestirme.

Entro en la habitación y, cuando deshago el nudo del albornoz y puede entreverse mi cuerpo desnudo, observo a James parado en el umbral de la puerta.

—¿Podrías dejarme un poquito de intimidad, por favor? —le pido mientras cruzo la prenda sobre mi cuerpo.

Él no me dice nada. Únicamente se limita a dejar la lata de refresco sobre mi cómoda y después se acerca. Hipnotizada, me miro en sus ojos, cuyo color castaño se ha oscurecido hasta fundirse con las pupilas, como siempre que me mira con deseo. Su respiración parece acelerarse por segundos y juraría que le tiembla el labio inferior mientras aparta mis manos y vuelve a abrir el albornoz. Su inspiración se hace claramente audible cuando contempla mi desnudez.

—No es necesario que hagas nada más —susurra—. No necesitas bonitas prendas, elaborados peinados ni perfumes caros. Tú y sólo tú, Patty.

—Gracias —susurro cuando siento deslizar sus manos por mi pelo húmedo y mis mejillas—, pero quería ponerme guapa...

—No hace falta —vuelve a susurrar—. Te puedes envolver en plástico, en horribles batas de cuadros o en un saco, que seguirás siendo la mujer más hermosa del planeta.

Su rostro está tan cerca del mío, y su boca tan cercana a la mía, que temo que mi respiración se

acelere tanto que comience a hiperventilar. Poco a poco y con toda la dulzura del mundo, James posa sus labios en los míos y me besa de una forma que consigue que casi me explote el corazón; dulce, suave, ardiente, erótico... Cada vez profundiza más su lengua y aumenta la presión, sobre todo cuando ambos emitimos un jadeo que casi nos consume. Enlazo su cuello con mis brazos y trato de pegarme a él mientras los jadeos se transforman en profundos gemidos.

A continuación, James sujeta la solapa del albornoz y tira de él hacia atrás para dejarme totalmente desnuda... pero yo no me despego de él. Ni siquiera me pasa por la cabeza que él sigue vestido, puesto que las sensaciones que me producen sus ropas en mi piel son de lo más erótico que he sentido nunca.

—James... —consigo articular cuando deja mi boca y se lanza sobre mi cuello y mis pechos, que devora con ansia.

Y yo sigo aferrada a él como una hiedra mientras dejo que su boca succione mis pezones y las palmas de sus manos aferren mis glúteos para pegarme más a él, si ello es posible. Inclino la cabeza hacia atrás y dejo que su boca recorra cada centímetro de mi piel ardiente.

Dios, qué maravilloso es dejarse amar por James. Millones de sensaciones recorren cada una de mis venas y mis terminaciones nerviosas. Más que nunca, dictamino que jamás otro hombre haría posible que sintiera una milésima parte de lo que James me hace sentir con el simple roce de sus dedos.

Lo único que me falta son los susurros eróticos que siempre han acompañado sus caricias. Tengo la impresión de que, de algún modo, James se está conteniendo. Cierto es que me está besando con pasión, que sus besos atraviesan mi alma y sus caricias estremecen hasta el último vello de mi cuerpo, pero sé que no lo está dando todo... como si no quisiera exponerse de nuevo a los sentimientos.

Es libre de actuar así. Aunque, que yo sepa, nadie ha dicho que no me exponga yo.

—James, cariño —gimo—, cómo te he echado de menos. Cómo he anhelado tus labios y tus manos en mi cuerpo. Me vuelves loca, completamente loca...

Creo que he acertado, puesto que ha soltado un gruñido que no parecía humano. Se ha desprendido de mí, me ha tomado de los antebrazos y me ha guiado hasta mi cama para sentarme en el filo mientras él se arrodilla en el suelo, abre mis piernas y las coloca sobre sus hombros.

—Sí, oh, sí —gimo al tiempo que me dejo caer sobre la colcha, con los brazos por encima de mi cabeza—. Y esto también lo he echado de menos.

Con un nuevo gruñido, hunde su cabeza en mi sexo y me hace el amor con su boca. El placer es tan intenso que clavo los talones en su espalda y agarro con fuerza la colcha entre mis dedos mientras muevo las caderas. Alcanzo el orgasmo con una rapidez insultante y, todavía en los vestigios del placer, James se levanta, me coge por la cintura y me coloca de rodillas sobre la cama. A mi espalda, oigo cómo se abre el pantalón y se coloca un preservativo antes de clavar sus dedos en mis glúteos y penetrarme en medio del largo gemido de ambos. Mientras me embiste con fuerza, me veo obligada a hundir mi rostro en el colchón y morder las ropas de la cama, tan

invadida me siento por James y por el placer que me proporciona. Unos pocos envites después, ambos gritamos por el clímax y acabamos cayendo sobre la cama. Yo todavía estoy desnuda y él sigue vestido, pero no parece tener la intención de separar nuestros sexos. Durante unos minutos permanece sobre mi espalda y percibo su respiración en mi cuello y sus manos acariciando mi columna vertebral.

No sé qué me lleva a decir las palabras siguientes. Juro que no forma parte de ninguna estrategia, simplemente, la intimidad compartida y el deseo que sigue demostrando James por mí me han emocionado hasta el punto de no poder evitar expulsar lo que siento.

—Te quiero, James —declaro.

Sus caricias cesan, y creo que también su respiración. Percibo perfectamente la tensión de su cuerpo antes de que salga del mío. Se desprende del preservativo y se abrocha el pantalón.

—Tengo que irme —se limita a decirme.

—¿Volverás? —le pregunto después de darme la vuelta y sentarme sobre la cama. No quiero que me vea desesperada ni desinteresada y procuro darle un tono neutro a la pregunta... aunque no sé si lo habré conseguido, porque él me mira durante un breve instante y después retira la vista al tiempo que se peina con los dedos.

—Supongo, pero no puedo decirte cuándo.

—¿Y cómo voy a saberlo?

—Lo sabrás, de alguna forma. Hasta la vista, Patty.

Cuando oigo el sonido de la puerta al cerrarse, me acurruco entre las mantas, puesto que mi cuerpo desnudo comienza a enfriarse. Hago un esfuerzo por ver el vaso medio lleno, pues, a pesar de lo impersonal que ha parecido nuestro encuentro, del escudo protector que ha utilizado o de que no se haya molestado ni en desvestirse, estoy segura de que James ha vibrado entre mis brazos como siempre, como si hubiese sido ayer mismo el día en que dijo que me amaba y que su vida sin mí sería un infierno. El mismo en el que se convertirá la mía si esto no sale como espero.

* * *

Ahora entiendo que Scott me contratara con tanta facilidad. En Recursos Humanos están hasta arriba de trabajo y apenas tengo tiempo de ir al baño o de comer. Desde que entré a trabajar aquí me limito a tomar café o té, porque puedo traérmelos a mi mesa, o algunas galletas que me guardo en un cajón.

Al pensar en comida, siento rugir mi estómago. Abro el cajón de mi escritorio, pero únicamente encuentro una galleta blanda y pasada. Será mejor que vaya en busca de un café.

—Tomas demasiadas bebidas estimulantes —me señala Peter Dench, mi jefe, al ver que vuelvo a dirigirme a la salita donde se encuentra la cafetera y la tetera.

—Tengo que espabilarme si quiero seguir con el trabajo y no quedarme dormida encima de mi mesa —le contesto.

—Lo siento, Patty. —Suspira—. Estamos pasando una racha tan estresante que no me había dado cuenta de las horas que te pasas aquí metida.

—No era una queja, señor Dench —lo tranquilizo mientras vuelvo con el café—. No pasa nada, estoy bien.

—Estás pálida y tienes ojeras —gruñe.

—Siempre estoy así —sonríe—, no se preocupe. Mi palidez y mis ojeras son crónicas.

—Hagamos una cosa —me dice—. Te prometo que, cuando este lío acabe, te invitaré a una buena comida inglesa.

—Me gusta más la española, pero acepto —bromeo.

Tras el papeleo, ayudo también a realizar entrevistas de trabajo, algo que me acaba ocupando todo el día. Aunque, si algo lo termina mejorando es, sin duda, que acabo de divisar a James. En este momento parece acompañar a la salida a alguna de sus visitas. Me ha visto, y lo sé porque su expresión se ha dulcificado cuando ha cruzado su mirada con la mía y creo que me ha sonreído.

¿Estará dando resultado la loca idea de Sara?

No tengo ninguna excusa para acercarme a él sin que parezca extraño, así que me hago la despistada por el lugar, haciendo como que busco algo, dando cada vez un paso más hacia James. Él se despide de la supuesta visita y, creo que, con el mismo disimulo que practico yo, da un par de vueltas, comenta algo con un comercial y, sin apenas darme cuenta, lo tengo justo al lado.

—Perdone, señorita Serra, estoy buscando a Peter.

—Está en su despacho hablando por teléfono, señor Compton.

—Gracias —me contesta.

Creo que voy a tener que echarle una mano.

Tengo muy cerca una fotocopiadora y se me ocurre en este mismo instante. Miro hacia un lado, hacia otro y, cuando me cercioro de que nadie está pendiente de mis movimientos, le doy un manotazo al paquete de hojas de papel dispuesto para las fotocopias. Docenas de ellas salen volando, creando una especie de ilusión blanca.

—Vaya, qué torpe —murmuro mientras me agacho y comienzo a recogerlas.

—No se preocupe —me dice James mientras también se inclina y se dispone a ayudarme.

—Señor Compton, por favor, ya recojo yo este desastre que he montado solita.

Antes de levantarse, todavía en cuclillas, coge unas cuantas hojas que hay desparramadas justo a mis pies y me las ofrece al tiempo que murmura unas palabras.

—Última planta. En diez minutos.

Se levanta y se va sin volver a mirarme.

Mi corazón ha empezado a bombear más aprisa. Con rapidez, recojo las hojas del suelo, las coloco en su lugar y miro a mi alrededor. Nadie parece reparar en mí o en que el presidente me haya dejado un mensaje, así que, aunque aún no hayan pasado los diez minutos, me dirijo sin dudar hasta el ascensor de la planta. Pulso el último botón y espero, nerviosa, los segundos que tarda en subir mientras me aliso el pelo en el espejo del pequeño habitáculo. Cuando las puertas se abren,

me encuentro, perpleja, con un pasillo que lleva directamente a toda una zona en penumbra llena de calderas, tuberías y vapor.

—Te has adelantado —oigo a mi espalda la voz de James—. ¿Estabas ansiosa por verme?

—Tal vez —sonríó mientras me doy la vuelta—, aunque veo que tú ya estabas esperando. ¿Ansioso por verme, señor Compton?

—Las horas se hacen muy largas en mi despacho —comenta mientras se acerca, lentamente, con ese caminar suyo tan elegante y sexy—. Necesitaba una distracción.

—¿Eso soy para ti, una distracción? —Levanto una ceja mientras intento aplacar mis latidos, descontrolados desde que James se ha colocado frente a mí.

Levanta las manos y cubre con ellas mis mejillas al tiempo que clava en mí sus ojos salpicados de motas verdes.

—Una peligrosa distracción —susurra—, porque no me deja pensar en otra cosa que no sea en besarla, señorita Serra.

A continuación, su boca se posa en mi boca y me besa, con su habitual mezcla de dulzura y pasión, como sólo James sabe hacer. Rodeo su ancha espalda con mis brazos y profundizo el beso, algo que lo obliga a expulsar un ronco gemido en mi garganta.

No decimos nada más. Nos limitamos a besarnos hasta que nos sobresalta el sonido sibilante de un chorro de vapor.

—Menudo lugar has escogido. —Río cuando nos separamos.

—No está tan mal —sonríe—, aunque todavía te queda por ver lo mejor. Acompáñame.

Me coge de la mano y tira de mí hasta una puerta metálica que empuja hacia fuera. Nos encontramos con una escalera de hormigón y la subimos hasta llegar a la azotea, donde el viento frío nos golpea la cara y el pelo y únicamente pueden verse antenas, salidas de aire... y unas vistas maravillosas.

—Oh, James, qué pasada. Se divisa todo Londres desde aquí.

Mi vista se empapa de la ciudad, atravesada por la franja ocre del Támesis, con el puente de Londres, el Big Ben y el palacio de Westminster, a pesar de la neblina que los cubre en este día gris.

—Me encanta —murmuro, embelesada.

—A mí también me encanta —susurra él, aunque compruebo que me está mirando a mí—. No he podido encontrar nada más bonito en ninguna parte del planeta.

—James... —susurro yo también, antes de dejarme caer en su pecho y de que él me rodee con sus brazos y bese mi pelo.

—Tenemos que bajar —comenta, al cabo de un minuto que me ha sabido a gloria—. Puedo encontrarme con cualquier tipo de catástrofe en mi despacho si faltó más de quince minutos.

—Lo sé —sonríó—. Incluso yo voy a encontrar una montaña de nuevos papeles sobre mi mesa. ¿Vendrás hoy a mi apartamento? —le pregunto con cautela.

—Sí, iré. —Su respuesta me hace soltar el aire del alivio—. Pero será bastante tarde. Tengo

una importante reunión a última hora y no sé cuándo acabará.

—No importa —le digo—. No tenía pensado hacer nada esta noche. Aunque intentaré darme mi baño relajante más temprano. —Río al mismo tiempo que lo hago reír a él.

—Me da igual lo que estés haciendo —contesta—, mientras me esperes y estés conmigo.

La sonrisa que compongo debe de abarcar todo mi rostro. Ahora sí estoy segura de que acerté con esta locura.

* * *

El buen humor que me ha envuelto todo el día me llena de una nueva vitalidad a la hora de salir del trabajo. Cuando accedo al exterior, a pesar de la llovizna que humedece la ciudad, decido no coger el metro y caminar por las calles. Hago una mueca al recordar que no llevo paraguas, algo impensable en esta ciudad, pero encajo mi gorro de lana sobre mi cabeza, le doy una vuelta más a mi bufanda y comienzo a andar. Creo que la felicidad que me embarga hace posible que apenas sienta el frío o la lluvia. Aunque, cuando llego a mi apartamento, compruebo que tengo la ropa empapada, incluso siento helados los dedos de los pies. Sé que tengo que cambiarme para no coger más frío, pero me siento un instante en el sofá, me quito las botas y me acurruco cuando el cansancio me vence.

—Sólo será un momento —murmuro entre dientes.

Pero el sueño me acaba visitando. Debe de ser que, cuando se es feliz, el cerebro desconecta más fácilmente e intenta recuperar el descanso perdido...

* * *

—Patty, cariño, despierta. Patty...

Tardo unos segundos en aceptar que la voz de James no está en mis sueños, sino en la realidad. Parpadeo para abrir los ojos y me lo encuentro inclinado sobre mí.

—¿Cómo has entrado en mi casa? —le pregunto con la boca aún seca.

—He llamado al timbre, pero no contestabas —me explica—. Me ha parecido extraño, así que le he pedido una copia de la llave a la portera.

—Lo siento, me he dormido. —Me froto el rostro con las manos—. No hay manera de que me encuentres decente. —Sonrío.

—No pasa nada, debes de estar cansada, yo tampoco duermo mucho últimamente. Pero ¿qué te ha pasado? Estás empapada. Tienes que quitarte esta ropa.

—Decidí venir caminando —le comento mientras dejo que me quite el abrigo.

—¿Con este tiempo? —Después del abrigo, me saca el jersey por la cabeza y los pantalones por las piernas, aunque con bastante esfuerzo porque se quedan pegados—. Mírate, vas a caer

enferma, quedarte dormida con toda esta ropa mojada... Hasta el pelo tienes empapado. Voy a buscar una toalla y una manta.

—No, espera —lo detengo, cogiendo su mano—. No tengo frío ni estoy enferma. Sin embargo, estoy tumbada en el sofá en ropa interior, contigo aquí delante...

James se queda quieto, sentado todavía en el sofá. Observa mi cuerpo, únicamente cubierto por el sujetador rosa y las braguitas a juego.

—Creo que ya tienes el trabajo medio hecho —insisto, traviesa—. Aunque me gustaría que esta vez quedaras en igualdad de condiciones y te desnudaras tú también.

No dice nada, pero sonrío al tiempo que lleva sus manos a la corbata y a los botones de la camisa. Desde mi posición en el sofá, estiro los brazos para ayudarlo a sacarse la prenda por los hombros y, a continuación, desabrochar su cinturón y su pantalón. Mientras se desprende de la ropa interior, yo hago lo mismo con la mía y, sin perder un segundo, tiro de él para que cubra mi cuerpo totalmente.

—Estás fría —susurra antes de besar mi cuello y mis hombros.

—Ya no —gimo. Abro las piernas para acogerlo más y elevo las caderas cuando siento el cosquilleo del vello de su pecho y de sus piernas y la dureza de su miembro en mi pubis—. Porque ahora tú estás aquí, y estás caliente. Calientame, James...

Su boca atormenta mis pechos, mi vientre, mis caderas y mi sexo, que arde al contacto de sus labios y su lengua. Introduzco mis dedos en su pelo y presiono su cabeza para apropiarme de todo el placer que sé que puede proporcionarme. Como siempre, estallo en el clímax de forma casi inmediata.

—Te doy demasiado poco trabajo —bromeo mientras él se incorpora y extrae un preservativo de su chaqueta tirada en el suelo.

Después de envolver su miembro, hace el intento de cogerme por la cintura para darme la vuelta, como hizo la noche anterior, pero paro su movimiento.

—No, así no, James. Mírame, por favor. Mírame a los ojos.

Duda un instante, pero, al final, vuelve a colocarse sobre mí, tantea mi entrada y me penetra en medio de un largo gemido. Se apoya con los antebrazos en el sofá y me mira, tal y como yo deseaba. Sus caderas comienzan a embestir con fuerza y con velocidad, mientras ninguno pierde detalle del rostro del otro. Sigo echando en falta sus palabras y murmullos mientras me hace el amor, pero los suple con creces mirándome de una forma tan intensa.

Las sensaciones son indescriptibles. En el pequeño hueco en el que nos hemos dispuesto, nuestros cuerpos parecen uno solo, más cuando rodeo sus caderas con mis piernas y sus hombros con mis brazos, para sentirlo aún más adentro. Él baja la cabeza y me besa, expulsado sus jadeos en mi boca, que acojo con placer. Acelera un punto más el ritmo, uno más, un poco más... y los dos estallamos en fuertes gemidos cuando el orgasmo nos alcanza, denso y caliente como la lava de un volcán. Aunque, entre mis gemidos, soy incapaz de evitar volver a expulsar ciertas palabras.

—Te quiero, James.

Y él repite su silencio y obvia mi declaración. Tras la marea de placer, se queda unos instantes sin moverse, intentando no dejar caer su peso sobre mi cuerpo.

—Será mejor que me levante —murmura—, o te haré daño.

—Estoy bien —musito—. Mejor que bien.

—Pero acabaremos cogiendo frío los dos. Y tú, sobre todo, necesitas una ducha caliente.

Se levanta, se deshace del preservativo y comienza a vestirse.

—Pensaba que lo de la ducha era para los dos —le digo, contrariada.

—Una ducha contigo podría durar demasiado. —Sonríe al tiempo que se pone los pantalones—. No puedo quedarme más tiempo. Mañana temprano tengo que coger un vuelo a Copenhague. Estaré fuera varios días.

—Vaya, no me habías comentado nada —me quejo.

—Ha sido una decisión tomada a última hora en la reunión. —Se termina de abrochar la camisa y se coloca la chaqueta y el abrigo—. Ya nos veremos.

Me da un breve beso en los labios y desaparece por la puerta antes de que suelte un bufido y me deje caer sobre el sofá. Ahora sí que tengo frío.

Capítulo 26

James

La reunión ha acabado antes de lo esperado. Imaginaba que así sería, puesto que la empresa danesa había aceptado nuestras condiciones hace semanas, pero, de todos modos, avisé a mi secretaria de un viaje de varios días. Necesitaba pensar, darme mi tiempo, como ahora mismo estoy haciendo, tomando una copa en el solitario bar del lujoso hotel D'Angleterre, en Copenhague, acompañado únicamente por un camarero, suave música y la relajante decoración en negro y ocre.

Aunque la soledad me dura poco. Scott, como ya esperaba, aparece junto a mí, se sienta en el taburete contiguo y le hace una señal al camarero para que le sirva lo mismo.

—¿No pensabas invitarme? —me pregunta mientras da el primer trago.

—Sabía que me encontrarías —le digo, antes de beber también de mi copa—. ¿Para qué molestarme?

—Apenas hemos hablado de nada estos días que no sea de trabajo, Jamie —protesta—. Desde que apareció Patty de nuevo en tu vida, te has limitado a decirme que os habéis convertido en amantes clandestinos. ¿No te parece que se te ha ido un poco la olla?

—Si quisiera tu opinión, te la habría pedido —gruño.

—Puedes ponerte todo lo borde que te dé la gana, amigo, pero tú y yo sabemos que la sigues queriendo, y que la excusa de poner por medio a Heather empieza a sobrar. En cierto modo, lamento haberle dicho eso a Patty.

—Sí, claro —refunfuño—. Tú primero tiras la piedra y luego escondes la mano. Deberías haberla echado la primera vez que se presentó en tu despacho. Me habría ahorrado unos cuantos problemas.

—Vamos, Jamie, no me jodas. Yo mismo te he visto hecho una mierda cada una de las veces que esa mujer se ha largado. Sigues enamorado, ella ha vuelto. Deja de darle vueltas.

—Tú lo has dicho, Scott. —Me giro hacia él para encararlo. Ahora sí que he llegado al límite—. Pudiste verme jodido cada vez que se largó, porque eso hacía, dejarme. He tenido que levantarme una y otra vez, sabiendo que yo no era suficiente motivo como para que dejara esa maldita agencia; que el amor que ella decía sentir por mí era menos importante que su afán de ganar dinero acostándose con otros hombres. ¿Te parece que ahora debería abrir mis brazos sin más?

—La estás castigando, entonces...

—Sí, Scott, la estoy castigando, pero de una forma con la que yo también acabo jodido. Porque, como tú sabiamente has dicho, la sigo queriendo, tanto que, cada vez que la veo, siento que me explota el pecho. Pero ¿quién me dice que no volverá a huir? Estoy harto, Scott, de tener miedo a cerrar los ojos por si vuelve a desaparecer, así que se acabó, ¿entiendes? No pienso sufrir más ni pasarme la vida temiendo que, después de parecer que estamos juntos de verdad, ella vuelva a soltarme algún sermón de los suyos sobre su familia y su futuro.

—¿Vas a dejarla? —me pregunta con un deje de pesar.

—Voy a provocar que se aleje de mí y no vuelva a pensar en regresar —respondo.

—Ya... —Hace girar el vaso entre sus dedos, como si quisiera encontrar una forma de rebatirme entre los cubitos de hielo—. ¿Qué tienes pensado?

—No te voy a contestar a eso, lo siento, Scott. Te agradezco tu interés y tu buena intención a la hora de ayudarnos a estar juntos, pero deja que esta vez me encargue yo.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —insiste—. Sabes que esta vez sí lo ha dejado todo por ti, que te quiere, que la quieres, que nunca habéis dejado de amaros.

—Pero no me fío de ella. Y aquí se acaba la conversación. Quiero que vuelvas a Londres y te hagas cargo de todo en la compañía. Yo voy a ir a Lindsey Hill a visitar a mi familia.

—¿Ahora? —Levanta una rubia ceja y me mira con escepticismo.

—No tienes que saber más —sentencio—. Nos vemos en unos días, Scott.

Cuando más tarde estoy a solas en mi habitación, aprovecho para realizar una llamada telefónica.

—Hola, Paul —saludo a mi interlocutor—. ¿Todavía trabajas para *The Sun*?

* * *

Volver a la propiedad familiar siempre me reporta un extra de paz, pero no porque haya tranquilidad en cualquiera de las dos mansiones, siempre llenas de gente, de sonidos de risas y de las voces cantarinas de sus habitantes. Porque eso tiene la familia: pase lo que pase, sigue siendo tu familia y la tienes ahí para lo que haga falta.

Primero visito Devon House, para abrazar a mi madre, a Alice, al pequeño Edward y a mi cuñado, con quien tomo una cerveza tras dar un paseo por las tierras familiares.

Ya de regreso, me salvo de un pelo de contarle algo a Alice, que parece que tiene un radar del que disponen la mayoría de las hermanas y que capta cualquier anomalía en las personas que quieren.

—Mamá se quedó un poco mustia —me explica— cuando le dijimos que Patty y tú habíais roto. La pobre se había hecho a la idea de preparar una segunda boda en poco tiempo.

—Ya hablé con ella —le comento—, diciéndole que podía estar tranquila, puesto que se había ahorrado todo el trabajo que conlleva una maldita boda.

—No creo que la tranquilizaras, precisamente.

—Ya conoces a madre y sus ansias por tener una larga estirpe Compton; se muere por tener niños correteando por aquí. Le recordé que Mike y Grace deben de estar ya por la labor, y lo mismo digo de ti y Edward. Ya podéis darle al tema y hacerle unos cuantos hermanitos al pequeño Eddie.

—¿Quieres decir que no te casarás nunca? —me pregunta, apesadumbrada.

—No lo sé, Alice —suspiro—, pero no lo creo.

—¿Has vuelto a saber de Patty?

Ahí está, la pregunta del millón. Como si no conociera a mi hermana y no supiera que me preguntaría por ella, como cada vez que me presento aquí.

—Qué más da, Alice —le contesto, impasible—. Ella tenía sus propios planes, punto. Ya no hay más que hablar.

—Qué pena, con lo que parecía quererte...

—Se ve que sólo lo parecía.

Siguiente visita: Lindsey Hill. Mi hermano me regala un fuerte abrazo y me invita a uno de los mejores vinos de su propia cosecha después de sentarnos en el salón, donde también se nos une Grace, que me ofrece otro cariñoso abrazo.

—¿No le sirves una copa a tu mujer? —pregunto al ver que Michael no le ofrece vino a Grace.

—No puedo beber alcohol —me responde ella con una feliz sonrisa y una mirada cómplice a su marido.

Miro a uno, a otro, y siguen sonriendo como bobos, así que me acerco a darles un nuevo abrazo.

—Enhorabuena —los felicito, emocionado—. Al menos, gracias a vosotros, mi madre dejará de atosigarme con el tema de la descendencia.

—Seguro que tendrás hijos —replica mi cuñada—... un día u otro.

—Si tú lo dices...

En este instante, una persona más se suma al encuentro. Es Heather, que está pasando unos días con su hermana, algo que yo ya sabía y por lo que estoy aquí.

—Hola, James —me saluda con un par de besos—. No te esperaba por estos lares.

—Yo tampoco a ti —miento—. ¿Qué tal estás?

—De aquella manera —suspira—. Una ruptura siempre duele. Bueno, tú ya lo sabes, por partida doble. —Se muerde el labio inferior en un calculado mohín—. Lo siento, perdona, no ha sido un comentario muy acertado.

—No importa —le digo.

—Los buenos de los condes de Lindsey —señala a la pareja— me han invitado a pasar una temporada en Lindsey Hill y he aceptado, aunque lamente incordiar a unos recién casados.

—No pasa nada —la rebate Grace—. Eres mi hermana, Heather, y si lo estás pasando mal tienes todo mi apoyo. Para eso está la familia.

—Gracias, Grace. —Como siempre, la pelirroja bate sus pestañas y presiona la mano de su

hermana.

Hace ya mucho tiempo que todos esos subterfugios no me impresionan en absoluto.

—Si quieres y te apetece —le propongo a mi ex—, podríamos ir a tomar algo por ahí. Venga, sí, decidido. Te invito a una cerveza en aquel pub que te gustaba tanto en High Wycombe.

—Acepto encantada. —Nuevo aleteo de pestañas—. Espera unos minutos a que me arregle.

—Ya estás preciosa, Heather —la agasajo—. Coge el abrigo y estarás lista.

—Gracias, James —me dice con su risilla infantil—. Enseguida bajo.

Mientras la espero, tanto mi hermano como Grace me miran alzando sus respectivas cejas.

—¿Nos hemos perdido algo?

—Nada especial. —Me encojo de hombros—. La he visto algo tristonera y he pensado que, como estamos pasando por lo mismo, podríamos charlar un rato. Nada más.

—Ten cuidado —me susurra mi hermano cuando a su mujer le suena el teléfono—. Ya conoces a Heather. Si el imbécil de Ravenwood le dio calabazas, puede tenerte a ti en su punto de mira. Anda a la caza y captura de un marido y, si no encuentra marqués ni conde, bien le viene el hermano de uno de ellos.

—Tranquilo, hermanito —lo tranquilizo—. Ni bajo hipnosis volvería con esa mujer.

* * *

Hacía tiempo que no venía a High Wycombe; posiblemente, desde que lo dejé con Heather, pues a ella le gustaba especialmente porque nos encontrábamos con algunos miembros de la aristocracia.

La llevo al mismo pub al que veníamos siempre, el mejor del pueblo, y nos sentamos a una de las mesas de la entrada. Heather solía elegir esas mesas porque así se fijaba en quién entraba y salía, ya que relacionarse era lo más importante para ella. Y hoy es a mí a quien le interesa esta ubicación, porque hay más luz y porque mi amigo Paul se encuentra ya entre las sombras, con su cámara.

Pido dos cervezas y busco de nuevo la conversación con la pelirroja.

—Así que el marqués ha descubierto que las bodas no son para él, a no ser que sean para ligarse a las damas de honor —comento tras darle un buen trago a mi espumosa bebida.

—Así pille una sífilis —gruñe Heather—. Ni siquiera le valió el pacto del matrimonio abierto.

—Hay tipos que no saben apreciar lo que tienen delante —le digo sin dejar de mirarla a los ojos.

Como no puede ser de otra forma, baja sus largas pestañas y frunce sus rojos labios.

—Seguro —suspira—. ¿Y tú? ¿Qué te pasó con la española? Perdona, James, pero no me gustaba para ti. Demasiado misterio, demasiado que ocultar y demasiado perfecta.

«Por eso no te gustaba, porque tú misma te diste cuenta de que jamás le llegarías ni a la punta del pelo...»

—Por favor, Heather, no he venido a hablar de esa mujer. —Le cojo una mano y me la llevo a los labios—. Hablemos de nosotros, de ahora.

—Oh, James, eres un cielo. —Se acerca a mí, ríe y apoya la frente en mi hombro—... pero no creo que entre tú y yo pudiera haber nada romántico a estas alturas.

—Podríamos ser amigos... —le insinúo con un tono sensual que no sé de dónde he sacado.

—¿Me estás proponiendo tener encuentros casuales?

—Algo así. —Me están entrando ganas de irme corriendo, pero creo que ya debe de quedar poco.

—No sé, James... —Enredo mis dedos en su pelo y comienzo a besar su cuello—. Tú y yo nunca nos entendimos bien en la cama.

—Tal vez podríamos aprender de los errores... —Besuqueo su mandíbula y subo después a su boca para darle pequeños besos en los labios.

—Es muy halagador por tu parte —sonríe—, pero creo que debo rechazar tu oferta, James. —Aparta su boca y sostiene mis mejillas entre sus manos—. Yo quiero casarme y... si no estás dispuesto a eso... lo siento. El único trato que aceptaré será el que conlleve un anillo en el dedo, y si proviene de alguien con título, será un punto extra... a no ser —me mira con expresión sibilina—, que todavía conserves el anillo que me compraste y decidas utilizarlo.

A punto estoy de escupir de golpe el trago de cerveza que acabo de dar.

—Lo imaginaba. —Tuerce su bonita boca.

—Perdona por ofrecerte algo así —me lamento exageradamente—. No te lo mereces, Heather. Ojalá encuentres lo que estás buscando.

—Gracias, James.

A partir de ese momento, comentamos cuatro cotilleos, criticamos a unos cuantos conocidos, bebemos, reímos... hasta que se me acaba la paciencia. Pensar que estuve a punto de casarme con esta chica me pone histérico.

Antes de irnos, Heather va al servicio y yo miro en dirección a mi amigo. Me levanta el dedo pulgar y desaparece del pub. Quince minutos después, Heather ya está en Lindsey Hill y yo vuelvo a reunirme con mi madre y mi hermana, a las que, por supuesto, no les cuento absolutamente nada de mi plan. Sobre todo porque, si me escuchara a mí mismo contarle, me arrepentiría al instante de la gilipollez que acabo de hacer. Prefiero esperar a que se sucedan los acontecimientos.

Capítulo 27

Hoy me ha costado más de la cuenta levantarme. Al final, el remojón del otro día ha tenido sus consecuencias y he acabado resfriada, pues no dejo de toser y tengo tanto frío que no me he quitado el abrigo para trabajar, aunque lo mismo tiemblo que tengo calor. Genial. El trabajo se acumula y yo como una sopa.

Tal y como sigue amontonándose la faena, tanto en el buzón de correo electrónico como sobre la mesa, en forma de cantidad de papeles, sigo sin tener apenas un momento para comer, pero me invento un pequeño hueco para ir a hacerme un café para tener algo en el estómago si quiero tomarme alguna pastilla para el malestar. Una vez en la salita de descanso, me preparo la bebida y me llaman la atención las risas que se están echando un par de compañeras del departamento. Apenas he tenido tiempo de socializar con el personal, pero la relación es cordial y la mayoría han sido amables conmigo, que ya es mucho, acostumbrada como he estado toda mi vida a no despertar más que envidia o suspicacias.

—Os veo muy animadas a esta hora de la mañana —les digo cuando me acerco a ellas.

—No es para menos —me responde Susan, la que parece pasárselo mejor—. Aquí, mi amiga —señala a Kristen, que ríe un poco menos—, que todavía tenía esperanzas de ligarse al señor Compton.

Oír ese nombre me pone en alerta.

—¿Ligarse al presidente? —pregunto de forma inocente.

—Perdona, guapa —se queja Kristen—, pero la esperanza es lo último que se pierde. No ha dejado de salir con mujeres, incluso le han encasquetado más de una prometida, y ahí sigue, soltero. Primero fue la pelirroja y, después, una desconocida en la boda de su hermano que ya no ha vuelto a aparecer. Todo son montajes. ¿A ti no te parece que es un hombre guapísimo e interesante, Patty?

—Sí, claro —respondo, sonriente.

—Son mujeres de otro nivel —alega Susan—. Está claro que, por muchas chicas que se ligue, porque puede ligarse a la que le dé la gana, acabará casándose con una de su círculo social.

—Dicen que esa pelirroja lo dejó por otro —gruñe la más afectada—, así que no entiendo que ahora se ponga tan cariñoso con ella. Para mí que es otro montaje.

—Perdonad —intervengo, contrariada—, pero ¿habláis de la tal Heather, su ex?

—Ya no es su ex —me aclara Susan—. Han vuelto.

—Eso no lo sabemos —rebate Kristen.

—¿Por qué lo decís? —pregunto, mareada mientras sigo cada respuesta.

Es algo que Scott me dijo y él mismo me corroboró, pero me sorprende que ya lo sepa todo el mundo.

—Por las últimas fotografías que les han sacado juntos. Mira, recién publicado por *The Sun*.

Susan busca algo en su móvil y me lo muestra. Cuando la pequeña pantalla está frente a mis ojos, un pedazo de mi alma se me cae a los pies.

—¿Qué te parece? —suelta con retintín—. Según Shirley, su secretaria, está de viaje en Copenhague. ¡Menuda mentira! Fue y volvió de su viaje en el mismo día y después se largó corriendo en busca de la pelirroja. Las fotos fueron tomadas en High Wycombe ayer mismo.

Las palabras acusadoras de Susan se entremezclan con las imágenes que tengo ante mí de James en un pub, con Heather. En algunas fotografías la está besando, en otras ríen, en el resto están muy cerca y parecen compartir algo más que confidencias. La relación no es tan de conveniencia como yo pensaba. La intimidad entre ambos es evidente.

—Sigo pensando que puede ser un montaje —señala Kristen.

—Pues a mí no me lo parece —insiste su compañera—. Lo ha publicado *The Sun*, y mira el titular: «¿Reconciliación?».

A partir de ahí, apenas oigo nada. Mis compañeras siguen su tira y afloja sobre las posibilidades de ligarse a nuestro presidente, pero yo ni siquiera veo sus caras. La visión se me ha vuelto borrosa y sólo puedo ver en mi mente a James besándome, haciéndome el amor, diciéndome que lo espere porque desea estar conmigo...

Sólo quiere compartirme. Desea una mujercita de la alta sociedad pero sin renunciar a una amante, que sería yo.

¿Tanto daño le he hecho que se ha convertido en un hombre tan diferente?

Regreso a mi puesto de trabajo. No dejo de toser y cada vez tengo más frío. ¿Me he tomado la pastilla? Ni me acuerdo. Lo único que tengo claro es que esperaré la vuelta de James únicamente para presentar mi renuncia.

* * *

Ya hace varios días que James se fue y sigue sin volver de su idílico descanso en Buckinghamshire... y yo me encuentro fatal. Hoy le he tenido que decir a mi jefe que no me sentía bien y me ha aconsejado que me fuera a casa. La fiebre me sube por momentos y empiezo a estar mareada.

Suena el timbre y no me apetece levantarme, pero hago un esfuerzo y abro la puerta sin quitar la cadena de seguridad. Por entre la rendija observo a James, tan elegante y perfecto que me dan ganas de matarlo.

—Hola, Patty —me saluda, como si nada—. Quitá la cadena, por favor.

—No —le respondo, tratando de evitar toser y que me vea la cara, tapando con un pañuelo mi

nariz roja y despellejada—. Márchate, James.

—¿A qué viene eso? —pregunta—. Vamos, Patty, abre. No nos hemos visto en varios días.

—Y más que van a ser. —Si no fuera porque no quiero que me vea enferma, abriría ahora mismo y le daría un puñetazo en la nariz—. Mañana mismo te presentaré mi renuncia y hablaré con Peter.

—¿Qué te sucede ahora? —inquire, molesto.

—Te he visto en *The Sun*, James, con Heather.

—Ah, eso... ¿Y qué? Te lo dije, Patty, que estaba con ella.

—Lo sé, James, pero soy tan idiota que pensé que todo cambiaría cuando estuvieras conmigo.

—Pues no, no ha cambiado. ¿Qué pensabas? ¿Que estoy tan loco por ti que me derretiría nada más follar otra vez contigo?

—Vete a la mierda, James, o, lo que es lo mismo, lárgate con Heather, pero no vuelvas a proponerme que nos veamos a escondidas porque me largo a Barcelona.

—Puedes marcharte cuando te dé la gana —me suelta—. Es lo que haces siempre.

Contemplo cómo se gira en el rellano, coge el ascensor y desaparece. Quiero llorar, pero creo que no me queda líquido en el cuerpo ni para eso y me echo en la cama. Tendría que prepararme algo caliente, como una sopa, pero no me apetece levantarme y menos aún hacer nada. La tos comienza a ser muy fuerte y los escalofríos no me abandonan. Poco a poco, empiezo a perder la noción del tiempo...

* * *

El calor es abrasador. Rojas y altas llamas me rodean y me queman, pero no puedo huir de ellas. Ahora parece que se debilitan, pero no sé qué es peor, puesto que, en su ausencia, el frío me hace temblar hasta sentirlo en los huesos. Tengo mucha sed. La boca se me seca y algo parece roerme el interior del pecho... Aparecen otra vez las llamas y, de nuevo, se marchan. Lo bueno del frío es que me hace volver unos segundos a la conciencia de mi cama revuelta y la penumbra de mi habitación. Estiro el brazo y tanteo el móvil entre las sábanas. Pulso la pantalla y aparece la voz de alguien conocido al otro lado. No sé quién es, pero sé que lo conozco...

Las llamas vuelven a alzarse y llegan hasta el techo. ¿O es el cielo? Estoy a punto de gritar cuando el demonio surge de entre el fuego y me atrapa con su enorme cuerpo, pero no puedo. Tan sólo puedo estar segura de que voy camino al infierno...

Capítulo 28

James

Aunque a alguien pueda resultarle chocante, agradezco que Scott me tuviera preparado este montón de documentos para leer y firmar. Es la única forma de olvidarme de Patty, de lo que he hecho, de la discusión de ayer, de las malditas fotografías... Hago tanto esfuerzo por concentrarme que no he sido consciente de los toques en la puerta.

—Perdona, James. —Oigo la voz de Peter cuando ya asoma la cabeza—. Me ha dicho Shirley que podrías atenderme.

—Sí, claro, pasa. Dime.

—Te traigo un par de currículos para que les eches un vistazo. Me parecen muy interesantes.

—De acuerdo, lo haré en cuanto pueda. ¿Algo más? —le pregunto al ver que duda.

—Sí, se trata de Patty. Estoy preocupado por su ausencia y me preguntaba si tú tendrías su número de móvil. No lo localizo por ninguna parte.

—Pues no, no lo tengo —respondo, airado por la impertinencia de la pregunta—, pero no te preocupes, ya te digo yo dónde está la señorita Serra: en un avión rumbo a España. Ha dejado el trabajo.

—¿Así, sin más? —se extraña—. ¿Y sin decirme nada?

—¿Tanta confianza teníais? —le pregunto, sin poder disimular lo que me molestan sus dudas.

—No se trata de eso, James, pero, en el tiempo que he conocido a Patty, me ha parecido una persona muy fiable y eficiente. No se habría marchado sin avisarme.

—Pues eso ha hecho.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro?

Joder... ¿me está interrogando?

—Pues porque la vi ayer de casualidad por la calle y me lo comentó —miento—. Y estaba tan tranquila.

—¿Y ya se encontraba bien? —me pregunta, creo que algo escéptico respecto a mi explicación.

—¿A qué te refieres?

—Al poco de irte de viaje me pidió permiso para marcharse porque no se encontraba bien. Estaba muy pálida y desmejorada y tosía de una forma bastante fea.

—Sería una excusa para tramitar su viaje, dejar el apartamento, hacerse la maleta...

—Tal vez lloves razón —suspira—, pero sigo teniendo mis reservas. Hasta luego, James.

A Patty no le pasa nada. Me lo repito una y otra vez. La vi hace tan sólo veinticuatro horas y

estaba perfectamente, tanto como para enviarme a la mierda. Tal vez hubo un momento en el que me pareció que no me miraba a la cara desde la rendija que dejaba la cadena de la puerta, pero preferí concentrarme en la discusión para que quedara claro que todo se había roto entre nosotros.

Pero pasan las horas y las dudas me martillean la cabeza una y otra vez. Ahora que he tenido tiempo de pensar durante todo el día, he llegado a la conclusión de que Peter lleva razón. Es muy extraño que ni siquiera se haya molestado en hacerle una simple llamada.

Miro la hora en mi reloj. Es tarde y debería irme ya, sobre todo si he pensado salir completamente de dudas hoy mismo. Me pongo la chaqueta y el abrigo y abandono el edificio, que ya empieza a quedarse vacío. Cojo un taxi y le doy la dirección del apartamento de Patty. Como todavía conservo la llave, subo hasta su puerta y la introduzco en la cerradura, pero no coincide.

—No me equivocaba —gruño—. Ya se ha marchado y han cambiado la cerradura para el próximo inquilino.

Bajo de nuevo hasta el antiguo vestíbulo del edificio y, antes de salir a la calle, me topo con la portera, que viene del exterior dispuesta a entrar en su apartamento en la portería. Me dirijo a ella antes de que abra su puerta.

—Tenga, señora Watson. —Le ofrezco la llave de Patty—. Ya no la voy a necesitar. Si quiere tirarla usted misma...

—Oh, sí, claro, no se preocupe. Ya no va a hacer falta después de cambiar con urgencia la cerradura. Pobre chica.

«¿Urgencia? ¿Pobre chica?»

—¿A qué urgencia se refiere, señora Watson?

—¿No lo sabe? Pensé que era conocido de la señorita Patricia. Pero, ahora que lo pienso, no debe de tener muchos conocidos aquí si nadie llegó a darse cuenta de que llevaba varios días sin salir de casa.

—¿Sin salir de casa? —Parezco un maldito loro, repitiendo cada cosa que me dice esta mujer, pero es que la conversación está empezando a tomar un cariz que no me gusta nada.

—Le explico. —Ya era hora—. Ayer vi entrar en el edificio a un tipo con aspecto de luchador o algo así, porque era enorme. Subió la escalera como una exhalación y se dedicó a aporrear la puerta de la señorita Patricia hasta hacer saltar la cerradura. Cuando estaba a punto de llamar a la policía, vi salir al tipo con la chica en brazos, totalmente inconsciente. Parece ser que era un amigo español y se la llevó corriendo hasta un taxi que los llevó al hospital.

Acabo de trastabillar hacia atrás hasta casi caerme de espaldas. ¿Qué me está contando esta señora? ¿Que Patty llevaba a saber cuánto tiempo tirada en el suelo de su casa? ¿Que sólo unas horas antes yo estuve aquí y no me di ni cuenta?

—¿Me está escuchando, señor? —me dice la portera.

—Sí, sí —respondo cuando mi mente es capaz de procesar lo que me ha dicho—. Por favor, señora Watson, ¿sería capaz de recordar el hospital al que fueron?

—Sí, por supuesto. El tipo grandote me preguntó por el más cercano y le mencioné el Royal

Free.

—Gracias, señora Watson.

Como en trance, paro un taxi, me monto y le comunico mi destino. Es una vez en el interior cuando comienzo a sudar y a imaginar mil imágenes de Patty tirada en el suelo, sola, enferma, muerta...

No, no, no, no puede ser. ¿Sería ésa mi condena por haberla querido castigar? De nuevo, el castigo rebota y me da a mí de lleno, dejándome roto y vacío por dentro.

No espero ni a que el taxista pare. Le tiro el dinero encima y salgo corriendo hacia la entrada del hospital, donde me informan de la planta y la habitación en la que se encuentra Patty. Ni siquiera puedo dominar mis nervios cuando tengo que esperar el ascensor, así que subo por la escalera, saltando los escalones de tres en tres. Cuando llego a la habitación, casi sin aliento, veo cómo sale por la puerta un tipo grandote y musculoso que supongo que es el mismo que ha mencionado la portera.

—¿A dónde crees que vas? —me pregunta el tipo, que se ha apostado delante de la puerta y me habla en un inglés más que aceptable.

—Déjame pasar —le exijo—. Vengo a ver a Patty.

—Ah, claro... —replica con sorna—, tú debes de ser el inglés. El mismo que se olvidó de ella durante días y no la echó de menos ni en el trabajo.

—Te he dicho que me dejes pasar. —Para recriminaciones estoy yo.

—Podría estar muerta por tu culpa —persiste—. He tardado menos yo desde Barcelona en venir a buscarla que tú desde Londres. Largo de aquí, canalla. Ahora mismo no la encontrarás en condiciones de tirártela, así que ya puedes esfumarte. Si te creías que estaba sola en el mundo, te habrás llevado una desilusión. Tiene gente que la quiere y se preocupa por ella.

—Escúchame, capullo. —Hasta aquí ha llegado mi paciencia—. O te apartas de la puerta ahora mismo o...

—O ¿qué? —Se cruza de brazos y me muestra su arsenal de músculos en todo su esplendor.

—Que puede que con esa fuerza de la que alardeas seas capaz de soltarme un puñetazo que me tire al suelo, pero me levantaré una y otra vez, por lo que vas a tener que matarme si quieres evitar que entre ahí dentro.

Antes de que me replique, una mujer de la edad de Patty sale de la habitación.

—Por favor, Jacob —le pide—, déjalo pasar. Tú debes de ser James —se dirige a mí en un inglés casi perfecto—. Yo soy Sara, amiga de Patty.

—Encantado, Sara, pero ahora tengo que entrar ahí.

—Por supuesto —aparta al amigo grandote con facilidad y me permite el paso—, aunque la encontrarás descansando.

—Sólo una cosa, Sara. ¿Qué ha pasado?

—Es neumonía —me explica—. Parece ser, nos ha explicado el médico, que la ha pillado con las defensas bajas, falta de alimentos y de líquidos. La fiebre la desorientó y está algo

deshidratada, por lo que tendrá que quedarse en observación mientras le reponen algo de líquidos. Pero, con antibióticos y reposo, se pondrá bien.

—No gracias a él —gruñe de nuevo el tipo.

—Basta, Jacob —lo aplaca ella—. Vayamos a tomar algo. Hasta luego, James.

Inspiro con fuerza cuando entro y contemplo a Patty en la cama, con el suero. Está dormida y sus rubios cabellos caen como hilos de oro sobre la almohada. Su piel está muy pálida y, a pesar de su altura, me parece más pequeña que nunca. Me resulta tan duro verla así...

Me siento en una silla junto al cabecero de la cama y le tomo la mano que no soporta la vía. Percibo que estoy temblando mientras resigo con la mirada sus blanquecinos labios y las sombras oscuras bajo sus párpados cerrados.

—Perdóname, Patty —comienzo a susurrarle al tiempo que acaricio sus dedos pálidos—. Perdóname por todo: por mentirte, por hacerte las cosas que te he hecho y decirte las palabras que te he dicho; por dejarte sola y no preocuparme. Soy un miserable. Así no se trata a las personas a las que se ama, y yo te amo, Patty, siempre te he amado. —Hago una leve inspiración—. Todo lo de Heather es mentira; nuestra vuelta, la más que imposible boda, las fotos... ¿Cómo pudiste creer que me casaría con ella? Jamás se me ocurriría casarme con esa mujer después de conocerte a ti. Bueno, ni con ésa ni con ninguna, porque sólo querría casarme contigo. Sueño con que te conviertes en mi esposa y en la madre de mis hijos, que hablarán perfectamente español e inglés y, por supuesto, sabrán pronunciar *hilipoias*.

Tengo que inspirar mucho más profundamente para paliar el dolor tan fuerte que me oprime el pecho. Desesperado por sentir que está viva, inclino la cabeza y poso mis labios sobre su frente, que está húmeda y caliente.

—Más vale que te pongas bien, preciosa, porque no me voy a mover de tu lado hasta que lo hagas y esta silla tiene pinta de dejarme como un puto cuatro. Por no mencionarte a tu amigo, que, si voy a tener que compartir esta habitación con él, seguro que acabaremos a hostias, aunque tengo las de perder y en tu conciencia pesará que destroce esta bonita cara que tanto te gusta.

Sonrío un breve instante y casi se me para el corazón cuando observo los ojos de Patty, abiertos y brillantes, mirándome y sonriendo igual que yo.

—Estás despierta, cariño. —Casi no me sale la voz y la emoción es tan fuerte que siento un resquicio de humedad bajo los párpados.

¿Desde cuándo nada ni nadie me hace llorar?

—Sí —susurra—, estoy despierta. Hace rato.

—Entonces, ¿lo has oído...?

—Todo —termina ella la frase—. Cada una de tus palabras. Al principio creí que estaba soñando, pero he abierto los ojos y ahí estabas tú, abriéndome tu corazón otra vez. Y te quiero tanto por eso...

—Yo también te quiero, Patty, pero necesito saber que me perdonas, que no voy a volver a perderte. Cuando la portera me ha explicado lo que había pasado..., he sentido que me moría y

que ni siquiera me importaba hacerlo. Si te llega a pasar algo, jamás me lo habría perdonado.

—No digas eso. Y no ha pasado nada. —Envuelve mi mano entre las tuyas a pesar del suero—. Te perdono a cambio de que me perdones tú a mí. Nunca fui sincera contigo y luego todo se complicó tanto...

—Podríamos dejar de hablar de pasado —le propongo—, y hablar mejor de futuro... si es que quieres compartirlo conmigo.

—Sí, James. Quiero compartir contigo hasta la última de tus sonrisas.

Sin poderlo evitar, le regalo una que me surge de forma espontánea.

—¿Como ésta?

—Sí. —Patty ríe. Qué maravilloso es volver a verla feliz—. Aunque no desdeñaría algo más de tu parte, si no te parece que estoy demasiado horrible ahora mismo.

—Si te refieres a un beso —le digo—, lo estoy deseando. Me muero por besarte, cariño. Y si vuelves a sugerir algo de tu físico, te diré que, si no fuera por esos tubos y tu debilidad, me metería ahora mismo debajo de esa sábana y te haría el amor. Porque ni ponerte enferma te resta un ápice de la espectacular belleza que posees. Eres lo más bonito que he tenido en mi vida.

—Gracias —se emociona—, pero me conformo con que me beses —ríe—, aunque no descarto que en cualquier momento levante yo misma esta sábana.

Tras nuestras risas cómplices, me inclino hasta su rostro y acuno sus mejillas entre mis manos para bajar hasta sus labios, secos y agrietados, y besarlos. Con mi lengua, trato de dejarles toda la humedad posible de mi propia boca y, a continuación, busco su lengua con mi lengua y nos besamos de la forma más dulce que nos hemos besado nunca, lentamente, a conciencia.

—Los médicos deberían incluir besos en las terapias —susurra, aún a un milímetro de mi boca—, porque ya me encuentro mucho mejor.

—Todos los que gustes —le digo antes de volver a besarla, esta vez de una forma más intensa y sensual por el ansia de ella—. No sigas por ahí o acabaré levantando esa sábana —murmuro contra su boca.

Y Patty ríe de nuevo. Su pecho se convulsiona contra el mío por la risa natural que le ha surgido y no puedo evitar abrazarla con fuerza contra mi cuello. Me vuelven a venir a la mente las visiones de su cuerpo inerte en el suelo y tengo que hacer un gesto con la cabeza para echarlas.

—Si llego a perderte... —le digo mientras la fundo entre mis brazos para poder sentir su aliento y los latidos de su corazón.

—No podías perderme —me susurra—. Hemos hecho demasiadas tonterías y hemos involucrado a demasiada gente para estar juntos. Esto tenía que acabar bien.

—Tienes razón. —Río un instante antes de ponerme serio—. Te amo, Patty. ¿Te lo había dicho alguna vez?

—No en los últimos dos minutos.

Y volvemos a reír.

Capítulo 29

Aunque tengo claro que estoy despierta, me siento desorientada. Parpadeo, abro los ojos y me encuentro con un blanco techo con luces fluorescentes. Voy bajando la vista poco a poco y continúo divisando paredes blancas y suelos del mismo color. Vale, estoy en un hospital. Ciertos *flashes* en mi cabeza me asaltan en este momento, como la sensación de estar ardiendo, la sed, el dolor en el pecho y la presencia de alguien que me rescata y me salva. Giro la cabeza a la derecha y sonrío. Un pequeño sofá es compartido por Jacob y Sara, que están dormidos uno sobre el otro... o más bien tendría que decir que es Sara quien duerme sobre Jacob con total comodidad mientras él, pese a su gran tamaño, ocupa un minúsculo rincón, con lo que una de sus largas piernas cae totalmente al suelo.

Trato de aclararme a mí misma cómo me encuentro y resuelvo que estoy bastante bien, pese a la sensación de cansancio y de debilidad. Espero salir pronto de aquí.

De repente, algo se remueve a mi espalda y sonrío. Giro la cabeza y contemplo cerquísima de mí el rostro dormido de James. Para cerciorarme de que es real, levanto una mano y la poso sobre su cabeza, en espera de que no la atraviese, como una aparición fantasmagórica. Y no, no es un espejismo, como pensé ayer al oírlo abrir su corazón. Percibo perfectamente entre mis dedos el tacto sedoso de su cabello castaño. Sonrío y los labios me tiemblan. Ha debido de quedarse dormido en esa incómoda silla y ha ido apoyándose cada vez un poco más en mi cama, hasta colocar la cabeza en mi almohada y su cuerpo casi entero a mi lado. Ha dejado fuera los pies con los zapatos y tiene una mano sobre mi cintura.

Vuelvo a observar su rostro relajado, tan amado por mí.

—James —susurro al tiempo que muevo su hombro—, James. Te vas a destrozar la espalda.

Da un respingo, abre los ojos y me mira desde la mínima distancia que aún nos separa.

—Hola —susurra también—. ¿Cómo estás?

—Bien. Podría decir que casi perfectamente porque tú estás conmigo.

—Debería sobrar ese *casi*. —Levanta la cabeza de la almohada y sigue en mi cama, apoyado en el codo—. Debería haber cuidado mejor de ti. Me he quedado frito. Debe de ser la tranquilidad y la felicidad.

Su torso está apoyado en mi pecho y su rostro, a menos de un palmo del mío. Es emocionante volver a contemplar las motas verdes de sus ojos titilando en medio del fondo castaño, o su cabello revuelto y el asomo de barba en su mandíbula, tan cerca que puedo distinguir cada puntito oscuro.

Tras una intensa mirada, coloca sus labios en mi boca y me saborea al tiempo que enredo en su pelo la mano que tengo libre.

—A partir de ahora —me dice—, tendrás tu beso de buenos días. Siempre.

No me da tiempo a volver a emocionarme porque oímos un carraspeo al otro lado de la habitación.

—Estoy empezando a empalagarme con tanto azúcar, joder —refunfuña Jacob.

—¿Ya te estás quejando? —gruñe Sara—. Creo que tiene celos de James, Patty.

—¡Claro que no! —Río.

—¿Celos de mí? —James se pone en pie y se tensa en un segundo—. ¿Qué has querido decir con eso, Sara?

—No es lo que tú crees —lo apaciguo—. Supongo que ya conoces a mis amigos, mis únicos amigos. Ella es Sara.

—Sí, ya nos conocemos, pero fue un momento algo tenso y estábamos preocupados. —Sara se acerca y le da dos besos a James—. Me alegro de que todo se haya resuelto.

—Y él es Jacob —prosigo—, mi ángel de la guarda.

James levanta una de sus cejas y, algo reticente, le estrecha la mano a mi amigo.

—No pongas esa cara, James. —Río—. Es la verdad. Me salvó de un atraco hace meses y fue él quien me trajo a este hospital. Pero, lo más importante, es que me salvó de mí misma.

—Entonces —le dice James—, me parece que estoy en deuda contigo. Por salvar tantas veces a la mujer que amo.

Sara se emociona y tira de Jacob para acercarlo a mí y que nos abracemos los tres. Por entre un hueco, estiro una mano y tomo la de James.

—Tengo aquí ahora mismo a las tres personas que más quiero —les digo—. Sólo falta mi hermano.

—¿Tu hermano? —pregunta James—. Pensaba que te llevabas mal con él, que sólo tenías relación con tus padres, a los que, por cierto, no has mencionado...

Miro a mis amigos y emito un sonoro suspiro.

—Tengo que hablar contigo, James, sobre mis padres, sobre mi familia, sobre mi vida.

—Nosotros iremos a desayunar algo —interviene Sara mientras agarra de la mano a Jacob.

—Sí, sí —dice éste—, y tardaremos un buen rato.

Cuando James y yo nos quedamos solos, le pido que levante el cabecero de la cama para poder sentarme.

—Verás, James. Hace años, mi padre tuvo un accidente...

Una semana más tarde

—A ver, James, ¿a dónde vamos? Llevas rato conduciendo y sigo con los ojos vendados. ¡Estoy

empezando a marearme!

—Un poquito de paciencia, por favor. Ya va quedando menos.

—Eso me has dicho hace media hora.

—No seas quejica. Es una sorpresa y quiero que lo sea hasta el final.

A los pocos minutos, percibo cómo para el coche.

—Ya hemos llegado —anuncia.

—¡Por fin! —exclamo—. No me gusta nada la oscuridad, y menos tanto rato.

—Ahora —me dice al abrir mi puerta—, sal con cuidado. Eso es, muy bien. Cógete a mí y camina hasta que te avise.

—Como sea una broma, te vas a enterar.

—Nada de broma. Puedes detenerte. Y, ahora, voy a quitarte el pañuelo.

Cuando la tela se desprende de mis ojos, parpadeo unos segundos para adaptarme a la luz del crepúsculo que nos rodea en este instante. Lo primero que veo frente a nosotros es una pequeña verja de madera y una valla de piedra de un metro de altura. Pero únicamente he de levantar un poco la vista para poder contemplar el edificio situado a unos metros de distancia de la pequeña entrada. Es una construcción de piedra de dimensiones considerables y diversos tejados inclinados con ventanas cuadradas. Gran parte de la fachada está cubierta por rosales trepadores, lo mismo que el resto del terreno que la rodea, con arbustos y árboles con hojas verdes, moradas y amarillas.

—Este lugar es precioso, James, pero ¿por qué me lo enseñas? ¿Qué y de quién es?

—Te lo enseño porque sabía que te gustaría. Fue un pequeño hotel, pero los herederos de los dueños decidieron ponerlo a la venta. En cuanto a la última pregunta, es tuyo, Patty.

No me surge ni una palabra, únicamente una especie de risa extraña.

—No entiendo...

—Desde aquel día que visitamos algunos de estos pueblos de la campiña y me contaste tu sueño, me puse a investigar un poco y me decidí por este lugar. Mira. —Extrae del interior de su chaqueta de paño un papel doblado—. Éste es el primer contrato de preventa que firmé. Observa la fecha.

—Dios mío... —murmuro al comprobarlo—. Es de hace varios meses...

—Exacto.

—¿Lo compraste entonces? —susurro, emocionada—. ¿Incluso sabiendo que preferí marcharme y dejarte?

—No me preguntes el motivo. —Sonríe—. Fue una especie de impulso... como si, adquiriendo esto, tuviera algo que me recordara a ti. Una tontería, lo sé, pero...

—No es ninguna tontería. —Tengo que hacer un enorme esfuerzo para poder hablar sin trabarme—. Yo... no sé qué decir, James, esto... esto es tan...

—¿Perfecto? —responde, sonriente—. Podrás comprobar que este pequeño pueblo tiene muchos visitantes que se han de alojar en otras poblaciones colindantes por la falta de hoteles, por

lo que será un éxito seguro. Está a una hora de Londres, cerca de Devon House...

—Sí, es perfecto. —Cualquiera no llora ahora.

—Considéralo mi regalo de pedida.

Ay, Dios mío, está hincando una rodilla en el suelo...

—Quiero que seas feliz, Patty, y sé que tu sueño era tener un pequeño hotel, algo con lo que llevas años soñando. No está en tu montaña de Montjuic, o como se pronuncie —ríe—, pero creo que también serás feliz aquí, en Inglaterra. He decidido delegar en Scott gran parte del peso de la compañía en sus hombros y tendré más tiempo libre para poder estar contigo.

Y lo que viene ahora es...

—Teniendo en cuenta que te quiero y que me gustaría pasar contigo el resto de mi vida... Patty, ¿quieres casarte conmigo?

Abre un estuche de terciopelo rojo y extrae de su interior un precioso anillo con una enorme piedra que refleja la luz dorada del ocaso.

—Espero que lo hayas comprado nuevo. —Río.

—Para mí —dice, mirándome fijamente—, éste es el primer anillo que compro y tú mi primera prometida, como si el pasado se hubiese esfumado.

—Sí —murmuro—, el pasado ya no existe. Sólo presente y futuro.

—Cariño, se me está clavando una piedra en la rodilla...

—¡Sí! —exclamo entre risas; siempre hay risas con él—. ¡Sí, sí, sí! ¡Me casaré contigo, James!
—Me lanzo también de rodillas al suelo y lo abrazo con fuerza en mitad de la acera.

—Espero que no te hayas decidido a casarte conmigo por este estupendo regalo —bromea.

—Tal vez —bromeo yo también, antes de tornarme serio—. Claro que no. Me habría casado contigo en la isla de Mauricio, en bañador, en la orilla de la playa. Espero que vayamos allí de luna de miel. Quiero volver allí, contigo, como tu mujer.

—Ya tengo hecha la reserva —me anuncia con una mueca.

—¿Ya?! ¡Qué previsor! —Río—. ¡Si no sabes cuándo es la fecha de la boda!

—¿Eso crees? —me suelta con expresión divertida—. Pregúntales a mi madre y a mi hermana y descubrirás si no lo han planeado todo ya.

—Oh, había olvidado que voy a formar parte de la aristocracia inglesa, tan previsor, tan recta, tan serio.

—Sin título, pero sí.

—No quiero títulos —le digo—. Te quiero a ti, James Compton, mi primer y único amor.

—Yo también te quiero, Patricia Serra, la única mujer que he amado de verdad.

Sellamos nuestra declaración con un beso, largo, emotivo, interminable... como el amor que sentimos.

Tres meses después

Me encuentro en la entrada de mi hotel, un espacio que va a tener una doble finalidad: como vestíbulo y como sala común. Está provista de una gran chimenea, suelos alfombrados, varios sillones alrededor de pequeñas mesas y una espectacular lámpara en el techo. Apoyada en el pequeño mostrador, me cruzo de brazos y observo a mi alrededor, satisfecha, imaginando el aspecto que tendrá todo cuando esté lleno de huéspedes, donde podrán conversar, tomar el té o leer el periódico. Mañana mismo es la inauguración y he tenido que poner el cartel de «completo», por lo que no puedo ser más feliz.

Bueno, sí puedo ser más feliz en este instante. James está entrando por la puerta y atraviesa el *hall* en dirección a mí. Por mucho tiempo que pase y muchas veces que lo vea, se me dispara el corazón cada vez que lo miro, con su andar pausado y elegante, su aura sofisticada, su mirada cristalina y la sonrisa más perfecta que pueda existir.

—Sabía que te encontraría aquí —me dice después de darme un breve beso en los labios y rodear mi cintura.

—Últimamente me paso la vida aquí. —Sonríe—. Ha sido muy duro, pero creo que ha valido la pena.

—Lo has dejado perfecto, cariño.

—Lo hemos dejado perfecto, James. Sin ti, hubiese sido mucho más duro.

—Ha sido un placer estar a tu lado —sonríe—, pero tenías las ideas muy claras y me he limitado a verte hacer.

—¿Seguro que lo has visto todo? —le digo, entusiasmada.

—Segurísimo.

—No sé si te has fijado en los últimos detalles...

Lo cojo de la mano y lo arrastro hasta la cocina, el salón, cada una de las habitaciones, con sus respectivos baños. Supongo que ha sido una excusa para ver de nuevo todo el hotel yo misma. Acabado el *tour*, paramos un momento en la cocina, amplia y bien equipada pero con un entrañable aire de añoranza.

—Va a ser un éxito —me dice James al tiempo que nos dejamos caer en la isla central—. The Dream Legacy... Me encanta el nombre que le pusiste.

—Siempre fue mi sueño —le explico—, y esta maravilla es el legado de aquel sueño. Gracias por ayudarme a hacerlo realidad.

—El trabajo ha sido tuyo, Patty, lo mismo que el dinero para reformarlo, el que obtuviste por la venta de tu edificio. Pero ahora lo que toca es descansar. Mañana es la gran apertura y va a ser un día duro. Y te recuerdo que los preparativos de nuestra boda siguen adelante.

—Uf, sí. Menos mal que tenemos a tu madre y a Alice, que se están encargando de todo, si no, no habría tenido tiempo ni para dormir.

—Las pobres lamentan tener que hacerlo casi todo por su cuenta, pero...

—Ya les he dicho que no pasa nada —lo tranquilizo—. Me voy a casar contigo, James, y eso es lo único que me importa. Si el pastel es de nata o crema, las mesas redondas o alargadas, el

color de las invitaciones beige o malva... nada de eso es relevante. Me casaría contigo en la playa, ya te lo dije.

—Lo sé —sonríe—, pero lo haremos de la forma tradicional, con iglesia, banquete y doscientos invitados, o a mi madre le daría un ataque.

Reímos y comentamos algunos aspectos del hotel, hasta que James desliza sus dedos por mis mejillas y compone una expresión preocupada.

—Vuelves a estar pálida y con ojeras, cariño; deberías comer algo y descansar.

—Estoy bien. —Pongo los ojos en blanco. Desde mi ingreso en el hospital, tengo una especie de supervisión de lo que como, bebo o duermo. Aquí, con James, y, desde Barcelona, con Jacob y Sara. Cómo los echo de menos... —No hace falta que estés pendiente de mí, soy mayorcita.

—Oh, sí, tan grandecita como cuando acabaste desmayada en tu propia casa.

—Entonces estaba sola —le recuerdo—. Ahora ya no.

—Y nunca volverás a estarlo —susurra.

Tras su última rotunda afirmación, me toma de la cintura y me coloca sobre la gruesa encimera de mármol para poder besarme más fácilmente. Qué gozada volver a sentir sus besos ardientes después de varios días. Su lengua recorre cada rincón de mi boca y sus manos se pasean por mis piernas para levantar mi falda y acariciar mis muslos.

—James —susurro—, aparte de no haber tenido tiempo para descansar, hace ya días que tú y yo no hacemos el amor...

—Pensaba que estarías cansada —susurra mientras besa mi cuello y sus manos han alcanzado mis glúteos.

—Hacer el amor contigo me relaja, James —le digo, al tiempo que introduzco mis manos bajo sus ropas para buscar la piel caliente de su pecho—. Podríamos aprovechar este momento...

—Acepto la idea —exclama mientras hace el amago de cogerme en brazos—. ¿En qué habitación prefieres hacerlo?

—¡No! —grito—. ¡Nada de habitaciones! ¡Está todo tan revisado que una sola arruga me pondría histérica!

—Vale, captado. —Ríe—. ¿Cuándo nos ha hecho falta a nosotros una cama?

Aún sentada sobre la encimera, dejo que desabroche los botones de mi vestido, más lentamente de lo que yo esperaba, hasta quitármelo por los hombros y dejarme en sujetador y bragas, ambas prendas conjuntadas en color blanco. Después de tantos años, sigo teniendo interiorizado estar pendiente de esos detalles.

—Cuánto te he echado de menos —le digo mientras trato de arrancar su chaqueta y su camisa y beso y muerdo sus labios, su barbilla, sus orejas...

—Y yo a ti, preciosa.

Con las manos y los dientes, arranca el sujetador de mi cuerpo para poder llevarse mis pechos a la boca y acariciarlos, chuparlos, morderlos... Como siempre me ocurre con James, sus besos y sus caricias consiguen que arda entera en cuestión de segundos.

Por instinto, mis piernas se abren y buscan aliviar el palpito de mi sexo, pero únicamente he conseguido desnudar a James de cintura para arriba, por lo que, frenética, me lanzo sobre sus pantalones para poder abrírselos, apartar los calzoncillos y extraer su miembro, tan grueso y caliente que casi no lo abarco con una mano.

—Dios, Patty... —murmura cuando empiezo a acariciar su piel suave, arriba y abajo.

En medio de un largo gemido, vuelve a buscar mi boca para besarme mientras aparta a un lado mis braguitas y desliza sus dedos sobre mi sexo resbaladizo. Por instinto, muevo las caderas y busco el contacto al tiempo que acelero el movimiento de mi mano y acaricio la longitud de su miembro y las gruesas bolsas del final. Ambos comenzamos a gemir con fuerza, necesitamos alcanzar la cumbre...

James detiene sus caricias para separarse ligeramente de mí, abrir mis piernas y acercar su boca a mi sexo abierto y palpitante.

—¡Dios! —grito. Tengo que colocar mis manos sobre el mármol e inclinar mi cabeza hacia atrás, obligada por el ardiente placer que recorre mis venas. James clava sus dedos en mis muslos y penetra más aún su lengua en mi vagina, al tiempo que abarca mi clítoris con sus labios. Como no puede ser de otra forma, el orgasmo hace que me convulsione y grite mientras clavo los talones en la espalda de mi prometido.

Me encanta cuando, después de darme placer con su boca, me mira con los labios brillantes de mi esencia.

—Ven aquí —le ordeno, tirando de él hacia mí. Agarro su miembro de nuevo y comienzo a acariciarlo en espera de verlo rebuscar en sus bolsillos.

—Patty —jadea al tiempo que coloca su mano sobre la mía y detiene el movimiento que lo acaricia—, te vas a reír, pero no llevo preservativos encima... Con el lío del hotel y de las visitas a mi familia...

Pues no me río, pero tampoco me preocupo. Soy bastante práctica y sopeso un par de opciones para sugerirle a James. Lo miro a los ojos y acaricio su mentón. Su rostro aparece cubierto de diminutas gotas de transpiración y su respiración denota su excitación.

—Pues tenemos dos opciones para elegir —le digo—. Puedo arrodillarme y devolverte el favor o... prescindimos de preservativo por primera vez.

Se le abren unos ojos tan grandes y brillantes que casi me dan ganas de reír.

—¿Tú sabes lo que me estás diciendo? —Su pecho sube y baja y los iris de sus ojos se oscurecen por momentos.

—Claro que lo sé.

—Patty, yo...

Parece que el tema de hacerlo a pelo no acaba de gustarle. Algo decepcionada, me coloco frente a él y me dejo caer al suelo para acogerlo en mi boca.

—No pasa nada, James. Era una sugerencia.

—No es lo que tú piensas, Patty. —Me coge de los brazos, me incorpora y me vuelve a sentar

en la encimera—. Quiero casarme y tener hijos contigo, cariño. El primer paso está casi hecho. El segundo... no me importaría que comenzara a ocurrir ahora mismo. Tiemblo de emoción sólo con pensar que puedas llevar algún día un hijo mío dentro de ti y de que haya niños correteando por aquí. Si a ti tampoco te importa...

—Es algo que nunca se me había pasado por la cabeza —le confieso—: Marido, hijos, familia, hogar... porque jamás pensé que encontraría a alguien como tú. Hazme el amor ahora mismo, James.

—Patty —gime, desesperado. Abre mis piernas, encara mi entrada con su miembro y, a continuación, penetra mi cuerpo resbaladizo con maravillosa facilidad—. Qué maravilla, piel con piel, Dios...

Me aferro a sus hombros, rodeo su cintura con mis piernas y permito que me levante en vilo para que me acabe sentando en uno de los sillones del vestíbulo. Estoy a punto de gritarle que no quiero ensuciar nada, pero ya es tarde. El placer con James es tan adictivo que la vuelta atrás es imposible. A horcajadas sobre su cuerpo, subo y bajo con fuerza mientras él sujeta mis caderas y embiste hacia arriba hasta que ambos alcanzamos el clímax. Solemos llegar tan rápido que muy pocas son las veces en las que hacemos el amor y disfrutamos de un solo orgasmo.

Aunque esta vez será mejor que paremos si no queremos provocar alguna mancha por alguna parte.

Hablando de manchas...

—¿Y ahora? —le pregunto mientras me muerdo un labio por no reír, tirados ambos sobre un sillón. Yo estoy desnuda y él, con los pantalones hasta las rodillas—. ¿Cómo lo hacemos, guapo? Porque no pienso dejar un lamparón de semen sobre mis sillones nuevos.

—A ver, deja que piense... —Con cuidado, me agarra por el trasero y nos ponemos en pie para, sin despegarnos, acercarnos a su chaqueta y buscar un pañuelo.

—Esto de hacerlo sin condón es una pasada —le digo—, pero un poco guarro. Me están cayendo los chorros por las piernas.

James trata de limpiar el estropicio con su pañuelo, pero, entre risas, acabamos resolviendo que una ducha se hace indispensable. Eso sí, en su apartamento; en nuestra casa. De todas formas, entramos en uno de los baños de la planta baja y nos aseamos un poco, aunque luego lo repaso todo para que quede impecable.

—Por cierto —le pregunto cuando, después de abrocharse los pantalones, salimos de nuevo al vestíbulo—, ¿me buscabas por algo en especial?

—Pues sí —comenta cuando termina de vestirse—. Venía a traerte una sorpresa que —mira su reloj— está a punto de llegar. —Oímos la campanilla de la puerta—. Mira, ahí está, puntual.

—Si es una planta —le digo mientras me abrocho el vestido—, ya me han regalado tantas que no me queda apenas espacio para más, pero, no te preocupes, algún hueco encontraré.

—Pues no, mi sorpresa no es una planta.

James abre la puerta para dejar pasar a la persona que espera en la entrada.

—¡Jacob! —grito—. ¿Qué haces aquí?

—Hola, Pat; hola, James —nos saluda.

Lo primero que hago es desviar la vista hasta una de sus manos, la que rodea un objeto que reconozco enseguida: es un trasportín.

—¡Me has traído a *Pantera*! —grito.

Me abalanzo sobre la caja, la abro y cojo a mi gato para llevármelo al pecho y abrazarlo. El felino no deja de lamerme la cara y yo no paro de besar su suave cabecita.

—Me encargué del rescindir el contrato de alquiler de tu piso en Barcelona —me explica—, así que nuestro amigo tenía que volver con su dueña.

—Aquí estará perfectamente —interviene James—. Le podríamos preparar un rincón en la cocina, ¿no? Ven aquí, *Pantera*. —James arranca al gato de mis ropas, de donde se resiste a marcharse enganchando las uñas—. Voy a enseñarte tu nueva casa.

Mi futuro marido me deja a solas con mi amigo.

—Gracias, Jacob. —Me acerco a él para darle un beso en la mejilla, por lo que se hace evidente su nuevo aspecto—. Te has vuelto a dejar crecer la barba.

—Sí. —Se encoge de hombros—. Algunas cosas han de volver a ser como eran.

Observo su aspecto; lleva las mismas ropas que llevaba la noche que lo conocí, la misma mochila, su largo cabello sobre los hombros y la espesa barba.

—Te vas, ¿verdad? —inquiero, con el corazón encogido.

—Sí, Pat, me voy. Como ya te dije en su momento, sólo puedo estar un tiempo en cada lugar. Pasado ese período, me marchó en busca de aires nuevos.

—Supongo que no hay forma de convencerte de que te quedes aquí, conmigo, ayudándome. Podríamos buscar un lugar tranquilo para que pudieses vivir. Inglaterra no está tan mal...

—Déjalo, Pat. —Sonríe y desliza sus dedos sobre mis mejillas cubiertas de lágrimas—. Ha sido un verdadero placer conocerte.

—Dime que no te olvidarás de mí —le suplico—. Dime que me llamarás, o que me enviarás una postal si sigues odiando los teléfonos. Prométemelo, Jacob.

—Te lo prometo, preciosa.

—Ni siquiera vas a estar conmigo el día de mi boda...

—Quizá sí esté, para verte, aunque puede que tú no me veas a mí. —Sonríe.

—Siempre tan misterioso, mi amigo...

—¿Sigues creyendo que soy un ángel? —Ríe.

—Por supuesto que sí. —Sonríe mientras continúo secando mis lágrimas—. Pronto aparecerás en otro lugar, junto a otra desequilibrada e infeliz como yo, y la salvarás de sí misma, como has hecho conmigo.

—Me halagas —ríe—, pero deberías saber que sólo soy un hombre.

—Un hombre que algún día encontrará su propia felicidad en ese mundo en el que dice que vive. Adiós, Jacob.

—Adiós, Pat.

Trato de pensar en que Jacob necesita su propia vida, que no puede quedarse pegado a mí, cualquier cosa para no derrumbarme y sentir que me han arrancado un pedazo de mí misma.

—Le costará un poco adaptarse —James aparece desde la cocina y me describe la actitud de *Pantera*—, pero seguro que aquí le irá bien, será feliz. Le haremos su rinconcito entre la cocina y el jardín y... ¿Ya se ha ido Jacob?

—Sí —murmuro—, ya se ha ido.

—Volverás a verlo algún día, seguro.

—Eso espero. —Sonrío y me vuelvo hacia James antes de rodearlo con los brazos—. Te quiero muchísimo, James.

—Yo también te amo, preciosa.

—Gracias por aparecer en mi vida. —Lo siento, pero no puedo evitar llorar con tantas emociones—. Gracias por ser como eres. Gracias por quererme, James.

—Me lo pusiste difícil —bromea—, pero me resistí a perderte. Tal y como rezaba el eslogan de cierta agencia, me resultaste una cita inolvidable.

—No me recuerdes eso. —Lo abrazo con fuerza—. Ojalá nunca hubiese vivido todo aquello y no tuviera un pasado del que avergonzarme.

—Todos tenemos algo de lo que avergonzarnos —me recuerda mientras acaricia y besa mi pelo — y, sin nuestro pasado, no seríamos las personas que somos. Y yo te quiero tal como eres. No cambiaría absolutamente nada de ti.

Durante varios minutos, seguimos abrazados.

—Y ahora, cariño —me dice mientras se desprende de los tentáculos de mis brazos, que no lo quieren soltar—, será mejor que nos vayamos. Tenemos un hotel que inaugurar, una boda que preparar, una luna de miel por disfrutar y un posible hijo en camino.

—Uf, suena estresante —suelto entre risas.

Porque siempre hay risas con James.

Epílogo

—¡Hija, qué alegría que hayas venido a visitarnos!

—Hola, mamá; hola, papá. Estaba deseando hacerlo y contaros tantas y tantas cosas que me han pasado. Unas buenas, otras no tanto.

—Cuenta, cuenta, cariño. Para eso estamos los padres.

—Antes de todo, quiero aclararos algo. Se trata del trabajo que he estado desempeñando durante todos estos años. No era azafata, ni comercial, yo... lo que hacía era...

—No hace falta que lo digas. Lo sabíamos, cielo. Sabíamos a qué te dedicabas.

—¿Lo sabíais? Qué decepción he debido de ser para vosotros...

—Ni se te ocurra decirnos eso. Tú has sido una hija maravillosa, excelente amiga y mejor persona. Eso es lo que cuenta.

—Lo siento mucho, mamá; lo siento mucho, papá. Yo... si pudiese rectificar...

—Pero no llores, Patricia. Tú no hiciste nada malo. Sólo buscabas cómo ayudarnos, cómo sobrevivir, cómo labrarte un futuro mejor e intentar ser feliz... y nadie se merecía ser más feliz que tú, cariño, que nunca hacías nada para ti misma, sólo intentando complacernos a nosotros y a los demás.

—Os lo merecíais... Mamá, papá, yo nunca admiré a ningún superhéroe de tebeo o del cine. Vosotros siempre fuisteis para mí los verdaderos héroes, por dar vuestra vida por mi hermano y por mí.

—El día que seas madre, tú harás lo mismo, cielo.

—Oh, pues ésa es una de las noticias buenas que quería daros: vais a ser abuelos. Estoy embarazada.

—¡Qué alegría, hija! ¡Estamos encantados!

—Yo también estoy muy feliz.

—Seguro que serás la mejor madre del mundo.

—Tampoco os había contado que, por fin, he podido realizar mi sueño de tener mi propio hotel. Si pudierais verlo... Es precioso, en plena campiña inglesa.

—Ya era hora de que pensaras un poquito en ti. Nos alegramos mucho.

—¡Por cierto! Me he casado y tengo un marido maravilloso, James, el padre de mi bebé. Perdonadme, por favor, pero, entre el trabajo en el hotel y la boda, apenas he tenido tiempo con tanto ajeteo para venir a conversar con vosotros.

—Estás perdonada, cielo. Y, sobre todo, debes perdonarte a ti misma. Ya ha llegado el

momento de pensar en ti, el tiempo de ser feliz, de no arrepentirte de nada.

—Pero fue tan injusto lo que os pasó...

—Por eso debes aprovechar tu vida, hija. Vivir los buenos momentos, reír, soñar, respirar...
Disfruta de ese hombre, de tus amigos, del hijo que viene en camino... y deja atrás todo lo demás.

—Nunca podré olvidaros...

—Claro que no, no lo harás, pero puedes vivir feliz sin temor a olvidarnos.

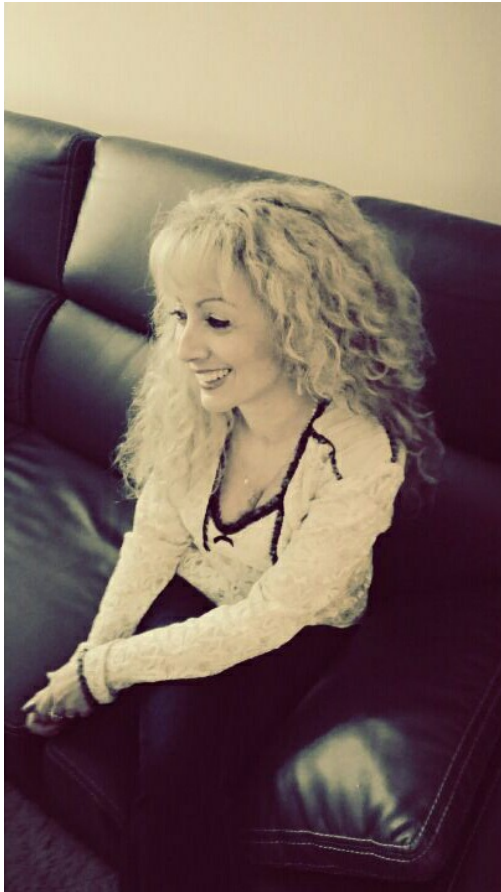
—Gracias a los dos. Os quiero mucho y siempre lo haré.

—Y nosotros a ti, hija. Un beso muy grande.

—Vendré de vez en cuando a hablar con vosotros, ¿de acuerdo?

—Cuando quieras, cariño. Siempre que lo deseéis. Donde tú estés, estaremos nosotros.

Biografía



Vivo en Lliçà d'Amunt, un pueblo cercano a Barcelona, junto a mi marido, mis dos hijos adolescentes y dos gatos.

Después de años alejada de los estudios, porque nunca es tarde, obtuve hace poco el título de Educadora Infantil, algo vocacional que llevaba demasiado tiempo deseando hacer, aunque ejercer en estos tiempos haya resultado demasiado complicado.

Y como yo parezco hacerlo todo un poco tarde, no hace mucho decidí autopublicar mi primera novela, a la que ya han seguido algunas más. De esta experiencia maravillosa sólo puedo tener palabras de agradecimiento para mi familia, la auténtica sufridora de mis horas frente al ordenador, y para tantas y tantas personas que me han apoyado, animado y felicitado, tanto cercanas como en la distancia. Y sobre todo para esos lectores que disfrutan con mis historias, sin los que toda esta locura, a estas alturas de mi vida, no hubiese podido ser una realidad.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:
<https://www.facebook.com/lina.galangarcia?fref=ts>

Referencias a las canciones

- I don't care*, Copyright: © 2019 An Asylum Records UK release, a division of Atlantic Records UK 2019 Warner Music UK Limited / Def Jam Recordings, a division of UMG Recordings, Inc © 2019 Warner Music UK Limited, interpretada por Ed Sheeran y Justin Bieber. (*N. de la e.*)
- Don't cry*, Copyright: © This Compilation 1991 Geffen Records Inc. © 1991 Geffen Records Inc., interpretada por Guns N' Roses. (*N. de la e.*)
- Señorita*, Copyright: © © 2019 Island Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Shawn Mendes y Camila Cabello. (*N. de la e.*)

The Hot Affaire: una cita inolvidable
Lina Galán

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Lina Galán, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2020

ISBN: 978-84-08-22351-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!





LINA GALÁN
THE HOT AFFAIRE:
UNA CITA INOLVIDABLE

zafiro♥